

BRUNO ADRIAN BIONDANI

El Séptimo Rayo

TAHEL ediciones

En la plaza de Barrancas de Belgrano se esconde una obra de arte invaluable. Una réplica a menor escala y original de la Estatua de la Libertad, esculpida por el mismísimo Frédéric Auguste Bartholdi, mayormente ignorada e inadvertida por los porteños.

Ignacio Hans Brücke, alias Nacho, es un artista incipiente, estudiante de Bellas Artes. Nacho padece narcolepsia, dolencia que potencia su creatividad. Para su fortuna, es contratado por Greta Connolly, directora de la prestigiosa galería de arte *La soeur d'avant-garde*, para pintar la réplica en miniatura de la Estatua de la Libertad.

El arte y una poderosa atracción sexual los une, pero sus diferencias sociales y de clase provocan que su relación sea accidentada y su acercamiento, áspero.

A partir de la comparación de sus primeros bocetos con la obra final, Nacho advierte ciertas diferencias; así, descubre que originalmente a la estatua le faltaba un rayo de la corona, sustraído durante un acto de vandalismo y que posteriormente fue restaurada. La hipótesis de que se la hayan llevado para reemplazarla al poco tiempo le provoca dudas. Al parecer, la obra fue robada y el falsificador usó como modelo la original de Estados Unidos. La investigación se vuelve riesgosa al enterarse de que éste falsificador falleció en un incendio y cuando empieza a sospechar que Greta está en realidad detrás del robo, Nacho debe ahondar en la historia y en su corazón para exonerarla. El perdón no es suficiente, tiene que arriesgar su propia vida para salvarla de una muerte inminente, de una conspiración secreta que tratará por todos los medios evitar que la verdad salga a la luz.





BRUNO A. BIONDANI

Nació en Buenos Aires el 19 de julio de 1983. Comenzó a escribir a la edad de 21 años. En 2009 publicó su primer libro de cuentos, *La fuga del tiempo*, bajo el seudónimo de Barbú, con el cual siguieron tres títulos más: *El Narrador* (2010), *Huellas en discordia* (2012) y *El Orador* (2014). A fines de 2016 publicó su primer obra firmada con su nombre, *El Suicida*, siendo la novela más vendida en el stand 3111 de la 43º Feria Internacional del Libro de Buenos Aires. *El Séptimo Rayo* es el segundo libro que publica con su nombre.

En esta novela, Biondani nos ofrece un relato de ficción construido y enmarcado por hechos históricos, dejando varios interrogantes al lector, quien deberá aventurarse por sí solo y descubrir qué es real, qué podría serlo y qué nació de la mente del autor.

“Lejos de ser lo que te enseñan en el colegio, nos encontramos con un gran secreto que guardaban nuestros próceres argentinos. No podrás soltar el libro hasta resolver el misterio”.

Diana Torales - Lecturas de Diana (blog)

“El Séptimo Rayo es un espléndido libro que desde el comienzo te enredará en su historia y no podrás parar de leerlo hasta descubrir el verdadero desenlace”.

Florencia Coda Sánchez - Flor de tinta azul (blog)

“Una novela en realidad virtual. Te atrapa y no piensa soltarte”.
Andrea Valéri - @lluviaadelibros15 (bookstagram)

“Un thriller histórico cargado de acertijos, con una trama atrapante y perspicaz. Una de las narrativas mejor pensadas que he leído.”

Florencia A. Barbero - La biblioteca de Florencia (Florbookshelf)

“Un recorrido por la historia del mundo, marcado por el suspense y el arte. Un thriller, que posee los elementos necesarios para atrapar al lector desde el inicio del libro. Excelente relato coral, humano y lleno de misterio, que cumple con todos los requisitos del género.”
Manuel Lening - Olorcito a Libro (Blog).

“El séptimo rayo pone en un primer plano la conjunción del arte y las emociones. Con personajes muy bien logrados, desanda una historia que se presenta en forma de mosaico, desde universos tan disimiles como encantadores. Se van ensamblando como un “tetris” histórico.”

Mariela López Periodista Radio Continental





BRUNO ADRIAN BIONDANI

*El Séptimo
Rayo*

TAHIEL ediciones

Biondani, Bruno Adrián

El séptimo rayo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Tahiel ediciones, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-758-176-8

1. Novela. I. Título.

CDD A863

Director Editorial

Alejandro Castro

© TAHIEL ediciones 2018

Av. Rivadavia 6743 (Loc. 71)

(+54-11) 4-632-6136

tahiel.ediciones@gmail.com

Capital Federal – Argentina

www.tahielediciones.com

© Bruno Adrián Biondani 2018

Queda hecho el depósito legal establecido por la ley 11.723.

Impreso en Argentina

Queda prohibida la reproducción total o parcial así como su almacenamiento o fotocopiado mediante cualquier sistema electrónico o mecánico sin la debida autorización del autor o de la editorial. Todos los derechos reservados.

Para mi papá, que me hizo valorar el arte.

*Para mi abuelo Eduardo, que cuando era chico siempre
me llevaba a la plaza de Barrancas de Belgrano a jugar al
lado de la Estatua de la Libertad.*

ÍNDICE

Parte 1 El juego de las diferencias

El puente (Nacho)	10
Iluminado (Jorge Ranieri)	17
La Batalla de Keren (Rob Shilton).....	21
1945 (Doris Duranti)	26
Coloreando la barranca de Buenos Aires (Nacho).....	30
Lugano (Doris Duranti).....	43
Otra ronda (Greta y Nacho)	47
Herencia (Romano Pavolini).....	62
La libertad desnuda (Nacho)	67
Alas de fuego (Romano Pavolini)	82
Cercano Oriente (Hugo Ledesma)	85
Isabel (Romano Pavolini).....	88
Origen incierto (Nacho)	90

Parte 2 Estatuas en Series

1989. La caída del muro.....	102
(Romano Pavolini)	102
Superman (Edison).....	104
<i>Berger Endormi</i> (Romano Pavolini)	106
Boulogne Sur Mer	112
(Domingo Faustino)	112
Visitas (Nacho)	116
Tan cerca (Nacho y Greta)	123
Nacimiento. 1865 (Frédéric)	134
Transilvania (Fernando Quiroz).....	137
La pregunta (Nacho)	141

Hogar dulce hogar (Faustine).....	143
Juan Domingo (Nacho)	148
Salón del Libro,.....	150
26 de noviembre de 2006 (Faustine).....	150
Cenizas (Fernando Quiroz)	152
93 metros (Greta)	158
¿Coincidencias o casualidades? (Nacho)	163
Thomas Andrews Hendricks (Romano Pavolini)	171

Parte 3 A la caza de la Libertad

El Puente de Horbourg (Frédéric)	176
Masona (Faustine).....	178
Millones (Nacho)	182
Oíd mortales (Greta)	187
Otro camino (Fernando Quiroz).....	190
Comisión (Nacho)	193
Cuarto oscuro (Fernando Quiroz)	196
Bombas de agua (Charles Shilton).....	205

Parte 4 Robando la Liberté

El robo (Greta)	209
Aviso fúnebre (Fernando Quiroz)	213
Faltan dos (Faustine)	215
El comprador (Greta)	217
Giuseppe (Frédéric).....	222
El vuelo (Nacho)	225
Bönickhausen (Alexandre).....	230
Machu Piccu (Faustine)	232
Setenta balcones y ninguna flor (Faustine)	235
La invitación (Charles Shilton)	238

Parte 5 **La corona**

I Love New York (Nacho)	241
Haute Marne (Fernando Quiroz).....	243
La cena (Nacho)	246
Tan cerca, tan lejos (Nacho)	264
Encadenada (Faustine)	266
La Isla Libertad (Nacho)	269
Rotas cadenas (Faustine).....	276
Los años perdidos (Nacho)	278
Un nuevo amigo (Nacho)	282
Buscada (Fernando Quiroz)	286
Sola (Faustine)	291
La llave (Nacho).....	292
Rayos dorados (Faustine)	295
El regreso (Fernando Quiroz)	296
Plebiscito (Nacho).....	298
Primera plana (Faustine)	301
La otra libertad	302
(Fernando Quiroz).....	302
A una semana de la coronación (Nacho)	307
El Mausoleo (Fernando Quiroz)	310
La noche anterior (Greta)	316
El testamento (Fernando Quiroz).....	317
¡Viva el Rey! (Greta)	325
Epílogo (Pikichaki)	326
¿Y si la libertad es un sueño? (Nacho).....	327
 Nota del autor.....	328
Agradecimientos	331

PARTE I

EL JUEGO DE LAS DIFERENCIAS



El puente (Nacho)

Todavía no se acostumbraba a verse dormido. Le resultaba extraño encontrarse allí, en el piso, por más que no fuera la primera vez y tampoco, que supiera, la última. Pero en ese preciso instante observarse a sí mismo, indefenso, le resultó aterrador. A veces se ponía a saltar encima de sí mismo en el afán de despertarse, hasta darse cuenta de que ya no brincaba, volaba... se alejaba cada vez más de su propio cuerpo. Otras veces, directamente un ruido o una imagen lo distraían de ese momento de debilidad y, curiosamente, iba tras él.

Ignacio Hans Brüke vio un avión surcando el cielo de Buenos Aires. Mordió el pincel y alzó las manos. Empezó a volar. Mientras se acercaba, el ruido de las turbinas lo ensordeció más. Tomó dos pedacitos de nube y se los colocó en los oídos. Además, por la baja temperatura a esa altura se estaba congelando. Se acercó a una turbina y el calor derritió la escarcha que se le había formado sobre la piel. Se encaramó a una de las alas. A través de las ventanillas divisó las siluetas de los pasajeros, era un avión de línea... Se acercó a una. Tomó el pincel que sostenía entre los dientes y empezó a dibujar una grieta. Le dio una piña y entró en el avión. Los pasajeros no tenían rostro, parecían maniquíes. Ignacio comenzó a dibujarles las caras, cada ceja, cada diente, cada detalle del iris. Las extensiones de los cabellos continuó dibujándolas en el aire. Como si desde la punta del pincel pudiera trazar mechones de pelo. La pintura fresca cobró forma, y vida. Los pasajeros comenzaron a sonreír y aplaudir. Estaban contentos, hasta que un bebé rompió en llanto. Se acercó con el fin de di-

bujarle un chupete, pero el berrinche se fue agravando a tal extremo que parecía el estallar de un trueno. Un rayo cortó en dos el ala derecha. Un segundo rayo hizo lo propio con el otra ala. El avión empezó a caer y a prenderse fuego por dentro y por fuera. Se sentía culpable, le había dado vida a tantas personas con su pintura y ahora todos morirían. El humo empezó a sofocarlo. No veía nada, sólo sentía olor a quemado. La cola se desprendió, el humo se disipó junto a los pasajeros que empezaron a salir eyectados de la cabina. Ignacio no fue la excepción. Ya no tenía el pincel consigo para dibujarse unas alas o una capa de superhéroe. Estaba cayendo al vacío. La ciudad empezó a acercarse, la copa de los árboles crecían. No sintió el golpe del impacto.

Estaba tirado en el césped de la plaza y le temblaban las piernas. Conservaba su reloj; se palpó los bolsillos, la billetera y el celular seguían en su lugar (al menos no le habían robado). Miró la hora. No había permanecido mucho tiempo inconsciente. Respiró aliviado, el episodio había sido corto, pero intenso. Claro que había estropeado la pintura del monumento al Gral. Martín Miguel de Güemes con un enérgico trazo en mitad del lienzo. Le dio bronca, estaba casi terminado. De fondo había pintado un avión, pero en vez de alas, tenía plumas. No recordaba haberlo hecho. La estética onírica era más fuerte que él y, por más que le pidieran pintar paisajes realistas, su subconsciente no acataba esas órdenes. Fastidiado, desarmó el atril, enrrolló la pintura que ya había secado y se encaminó a su departamento de Palermo.

En el colectivo activó el despertador del celular y aprovechó un asiento vacío para dormir un poco; increíblemente, no logró conciliar el sueño. El viaje se le hacía insopor-

tablemente tedioso, lento. Cuando faltaban pocas cuadras para su parada, recibió un llamado de Virginia. Atendió enseguida, al menos hablar con su hermana le harían más llevaderas esas pocas cuadras.

—Hola, Nacho.

—¿Cómo estás?

—Bien, acá... yendo para el bar.

—Ciento, hoy es la inauguración... —cerró los ojos y apretó la mandíbula.

—Te pasé a buscar, no estabas.

—Tenía que hacer. Recordame la dirección.

—Deja, podés venir otra noche.

—No, en serio, quiero estar...

—Nacho, no quiero que vengas solo. Es tarde, mejor quedate en tu casa.

—Pero estoy mucho mejor —sacó el blister de Modafinilo del bolsillo—, la droga me está ayudando, creo que puedo estar ahí en una hora —se tragó una pastilla en seco.

—No, vamos de a poco, ya es bueno que puedas moverte solo durante el día. ¿Cuándo fue el último episodio que tuviste?

—Hace bastante, meses...

—Por eso, mantengámoslo así.

—Pero me gustaría estar, ¿el resto de la familia cuándo viene?

—Matu llega y se va en unas horas. La semana próxima vuelve a traerme treinta barriles. Los demás vienen directamente el mes que viene. Tal vez alguno tenga que dormir con vos.

—Dale, no hay problema, ¿pero no era que ibas a fabricar vos la cerveza? ¿para qué te van a traer barriles?

—Para ayudar, y probar que salga idéntica a la de allá.

Ignacio divisó la manzana vecina de donde vivía. Se levantó del asiento, sujetando el atril, el lienzo y el set de pinceles y pinturas. Tocó timbre.

—Hermana, me tengo que bajar, hablamos luego.

—Dale. Un beso.

—Suerte y no te tomes la mercadería.

Cortó.

Bajó corriendo y estuvo cerca de tirar todo al piso por accidente. Caminó unos metros hasta llegar a su edificio. Sin soltar sus bártulos, empezó a buscar atolondradamente las llaves. Cuando parecía que la fortuna no iba estar de su lado, una vecina apareció por detrás y le abrió la puerta.

—Hola, creo que te faltan manos.

—Muchas gracias.

—De nada. ¿Sos del 5º C?

Ignacio la miró bien, amplia sonrisa, ojos brillantes necesitados de afecto. Él era alto y casi le sacaba dos cabezas. A diferencia de su familia, tenía el pelo oscuro, pero conservaba el verde de los ojos. Una mirada irresistible para cualquier chica.

—Sí, pero no te recuerdo.

—Cecilia, Ceci —respondió ella, avergonzada.

—¡Cierto!, ahora me acuerdo que no pude ir a tu fiesta.

—No importa, justamente el finde hago otra en el sum.

Ignacio quiso morderse la lengua, pero sonrió al encontrar una excusa.

—¿Qué día?

—El viernes...

—Uh, este viernes mi hermana inaugura un bar y tengo que ir.

—Mentira, es el sábado, así que vas a poder.

Ignacio no pudo evitar sonreír ante la rapidez de Cecilia.

—En realidad, también voy a tener que ayudarla, hasta que consiga empleados...

—No importa... qué copado, un bar... ¿cómo se llama?

—Brüke Bier, como mi apellido. Mi familia es de Villa General Belgrano y tiene una cervecería, mi hermana está expandiendo el negocio.

La vecina se quedó pensativa.

—¡Sí! estuve en el *Oktoberfest* de hace dos años... me acuerdo del puesto en el patio cervecero, al lado del Viejo Munich. Me encantó la roja.

—Exacto.

—Pero qué raro, no tenés tonada cordobesa.

—No, allá no tenemos el cantito. Bueno...

Nacho señaló el ascensor.

Se acercaron a la puerta y llamaron. Mientras esperaban, Cecilia retomó el dialogo.

—¿Y vos te dedicás al arte, al negocio de la cerveza, o a las dos cosas? —preguntó Cecilia.

—En realidad, sólo al arte, pero tengo que ayudar a mi hermana.

—Claro.

Llegó el ascensor. Ignacio abrió la puerta y la dejó pasar. Luego subió él.

—¿Qué piso?

—Séptimo.

—Entonces me bajo yo primero.

Ignacio marcó los dos botones.

—¿Y dónde queda el bar? —preguntó Cecilia—, tal vez podamos ir más tarde el sábado con el grupo para allá. O si no, yo sola el viernes.

—Gracias, mi hermana se pondría contenta. Queda por Palermo, pero se me confunden los países de las calles... googlealo.

El ascensor se detuvo en el quinto piso. Ignacio abrió la puerta.

—¿Cómo se escribe? —preguntó Cecilia.

—¿Qué? —preguntó Ignacio, a punto de cerrar la puerta corrediza.

—La cervecería.

—Brü-ke Bi-er. Diéresis en la u. Bueno, chau, un gusto.

Cecilia se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—El gusto es mío.

Ignacio volvió a sonreír y salió al pasillo, cerrando la puerta del ascensor, que siguió subiendo. Respiró aliviado. Caminó hacia la puerta de su departamento y buscó las llaves. Esta vez sí se le cayó el atril. Puteó por lo bajo. Abrió la puerta y lo levantó. Entró a la oscuridad. Cerró y prendió la luz.

Una vez dentro, encendió la tele. El volumen siempre lo tenía alto, necesitaba estímulos. Pasaban el noticiero, donde el ex presidente Carlos Menem declaraba sobre el atentado a su hijo, pero no prestó atención a lo que decían. Fue hacia donde estaban sus pinturas enrolladas y dejó el atril, el cuadro y los demás enseres. Entonces reparó en que faltaban lienzos. Llamó a su hermana.

—Virginia.

—Sí, Nacho, ¿qué pasó?

—Me faltan pinturas.

—Sí, agarré un par. Voy a exhibirlas acá. Tal vez tengas suerte y alguien quiera comprarlas o pregunten por vos para un trabajo.

A Ignacio no le gustó nada la intromisión de su hermana, pero sabiendo que no podía estar allá, no protestó.

—Gracias, muy buena idea. Bueno, voy a cocinarme algo. ¡Mucha suerte!

—Gracias. Igual hoy va a estar tranquilo. Beso.

—Chau.

Ignacio cortó y empezó a fijarse qué pinturas se había llevado la hermana. ¡Justo la de Barrancas de Belgrano!, la necesitaba para presentar la próxima semana en la facultad. Estuvo a punto de volverla a llamar pero cambió de opinión, al día siguiente lo arreglaría. Ahora tenía que cocinar y después estudiar para Historia del Arte Contemporáneo. Los libros encima de la mesa eran un recordatorio de ello. Había allí de todo un poco sobre el tema, desde bibliografía obligatoria hasta obras de ficción. Recorrió con la vista los lomos de los libros: *La masonería y el Arte*, *Arte precolombino*, *Esculturas en Buenos Aires*, *Frédéric Auguste Bartholdi*, *El Séptimo Arte en el siglo XX*, *The Monuments Men*, *La migliore offerta...* Ya estaba recursando la materia, no quería volver a repetirla. Le costaba concentrarse, leer mucho y mantenerse despierto. Fue por un café instantáneo. Calentó el agua en el microondas. Soñó con tener el día de mañana su propio taller. Con la taza humeante, se acercó a la mesa. Bebió. Abrió el primer libro. Bostezó y comenzó a leer...

Iluminado (Jorge Ranieri)

La humedad pringosa hacía que se le pegara la remera contra la piel. Parecía recién salido de la ducha, si no fuera por el olor que despedía su cuerpo y las manos enchastradas con arcilla. Jorge Ranieri estaba modelando el busto del Papa Francisco (o de Jorge Bergoglio, como lo llamaba él). Estaba terminando, dándole forma a los anteojos. No era la única obra en el atelier de La Boca donde trabajaba. Había tantas, que hacían pequeño el lugar, aunque ese no era el motivo por el que Jorge deseaba mudarse de barrio. Estaba cansado del olor nauseabundo proveniente del Riachuelo y del peligro latente de que alguien ocupara el sitio mientras dictaba clases en la universidad. Planeaba irse a Palermo, pero su verdadero anhelo era radicarse en Barcelona, o Roma, quizás embarcarse por el archipiélago de Santorini, en Grecia, ese paraíso que había replicado en miniatura una década atrás. Estaba hecho básicamente de yeso y había pintado sus cúpulas en azul, detallando a la perfección cada escalón. Había estado a punto de venderla, hasta había recibido ofertas, pero finalmente desistió, convirtiéndose él mismo en su propio comprador.

Las paredes del galpón no solo estaban decoradas por su talento, también tenía infinidad de afiches, almanaques y hasta gigantografías de fotos de un viaje por Europa para nunca olvidar su objetivo final; pero ahora debía apurarse, ya alcanzaba el medio siglo de edad y apenas podía mantener limpio el piso del taller.

La pava empezó a silbar; justo cuando iba hacia ella también chilló el teléfono. Atendió:

—Hola, un momento, por favor. —Dejó el tubo descolgado y fue a la cocina.

Más que un café deseaba un cigarrillo, pero siempre olvidaba dónde los dejaba. Había más ceniceros hechos por

él diseminados por todas partes, que cigarrillos. Pocas veces salía del taller a comprar un atado, no porque no quisiera, su proceso creativo lo retenía noches enteras. Se alimentaba de comidas de delivery o sopas en sobre. En la cocina, apagó la hornalla y se acercó nuevamente al teléfono.

—Disculpe, ¿quién habla?

La voz rasposa y decrépita de la secretaria de la Arquidiócesis de Buenos Aires surgió al otro lado de la línea:

—Buenas noches... —extrañado, Jorge miró hacia la ventana y comprobó que ya había anochecido—. Quería saber si ya estaba listo el busto.

—Hola, Graciela. Sí, para mañana lo tendrá, ahora tengo un problema. No, dos.

—Jorge, usted siempre tiene dos problemas como mínimo, el busto debería estar listo hace rato. Lo necesitamos para inaugurar el nuevo comedor del padre Federico.

Jorge frunció el ceño, otra vez querían aprovecharse de él.

—Si demoré el trabajo fue porque no pude cobrar el adelanto, el cheque tenía un error de tipeo y el banco lo rechazó. Se lo mandé por mail. Y si no cobro, para mañana tampoco va a estar. Tengo que comprar unas gomas nuevas para mi auto, que seguramente algunos de sus fieles se robó la semana pasada. Ese sería mi segundo problema.

—No me gusta su tono de voz y yo ya soy una persona mayor para que use ese lenguaje sarcástico conmigo. Le voy a decir a Carlos que pase mañana con la camioneta a retirar el busto y le lleve el adelanto.

—Me parece excelente, pero va a tener que traer todo el pago. Como su nombre lo indica, un “adelanto” es para empezar el trabajo, y yo ya lo tengo terminado.

—Por Dios Santo, ¡estamos hablando de un busto del mismísimo Papa! Un Papa que encima es argentino como nosotros. ¿O ya se olvidó de dónde nació? Deje de ser tan mezquino, seguramente encontremos otro artista dispuesto a realizar el trabajo gratis. Esto es una comunidad y aunque usted...

Jorge despegó la oreja del tubo unos segundos y suspiró. A pesar de que la odiaba, ella tenía razón, podían encontrar otro escultor, seguramente uno peor, pero que podría felizmente llevar a cabo el trabajo. Jorge necesitaba el dinero, ya estaba usando lo ahorrado por haber hecho la réplica de una estatua, fondos que necesitaba para cumplir su sueño.

—Graciela, puede pagarme el adelanto mañana y el resto el otro mes.

—¿Yo, pagarle? La comunidad lo hará, porque nosotros...

Jorge colgó. Simplemente no la soportó más. Fue por el agua caliente y la vertió en el filtro lleno de café molido. El teléfono volvió a sonar. El chorro de café cayó en la taza. Sopló el humo y dio un sorbo. Había olvidado endulzarlo. Buscó en la alacena la azucarera mientras el teléfono no paraba de chillar y cuando movió unos frascos de condimentos vio una cucaracha alejarse con prisa de su mano.

—Mierda.

Estaba harto. No podía vivir más allí. Tal vez le convenía cobrar el dinero e irse al viejo continente, pero no era suficiente, él quería irse a vivir al barrio de Palermo, más cercano, aunque todavía lejos de satisfacer su deseo. Se sirvió un par de cucharadas de azúcar. Finalmente, el teléfono dejó de sonar.

Contempló su estudio. Vio los afiches de Europa que lo llamaban, también en las paredes todavía colgaban algunas

fotos de la Estatua de la Libertad, con el telón de fondo del perfil urbano de Manhattan. Tenía que sacarlas, también se preguntaba si iba a necesitar a futuro el molde de más de tres metros de alto que ocupaba todo un rincón y raspaba el techo. Estaba arrepentido. Sentía que tendría que haber cobrado más por ese trabajo, quizás ahora ya estaría disfrutando del Mediterráneo. Miró una pequeña estatuilla de la Libertad que había hecho. Estaba apoyada sobre la misma mesada donde descansaba el busto de Francisco. Se acercó, apoyó la taza y levantó la estatuilla. Eso quería, ¡libertad! Pero se sentía acorralado, como si alguien le respirara en la nuca, hasta incluso con un sofocante aliento a kerosene. Giró sobre sí mismo y algo filoso y grueso atravesó su garganta ahogando su grito. Cayó de rodillas, primero vio formarse en el piso un charco de su propia sangre; después, los zapatos de su asesino, que misteriosamente permanecían brillantes y limpios. Intentó sacarse el objeto punzante, pero ya no tenía fuerzas, entonces lo ayudaron. Un chorro de sangre brotó de su cuello cuando salió el puñal, bañando el rostro del Papa, que no pareció inmutarse. Le resultó familiar el arma homicida. No era un cuchillo, parecía una estaca, pero sabía que tampoco lo era. Luego vio el rostro de su asesino y pareció confundirlo con la imagen de la estatua de Bartholdi, sólo que no vestía un manto blanco, sino negro. Se desplomó al piso y con un último suspiro vio que, en la otra mano, la estatua viviente tenía su famosa antorcha encendida, y las llamas que empezaban a devorar todo lo que había sido.

La Batalla de Keren (Rob Shilton)

Asombrosamente, los soldados indios aceptaban sus órdenes. Dando sus vidas por una guerra que para el capitán Rob Shilton no tenía sentido combatir tan lejos de Inglaterra. Menos para la India. ¡Pensar que estaban peleando una guerra para su país colonizador contra una nación europea en otro continente! Por eso Rob los respetaba. Otros oficiales, creyéndose superiores por tener la piel blanca los trataban como esclavos y no como soldados. Él tampoco quería que lo trataran como a un superior, no fuera a ser que algún francotirador lo identificara y buscara un premio mayor.

Gran Bretaña era la última resistencia después de la caída de Francia. Desde septiembre del año anterior, Inglaterra había comenzado a sufrir los primeros bombardeos. Sólo era cuestión de esperar un desembarco alemán.

A él le hubiera gustado estar más cerca de su país, de su familia. Pero como los indios, él también recibía órdenes. Su misión era defender las colonias del Reino Unido y expulsar a los italianos de África (éstos, aliados de la Alemania Nazi, se habían apropiado de Eritrea). Después de lograr el objetivo esperaba volver con su familia, o pasaría por Grecia, no lo sabía; su único deseo, que compartía con los demás oficiales, era irse. Sus uniformes de gabardina caqui no podían salvarlo de aquel caluroso desier-

to.

Los primeros avances fueron exitosos, pero el Monte Sanchil resultó un desafío que les marcó un límite infranqueable. Hasta el momento había visto la guerra a través de binoculares, pero sabía que pronto tendría que ensuciarse las manos. Tampoco el campamento militar era una suite del hotel Savoy.

Los italianos tenían la ventaja de la altura y de estar atrincherados en cuevas, pero los británicos los superaban en número. Tenían más hombres, armamentos y municiones. El cruce de fuego era sostenido y cruel. Uno fue cuerpo a cuerpo y tuvieron que usar las bayonetas en un contraataque italiano para expulsarlos. El saldo arrojado: varios muertos y un prisionero que había salvado su vida por casualidad al tropezarse. Solamente se había doblado el tobillo.

Cuando llegó la noche, como si fuera un consentimiento en común, tuvieron una breve tregua. Los británicos aprovecharon para reagruparse, unir fuerzas e intentar tomar las alturas de Keren. Los oficiales estaban planeando cómo llegar allí sin tener que atravesar la línea de defensa italiana. Al tener la carretera principal cortada el mejor camino parecía el estrecho llano entre los Montes Falestoh y Zelale, denominado Acqua Gap. De esta forma, podían llegar por el sudeste hacia Keren. El terreno era muy rocoso. Partirían a primera hora de la mañana.

A pesar de la extraña calma, una vez terminada la reunión con los demás oficiales, Rob Shilton no pudo conciliar el sueño y fue a dar una vuelta por el campamento. Visitó a los heridos y luego vio al soldado italiano. Estaba asustado. Apenas llegaba a los veinte años. Maniatado, pedía agua o al menos eso entendió Shilton, que le dio a beber de su propia cantimplora acercando el pico a los agrietados labios del soldado.

—*Grazie.*

Rob asintió.

—*E 'facile parlare inglese?*

Rob lo miró extrañado. No entendió ni una sola palabra.

—*I don't understand.*

El joven soldado sonrió e intentó con la boca abrir el bolsillo de su camisa. Rob se acercó y lo ayudó. Era una postal y una fotografía. La postal, una imagen de la Estatua de la Libertad de los Estados Unidos. Atrás había un escrito en italiano. Seguramente un familiar se la había enviado. Sabía que muchas familias europeas estaban buscando nuevas oportunidades de vida lejos de su patria. El hambre, la falta de trabajo y las guerras eran las principales causas. Estados Unidos, o América, como lo llamaban los inmigrantes, se había convertido en el gran sueño. La fotografía era de una joven, quizás su novia.

—Dopo la guerra voglio sposarmi in America. Mio cugino vive lì.

Rob no le entendía, pero imaginaba que le hablaba de ir a los Estados Unidos, seguramente con la joven. Sonrió y le devolvió la postal y la fotografía, luego sacó de su propio bolsillo una foto de él con su familia y sus cinco hijos y se la mostró.

—Bellissimi i tuoi bambini!

Rob buscó el atado y le puso un cigarrillo entre los labios. Se lo prendió. El soldado italiano le guiñó el ojo en forma de agradecimiento. No pudo darle ni una pitada cuando el temblor de una bomba provocó que se le cayera el cigarrillo de la boca. Luego se escucharon los disparos del rifle Mannlicher. Estaban muy cerca. ¡En el mismo campamento!

Viva il Duce! Avanti! Vinceremos! Vio a varios soldados indios corriendo de un lado a otro apuntando los fusiles Sten en varias direcciones, sin saber dónde ir. Rob desenfundó su revolver Webley y, sin tiempo de pensar, disparó a un italiano armado con una bayoneta que estaba a dos metros. *Per il Duce! Per l'Impero!* Continuó disparando. Estaban mezclados. El fuego amigo también podía ser mortal. Tenía que encontrar un escondite. Salir de la

carpa. Sin municiones, sólo con una granada de mano en su cinturón. Tomó la ametralladora de un soldado enemigo muerto, pero se le atascó y con razón había muerto. Por suerte tuvo tiempo de encontrar un fusil Sten de un indio mal herido. Todo era confusión. Una vez fuera, el resplandor de una bengala reveló un poco contra quiénes disparaban. Vio caballos sin jinete correr por el campamento. Las explosiones de los morteros era lo que ahora iluminaba el campo de batalla.

Divisó por donde descendían, pero un fusil nos los esparcía, corrió en cuclillas hacia un soldado indio espatulado de pánico que portaba una ametralladora Bren. Se la arrancó de las manos y agarró una caja de municiones. Buscó unos sacos de arena. Apoyó el cañón y apretó el gatillo. Los soldados italianos empezaron a caer, otros a retroceder. Lo estaba logrando. Además, su batallón comenzó a disparar en la misma dirección. ¡Estaban repeliendo el contraataque! Luego de unos minutos se le terminó la munición. Rob giró en busca de más y fue cuando la hoja de una bayoneta enemiga perforó su abdomen. El dolor fue profundo. Otro golpe más. Miró hacia el frente, asustado, sabiendo lo que estaba pasando: su familia y el adiós. Pero no vio a Martha o su bebé Charles. Enfrente suyo estaba aquel joven soldado italiano que, hasta hacía poco, era su prisionero, aquel que soñaba con conocer América. También estaba asustado, sorprendido. Quizás, si hubiera sabido que era él, no lo hubiera acuchillado. El italiano sacó la bayoneta. Rob cayó de rodillas hasta desplomarse finalmente de costado. Lo vio cargar municiones en la ametralladora, pero ahora apuntaba hacia donde estaban los británicos. Inmóvil, Rob apenas logró extender el brazo y zamarrearle la camisa al soldado italiano, recibiendo a cambio golpes. Otra bengala iluminó el cielo. En el forcejeo, la postal de la Estatua de la Libertad cayó a su

lado. Rob inhaló profundamente, por última vez. Sin fuerzas, sacó el seguro de la granada que tenía en su cinturón. Dejó salir el aire. El italiano no entendía por qué Rob estaba sonriendo.

1945 (Doris Duranti)

Doris Duranti se distrajo por un momento de lo que realmente estaba sucediendo. Su mirada fue absorbida por las estrellas del uniforme militar que llevaba en el pecho Alessandro Pavolini. Intentó recordar por qué logros las había obtenido, según le habían contado, una de plata correspondía a la Guerra de Etiopía, otra a la campaña hacia Grecia, la más grande pertenecía a la marcha sobre Roma y hasta lucía la Cruz de Hierro de Alemania. No obstante, ella no se había enamorado del soldado, sino de un acérreo escritor que además ostentaba el cargo de ministro de la Cultura Popular, lo cual más o menos significaba que se encargaba de difundir el arte para los fascistas. Así se habían cruzado en una función de gala. Fue amor a primera vista, y ese arte que él atesoraba terminó por unirlos. Pero los personajes que Doris interpretaba en aquellas películas ahora corrían peligro frente al avance de Occidente. Las cintas podían ser destruidas, convirtiendo toda la fantasía que guardaban en llamas, polvo y ceniza. Eso era algo que Doris debía evitar.

Todo era un caos, la tierra temblaba por los bombardeos. Debían abandonar la amada Italia y huir, y la opción más segura, dado el cargo que Alessandro ostentaba, era Berlín.

Atribulada y ansiosa, Doris veía pasar algunos soldados fieles a al Partido Fascista Republicano. Recortaban valiosas pinturas de sus marcos y las enrollaban para esconderlas en viejas cavas de vino; otros, se encargaban del equipaje. Un sargento se le acercó a Alessandro y le susurró algo al oído, al tiempo que le entregaba un sobre. Su amado lo abrió y sacó un fajo de documentos. Doris pudo distinguir varios salvoconductos.

—Con esto vas a poder cruzar la frontera de Lugano — informó Alessandro, tendiéndole el documento.

Doris intentaba por todos los medios evitar el llanto.

—¿Suiza?

—Es la opción más segura, vía Bérgamo...

—Pero... iríamos juntos.

—Amor, tienes que ser fuerte.

Doris contuvo las lágrimas y esperó un abrazo que nunca llegó. Abrió el salvoconducto y vio que le habían cambiado a propósito el apellido de Duranti a Pratesi. No le iba a resultar difícil fingir ser otra persona, toda su vida lo había hecho. La única diferencia era que no podrían repetir la escena, el mínimo error podría terminar con la película de su vida, de unos veintiocho años de duración.

—¿Y qué será de ti, mi amor? —preguntó.

—Mi misión esta junto al Duce. Vamos para Alemania, a reagruparnos y volver a tomar Italia.

Un hombre de anteojos y nariz pequeña, vestido de traje y sombrero, se acercó con unas valijas, pero no se las entregó a ninguno de los dos, se quedó quieto.

—Él es Ciro, uno de mis más fieles soldados. Sus instrucciones son llevarte sana y salva a ti y a tu primo Lorenzo a Lugano. Una vez que estés allí, nos pondremos en contacto.

El soldado asintió y salió fuera de la casa para poner en marcha el coche. Doris vio que Lorenzo ya estaba a bordo. Algo le dijo que podían ser los últimos instantes que pasaría cerca de su amado. Dio un salto hacia él y lo abrazó hasta sentir que finalmente los brazos de Alessandro respondían, envolviéndola y acariciando su espalda. Se besaron. Ella temía por los dos. La pregunta era si también amaba por los dos...

—Vamos a recuperar Italia. No te preocupes. Hasta pronto, Doris.

—Hasta pronto, mi amor.

Se volvieron a besar. Doris, acongojada, fue hacia el coche que estaba en marcha, esperando afuera. Saludó a su primo con un fuerte abrazo. Ciro arrancó el coche. Ella se dio vuelta a fin de verlo de nuevo a Alessandro a medida que avanzaba el coche, no podía ubicarlo, y cuando creyó encontrarlo justo una columnata del pórtico de la entrada cubrió su visión. Se le grabó en su mente el fuste de Corinto. Vio la casa, que casi se había convertido en su hogar, por última vez. Tres plantas rematadas por mansardas de tejuelas, rodeada de cuidados jardines.

Una vez en la carretera, Doris recordó que no traía consigo las latas con los rollos fílmicos. Preocupada, se arrimó a Ciro y cerca de su oído murmuró:

—Detén el auto, necesito recuperar mis películas.

—Señora, quédese tranquila, está todo arreglado. Escondimos sus copias, pero por razones de seguridad y para conservar su nueva identidad no pudimos traer ninguna con nosotros.

Claro, había dejado de ser Doris Duranti.

—Lo sé, Ciro, muchas gracias —dijo, resignada.

Doris sentía que su vida, tal cual la conocía, estaba terminando. Todo por lo que había luchado, todo lo construido, se estaba desmoronando; con mucha suerte podría empezar de nuevo. Sonrió, aferrándose a esa esperanza. Miró a Lorenzo y le tomó la mano. Se la apretó con fuerza. Él le devolvió la mirada y le sonrió. El momento se interrumpió por un fuerte estruendo de una bomba lanzada por un B—17 que impactó a cientos de metros. Se sucedieron más estallidos. Estaba anocheciendo y las ráfagas de la artillería antiaérea parecían estrellas fugaces surcando el cielo y los disparos de los aviones, cometas.

Ciro encendió las luces del auto. A medida que avanzaban, aparecían al costado de la ruta tanques demolidos y

vehículos prendidos fuego; el olor a caucho quemado penetraba en el coche por más que mantuvieran las ventanillas cerradas. Doris, se puso un pañuelo en la nariz, pero no sólo olía a destrucción, también a carne, putrefacción de animales y seguramente personas. Un niño, vistiendo un uniforme militar hecho andrajos, cruzó la ruta descalzo, gritando por sus padres.

—*Figlio della lupa* —dijo Doris, en voz alta. Luego pensó en pedirle a Ciro que se detuviera, pero a quién engañaba, apenas se podía ayudar a sí misma. Mientras más se acercaba el auto a Bérgamo, más miseria los acorralaba: soldados mutilados y vendados, caballos muertos o en agonía, ancianos que ya no reconocían su país. De eso se trataba aquel horror, no había más patria, tampoco un bando vencedor. Todos eran perdedores. Doris no lo toleró más y corrió la cortina de la ventanilla.

—Ciro, ¿cuánto falta?

—Una hora, señora.

—Gracias. —Miró a Lorenzo—: No soporto tanto horror.

—La libertad nos espera, prima.

Coloreando la barranca de Buenos Aires (Nacho)

Esa tarde la plaza parecía más una playa y la glorieta, el parador de un balneario. Era un día soleado. Hombres con el torso desnudo y chicas en malla aprovechaban la ocasión para broncear sus cuerpos y descansar sobre el césped. Ni siquiera se molestaban en llevar reposeras, la misma lomada del terreno los dejaba en un ángulo exacto para exponerse uniformemente al sol. No sólo había personas, también varias cotorras revoloteando. Nacho sintió curiosidad por saber si alguna era capaz de hablar. Tenía miedo de que pronto empezara a escucharlas, que otra vez un sueño lo confundiera, de despertar, confundido, en la plaza.

Subió un poco más la barranca cargando el atril. Trató de recordar con precisión dónde lo había ubicado la última vez (le habría resultado más fácil tomar fotografías desde el ángulo preciso, pero ya le habían robado una cámara durante otra ensueño). Mejor inspirarse y dejarse llevar no sólo por el encuadre, también por el movimiento que éste cobraba: la brisa moviendo las hojas, la sombra parpadeante de las nubes, la densidad del aire y los ruidos de la naturaleza fundidos con el tránsito de la ciudad.

Ignacio contempló detenidamente el escenario que tenía delante. Un pino, algunos arbustos, magnolias y hasta una palmera, el asombroso bosque plantado en una plaza. Pero no era el fondo, más allá podía apreciar los balcones de los edificios, que poco se parecían a los de Manhattan. Y allí la estatua, como en otro país. Si daba dos pasos a la derecha, detrás de ella emergía un farol del siglo XIX. A ésta le faltaba la bahía del Hudson, o las corrientes del Sena.

Le faltaban varias decenas de metros de altura, pero con sus casi tres, le bastaba para lucirse igual. Su color rojizo resaltaba entre el verde de las hojas. ¿Por qué roja?, se preguntó Ignacio. ¿Y por qué no?, se respondió. Tal vez colorada de vergüenza por ser una réplica o por observar impotente la pobreza y actos vandálicos que acontecían en esa plaza, incluso en su mismo pedestal había mamaracheado un graffiti que rezaba: “Oh no!”, y de abajo, el dibujo de un rostro sin cabeza: cejas, ojos, nariz, bigote y mentón; aunque no estaba del todo seguro de que fuera un mentón, quizás fueran dos colmillos o dos piernas. Algo destenido, se podía leer otra leyenda más antigua: “policía no”. Ni la policía ni nadie se acercaba para cuidarla, los pliegues de la túnica estaban llenos de telarañas, pero era demasiado detalle para volcarlo con un pincel sobre el lienzo. Tampoco podía pintar el epígrafe en la tapa del libro que sostenía: “IV Juillet 1776 — XIV Juillet 1789”. Tampoco sería fácil reproducir con el pincel la llama de la antorcha y la corona de siete rayos de sol con un color rojo opaco. Pero, a su favor, jugaba que era tan reconocible la sola silueta realizada por Frédéric Auguste Bartholdi en el siglo XIX, que sería sencillo identificarla en la pintura.

Ignacio tronó sus dedos y empezó a pintar el paisaje con la esperanza de no volcar en el lienzo sus retorcidas aventuras oníricas.

Estaba atardeciendo y todavía le quedaban algunos retoques, pero la llegada de un linyera interrumpió su estado de concentración. Llevaba un tetra brik de vino y despedía un olor repugnante. El hombre apoyó la espalda contra la base de la estatua y se dejó caer mientras derramaba algo de vino. El linyera frunció el ceño. Su delgada barba ocultaba los rasgos originarios, de pómulos afilados, ojos rasgados y tez morena.

—*Juma Wasiy... hawa.*

—¿Qué?

—*Wasiy* —dijo, señalándose a sí mismo.

—No entiendo.

—*Awqa* —dijo, apuntando con el dedo a Nacho.

Estaba loco, borracho, o las dos cosas. No decía nada coherente. Le daba pena que aquella estatua estuviera tan olvidada y desprotegida. Nacho agarró el atril con las láminas y se fue hacia la terminal del 55, justo al lado de la estación de trenes. Un inevitable bostezo le atoró la garganta y lo dejó preocupado. Del bolsillo sacó su frasco de Modafinilo. Se puso dos en la lengua, juntó saliva e intentó tragarlas, pero una le quedó atravesada. Se puso a toser y terminó escupiéndola. Tenía los ojos lagrimosos y se sentía mareado. El 55 no venía. Paró un taxi.

El taxista era un hombre de mediana edad, de cara regordeta, mal afeitado y con largos rulos. Su espalda desbordaba del asiento que lo tenía echado hacia atrás al máximo, oprimiéndole las piernas a cualquier pasajero que viajara detrás de él. Tenía su ventanilla abierta y fumaba. El cabezal del acompañante bloqueaba la vista del taxímetro. Nacho miró la ficha que colgaba del asiento del taxista, se llamaba Roberto Siracusa y en la foto tenía varias canas y kilos menos. Al verlo con el atril y el cuadro enseñada le habló. Ni tiempo le dio a indicarle su destino.

—Ey... Buenos días, fenómeno, ¿qué haces con eso?
¿Pintás?

—Hola, no, nada importante.

—¿Te abro atrás?

—No hace falta, gracias —sonrió tímidamente— preciso que...

—En serio pibe, no me molesta. Mirá que tengo espacio.

Arrancó el taxi bruscamente, por la sacudida Nacho se abalanzó un poco hacia adelante. Luego clavó los frenos y sacando medio cuerpo por la ventanilla, gritó:

—¡Pelotudo! ¿Por qué no te vas bien a la concha de tu hermana, hijo de re mil putas?

Un motociclista, blanco de las puteadas de Roberto, le hizo *fuck you* con el dedo mayor enguantado. Roberto volvió a arrancar.

—Qué mal manejan en esta ciudad —dijo, negando con la cabeza—. ¿A dónde vamos, Da Vinci? ¿A una galería?

—No, dejame en Thames y Niceto, por favor.

—¡Dale! —le dio una pitada al cigarrillo que parecía adosado a su mano— perdón, ¿no te jode que fume? Sino, lo tiro. Hay pasajeros que no se aguantan el olor.

Agarró de la guantera un desodorante de frutos del bosque y roció el interior del vehículo. Tanto que le provocó un estornudo a Nacho.

—¡¿A quién se le ocurre poner estos: Frutos del bosque?! —exclamó Roberto— ¿Te imaginás a Caperucita saltando y recolectando a mano los frutos del bosque por un camino? Si todos deben tener la misma baranda...

Otro semáforo. Frenó, Roberto se dio vuelta como pudo.

—¿Mejor?

Nacho asintió con la cabeza. Avanzaron unas cuadras más. Se detuvieron, esperando que un semáforo se pusiera en verde. Roberto lo miró a través del espejo retrovisor.

—¿Y, pibe, qué estás pintando?

A Nacho no le gustaba hablar con los tacheros y Roberto parecía infumable; pero dada su condición, lo encontró oportuno.

—Las Barrancas de Belgrano.

—¡Qué bueno! Si habré bailado tango en la glorieta. ¡Uf, qué épocas!

—Mira vos... —respondió, mientras se movió de costado para ver cuánto iba marcando el taxímetro.

—Sí, pero ya las rodillas no me dan más. Fui... —se detuvo, como cambiando lo que iba a decir—. ¿Leíste mi nombre?

—Roberto Siracusa.

—¿No te suena?

—Eh...

—Claro, Da Vinci, si sos un pibe... en el año 1988 ni siquiera habías nacido —era cierto, Nacho había nacido el 9 de noviembre de 1989—. Yo jugué en primera división de Deportivo Armenio.

—Ajá...

—Sí, le peleaba el puesto a Miguel Gardarian...

—Tampoco lo conozco, disculpame, no soy muy fanático del fútbol. No es lo mío.

—Si me hubieras visto jugar, te habría encantado el futbol —Roberto rió—. No, bromeo... yo era un rústico, pero es verdad, qué te voy hablar de fútbol si sos pintor. ¿Así que pintaste la glorieta?

—Eh...

—Ahí, en la barranca...

—No, en realidad, pinté parte de la plaza en donde aparece la Estatua de la Libertad, ojo, no es...

—Sí, ya sé, pibe, la réplica colorada. La conozco. Es la de Bartholdi. No sólo jugué al fútbol y manejo tachos, soy un tipo muy culto. No es como ahora que las respuestas las buscás en el celular, antes tenías que buscarlas en la cabeza o en los libros.

Nacho sonrió, no sabía qué decir, veía que ya estaban doblando en Fitz Roy hacia Niceto y sintió cierto alivio. Faltaba poco.

—Nadie dijo que no seas culto —atinó a decir Nacho.

—Gracias, Da Vinci, entre inteligentes nos reconocemos —le guiñó el ojo a través del espejo—. Es más, te digo, por si te interesa saber más de esa estatua, no sólo es una réplica en miniatura, es un original.

—¿Cómo un original?, si es una réplica... ¿En qué quedamos?

—Cuando hacen un molde para una estatua sacan varias.

—Sí, eso ya lo sé.

—Bueno, pero fijate que la base está firmada por el mismo Bartholdi y también dice el taller de la fundición, que ahora no recuerdo.

—Mirá vos, yo sólo sabía de la Estatua de la Libertad en Estados Unidos y en París.

—Pff... hay un montón por el mundo, pero esta es de comienzos del siglo XX o fines del XIX, si no la pifio y, como te dije, de Bartholdi. Debe valer una fortuna y está ahí... olvidada.

—Sí, como todos los monumentos de la ciudad. En la esquina está bien.

Roberto lo acercó a la esquina. Paró el taxímetro. No sabía cuánto le había costado.

—Noventa y tres... para vos noventa. —Le sonrió a través del espejo.

Nacho le pagó, abrió la puerta y empezó agarrar sus cosas.

—¿Te ayudo?

—No hace falta, gracias.

—Tomá, pibe, por si alguna vez precisás un taxi y ando por la zona, me llamás y no te cobro la llamada del radio taxi.

Roberto le tendió una tarjeta. Nacho la guardó en la billetera.

—Ah, gracias.

—¡Suerte con el cuadro!

—Gracias, suerte para vos también. Adiós.

Finalmente cerró la puerta y el taxi se marchó. Le quedaban unos veinte metros más. Esta vez pudo abrir la puerta sin que se le cayera nada.

Una vez en su departamento, se tiró en el sofá negro; estaba exhausto, quería dormir pero todavía no era hora. Su celular empezó a vibrar, lo había dejado en el bolsillo del jean que colgaba del respaldo de una silla. Bostezó, ¿o lo llevaba encima? El sofá estaba muy cómodo, pero a la vez se sentía en caída, como si los almohadones lo estuvieran absorbiendo. Su piel confundía la sensación de la funda de terciopelo con un oscuro pantano que lo tragaba de a poco. Sus piernas ya habían desaparecido. Tenía lodo hasta la cintura. No había nada de qué agarrarse. Con esfuerzo, intentó acercarse a la botamanga del jean, estiró la mano pero no lo alcanzó. Caminó sobre del barro. Pisaba y salpicaba, hasta que unas gotas llegaron a su boca. Para su sorpresa, era dulce, un poco fuerte, pero rico. Tenía sabor a vino, vino patero. Ahora veía a sus hermanos saltar sobre una montaña de uvas y él estaba metido adentro, como si no pudiera salir de un pelotero. Su familia fabricaba ese vino (dejando atrás la industria cervecera). Pobre su hermana, iba a tener que cambiar el bar por una vinoteca. ¡Su hermana! ¿Dónde estaba Virginia? Entre los que pisaban uvas no la veía. Claro, cómo la iba a poder ver si tenía los ojos cerrados. Intentó abrirllos. Era difícil. Los párpados pesaban. Se ayudó con los dedos. El panorama cambió.

Estaba acostado en el sillón. Viendo la tele apagada. Se vio en el reflejo de la pantalla y pudo distinguir una luz roja parpadeante de su bolsillo. Bostezó.

Era un nene, un bebé, gateaba sobre un charco de vino que al parecer él mismo había derramado. Escuchó un

grito. Un adulto. Se volvió, ahí estaba el tío Alfonso. Rió. Siempre lo hacía reír. Empezó a golpear el piso salpicando vino en los pies de su tío. Sintió un pinchazo en la mano.

Terminó el bostezo. Nacho miró su mano. No sangraba, pero juraría que se había cortado. Le ardía. Sacó el celular del bolsillo. Tres llamadas perdidas de Virginia y otra de un número desconocido. Se desperezó. Tronó los dedos y movió la cabeza hasta que también su cuello sonó. Se paró. Tenía sed, tanta que parecía que la lengua se le había secado. Como si estuviera petrificada, que con el mínimo movimiento se podría partir. Le resultaba imposible hablar. Fue a la cocina y agarró una botella de agua de la heladera. Tomó un trago. Su boca recuperó el aliento. Entonces pudo llamar a Virginia.

—¡Nacho! —gritó ella, al otro lado de la línea.

—Hola Virginia, disculpá, puse en silencio el celular y no lo tenía conmigo, por eso no lo escuché.

—Mm... vos lo ponés en silencio cuando te conviene. ¿Estás bien? ¿En serio?

Nacho chistó y a continuación resopló.

—Te dije que tenía el celular en vibrador. Por eso no lo escuché.

—Vibrador o silencio. ¿En qué quedamos? Dale, te dormiste...

—No me jodas... —un inevitable bostezo se tragó sus palabras.

—¿Por qué lo ocultas? Voy para allá.

—Basta. ¿Puedo tener un poco de vida privada?

—Sí, en los momentos en que no te llamo.

Nacho respiró hondo, no había manera de ganarle.

—En fin, decime para qué llamaste.

—Nada. Sólo quería saber de vos y preguntarte cuándo pasas por el bar.

—Se me pasó. Mañana voy sin falta. Y estoy bien.

—Bueno, me alegro.

—Tengo que hacer otra llamada, hablamos.

—Besos.

Nacho cortó y justo cuando buscaba el número desconocido del que lo habían llamado, el celular empezó a sonar. Otra vez desconocido. ¿Sería el mismo? ¿Publicidad? ¡Qué insistentes!

—Hola —pronunció, seco y con ganas de cortar.

—Hola, ¿con Ignacio Hans Brücke?

Seguro que no era publicidad, la voz femenina pronunció a la perfección su apellido. La *exquisita* voz femenina.

—Sí, soy yo —¿alguien de la facultad, alguna secretaria, quizás?

—Encantada, Ignacio, mi nombre es Greta. Pertenezco a *La soeur d'avant-garde*.

—¿La sur de Gardel? —preguntó Ignacio, desorientado.

—No —una risita—, la galería de arte, la traducción al español sería “la hermana vanguardista” —dijo, en un tono que podría haber usado para hablarle al perro.

—Creo que no la conozco.

Un silencio al otro lado. Pensó que se había cortado la comunicación cuando la voz cortante pero atrapante reapareció:

—Qué raro que no la conozca... Un pintor tan talentoso. En total son cuatro sucursales: Roma, París, New York y Buenos Aires.

—Las cuatro hermanas.

—Nos vamos entendiendo.

No sabía qué lo calentaba más, si la tonada de su voz o que tuviera el nombre de una vieja.

—Gracias, pero ¿cómo sabes que pinto?

—Porque nos han dejado unos cuadros suyos en la galería.

“Virginia”, pensó automáticamente. No los había llevado al bar, los había dejado en galerías. Ninguno estaba terminado. Sintió vergüenza, pero al menos alivio, si lo estaban llamando era por algo...

—Cierto, mi her... representante, los habrá enviado. ¿Cuál les interesó?

Otro silencio al otro lado de la línea.

—No sabría decirle. Encima, no tiene nombre, de hecho, ninguna de las pinturas que me dejó su “agente” tiene nombre, tampoco firma.

—Porque no estaban listas. Mi agente es una... entrometida.

—Todo lo contrario, debería estar agradecido. Vaya pensando en un regalo para ella.

—¿Pero por qué? —sentía adrenalina recorrer su cuerpo, el sueño se fue lejos, tal vez así fuera como vivían las personas normales.

—La verdad, nos encantó la pintura sobre la Estatua de la Libertad de la barranca de Belgrano. Representa a *La soeur d'avant-garde*, las cuatro hermanas. La ciudad es Buenos Aires, la estatua está en New York, Bartholdi, el escultor, es de origen francés y esa inclinación particular que le dio en la pintura a la estatua hace pensar en Pisa.

—Gracias —aclaró su garganta, si supiera que el error fue por uno de sus colapsos...—. Me alegra que les gustara.

—Nos fascinó, aunque todavía no logro descifrar cuál es su estilo.

—Yo tampoco, me gusta improvisar. No soy fiel a ninguna escuela. Aunque ahora quiero probar con el puntillismo.

—¿Y desde cuándo pinta? ¿Quién lo alentó? ¿Hay alguien más en la familia con el don?

Nacho se demoró un segundo en responder la maratón de preguntas. Tenía que disfrazar la verdad o directamente inventarse algo. No podía decirle que había sido motivado por los médicos como terapia y que lo ayudaba a volcar sus sueños para después interpretarlos. También era una de las pocas asignaturas que podía seguirle el paso, otras como literatura, ciencias sociales, naturales y matemática le costaban mucho porque con frecuencia se dormía en clase.

—Una vez me porté mal, no recuerdo qué hice, pero me dejaron en penitencia en el estudio del abuelo. No tenía nada divertido que hacer, sólo estaban sus libros contables y había un lapicero lleno y más cuadernos de reserva esperando ser usados. Entonces empecé a dibujar sobre ellos.

—Qué lindo. Seguramente recibió otro reto.

—No, porque usé las hojas vacías y rápidamente vieron algo en mí. Al día siguiente me anotaron en la escuela de dibujo.

—¿Cuál?

—Este... no recuerdo. No es importante. Entonces, ¿lo quiere exhibir? —preguntó Nacho, cambiando de tema.

—¿Exhibirlo? No, comprarlo.

—Ah... genial. No sé qué decir.

—Seguramente querrá saber cuál será nuestra oferta.

—Sí, no lo voy a negar.

—Pero primero quiero que se dé una vuelta por la galería. El precio lo discutimos en persona. Además, me gustaría verlo terminado. En fin, más tarde lo va a llamar Sabrina.

—¿Sabrina?

—Sí, mi secretaria.

Nacho tragó saliva, todavía no daba crédito a la dimensión que tenía aquella conversación.

—Perfecto.

—Genial, nos vemos. Adiós, Ignacio.

—Espere.

—¿Sí?

—Mire, sé que siempre hay, cómo se dice...

—¿Un filtro?

—Exacto, ¿cómo consiguió mi hermana convencerla de que viera mis pinturas?

—¿No era su representante?

Nacho sintió cómo se le ponía la cara colorada de vergüenza, por suerte Greta no podía verlo, pero su tartamudeo casi lo delataba.

—Este... no, pe... pero...

—Relájase Ignacio —Greta rió.

—Nacho.

—Nacho, su hermana había pedido cita para hablar conmigo hacía rato, ofreciendo un catering de cervezas artesanales e importadas a un precio más que razonable. La verdad que nosotros siempre ofrecemos vinos y champagne cuando hacemos nuestras *vernissage*. Pero fue muy convincente con la palabra *cerveza premium* y la idea de hacer una noche algo diferente, me gustó. Después me habló de vos —Nacho notó que Greta ya lo tuteaba.

Estaba contento, quería darle un abrazo eterno a su hermana. Ella sí que sabía cómo manejarse.

—Bueno, la verdad, muchas gracias. Hablamos.

—Chau.

—Adiós.

Greta cortó y Nacho apretó con fuerza su puño.

—¡Vamos, carajo!

Intentó llamar a su hermana para agradecerle. Le temblaban un poco las manos de la emoción, raro en él, porque siempre consideró que aquellos que apreciaban su arte, como su familia o vecinos de Villa General Belgrano, lo hacían por pena debido a su narcolepsia. Antes, de niño, era peor: llegaba a dormir varias horas durante la tarde.

Respiró hondo, marcó el número de su hermana, pero antes de que empezara a llamar, cortó. Mejor, pensó, decirle una vez que se concretara la venta. Se estaba anticipando. Era más prudente ir despacio.

Prendió la computadora y abrió el explorador. Tipeó: *la sur de avanti garden* y automáticamente la página se lo corrigió: *La soeur d'avant—garde*. La primera opción en la búsqueda era el sitio oficial. Ingresó y empezó a navegar: abriendo fotos, leyendo reseñas de las obras que exponían y también la historia de las galerías. Luego, vio que la sede en Buenos Aires estaba en la Avenida Alvear, casi esquina Rodríguez Peña. Una vez la había transitado y recordaba que quienes vivían allí eran gente de guita por lo majestuoso de sus edificaciones. Observó el reloj, había pasado una hora y todavía no lo había llamado Sabrina. Estaba ansioso, en el sitio había un ícono de un sobre. Hizo click en él. Se abrió una ventana dónde tenía que poner su correo electrónico, su nombre y el cuerpo del mensaje. Dudó en escribir. Quería saber ya cuándo se iba a reunir con Greta. ¿Y si perdían su número? Imposible. Tal vez tenía mala señal, recordó que algunas veces su familia había intentado llamarlo y saltó el contestador. Había realizado varios reclamos a la compañía. ¿Sería más prudente escribirles y decirles que estaba esperando el llamado? ¿O que le contesten por e-mail cuándo querían reunirse? No sabía qué hacer, pero mientras lo pensaba, ya estaba redactando un mensaje.

Lugano (Doris Duranti)

La escasa iluminación, el piso frío, las rejas. Todo la privaban de la libertad que su mente precisaba. De a poco, iban floreciendo los recuerdos de Doris. Estaba ausente, pero lentamente despertaba. Supo que no estaba en la finca en Roma disfrutando del sol, sino que había sido encarcelada. Que habían descubierto su disfraz, aunque ella había interpretado a la perfección el papel, fingiendo ser la otra persona. Había sido traicionada.

Los rumores del asesinato de su amado le revolvían las tripas, pero más al saber que Clara Petacci, la esposa de Benito Mussolini murió al lado de él. Ella tendría que haber tenido la misma suerte. Ni siquiera pudo morir en familia. Ahora, su única compañía eran las piedras. Lloró hasta agotarse. Su cuerpo quedó suspendido. Sólo podía repasar cada detalle de lo que había pasado.

Recordó que mientras más inquieto notaba a Lorenzo, más relajado parecía Ciro, pensó Doris. No entendía por qué habían pasado la frontera, ya estaban en Suiza, ya eran libres, pero Lorenzo estaba irritado. En el auto intentaba disimularlo, pero ella conocía muy bien a su primo.

—¿Qué sucede Lorenzo?—preguntó Doris, en voz baja.

—Nada, Doris.

—En serio.

—Los suizos le dieron un sobre a Ciro —susurró.

—Sí, los documentos.

—No, era otro sobre —Respondió, llevándose un pañuelo a la nariz y fingiendo que se la sonaba.

Ciro continuaba concentrado en la ruta.

—Nos vendió —siguió Lorenzo—. Seguramente es un *partigiano figlio di puttana*.

—Estás loco, él es fiel al partido. Además, Suiza es neutral.

—¿Neutral? Esto es una guerra, y la estamos perdiendo.

El auto se detuvo. Ciro y Lorenzo se miraron a través del espejo retrovisor. Lorenzo se abalanzó hacia el asiento del conductor pero ni siquiera logró tocarlo. La fuerza del impacto de bala lo devolvió nuevamente a su asiento. Doris quedó instantáneamente sorda por el estruendo. En el pecho de su primo una mancha roja empezó a expandirse sobre la tela de su camisa blanca. El segundo disparo no lo escuchó, pero algunos tejidos pringosos de Lorenzo salpicaron su propio rostro.

En shock, Doris mantenía pegada su espalda contra la puerta del auto, intentando alejarse del cadáver sangrante de su primo. No podía dejar de mirar el hueco en su cabeza. De pronto, sintió una ráfaga de viento y cayó contra el piso. El golpe en la espalda le había sacado el aire. Tosió. Abrió los ojos y vio un cielo hermoso, limpio de nubes, buscó con la mirada al sol, pero fue sólo Ciro quien la encandiló.

Como aquel brillo. Un pie enfundado en una bota lustrosa la obligaba mover su cabeza de un lado hacia el otro. El piso de piedra raspó sus mejillas. Esa misma mañana se había empolvado la cara con *Lancôme*. Reaccionó, se incorporó y se alejó, buscando refugio en un rincón oscuro. En la penumbra pudo reconocer a Ciro. Sonreía. Se acomodó los anteojos con el dedo índice. Estaba sin sombrero, comprobó que era calvo, apenas tenía un poco de cabello cerca de sus orejas. Arrojó un periódico al piso, cerca de ella. La primera plana mostraba una fotografía con varios cuerpos colgados. Tuvo ganas de vomitar pero no tenía nada en el estómago. Los rumores eran ciertos. Alessandro había sido asesinado junto al Duce.

—Vuelvo a Italia a reconstruirla —dijo Ciro— y a terminar con la escoria como usted. Adentro del diario le dejo un regalo. Una oportunidad.

Doris miró a Ciro, luego el diario y otra vez a Ciro, que se volvió sobre sí mismo con paso marcial. El tacconeo retumbó con un eco en la mazmorra. Se fue. Un soldado suizo cerró la reja con llave. Doris levantó el diario y algo cayó. Produjo un sonido metálico. Era una navaja. El soldado se asomó. Doris se llevó rápidamente la navaja a la espalda. Esperó a que se fuera para sacarla nuevamente. Intentó tomar el mango con firmeza pero le temblaba la mano. Acercó la cuchilla a la muñeca. Empezó a llorar, pero con valentía hizo presión hasta desvanecerse.

Le picaban las muñecas. Quiso rascarse pero tenía vendas y estaba atada a la barandilla de la cama. ¿Cama? Se sentía desorientada, al menos cómoda. Debajo de su cabeza tenía una almohada mullida y estaba sobre un confortable colchón. Era un cuarto grande y bien iluminado. Otras camas se distribuían a lo largo de la habitación, generando un pasillo muy transitado por enfermeras, médicos y algunos pacientes en recuperación. Entonces supo que había fallado en su intento. Una extraña sensación de alivio y malestar se apoderó de sus sentimientos. Por un lado, había dejado la espeluznante mazmorra pero, por el otro, había fallado en el propósito de reunirse con su amado. Angustiada, empezó a llorar. Una monja que pasaba, se detuvo y se acercó. Le hizo una leve caricia en el brazo y le enjugó la frente con un paño húmedo.

—Shh, ya estás bien, estás a salvo. Dios te bendiga.

La monja levantó la ficha que colgaba a los pies de la cama y la leyó.

—Tranquila, Doris —sonrió— tu bebé también está bien y bendecido por el niño Jesús.

Doris volvió a desmayarse.

El desayuno estaba delicioso. La habían trasladado a una habitación exclusiva para ella. No entendía bien por qué estaba allí. ¿Quién la había dejado? ¿Por qué la trasladaron? Aunque las dudas mermaban frente al paisaje que podía ver a través del ventanal. El lago *Maggiore* estaba quieto y translúcido, las nubes se veían tan bajas que parecían sostenidas por las montañas. La primavera florecía. Esperó un movimiento en la panza que nunca llegó. Se emocionó. Se llevó las manos al vientre. Una lágrima rodó por su mejilla.

La puerta de la habitación empezó a abrirse despacio. Entró un hombre con uniforme marrón. Sonreía y llevaba un ramo de flores.

—Disculpe. ¡Buen día! —dijo el hombre.

Doris asintió con la cabeza. El hombre rió nerviosamente.

—Doris, estas flores son para usted. Espero que esté más cómoda.

—Gracias. ¿Con quién tengo el gusto..?

—Luciano Pagani, capitán de la *Swiss Polizei*.

—Muy considerado de su parte atenderme tan bien.

—Es lo mínimo que puedo hacer por usted. Cuando me enteré que la tenían retenida, enseguida vine para acá. Soy un gran admirador suyo. Vi como cinco veces *Carmela*.

Doris sonrió, el pasado por el cual tanto escapaba al parecer le estaba dando una nueva oportunidad, una vía de escape.

—Muchas gracias, Luciano.

Luciano se acercó, le tomó una de sus manos y la besó.

Otra ronda (Greta y Nacho)

A Greta le molestaban los tacos. Quería salir a comprarse otros zapatos en Prüne pero tenía que esperar a Ignacio. Sería su primer encuentro. Sacó su iphone con funda rosada de la cartera. Tenía como sesenta mensajes de WhatsApp sin leer. Abrió Spotify y se calzó los auriculares inalámbricos. Lo había citado en el MALBA porque estaba invitada a la exposición *Dream Come True*, de Yoko Ono. Las instalaciones mucho no le gustaban, pero tenía que hacer acto de presencia, varias veces había conseguido contactos y buenos negocios durante esas muestras. Gajes del oficio. Se libraría rápidamente de Ignacio y luego atacaría al público.

Se fijó por tercera vez la hora en menos de dos minutos en la pantalla de su celular. ¿Dónde estaba su secretaria? ¿Dónde estaba Ignacio? El museo se estaba llenando, le resultaba difícil divisar a Sabrina. El grupo más grande rodeaba una bañera llena de pestañas. La gente se preguntaba cuántas personas tuvieron que dejar adentro sus pestañas para llenarla. ¿Un millón? ¿Ignacio sería uno de los curiosos? Greta asomó la cabeza, pero no lo veía.

—¡Greta!

Escuchó su nombre y se volvió. Vio a Sabrina acompañada por quien debía ser Ignacio. Lo primero que vio en él fue su pecho, porque la cabeza de ella no llegaba a sobrepassar los hombros de él. Llevaba puesto un saco escoses abierto que dejaba entrever una remera negra con la estampa del Hombre de Vítruvio. Bufó, otro artista que quería demostrar que lo era. Parecía más bien un hincha de fútbol. Vulgar. Pero en fin, vivía de ellos. Levantó la vista y sorpresivamente reparó en un rostro sumamente atractivo. Tenía las facciones bien proporcionadas, ojos verdes, nariz clásica, sonrisa cautivante de dientes perfectos, reciente-

mente blanqueados. Su cabello oscuro brillaba como si se lo hubieran lustrado.

Greta estaba sonriendo. ¿Le estaba dedicando la sonrisa a él? Estaba bien que le sonriera, pero que no le dirigiera esa pícara sonrisa acompañada de un inevitable enrojecimiento de sus mejillas. Bajó la mirada, avergonzada, nerviosa y vio otra vez su pecho. Siguió bajando, lo que no tenía de panza lo tenía de piernas: larguísimas, que terminaban en unos ordinarios zapatos de gamuza azules. Tal vez aceptara venderle el cuadro por menos. ¿Tal vez? Con esa pinta, cualquier propuesta le vendría bien. Pero sus ojos, aquella mirada, la habían conquistado. Mejor lookeado por ella, seguramente sería capaz de venderle a un público de viejas menopáusicas un plato de fideos con tuco reventado en un lienzo.

—Hola, encantada en conocerlo Ignacio. Soy Greta.

Notó que Ignacio tardaba un poco en responder, como si fuera a decir algo pero se hubiera olvidado primero de abrir la boca. Quizás fuera cordial en el saludo, a lo mejor era mejor tutearlo, como terminaron hablando por teléfono.

—Hola, el gusto... es mío.

Nacho primero tendió la mano para estrechar la de ella, pero se arrepintió y le acercó la mejilla. Sintió los labios de ella. Su cuello, tan ricamente perfumado que le hubiera gustado quedarse ahí. Pero cuando la miró a los ojos, supo que tampoco era una atracción para dejarla pasar. Los faroles celestes de Greta lo encandilaron, casi tuvo que cubrirse los ojos con la mano para seguir viéndola. El peinado alto dejaba al descubierto unas orejas pequeñas, que se alineaban simétricamente a sus inflados pómulos. Ya mismo quería retratarla. Pasar una tarde entera solamente copiando esas jóvenes y firmes facciones. Pasando un color arriba del otro hasta llegar a darle esa vitalidad que tenía enfrente.

Cuando se tomó un descanso de ese rostro perfecto, siguió por el cuerpo: petisa, pero de curvas voluptuosas. ¿Veinticinco años? Tenía tan ajustado el saco apretando su pecho que se le marcaban los pezones. Sus piernas torneadas de gimnasio. ¿Cómo un “camión” como ella se iba a llamar Greta? Greta. Tragó saliva y sonrió.

Después de todo es un hombre, pensó Greta. Notó que su hora de *spinning*, sus trescientos abdominales y sus cien sentadillas diarias habían dado resultado. Ignacio estaba pésimamente vestido, si lo veían con él podía perder potenciales clientes en la exposición del MALBA. Mejor irse de ahí, terminar rápido y volver a la muestra.

—Sabrina, estamos bien. Gracias.

—De nada.

Sabrina los dejó solos. Greta advirtió que Ignacio empezó a frotarse la nuca como no sabiendo qué hacer con sus manos.

—¿Puedo ver tus manos? —mejor volver a tutearlo.

—Este... sí. —Ignacio sacó la mano de su nuca y la otra de su bolsillo y las mostró.

—Están secas, no transpirás, eso es bueno para un pintor.

—Gracias, no lo había pensado.

—¿Vamos a otro lado?

—Ah... bueno, pero después volvemos, ya tengo curiosidad por las cosas que hizo Yoko ...

—Es perder el tiempo. No te molestes. ¿Te gusta el té? Acá en la esquina está el Dashi Alcorta. Es japonés... — ¡Qué le va a gustar! Reflexionó Greta, seguro que en su vida había probado sushi.

Qué concheta de mierda. ¿Dashi? ¿Invitará ella? Él era el hombre, tenía que pagar, pero por otro lado no era una

cita, por más que estuviera buenísima. Además, ¿cuánto podía costarle un té en el Sashi o cómo se llamara?

—No, jamás estuve.

Greta sonrió. Sus dientes se merecían otra tarde entera para ser pintados.

—¿Qué?

—Nada, hay que educarte un poco, nada más, no te lo tomes a mal.

Nacho al principio se sorprendió, pero no podía enojarse con una chica tan linda; además, tampoco fue soberbia, se lo dijo bien, hasta con gracia.

—Bueno, educame, entonces. Pero antes tengo una pregunta.

Empezaron a bajar escaleras. Una tras otra. Era un laberinto.

—Preguntá lo que quieras, para eso estoy.

—¿El cuadro dónde está? ¿No es que íbamos a discutir sobre él?

—Despreocúpate. Le saqué una foto con el celular. No voy a estar con el cuadro encima...

No supo cómo, sacó de su cartera minúscula un celular enorme. Era un iphone. Plata le sobraba.

—Claro... —respondió Ignacio.

—Además, hice unos retoques con photoshop de lo que quiero para la pintura. Servirá Zombie.

Nacho se detuvo. Sintió que se enrojecían sus mejillas. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo? ¡Virginia! Seguro que le había contado. La quería asesinar. ¿Y cuánto le había dicho? Pero si ya sabía su apodo de secundario podría presumir lo peor.

—Así que lo sabe... —se rindió Nacho, mientras retomó la marcha.

—¿Saber qué? Sólo me causó gracia su correo electrónico, zombie89@hotmail.com, ¿desde hace cuánto lo tenés?

¡Qué tonto había sido! El día anterior había mandado un mensaje a la página web. Tenía que cambiar esa casilla de forma urgente. Era poco profesional, pero también se había acostumbrado a ella, allí tenía agendados todos sus contactos.

—Sí, Zombie era un viejo apodo de la secundaria. Como nunca fui muy amigo de la tecnología, un compañero me había hecho un e-mail y no tuvo mejor ocurrencia que ponerme aquel apodo.

—No te preocupes yo también tenía un apodo y desde jardín me lo decían, justo cuando empecé a usar el celular.

Nacho la miró incrédulo.

—¿Celular en el jardín?

—Mentira, bromeo, pero tampoco tanto, eh...

Finalmente abandonaron el museo. Un guardia les abrió la puerta.

Afuera, Nacho vio el lugar japonés en la esquina. Antes no había reparado en él. Tenía mucho nivel. La entrada tenía un techo circular, como un plato, que emergía de la fachada. Greta caminaba de forma graciosa, la falda entallada apenas le permitía separar las piernas, sumado a sus elevados tacos, cada paso que daba tenía que acomodarse para que no se le descubriera su escultural cola.

—Vamos, hay que cruzar —dijo Greta.

El muñequito del semáforo parpadeaba en rojo y el contador estaba en cuatro. Con prisa, empezaron a cruzar la avenida. Los autos arrancaron y ellos no habían llegado al otro lado. Uno les tocó un bocinazo. Greta se sobresaltó y tomó la mano de Nacho. Despistado y confundido, él no entendía por qué ella le había tomado la mano. Tampoco se le ocurrió soltársela. Era muy suave. Ya estaban juntos en esa. Tenía dos anillos, uno en el anular y otro en medio. Si bien ninguno era alianza y hasta uno llevaba una piedra, no

pudo evitar pensar que quizás ya hubiera un hombre en su vida.

Greta no se preguntaba por qué le había tomado la mano. Otra vez su carácter dominante. No podían quedarse una vida esperando cruzar la avenida y que los autos los pisaran, pero por otro lado se sintió segura cuando sus dedos acariciaron el dorso velludo de la mano de él. Cuando llegaron a la vereda, comprendió que no necesitaba de un campesino para sentirse a salvo y se la soltó.

—Bueno. ¿Entramos?

—Sí.

Ni bien pisaron el resto—bar, un japonés de traje se les acercó.

—Bienvenida, señorita Connolly. ¿Puedo ofrecerle otra mesa?

—Hola, Akira, sí, la mesa de siempre y preparame dos Onigiri, con dos Matcha —respondió ella, sin escucharlo, mientras se adentraba en el salón casi en penumbras.

—¿Matcha? —preguntó Nacho.

—Té verde.

—¿Y lo otro?

—Pero, señorita Connolly, si hubiera hecho una reserva, porque justo...

Pero Greta, a pesar de su falda apretada ya le había sacado varios cuerpos a “Akari” y se encontró con la mesa ocupada. Se dio vuelta, con un gesto desencajado, pero rápidamente disimuló el fastidio y buscó otra mesa. Se sentó.

—Akira, por favor, los Onigiri y los Matcha.

—Para mí, mejor una Sapporo.

—¿Sapporo?

—Una cerveza japonesa —respondió Nacho, demostrando tener cultura alcohólica, mientras tomaba asiento.

—Perdón, caballero, no tenemos.

—¿Cerveza o Sapporo?

—Sapporo.

—Pero, es cerveza japonesa y este es un restaurante japonés.

—Sí, pero no la importamos.

—Bueno, entonces una Asahi.

—Le pido nuevamente disculpas, pero sólo trabajamos Quilmes y Stella Artois. ¿Cuál prefiere?

—Vamos, Akira, no tienen ni una cerveza importada —dijo Greta.

—Bueno, la Stella es de otro país. Creo que de Holanda —respondió Akira.

Nacho pensó unos segundos. ¿Tomar una cerveza? Aunque tuvieran la Sapporo, en qué estaba pensando. No podía arriesgarse a sufrir un colapso.

—Es de Bélgica —corrigió Nacho—, pero la fabrican acá, lamentablemente. Mmm, mejor té verde.

—Excelente, enseguida vuelvo.

Akira se fue y le habló a un mozo. Ni siquiera le correspondía tomar el pedido, ya que era el *maître*. Cuando la vista de Nacho volvió a Greta, quedó estupefacto. Se había sacado el saco, lucía una musculosa escotada, bien pegada al cuerpo. Parecía que le iba explotar.

—Acá te matan con la calefacción. En fin, Ignacio. ¿Por dónde empezamos? ¿por los retoques o por el precio?

—Este, sí... —Nacho intentó concentrarse en lo que había venido—. Por favor, decime Nacho —dijo, agravando la voz.

—Perfecto. Nacho.

Greta desbloqueó su iphone. Tocó unas cuatro veces la pantalla y ya estaba en la imagen de la pintura que él había hecho unas semanas atrás. Cuando la vio, comprobó que era muy distinta de la que había hecho la última vez.

—Me permite, por favor —dijo Nacho.

Con los dedos en la pantalla fue agrandando la imagen para verla con más detalle. Aún así, nada era comparable con el lienzo.

—Avanzá a la otra foto. Es la misma, pero con los retoques.

Nacho deslizó el dedo en la pantalla y apareció una nueva imagen, con los contrastes más marcados y la estatua un poco más colorada. No le gustó, pero tampoco estaba tan mal para oponerse al cambio.

—En uno, como mucho dos días, la termino, pero...

Greta sonrió, acercó nuevamente el celular hacia sí misma.

—Pero querés saber el monto.

—Diste en el clavo.

—Todavía no tenés nombre en el mercado. Y si quiero ser más honesta, te confieso que sería más caro el espacio en la pared de la galería, que la pintura en sí.

—¿Me querés decir que estás haciendo caridad conmigo? —cuestionó Nacho, un poco ofendido.

—No, para nada, Nacho, te estoy dando el por qué del precio. Lo más importante es la publicidad que vas a tener.

—Todo bien, pero todavía no me dijiste cuánto.

—Déjame pensar. ¿Cuánto vales?

—¿Seguimos hablando del cuadro, cierto? —preguntó Nacho, frunciendo el ceño.

Greta se ruborizó. La mirada de Nacho era penetrante, le borró el número que tenía en mente.

—¿Y?

Suspiró y trató de recuperar su imagen.

—Perdiste tu oportunidad. Mil.

—¿Mil? ¿Cómo mil?

—Es la única oferta que tendrás en la mesa.

Greta disfrutaba verle la cara de desazón. Detrás de él, se acercaba el mozo con los Onigiri y los Matcha humeante.

—¿Y? —insistió ella.

—Me había ilusionado con más, pero la verdad tampoco esperaba nada. Acepto.

No podía creerlo, tan fácil le había resultado. Quiso ocultar su sonrisa. En cambio, Nacho no hacía ni el mínimo esfuerzo por esconderla. De un segundo a otro, su decepción trocó en alegría.

—Pero no tengo caja de ahorro en dólares. ¿Trajiste tanto efectivo en esa carterita?

Greta sonrió, después de todo, el campesino tenía viveza. Justo el mozo llegó con la bandeja y dejó la comida.

—Así que el Onigiri es un plato de arroz —señaló Nacho.

—Probá y decime si es sólo arroz.

Nacho comió e inmediatamente se le dibujó una expresión de asco. Tomó una servilleta y se la llevó a la boca. Devolvió el pedazo y tomó un poco de té buscando sacarse aquel repugnante sabor. Greta se dio cuenta. Estaba con cara de culo. No fue una decisión acertada. Rápidamente, improvisó.

—Perdón, mi muela.

Ella levantó una ceja y se cruzó de brazos enalteciendo sus pechos. Nacho le clavó la mirada, pero antes que se diera cuenta siguió con la mentira.

—Antes de venir para acá, fui al dentista. No puedo comer por cuatro horas —miró su reloj—, faltan dos.

—Qué pena, bueno, tengo que volver a la muestra de Yoko. Venite mañana a *La soeur d'avant-garde*, que vas a tener listo el efectivo.

Greta agarró la cartera y se paró. ¿Ya tan pronto? ¿De cuánto dinero estaba hablando al final? ¿Dólares o pesos?

¿Quién pagaría este pescado crudo que seguramente costaría la mitad de su alquiler?

—¿Me ayudás con el saco?

—Sí, claro.

Nacho también se paró y le puso suavemente el saco. Sus manos terminaron en sus hombros. El aroma de su cuello lo embriagó.

—¿Qué haces?

—Que rico perfume —dijo Nacho.

Ella se dio vuelta, lo miró a los ojos. Se volvió a sentar.

—¿Qué pasó?

—Perdón, me olvide de algo, por cábala tenemos que brindar. ¿Qué pasa? ¿Te vas a quedar ahí parado?

—No.

Nacho se sentó. Greta volvió a sacarse el abrigo. Miró un segundo la pantalla del iphone, luego lo guardó en la cartera. Levantó la vista, pero no lo veía a Nacho.

—Akira —llamó, levantando la mano.

El *maître* vino enseguida.

—Señorita Connolly, ¿en qué la puedo ayudar?

—Dos sakes, por favor.

—*Sake?* —preguntó sorprendido Akira.

Greta le dio esa mirada, que decía “*¿hace falta que te lo pida dos veces?*”.

—Enseguida.

Hizo una reverencia y se fue, pero esta vez no habló con ningún mozo. Nacho, también quería hacerle la misma pregunta pero esperó a que tal vez ella lo dijera.

—Después de todo, necesito un poco de alcohol. Esa muestra no la puedo recorrer sobria. Otra vez hacer sociales con esa gente. Voy a querer romper la bañera a patadas.

—No la rompas, mejor bañate.

Sonrieron.

—No estaría mal desnudarse frente a todos y tomar una copa de champagne disfrutando de un baño de espuma.

—¿De espuma? De pestañas.

—Cierto.

Ambos rieron y justo en ese momento llegó Akira con los tragos. Los sirvió y sin mediar más palabras, Greta agarró la tacita para beberlo.

—Salud.

Nacho quiso frenarla, decirle que no podía tomar alcohol, pero no le quedó otra que beber también. Lo tomó de un trago y sintió el fuego atravesar su garganta.

—Justo lo que necesitaba —dijo Greta.

—Es fuerte.

Realmente quemaba, Nacho necesitaba agua urgente, pero al ver a Greta realizar el ademán de “otra ronda”, supo que tendría que conformarse con más sake.

—Enseguida —respondió Akira, que no se había movido.

El *maître* se fue. Nacho se quedó mirándola. Empezó a sonreír.

—¿Qué? —preguntó Greta.

—Señorita Connolly...

—Qué chistoso, además, vos no tenés nada que decir, Hans Brüke... ¿sabés por lo menos el significado?

—Sí, Hans significa regalo de Dios y Brüke, puente.

—¿El tuyo?

—Sabes que no recuerdo bien... creo que algo de valiente. ¿Y Zombie? ¿Por qué?

Otra vez lo agarró desprevenido. Empezó a tartamudear.

—Por nada, porque... —Nacho se tomó unos segundos— porque en el colegio a la mañana a primera hora siempre estaba medio dormido. De ahí el apodo, si mal no recuerdo.

—¿Sólo por eso? Para mí te quisiste comer a un compañero. Confundiste su brazo con el desayuno.

—Sí, con una baguette. ¿Y Barbita?

—No, es Garbita. Mi abuelo me lo puso. Es por Greta Garbo.

—No la conozco.

—¿En serio?

—Sí, fue una actriz muy famosa en la década del veinte y treinta. Al principio no me molestaba el apodo, era muy chica, después, en la adolescencia lo odiaba, no sabés lo que era escuchar en francés “guarbita”. Ahora me da igual.

—¿En francés?

—Sí, viví allá un tiempo. Tenemos una galería.

—¿Y tus papás? ¿Son de allá?

—Mi papá era irlandés, mi mamá argentina, mi abuelo italiano aunque creo que nació en Suiza y...

—¿Y vos?

—A veces me siento que soy de Marte...

Ambos rieron.

—¿Te llevas bien con tus padres? Perdón por la pregunta, pero mi familia es un poco tradicional. De hecho, afecta, y mucho, que dos hijos estén viviendo en Buenos Aires. No me quiero imaginar...

—Nacho, te respondo. Somos modernos. Mi mamá vive en New York y se la pasa viajando. Mi papá... como te dije, era irlandés. Falleció. Era piloto. Igual mi abuelo es como mi papá.

—Lo siento...

Nacho quería seguir preguntando sobre el padre de Greta pero Akira volvió, y además de traer las dos tacitas, les dejó la botella, más bien un jarrón, negro, con ideogramas.

—Hace tiempo que no hago esto —confesó Greta.

—Yo tampoco.

Volvieron a beber. El sake le quemó la garganta otra vez. A Greta se la veía también acalorada. Nacho no lo entendía. ¿Cuál era el objetivo de emborracharse de esa forma? Si podía disfrutarlo lentamente con cerveza, o vino. Aunque la idea de Greta desinhibida, torpe, hasta traviesa, lo seducía lo suficiente para permanecer atornillado a la silla.

—Creo que me estoy acostumbrando al sake. ¿Un poco más?

Antes que ella pudiera responder, Nacho intentó agarrar la botella para servirle, pero sus sentidos estaban aturdidos por el alcohol y la derribó. La botella se rompió sobre la mesa y el sake se derramó en dirección a Greta, mojándole toda la musculosa blanca. Ella pegó un grito ahogado. Tal vez por la sorpresa, el frío, o la mera sensación de humedad. Nacho se acercó para limpiarla con una servilleta, pero justo el sake estaba desparramado por todo el pecho de ella; la tela de la musculosa empezó a traslucir los pezones. Nacho sintió vergüenza ajena y fascinación a la vez. No podía apoyar la mano ahí, sería peor, sólo le dio la servilleta. Ella se dio cuenta de la consecuencia del accidente y de cómo la miraba Nacho. Rápidamente buscó el saco, para cubrirse.

—Perdón.

—No importa, la culpa es mía. No tendría que haber pedido sake en primer lugar.

El mozo junto a Akira se acercaron para ayudar. Tenían un trapo. Greta ya se había parado, apartándose de la mesa.

—Me voy.

—Pero... —Nacho sentía la vergüenza de haberla mojado, con mucha culpa y su creciente embriaguez la potenciaba.

—Señorita Connolly, ¿necesita ayuda?

—Necesito una ducha, apesto de alcohol. ¿Tienen duchas?

—No, pero...

—Entonces me voy.

—Voy con vos, paro un taxi —dijo Nacho, ya de pie.

—Quiero estar sola —respondió Greta, enojada, y se fue. Nacho se quedó junto a los demás, viéndola marchar. Se volvió a sentar.

—Señor, ¿quiere algo más o le traigo la cuenta?

—Eh...

Nacho quería irse y más cuando se hizo a la idea de que tendría que afrontar los gastos. ¿Cuánto sería? En fin, tenía que pagar los platos rotos, tal vez invitarle la merienda sería una forma de disculparse.

—La cuenta, por favor.

—En seguida, señor.

Nacho silbó y tamborileó los dedos sobre la mesa, esperando que llegara el mozo, pagar e irse. Siempre tenía efectivo en la billetera por si se sentía mal y tenía que tomarse un taxi. Pero cuando llegó Akira y le entregó el ticket, vio que el primer ítem (Matcha) superaba lo que tenía, empezó a sudar. No obstante, intentó relajarse. ¿Greta tendría cuenta corriente en el restaurante?

—¿Akira? ¿Cómo puedo tener una cuenta corriente como la señorita Connolly?

—Nosotros ya no damos cuentas, salvo a clientes frecuentes. Mejor dicho, cotidianos. Pero aceptamos todas las tarjetas de crédito.

Mierda, no le respondió efectivamente si tenía o no cuenta, esperaba una respuesta como: “Le damos cuentas a los clientes habituales como la señorita Connolly, ¿desea qué cargue el gasto en la cuenta de ella?”. Nacho pensó otra alternativa: ¿tendría límite en la tarjeta adicional que le había dado su papá? Mejor no averiguarlo. Prefería ser asesinado por una bella mujer por haberle volcado sake en el

cuerpo y no afrontar la invitación, antes que recibir la furia de un padre tradicionalista.

—Mire, es una locura y estoy muy avergonzado, pero Greta se fue con mi billetera. Estaba en su cartera.

—¿En serio, señor? —preguntó, escéptico, Akira.

—Sí... me dijo que me hacía mucho bulto en el bolsillo —improvisó—. No quería salir con alguien así. Le daba vergüenza.

—Ah, eso es muy de típico de la señorita Connolly. Un día me dijo cómo tenía que vestirse todo el personal.

Nacho empezó a respirar con normalidad. Se estaba salvando.

—Quédese tranquilo, señor, se lo anotamos en la cuenta del señor Pavolini.

Akira le guiñó un ojo. Nacho se levantó y se fue del restaurante preguntándose quién sería el señor Pavolini.

Greta estaba enojada, de piernas cruzadas, en el asiento trasero de un taxi. Suspiró, el sake le estaba dando vueltas a la cabeza. Sintió alivio de que se le hubiera volcado: otra ronda más la hubiera matado. Tenía ganas de vomitar cada vez que el auto frenaba. Sacó el iphone y llamó. Al quinto timbre atendieron.

—Hola, soy yo. Creo que tengo el cuadro para vender.

Herencia (Romano Pavolini)

Le dolían los talones, extrañaba los zapatos que tuvo que empeñar para poder comprar el pasaje. Ni siquiera tenía equipaje. Lo único que poseía lo llevaba puesto junto a una amplia sonrisa, lista para pedir ayuda.

Pensó que le darían náuseas o pánico cruzar el Atlántico en avión, pero le terminó gustando. Tenía la esperanza de que aquel primer viaje no fuera el último, apenas el primero de muchos. Había conseguido un asiento junto a la ventanilla y le deslumbró ver cómo las hélices del ala cortaban las nubes, cómo estas proyectaban sombras en el mar, cómo se apreciaba el atardecer en el cielo, cómo la nieve cubría los Alpes suizos. Pero toda su alegría se transformó en dolor cuando llegó a Italia y tuvo que caminar. Prefería ir descalzo; al menos, de esta forma aparentaba ser un hombre decente.

Consiguió un aventón que lo dejó a unos cinco kilómetros de la finca. Agradeció al conductor y empezó a caminar. Como estos zapatos le estaban asfixiando los pies, decidió ir descalzo. La calle no estaba pavimentada, el ripio pinchaba, por eso cada paso que daba lo hacía con cuidado, para evitar lastimarse; de tanto mirar el suelo ya no veía el horizonte. Un bocinazo lo alarmó y levantó la cabeza. Era un hombre, de unos cincuenta años, subido a una moto, que se acercó lentamente a su izquierda. El ruido del motor encendido le daba vida a aquel desierto.

—*Figlio*, ¿a dónde vas así descalzo?

—A la casa de mi mamá.

—¿Te robaron?

Levantó los zapatos que tenía en la mano derecha.

—Apriétan.

El hombre lo miró y con un cabeceo lo invitó a subir.

—Dale, *figlio*, que te llevo.

—¡Gracias!

Se subió a la moto casi pegado al hombre, que arrancó.
La brisa fue un bálsamo para sus doloridos pies.

—¿De dónde eres, tu acento no es de acá?

—Soy argentino.

—¡Argentino! *L'America*, Gardel, es mi favorito. Tengo a mis primos viviendo allí, me trajeron unos discos. También me dijeron que es un lindo país.

—Gracias. Lo mismo pienso de Italia ahora que la conozco.

—Y qué tenés planeado visitar?

—Por ahora, sólo la casa de mi madre, después veré qué hacer.

—Te entiendo, mejor pensar con la panza llena. ¿Además de tu mamá quién te espera?

—No, no hay nadie, la casa está vacía.

—Vacía?

—No lo sé, espero no encontrarme con sorpresas. Pudimos recuperarla legalmente hace poco.

—¿Qué paso?

—La guerra.

—Ah...pero ¿tenés la llave? ¿Tenés donde pasar la noche? Sino un sobrino mío tiene...

—Gracias.

No quería ser rudo, tampoco desagradecido, pero el tano ya sabía demasiado. De hecho, se arrepintió de haber mencionado a dónde iba. Entonces recordó la enseñanza de su madre: si no querés dar respuestas, mejor pregunta.

—¿Su nombre?

—Vittorio, ¿el tuyo?

—Romano. ¿Vittorio, a qué se dedica? Parece que conoce bien este lugar.

—Sí, empecé a tu edad a vender...

Romano sonrió y se dedicó a disfrutar la vista, sin prestarle atención a Vittorio, que le hablaba sobre su vida. Sólo pensaba en el tesoro y en el deseo de haber conocido a su padre. Entonces, de tanto imaginar la casa, empezó a verla hasta reconocerla, según se la había descripto su mamá. Vio las columnas con capiteles corintios, un edificio de tres pisos, pero con un agujero inmenso en el techo. Otro estrago de la guerra. Altos matorrales rodeaban la casa.

—Es acá —dijo Romano.

—¿Ahí?

Vittorio detuvo la moto negando con la cabeza. Romano se bajó.

—Pero esa casa pertenece... pertenecía...

Se miraron por unos segundos los ojos. Vittorio empezó a temblar.

—No puede ser... no puede ser cierto... tus ojos... eres... es él...

Vittorio, nervioso, tomó el manubrio y pisó varias veces el pedal sin lograr que la moto arrancara. Intentó una vez más, pero el motor también se había paralizado. Entonces dejó la moto, que cayó con violencia al piso levantando tierra y echó a correr con las fuerzas que tenía. Romano sonrió, uno de sus anhelos era conocer a su padre y creyó que en ese preciso momento había conseguido descubrir lo que el apellido Pavolini representaba en Italia. Ya habían pasado casi dos décadas y todavía se hacía respetar.

Levantó la moto. Pisó el pedal y el motor rugió. Se acercó bien a la entrada, luego se bajó y siguió el recorrido a pie. La finca estaba destruida y no fue necesario usar ninguna llave, la puerta estaba abierta, apenas tuvo que empujarla y las bisagras chirriaron. Ni bien entró, vio en el fondo una rata que corría a esconderse en la maleza. Sí,

había plantas hasta dentro de la misma casa, en completo estado de abandono.

Si bien nunca había estado allí, sentía que lo que se había salvado del bombardeo, había desaparecido misteriosamente. Notó varios huecos. Quizás un tiempo atrás hubieran sido ocupados por un piano o algún sillón. También sentía un fuerte hedor, probablemente animales, o algún vagabundo había usado la casa como baño. No obstante, a Romano le interesaba lo que había en la bodega. Fue directamente allá.

Todavía persistía en el aire el olor a uva, el piso tenía un leve tono rojizo, como si se hubieran derramado litros de vino. Había toneles vacíos, sin una gota, los espiches de algunos tenían hasta telarañas. En una pared había una cava de botellas, también saqueada. Vacía, parecía una gran colmena. Seguramente alguien hiciera una fiesta con tanto vino.

Necesitaba un hacha. En algún lado, escondido, tendría que estar el tesoro. Si era necesario iba a romper barril por barril hasta hallarlo, pero antes de marcharse vio que sobre la cava había una botella. Le pareció extraño. Como no pudo alcanzarla, fue por una escalera. La posicionó y subió. La botella estaba fija, como pegada a la madera. Quiso hacer más fuerza pero temió caerse. De hecho, imaginó a quien se había robado las demás botellas, cayéndose al intentar sacarlas. Pensó por unos segundos. Volvió a recordar la enseñanza de su madre: si no querés dar respuestas, mejor preguntá. Con ese mismo criterio: si no podés sacarla, mejor empujá. Apoyó la mano en el pico e hizo fuerza. No sólo se movió la botella, toda la pared lo hizo. Era una puerta. Cuando terminó de abrirse, los ojos de Romano resplandecieron por un leve brillo que salía de la habitación en penumbras. A medida que iba bajando la escalera, el brillo se fue intensificando. Cuando llegó al

suelo su corazón se paralizó. ¡Oro! Lingotes y monedas de oro. ¡El tesoro! Dentro de la habitación, justo al lado del marco de la puerta oculta, había una antorcha colgada y debajo un recipiente lleno de líquido. Por el olor debía ser kerosene. No tenía plata para cigarrillos, pero agradeció conservar algunas cerillas que se llevó de la aerolínea en el bolsillo. Mojó la antorcha y luego la prendió. Entonces se maravilló, no sólo había oro, también estatuas, bustos, joyas, alhajas, hasta un gigantesco Cristo en la cruz adornado con diamantes. La habitación estaba revestida en concreto, protegida de cualquier inesperado bombardeo. En una pared había una cava llena de lienzos enrollados. ¡Obras de arte! Se adentró y escuchó el ruido de un golpe detrás de él. Se dio vuelta y comprobó que la puerta se había cerrado. El aire estaba viciado, sofocante. Había poco oxígeno. Trató de no entrar en pánico, seguramente existía una forma de salir, pero al iluminar con la antorcha todos los rincones descubrió en el piso una calavera.

Gritó.

Jadeaba. Buscó serenarse. Acercó la antorcha nuevamente a la calavera y comprobó que en realidad era todo un esqueleto vestido con uniforme partisano. Buscó en los bolsillos y encontró una billetera. La abrió y sacó el documento. La fotografía mostraba un hombre calvo, de anteojos. Leyó el nombre: Ciro Dessená. ¡Ciro! Su madre le había contado que un tal Ciro Dessená la había traicionado. Sonriendo, pensó que el destino lo había matado por codicioso. Él también sabía del tesoro y fue por él. Lamentablemente, no supo como salir. La sonrisa de Romano desapareció. Él tampoco lo sabía. Estaba atrapado y tenía poco tiempo antes de que se consumiera el poco oxígeno que penetró cuando abrió la puerta.

La libertad desnuda (Nacho)

Increíblemente, no podía dormir. Greta le había encantado, era cheta, soberbia, creída, una mimada, pero despampanantemente hermosa y, además, estaba en el negocio del arte. Dio vueltas en la cama, avergonzado por el accidente y por desnudarla mentalmente. Necesitaba descargar energía, se le ocurrió pintarla, hacer un retrato suyo (aprovechar en caliente esa primera impresión). Deseaba plasmarla perfecta por si alguna vez ella veía el retrato. Pero ¿cómo? No tenía ninguna foto... ¡pero tenía Facebook, Instagram, Linkedin, Snapchat!

Se levantó de la cama y prendió la computadora. Empezó por Facebook, puso “Greta Connolly” y esperó. Aparecieron tres. Dos las descartó rápidamente con sólo ver la foto, la tercera mostraba una pintura de Velázquez, una porción, no el cuadro entero. Lo identificó sin dificultad, *Las Meninas*. Estaba encuadrado en la cara de la nena rubia, la infanta Margarita de Austria. No tenía dudas. Hizo click. El muro lo tenía bastante restringido, apenas podías ver la foto de perfil y la de portada, en la que aparecía el Pensador de Rodin en la Plaza de los dos Congresos, en Buenos Aires. No obstante, en los “Me Gusta” de ella estaba el link a la página fan de Facebook de la galería de las Cuatro Hermanas. Ésta era pública y la empezó a revisar. Fue álbum por álbum. Muy lindas fotos de cuadros, estatuas, exposiciones, paisajes y estructuras. Para detenerse y contemplarlas un buen rato, pero no le importaba, en alguna foto tenía que aparecer Greta. Hasta que la encontró. Era reciente, una foto no de ella sino de Yoko Ono, que había etiquetado la página de la galería. Greta estaba sonriendo al lado de Yoko, hombro con hombro. Tal vez algunos minutos antes de conocerla. Las dos aparecían en un plano medio. Tenía puesto el saco y era apenas un poco

más alta que Yoko. ¡Qué buena que estaba! Hizo click derecho y salvo la imagen. Luego abrió el Photoshop, sacó a Yoko de la foto y la mandó a imprimir. La impresora empezó a resonar. Cuando salió el rostro de Greta por la ranura, todo se volvió negro.

No se había desmayado, ni dormido. Se había cortado la luz. Otra vez Edesur. Respiró hondo y, a tientas, fue a la cocina por las velas. Tenía varias, era el sexto corte en lo que iba del año. Prendió dos y las puso en tacitas. Una la dejó en el living y usó la otra de linterna. Desconectó la computadora, el televisor y la heladera, la consabida rutina (por suerte tenía vacío el frezzer). Volvió a la computadora, más precisamente a la impresora que estaba debajo. Sacó la hoja, la impresión quedó por la mitad, por lo menos tenía el rostro, pero quería ver la foto completa una vez más. Entró a Facebook a través del celular, demoró unos minutos en encontrar el álbum, pero ya no estaba más la foto. ¿Cómo? ¡Claro! Greta había desetiquetado el nombre de la galería. Evidentemente le gustaba la privacidad o era paranoica. Por lo menos había guardado la foto, pero no tenía como verla, sólo le quedaba usar la impresión como modelo. Buscó el atril, prendió más velas y se puso a pintar. Mezcló y mezcló colores hasta encontrar el tono piel de Greta. Tenía tanto, que podía pintarla desnuda si quería. La imaginó ahí como modelo, paseando y balanceando sus pechos por el living, sus pies descalzos no harían ruido; en silencio, se metería en su cabeza, no podría escucharla, sólo contemplarla, como las obras de arte en el MALBA. Ella era otra pieza más, pero ambulante, caminaba sin ropa y atrás un grupo de fotógrafos la seguían. Los flashes encandilaban a Nacho. Lo encandilaban tanto que abrió los ojos.

Había vuelto la luz, la del living, que se había olvidado de apagar después del corte. Era tan fuerte que lo encandi-

labia, más teniendo en cuenta estaba justo tirado en el piso, debajo de la lámpara del techo. Se incorporó y se frotó los ojos. Bostezó. Las velas seguían prendidas. Agradeció que no hubiera ocurrido ningún accidente. Entonces se detuvo en la pintura. Greta estaba desnuda. La había pintado totalmente desnuda. No lo podía creer. Su rostro era el mismo de la foto y sus pechos muy parecidos a los que recordaba. No podía tenerla así, tenía que cubrirla, pintarle un vestido, pero por otro lado no podía dejar de mirar su desnudez. Comenzó a iluminarse más el living. Amanecía. Debía dormir un par de horas al menos, sino le sería imposible afrontar el día. Se fue a la cama, un poco excitado, un poco dormido.

Timbre. Un prolongado timbrazo. Despertó. No recordó qué soñaba. Raro en él, que se autoproclamaba onironauta. Fue a la cocina y atendió el portero eléctrico.

—Hola.

—¿Ignacio Hans Brüke? —La voz de un hombre.

—Sí.

—Vengo de la galería a entregar una pintura.

—Ya bajo.

Nacho se calzó y vio la hora. Las nueve de la mañana, por lo menos había logrado dormir algo. Llamó el ascensor, mientras esperaba, se dio cuenta de que estaba hambriento. La puerta se abrió, subió y se alarmó al verse en el espejo, más si cabía la posibilidad de que también estuviera Greta abajo. Estaba despeinado, ojeroso, mal vestido y ni siquiera se había cepillado los dientes.

Cuando salió del ascensor, suspiró aliviado al ver en la entrada un hombre barbudo, con gorra, sujetando el cuadro enmarcado y envuelto.

Abrió la puerta. De cerca, pudo observar que el hombre era fornido. No era alto, difícil ser más alto que él, Nacho, pero tenía músculos hasta detrás de las orejas. Su espalda era inmensa, el mameluco blanco le quedaba muy ajustado. Seguramente podía traer consigo una estatua al hombre.

—Buen día, señor —saludó el grandote, con una voz que hacía honor a su tamaño y acento extranjero.

—Hola.

El empleado le entregó el cuadro. Vio que llevaba una tarjeta de seguridad colgada del cinturón: mostraba su foto y nombre, Razvan Ionescu. Efectivamente, era inmigrante. ¿Europa del este?

—Por favor, firme aquí —le dio un recibo y una birmame.

Nacho firmó.

—Gracias.

—De nada, suerte.

El empleado empezó a retirarse. Nacho seguía con la puerta abierta, preocupado, pensando en su paga. Por lo menos, un adelanto.

—Espere, ¿no tiene nada más para mí?

—No, ¿esperaba algo más?

—No, nada —dijo, arrepentido de preguntar.

Nacho empezó a cerrar la puerta. Desde atrás suyo escuchó una cantarina voz de mujer:

—¡No ciérres!

Se dio vuelta, era la vecina, de la que ya se había olvidado el nombre.

—Hola, Ignacio —ella no había olvidado el de él.

—Hola...

Dudó un instante en saludarla con un beso en la mejilla, pero estaban muy cerca.

—¿Cómo estás? —Le preguntó la vecina.

¿Cómo se llamaba? ¿Celia? ¿Agustina?

—Muy bien, tengo que terminar un trabajo... — respondió, levantando el cuadro.

—Ah, te felicito. ¿Se puede ver?

—Si me das un minuto en abrirlo...

—Dejá, no importa —respondió ella, sujetando con sus manos las muñecas de él—, es medio incómodo ponerte a abrir el envoltorio acá mismo.

—Sí, por eso.

—Pero me encantaría ver lo que pintás. Una amiga trabaja en la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad, te podría hacer una gauchada, quién sabe...

—Eh... gracias, sí, una exposición, tal vez.

—Exacto. ¿Tenés Facebook? ¿Subiste fotos de tus pinturas? ¿Tu nombre era Ignacio Hans Brüke? Ya te busco —sacó el celular—. ¿Pero tenés buenas fotos? —Nacho apenas podía responder de lo rápido que la chica hablaba—. Yo soy fotógrafa, o por lo menos intento serlo, si querés, un día paso y saco unas fotos. Ya está, ¡te encontraré!

—Genial. Gracias, ahora subo y te acepto. La verdad, no tengo fotos, pero tampoco quiero molestarte.

—No es nada. Después pasó. ¿A las seis está bien?

—Este... gracias, te mando un mensaje por Facebook y arreglamos bien.

—Mejor mandame un whatsapp, o te tiro una llamada perdida.

—Uh, pasa que el número es nuevo y no lo recuerdo. Lo deje arriba.

—Ah... bueno, mandame mensaje. Si tardo en responder, es porque el WiFi es malísimo. Me voy a trabajar. Nada divertido, comparado con lo tuyo. Auditoría contable.

—Bueno suerte.

Se saludaron con un beso en la mejilla, pero ella no se movió de la puerta.

—Perdón, me olvide, también mandame la dirección del bar. Acordate que me la debés.

¿Me la debés? ¿A esta chica qué le pasaba por la cabeza?, pensó Nacho. Con razón estaba sola, y desesperada.

—Dale, te mando todo.

Ella volvió a saludarlo con un beso en la mejilla y finalmente abandonó el edificio. Nacho se rió por dentro y se preguntó si así de tonto había estado la tarde anterior con Greta.

Una vez en el departamento, preparó café y abrió un paquete de galletitas, que una tras otra fue yendo a parar a su boca. Ya tenía dispuesta la pintura de Barrancas en el atril. Junto a ésta, apoyada en la pared, estaba la de Greta desnuda. No podía concentrarse y la tapó con la última de Barrancas (así, de paso, podría compararlas). Dio un sorbo largo al café. Le gustaba fuerte. Aunque el mejor consejo para su condición era evitarlo. Estaba en casa, nada malo podía pasarle. Salvo que no lograba borrar a Greta de su cabeza. Agarró el celular, todavía tenía guardado el número de la vez que ella lo había llamado. Pensaba llamarla o escribirle un mensaje con la excusa de que había recibido bien la entrega, y quizás, para disimular sus sentimientos y mostrarse profesional, podía demandar el adelanto de los mil dólares que ella le había prometido para empezar. No, mejor era no hablar de dinero... la verdad era que sólo quería disculparse, abrazarla, besarla.

Cuando empezó a escribir el nombre Greta en sus contactos, entró una llamada. Era su hermana. Se había olvidado de ir al bar a contarle las novedades del cuadro. Sintió vergüenza, tanta, que la ignoró. De inmediato le mando un mensaje de texto: "Disculpá, tengo noticias importan-

tes, pero ahora no puedo contarte, después te llamo. Gracias por todo! Un beso”.

Escribió otro a Greta: “Hola soy Nacho, estoy mal por lo de ayer, lo siento mucho. Te quiero pedir perdón. Hoy recibí el cuadro, en breve empiezo. Mañana o pasado te lo llevo a la galería. Besos”. Antes de mandarlo lo releyó, pensó en modificarlo y decirle que no hacía falta el adelanto, pero justo cuando iba a corregirlo recibió un mensaje de Virginia. Volvió a releer el mensaje a Greta, mejor lo dejaba así. Lo envío. Y abrió el de Virginia: “Te kiero matar, la prox. vez que no me atendés te mato, qué mierda te pasa, hace días que no te veo, estas bien? Llamame. Ojala sean buenas las noticias. Besos, te kiero”.

Respondió: “Perdoname, yo tbn te quiero”. Luego llegó un mensaje de Greta. Sonrió. “Hola, no te preocupes, la culpa fue mía. Más tarde te mando el dinero. Saludos”. Bueno, no era tan malo. Había un ida y vuelta. Rió, a quién quería mentirle. La situación era irremontable. No le respondió con otro “beso”, sólo “saludos”. O tal vez prefería tener un trato más profesional por teléfono. No sabía si tenía novio. ¿Tendría? ¿Le revisaría el celular? Lo que sí sabía, era que hubo química entre ellos cuando le ayudó a ponerse el saco. Inmediatamente, ella prefirió quedarse, pedir un sake. Onda, había. O por lo menos hubo. ¿Cómo podía gustarle una chica así? Tan concheta, tan burguesa. ¿Le respondía el mensaje? Como mínimo un “gracias”. Escribió y se lo mandó. Se arrepintió, tendría que haber preguntado cuándo pasarían, olvidaba que tenía clases. ¿Qué día era? Dios. Fue al baño. Todavía no se había cepillado los dientes. También necesitaba afeitarse y una ducha. ¿Qué le ponía al nuevo mensaje? Ya está, basta de ser pajero. Arreglarse y ponerse con la pintura. Si había tiempo, iría a clases.

Después de la ducha y la afeitada, el café que apenas había tomado ya estaba frío. Contempló ambas pinturas. Vio la estatua, lo más importante. De pies a cabeza. Se detuvo en la corona. Había una diferencia. Contó varias veces. ¡Qué extraño! Sí, en la primera pintura, la que quería Greta, la corona tenía seis rayos, pero en la segunda, tenía siete. Googleó en imágenes la Estatua de la Libertad. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete. Recontó. Tenía siete. Pero era la estatua de New York... mejor googlear la de Barrancas de Belgrano. Para su sorpresa, había muchas fotos y en todas había seis rayos. ¡Seis rayos! ¿Por qué? ¿Se lo habían afanado? ¿Alguien se colgó y lo rompió? Imposible. Tenía que dejar de delirar. ¿Una tormenta eléctrica? Eso era más que imposible, sería un milagro. ¿Un defecto de fábrica o directamente la hicieron con una menos? Mm... dudaba, seguramente se trataba de un acto vandálico. Esa estatua estaba muy expuesta y más si consideraba que en Argentina muchos guardaban rencor hacia Estados Unidos. Ahora ¿por qué en la segunda pintura había pintado siete rayos? Se había equivocado o la habían arreglado. Imposible, en tan poco tiempo, en un lapso de una semana entre una pintura y la otra. Si la hubieran mandado arreglar se tomarían como mínimo dos meses. Además, no era fácil mover y volver a emplazar esa estatua. Era pesada. Por las dudas, googleó la noticia. No encontró nada sobre que el Gobierno de la Ciudad la hubiera arreglado. Seguramente había tenido un desmayo y en estado de trance se equivocó y pinto una de más. Era eso. Mejor, dedicarse a terminar la obra. Tomó la paleta y empezó a mezclar colores. ¿Cómo lo quería Greta? Más contrastes y más colorada la estatua. Agarró el pincel, pero antes de apoyarlo en el lienzo observó nuevamente la corona de rayos. Algo estaba definitivamente mal. Mejor

comprobarlo por sí mismo. Buscó un abrigo, se calzó y fue en busca de la verdad.

Estaba muy ansioso. No aguantó esperar un colectivo y se tomó un taxi. En el coche recordó que de niño le encantaba ver episodios de Sherlock Holmes en la televisión. Pocas veces se había quedado dormido durante la transmisión. Siempre un detalle resolvía el crimen. Acá también había un pequeño detalle. La original de New York contaba con siete rayos, pero en la de acá sólo seis. ¿Por qué pintó siete? Y si se equivocó y pintó una demás, por qué faltaba un rayo en la estatua. ¿Quién se la robó? Debería haber quedado un rastro del rayo, como si estuviera cerceñado por un serrucho. Además no podía equivocarse. Le estaban pagando mil dólares para reproducir la estatua en un lienzo. No podía. Tenía que saber: ¿seis o siete?

De lejos, sin subir a la loma de la barranca, había contado los rayos varias veces. No se había equivocado. Hubiera deseado hacerlo, todo quedaría en un acto vandálico, pero no. Eran siete los rayos. Era imposible que la hubieran arreglado. Además, recordaba las telarañas que tenía la última vez que la vio. No le parecía lógico soldar un nuevo rayo y no limpiarla. Subió la lomada y fue a su encuentro. Volvió a contar y recontó. Siete. Siete. Siempre siete. Empezó a sacarle fotos. A filmarla. En la base, estaba grabado *FONDU PAR LE, VAL D' OSNE, 58 Bº Voltaire PARIS* y en la otra esquina: *A. BARTHOLDI*. Primero la ubicación donde había sido fundido y después el autor. Luego, buscó las telarañas que había visto en la espalda. Estaban allí, pero fácilmente alguien podía colocarlas. Se aceleró su corazón. La idea era una locura. Recordó lo que le había dicho el taxista. Esa estatua estaba olvidada y debía valer una fortuna. Se la robaron. El que la falsificó tomó como modelo la estatua de los Estados Unidos, la original, la de

los siete rayos y jamás reparó en el detalle de que alguien se había robado un rayo en la de Belgrano. Pero ¿cómo? ¿cómo moverla y emplazarla? Era pesadísima. ¿Nadie vio nada? Imposible, la respuesta tendría que ser otra. Entonces decidió tocarla.

Frío. El hierro estaba frío y duro. Volvió a tocar y palmeó las texturas. Cerró los ojos. Trato de imaginar que esa estatua era del siglo XIX o comienzos del XX. La sentía muy perfecta, poca erosión. La verdad que no tenía idea. Un grito:

—¡Wasiy!

Abrió los ojos. Se sobresaltó. Era el vagabundo apareciendo por detrás de la estatua. Nacho se enojó y lo ahuyentó haciendo ademanes con las manos, repitiendo lo mismo que decía él.

—Wasi... Wasi...

El vagabundo se alejó y Nacho regresó a su lugar. Tendría que existir un estudio para clasificar la edad del hierro fundido, pero no importaría su resultado, él ya tenía una teoría, mas no fuera condicionada por sus sentidos. Esta estatua era nueva. La habían llenado de telarañas para ocultarlo. Eso sí, sería más fácil buscar un entomólogo para que determinara si eran producto de una araña o de utilería. Podía llevar un poco para analizarla. No. Era más adecuado dejarla ahí. No levantar sospechas sobre su hallazgo. Siguió sacando fotos mientras intentaba serenarse. Primero, debía investigar el origen de aquella estatua, averiguar su verdadero valor. Luego, consultar si había sufrido arreglos. Después, con mayor certeza, buscaría al entomólogo y, sin revelarle nada, le pediría que investigara las telarañas, más tarde iría por un escultor. Recién ahí, con la información recabada, decidiría si ir a la policía o a la prensa. Ir a la policía en primer lugar no era lo más aconsejable. No le darían importancia. ¿Existiría una poli-

cía especializada en contrabando y falsificación de arte en Argentina? Lo dudaba. Además, para mover semejante estatua sin que nadie viera nada, tendría que haber sido sobornada. Mejor no involucrarla. ¿O sí?

La guardia de la comisaría 33 estaba colmada. Muchas personas esperaban ser atendidas. Al parecer ese día muchos habían sufrido robos de celulares, chequeras, accidentes automovilísticos, problemas con los vecinos, en fin, de todo. Sabía que lo mejor no era avisarles, pero por otro lado, no era un personaje de una película, lo coherente sería que investigara la policía y él, desligarse. Se sentó y esperó. Tenía sueño. Sabía que no podía luchar con ese estado.

—Señor... ¿señor?

—¿Qué?

Nacho abrió los ojos y una joven oficial lo estaba atendiendo. Tenía una camisa blanca bastante apretada y el pelo atado. La insignia decía Estela Coronado.

—Se quedó dormido. ¿Se siente bien?

—Sí.

—¿Por qué vino?

—Para hacer una denuncia.

—¿Qué pasó?

—Robaron una estatua y la reemplazaron por otra.

—Ajá

La oficial frunció el ceño.

—¿Qué estatua?

—La de la Libertad.

—Ah, ¿se refiere a La Estatua de la Libertad?

Enseguida Nacho comprendió que la joven oficial no estaba enterada de que en Buenos Aires también tenían una. Lo tomaría por loco.

—Perdone oficial, acá en Barrancas de Belgrano hay una estatua de la Libertad. Quizás no la conozca, es una réplica de la original, y...

—Señor, le voy a traer un vaso con agua. Ya vengo.

—Señorita, estoy bien.

Estela Coronado se fue. Nacho se paró, miró en todas las direcciones, la comisaría era una locura. Había sido un error acercarse ahí. Justo volvió Estela con un vaso de plástico lleno de agua.

—No quiero tomar agua.

Nacho hizo un ademán con la mano negando el agua, pero sus músculos todavía estaban atrapado por el sueño y con un movimiento torpe le volcó el vaso encima del uniforme. Los pechos revelados por la tela mojada salieron a la luz. Levantó la mirada y no estaba viendo a Estela, sino a Greta. Se sobresaltó.

Despertó. Lo primero que vio fue a una oficial acercarse con un vaso de agua. Se llamaba Estrella. O antes lo había leído mal.

—Señor, ¿se siente bien?

—Perdón. Perdón.

Nacho se levantó y rápidamente se fue de la comisaría. Vio la hora. Uf. Eran las cuatro y pico de la tarde. ¿Cuántas horas se había quedado dormido? Tenía hambre. Mejor comer y volver a casa.

Fue a un McDonald's. Odiaba esa comida, pero era lo más rápido que podía conseguir a esa hora. Se comió una hamburguesa y dejó las papas sin terminar. Se enfriaron rápido. Revisó su celular. Tenía tres llamadas perdidas de su hermana. Un mensaje de una tal Cecilia, en Facebook. ¡La vecina! Ninguna novedad de Greta. ¿Habrían pasado a dejarle la plata? ¿Por qué no había respondido su "gracias" del mensaje de texto con un "de nada"?

No devolvió ninguno de los mensajes. Seguía cansado. La digestión le provocó un ligero sueño. No quería volver a dormirse. Se dio cuenta de que no podía seguir así, tenía que cambiar la medicación, pedir turno con el especialista. Se le iba la vida durmiendo. Salió del McDonald's y tomó un taxi. Mientras viajaba miró las fotos y videos que tenía de la estatua. Sabía que era falsa, tenía que comprobarlo.

Una vez que se bajó del taxi, se sintió con mayor vitalidad. Al menos el sueño se había ido. La puerta del edificio estaba abierta, el encargado barría la entrada. Se saludaron con un parco "hola". Tomó el ascensor. Ya tenía la llave lista en la mano. Bajó. Recorrió el pasillo. Colocó la llave en la cerradura. Ya estaba abierta. Imposible. ¿Se había olvidado de cerrarla? La giró apenas, sólo para bajar el pestillo interno, y empujó. Adentro del living estaban Virginia y Greta.

—Hola... —dijo Nacho, sorprendido.

—¡Nacho! —lo llamó su hermana.

—Hola, Ignacio —lo saludó Greta que vestía una ajustada polera negra y jean blanco.

Nacho dio un par de pasos, dejando la puerta sin cerrar. Virginia se acercó, le dio un beso y lo abrazó.

—¡Te felicito!

—¿Pero qué paso?

—Estaba preocupada por vos, vine a verte y apareció Greta, te venía a traer tu pago. ¡Vendiste un cuadro! Te felicito, estoy emocionada.

Nacho estaba confundido. Virginia casi lloraba de la emoción y Greta tampoco quería disimular su entusiasmo. Ya no estaba enojada. Ni bien pudo desprenderse de su hermana, saludó a Greta con un beso en la mejilla.

—Muy bien, Ignacio —volvió a la formalidad—. En pocas horas sí que te inspiraste. Hiciste una nueva.

Greta se acercó a la segunda pintura que Nacho había pintado días atrás para reemplazar la que su hermana le había sacado.

—No, en realidad no empecé, esa es otra pintura, no recuerdo si te dije que... —tragó saliva, entonces recordó lo otro.

—Permiso —dijo Greta, que ya la estaba levantando.

—¡No!

Demasiado tarde, Greta ya había descubierto la pintura, dejando expuesto su cuerpo desnudo apoyado en la pared. Soltó la pintura de la barranca, que cayó al piso. Nacho la miró: estaba boquiabierta y sonrosada.

—¡Nacho! —gritó su hermana, que tampoco podía entender cuán mal estaba su hermano.

—¡Ignacio! —otro grito, pero esta vez proveniente del pasillo, era su vecina Cecilia, con una cámara de fotos en la mano, que desde donde estaba parada podía ver el retrato y a Greta parada y entender que era la misma persona.

Greta se dio vuelta con los ojos inyectados y lo miró a Nacho.

—Déjame que te explique.

—Te salieron mal, las mías son más bonitas. ¿Querés ver?

Greta agarró el borde de su polera, pero inmediatamente la soltó.

—Pervertido de mierda, no te voy a dar la satisfacción.

Le dio un sopapo y abandonó el departamento, casi empujando a Cecilia.

—¡Espera, Greta! —exclamó Virginia— ¡Sos un idiota! —Le gritó a Nacho, al pasar.

Sólo quedaron Nacho y Cecilia. Se miraron. Cecilia estaba a punto de romper en llanto.

—Y yo que pensé... que vos... sos un enfermo.

Dio un portazo y se fue. Nacho se quedó solo, con ganas de despertar, que todo fuera un sueño, una pesadilla, pero sabía muy bien que sólo la vida real podía ser tan cruel.

Alas de fuego (Romano Pavolini)

Oscuridad. Permaneció en silencio con la antorcha apagada (el fuego consumía oxígeno). Se repitió una y otra vez que debía mantener la calma, controlar la situación, no al revés. No había forma de acceder a la base de la botella y tirar de ella para que la puerta simulada se abriera. Recorrió la superficie con las palmas, no encontró picaporte o cerradura algunos. Con la punta del pie fue tocando el zócalo, bordeándolo, buscando algún resquicio que una rata pudiera atravesar a diario. Nada, ni una sola pista. Tal vez la solución estuviera en el techo. Se encaramó a la montaña de lingotes. Ya le costaba respirar, y necesitaba ver, así que volvió a encender la antorcha. Justo encima del cadáver de Ciro, a unos dos metros de la pila de lingotes, descubrió una rejilla de ventilación. Sonrió.

Ciro no había muerto por asfixia, pensó. El aire estaba viciado, no había dudas, pero tampoco era una bóveda hermética. Ciro se había caído, seguramente al treparse o intentar salir por la rejilla. Romano no era médico, no podía determinar si la caída le había roto el cuello o quizás una pierna, inmovilizándolo, pero sí era lógico pensar que había buscado escapatoria por el techo y caído. Ahora, ¿cómo llegó hasta allí? ¿Por qué no movió los lingotes y los usó como escalera? ¿Acaso saltó desde el lugar donde Romano estaba parado? ¿Acaso importaba? No, mejor mover los lingotes directamente. Se bajó y levantó uno. Pesaba mucho. Demasiado. Mover todo ese oro y, tal vez, ni así la rejilla lo condujera a algún lado. ¿Y podría entrar..? ¿Caberían sus hombros por el hueco? Lo dudaba. ¿Y si Ciro, al fin y al cabo, no hubiera muerto por la caída y sí por asfixia? ¿o de hambre? ¿o por claustrofobia? Quizás su muerte debajo de la rejilla fuera mera coincidencia.

Miró todos los objetos valiosos, tenía interés en desenrollar cada pintura que había en la cava, pero no era momento. Se detuvo en el gigantesco Cristo. No entendía la fe. Su madre era atea, como lo habían sido su padre y el *Duce*. Aquél crucifijo se había conservado por su valor. Rezar no lo ayudaría, pero no podía apartar la mirada. Miró la corona de oro, aunque él sabía muy bien que en la mayoría de los crucifijos tenían una corona distinta, formada por espinas que se le clavaban en el cuero cabelludo a Jesús. Eso sí, las estacas en manos y pies y la herida en las costillas las conservaba. Se concentró en los pies, cruzados y sangrantes; tanto enfocó su vista, que descubrió al costado una pila de latas cilíndricas y chatas. Se acercó, no sólo eran delgadas, una de sus caras tenía una caladura. Levantó una y vio escrito sobre una cinta adhesiva blanca: *Capitan Tempesta ¡Las películas de su madre!* Abrió la lata, efectivamente era un film. Deseaba que dentro de la habitación también hubiera un proyector. ¡Qué contenta se pondría! Había más de veinte rollos. Acercó y estiró la cinta, poniendo a contra luz la antorcha, para ver el fotograma. Quería ver a su mamá joven y feliz, pero una chispa de la antorcha cayó en el rollo provocando un fuego instantáneo. Sin poder arrojarla lejos, el calor de la lata provocó que la soltara, cayendo en llamas sobre las otras latas. Se alejó. En medio de la habitación, justo detrás del Cristo, una llamarada crecía y crecía. Rápidamente el humo ascendió hasta el techo, para luego comenzar a descender sobre las paredes. Contuvo la respiración. Una sola inhalación lo podría matar. El Cristo parecía estar enojado; el fuego lo convertía en un ser superior, divino. Increíblemente, las llamas no lo devoraban, se mantenían a sus espaldas como si fueran alas ardientes. En ese momento Romano dejó su escepticismo de lado y, sin escapatoria, empezó a rezar. No sabía ni el Padrenuestro, ni el Ave

María. Tampoco tenía tiempo, aunque lo poco que le quedaba transcurría lentamente. Sólo pidió perdón, rogó una segunda oportunidad.

No podía contener más la respiración. Inhaló. Se llevó un pañuelo a la boca. Empezó a toser. Se arrodilló. Sus ojos se irritaron. No aguantaba más. El piso tampoco. Oyó un fuerte estruendo. El Cristo y el fuego de golpe desaparecieron. El humo dificultaba la visibilidad, pero definitivamente habían desaparecido. Al Cristo se lo había tragado la tierra. Como si hubiera descendido al infierno a enfrentar a Lucifer. Se acercó al agujero. Era un sótano de barro. El fuego se estaba apagando. El Cristo estaba enterrado por la mitad. Comprobó que ese sector del piso no era de concreto, por eso terminó cediendo ante la presión del intenso calor. Entonces vio los lingotes de oro. En cualquier momento todo el piso se podría venir abajo. Decidió apurarse y dio un salto con el deseo de encontrar una salida. El barro amortiguó la caída. El piso estaba sostenido por varias columnas. Pero justo donde había estado el Cristo no había ninguna. Reparó en lo más importante: una puerta de madera. Dio gracias a Jesús. Se acercó, dejando huellas en el barro. Intentó respirar hondo, pero tosió. Todavía le lloraban los ojos por la irritación. Empujó y la puerta cedió. Había una escalera. Subió. Se encontró con otra pequeña puerta. Bajó el pestillo. No estaba cerrada con llave. Sonrió y la abrió. Se encontraba en la cocina. ¡Lo había logrado! ¡Y todo gracias a su madre! Pobrecita... jamás tendría a sus películas, pero por lo menos sí a su hijo. Le causaba intriga y fascinación que las películas de ella le hubieran salvado la vida. Seguramente las cintas eran de nitrato de celulosa, por eso se prendieron fuego tan rápido. Una vez que entendió que había salvado su vida por pura casualidad, también comprendió que era millonario. La madre siempre lo ayudaba, pensó.

Cercano Oriente (Hugo Ledesma)

El día estaba despejado, sin una nube. Si no fuera porque las hierbas de la pampa se mecían por el viento podría decirse que era un día perfecto en la Barra. Hugo Ledesma había llegado esa misma mañana, temprano, desde Buenos Aires. De chico veraneaba siempre en Uruguay, recorriendo sus costas, y siempre anheló una casa con vista al mar en la Barra de Punta del Este. Ahora estaba cumpliendo su sueño gracias al dinero que le había entrado por su último trabajo (el acuerdo entre la inmobiliaria y el grupo de empresarios había sido un éxito, además de servir para blanquear capitales). Como funcionario del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires tenía vínculos importantes con diferentes demandas y ofertas, el sólo tenía que hacer el contacto.

Descorchó un Don Perignon y lo sirvió en una fina copa de cristal. Salió al balcón a contemplar el mar, el incesante rompimiento de olas. El frío y el viento lo obligaron a entrar en busca de un abrigo. La casa estaba completamente vacía, aún tenía que amoblarla. Sería mucho más fácil si estuviera casado, una mujer se ocuparía en decorarla rápidamente, pero ya se había divorciado dos veces y no estaba en sus planes comprobar que la tercera sería la vencida. Además, faltaban varios meses para la temporada alta del verano. Sólo le importaba cuidar su salud; quería llegar perfecto a los cincuenta, mantener su abdomen chato, aparentar cuarenta. Para relajarse, prefirió alojarse en el Casapueblo y no en el Conrad. Además, en Casapueblo estaba su museo favorito, el de Carlos Páez Vilaró. No dejaba de asombrarse cada vez que contemplaba los colores del atardecer fundiéndose con el diseño de la construcción. Un deleite para sus sentidos.

Volvió al balcón y bebió un poco de champagne. No recordaba la última vez que había brindado en soledad. ¿Retiro? No, solamente estaba cumpliendo un sueño, pronto estaría saliendo con chicas de la edad de su hija. Sonrió y pensó en las amigas de Guillermmina. Por un instante se dejó llevar por esos pensamientos. De pronto, cuando empezó a prestar atención a lo que acontecía en la playa, la realidad superó su fantasía. Un oasis caminante atravesaba la playa desierta de la Barra. De lejos parecía hermosa y más cuando desafiaba al frío y al pudor: se empezó a desvestir. ¡Una nudista! Su cuerpo era increíblemente voluptuoso. La vio dejar la ropa tirada sobre la arena y acercarse al mar. Aproximó una de sus piernas al agua y apenas mojó los dedos, retrocedió en puntas de pie. El mar estaba helado, le sorprendió que tuviera el coraje de desnudarse, pero todas sus conjeturas se fueron al demonio cuando sus miradas se cruzaron. Ella no sólo le sonrió sino que además lo saludó con la mano. Hugo le devolvió el saludo levantando la copa de champagne. Ella volvió a sonreír. Él le señaló la botella. Ella asintió y Hugo se desesperó. Sentía que había rejuvenecido unos treinta años de lo emocionado que estaba. Se metió adentro, buscó otra copa y salió de la casa corriendo.

Pero cuando llegó a la playa no la encontró. ¿A dónde se había metido? De pronto emergió del mar como si fuera una sirena. Hermosa, con unos pechos exuberantes, aunque no podía verle bien el rostro escondido entre los cabellos y un *snorkel*. Las antiparras empañadas y el largo tubo le cubrían la cara, pero con sólo ver las facciones de su mentón y sus pómulos, sabía que era preciosa. El agua le llegaba justo al ombligo, ubicado exactamente en el centro del vientre más sensual que había visto en su vida. Ni una sola estría. Hacía pie, no estaba lejos. Hugo sonrió y empezó a acercarse. Dejó por unos segundos la botella y las

copas en la arena para arremangarse los pantalones hasta las rodillas. Pensó en quitárselos pero no lo hizo, el mar estaba helado y no era momento de pasar vergüenza revelando un probable encogimiento entre sus piernas. Volvió a agarrar las copas y las llenó. Dejó la botella, junto al abrigo y su reloj suizo. Con una copa en cada mano se adentró de a poco en el mar.

En efecto, el agua estaba muy fría. Mientras avanzaba, se preguntaba para qué ella tenía un *snorkel*, no había nada para ver ahí abajo. Los corales estaban en el Caribe. El agua no era transparente. Pero mientras siguió avanzando vio que el fino vello de su piel estaba erizado. Las gotitas suavemente recorrían su cuerpo de arriba hacia abajo. Unas gotas llegaron a la punta de uno de los pezones y cayeron luego al mar. Hugo tragó saliva. Era sumamente atractiva. Quiso decir algo, pero le importó poco y empezó a desnudarse desafiando el frío. Entonces ella volvió a sumergirse. Vio cómo daba varios giros en torno a donde él estaba parado. Sólo le podía ver los pies aletear, su espectacular cola y la punta del tubo respiratorio. Cuando quiso atraparla sintió un golpe fuerte cerca de la ingle. Jugaba duro, pensó, luego comprendió que se equivocaba.

Calor, mucho calor en la entrepierna. Le costó mantenerse en pie. Soltó las copas. Vio que el mar empezó a oscurecerse más. El día seguía despejado, sin nubes, pero abajo el agua se tiñó de rojo. Se arrodilló. El agua salada le llegó a los hombros. Sintió los brazos de la chica rodear su cuello por detrás; en una de sus manos llevaba algo similar a una estaca. Su espalda se apretó contra los macizos pechos de ella. Le gustó la sensación, hasta que el frío lo paralizó. Su cabeza ya se sumergía. Quería liberarse pero estaba inmóvil como una estatua.

Isabel (Romano Pavolini)

Romano le llevaba tan sólo doce años de edad y aquel hombre le estaba pidiendo la mano de su hija Isabel, que apenas alcanzaba los veinte. Podía ser su hermano mayor, tal vez su tío, ¿pero un suegro? Marcel, de origen francés, hablaba perfectos inglés y español. Si bien tenía rasgos occidentales su tez era oscura, un caribeño natural.

—Como le decía, Señor Pavolini, estoy enamorado de su hija, pero ella es un poco distante. Después de aquel banquete que organizó el Vaticano, no puedo dejar de pensar en ella. Si usted hubiera venido solo, pero...

—Pero vine con mi hija. No busco candidatos para ella. No fue mi intención. La verdad es que no estoy interesado en usted, puede irse y dejarla en paz.

Marcel sonrió, parecía que la negativa fuera algo que esperaba. Miró el despacho principal de la galería y luego volvió a Romano.

—Postergué mi regreso a Francia y no porque me guste Roma.

—Le dije que...

—Usted es inteligente, va a saber escuchar. Comprenderá que la unión en matrimonio fortalecerá nuestras familias. Tengo mucho dinero, incontables propiedades. Juntos, podemos ser dueños del mundo. Literalmente los dueños...

—Por favor, no me haga perder el tiempo...

—Sé muy bien que la gran mayoría de obras de arte que usted tiene las consiguió por medio de su padre. Sé que la gran mayoría fueron robadas. Sé que trafica arte.

Lo dejó sin palabras. Lo irritó. La rabia brotó en su interior.

—*Tu non sai chi cazzo sono io!*

Marcel volvió a sonreír.

El Séptimo Rayo

—Fue un error usar el apellido de su padre. Tal vez usar el de Doris Duranti hubiera sido más inteligente.

—¿Qué quiere?

—¿Además de a su hija..? Que me escuche.

Origen incierto (Nacho)

Se sentía deprimido y sumamente avergonzado. De pronto, tenía brotes de rabia que los apaciguaba liberando energía con flexiones de brazos y abdominales. La gimnasia no era su pasión, pero algo tenía que hacer. Uno de sus hermanos pasaba horas en el sector de musculación del gimnasio pero no definió ningún músculo, solamente creció y creció de tamaño. Cada mes, levantaba un poco más de peso. Un brazo de él era más grande que una pierna de Nacho.

Agitado, luego de hacer una serie de lagartijas, se tiró en la cama a pensar. A mirar el techo, la nada misma. ¿Cuántos días habían pasado? No había salido del departamento, ni siquiera había dado una pincelada al cuadro. Quedaban pocas sobras en la heladera y la alacena estaba tan vacía como su billetera. Tenía que pasar por el banco y luego ir al supermercado, también tenía que volver a revisar su celular, a ver si había mensajes de su hermana, o de Greta. Al menos nadie había tocado el timbre. Una y otra vez Greta vino a su mente: el rostro desencajado, enojada, viéndose a sí misma desnuda. Pero ¿acaso el cuerpo humano no era una obra de arte? ¿Tan mal estaba dibujarlo? Quizás ella en el fondo no entendía el arte, él debería ser quien se sintiera ofendido. No sólo violaron su intimidad, sino también su integridad como artista. Debería decírselo, mandarle un mensaje, incluso llamarla. Pero como los demás días, ese pensamiento se desvaneció, inmediatamente reemplazado por otro intranscendente, difícil de recordar por sueños y entrometidas pesadillas diurnas. ¿Había pasado una semana? Finalmente prendió el celular. Varias llamadas de su familia, hasta de su hermana. Mensajes de texto, whatsapp, correos electrónicos. Nadie parecía estar enojado. Sólo querían saber si se encontraba bien.

Empezó a responder secos “Ok” para que no lo molestaran más y devolvió un solo llamado, el más importante.

—¡Nachito! ¿Dónde estás? —preguntó su mamá—.
¿Estás bien? Estamos preocupados...

—Ma... mami.

Había pensado que se mantendría firme al teléfono, que nada lo perturbaría, que ahora era un hombre... pero descubrió que era uno que al escuchar la voz de quien lo trajo al mundo se desmoronó. Comenzó a gimotear:

—Ma... no soportó más. Me equivoqué —lloró—, quiero volver, necesito estar con la familia.

—Amor... ay, tesoro... ya mismo le digo a Virginia que vaya...

—No... —se arrepintió— no hace falta, es que yo, me estoy quedando dormido más seguido que de costumbre, pero vos sos la única que me entiende. Virginia se mete en mi vida. En cambio vos me dejás ser, creo que esa libertad que me das la valoro muchísimo y por eso intento hacer las cosas bien acá en Buenos Aires.

—Despreocúpate, hoy a la noche hablo con tu papá y...

—¡Mamá! No hace falta.

—Nacho, por favor....

—No, no metas a papá ni a nadie. Sólo quise desahogarme porque se me hizo difícil este último mes, pero me precipité al pensar en volver a la Villa.

—Te entiendo, igual, la próxima semana viajo para allá. ¡Tenemos que ver el bar de tu hermana! Ya lo postergamos varias veces.

—Tenés razón —le rugió la panza, tenía hambre—. Mamá, me tengo que ir.

—¿Qué? Apenas hablamos unos minutos, hijo.

—En serio, mamá.

—Pero me llamás llorando, diciéndome que te querés volver. ¡Y ya está?

—Mamá, ya me conocés. Te llamo más tarde, un beso.

—¿Cuándo?

—Mamá, adiós.

—Chau, portate bien. Te quie...

Nacho cortó. Suspiró y empezó a cambiarse de ropa para salir, aunque solo fuera al supermercado.

En el hall de la entrada se cruzó a un padre con sus dos hijas preadolescentes. No recordaba de qué piso eran pero acostumbraban saludarse.

—Hola, buen día —dijo Nacho.

El hombre, nervioso, no lo saludó y apresuró el paso cubriendo a sus hijas de su mirada. Nacho entendía mal ¿o tal vez Cecilia lo difamó y exageró lo que realmente había pasado?

El trámite bancario fue sencillo, lo único que tuvo que hacer fue sacar dinero del cajero. Luego fue al supermercado. Tenía hambre, pero también pocas ganas de cocinar, de hecho casi nunca tenía ganas y las veces que suscitaba ese extraño interés de meter mano en carne cruda, pelar papas y prender el horno, era más fuerte y convincente el sueño. Tal vez ese fuera el secreto de mantenerse tan delgado. Por eso se dirigió directamente al sector de congelados.

Después de llenar el chango y preguntarse cómo metería tanta comida en el freezer, pasó por la góndola de importados para ver si tenían café colombiano o en su defecto de Brasil. Para su sorpresa, lo que encontró fueron seis latas de sopa Campbell. Hacía mucho tiempo que no veía una. Como artista, inevitablemente la pequeña pila de latas le recordó a Andy Warhol y su famosa obra, lo que a su vez le recordó otra obra del artista, “Statue of Liberty”, vendida unos años atrás en treinta y nueve millones de dólares. Esa cifra se le había grabado en la mente. Lo había releído una y otra vez aquella vez en el diario. No lo

podía creer. Encima, el pobre Andy no vio un solo dólar de esa venta, ya estaba muerto. La había pintado en 1962 y representaba efectivamente la emblemática estatua de New York. Comprendió que no podía quedarse de brazos cruzados. Tenía que hacer algo. Empezar a averiguar lo que realmente había pasado con la estatua porteña.

Una vez en su departamento, se tronó los dedos frente al teclado como si fuera un pianista y empezó a realizar búsquedas en Internet. Blogs, foros y diversos sitios señalaban la Estatua de la Libertad de las Barrancas de Belgrano se había inaugurado un 3 de octubre de 1886, veinticinco días antes que la original de los Estados Unidos. El dato lo sorprendió, y si era cierto, dimensionaba más el valor. Un artículo en el sitio web de la revista Perfil, expresaba: “En la capital argentina también existe una réplica de la estatua realizada por el mismo escultor que hizo la de Nueva York, el francés Frédéric Auguste Bartholdi. Está ubicada a uno de los lados de las Barrancas de Belgrano, entre las calles 11 de septiembre y La Pampa. Aunque es muchísimo más pequeña, la estatua porteña fue inaugurada el 3 de octubre de 1886, veinticinco días antes de que la Estatua de la Libertad de Estados Unidos fuera inaugurada”. Dos veces inaugurada en una oración, seguramente copiaron el texto de otro lado, no podían redactar tan mal. Es más, tampoco citaban una fuente confiable. Ningún sitio lo hacía. Lo que sí descubrió es que había otra versión de la Estatua de la Libertad en la ciudad de Buenos Aires. Esta réplica decoraba la cornisa del colegio Domingo Faustino Sarmiento, en la avenida Callao, se llamaba: “La libertad que ilumina el mundo” y mostraba una postura diferente cuyo detalle más importante era que mostraba el contenido del libro que sostenía y que además estaba acompañada por otras dos figuras femeninas que la secundaban. Aquel colegio abrió sus puertas

como escuela primaria un 3 de Octubre de 1886. Era probable que confundieran esa fecha con la verdadera.

La única información certera que aparecía sobre la estatua en Internet era que, efectivamente, fue fundida en hierro en el taller Val d'osne, en Francia, por el mismo Bartholdi.

Nacho no se conformó sólo con buscar en sitios de Argentina, también revisó páginas de Estados Unidos y Francia usando traductores on-line. El taller Val D'Osne, que había dejado de funcionar en 1986, como el museo Colmar, pueblo donde nació Bartholdi, y una página que describía los cientos de réplicas diseminadas por el mundo, fueron los principales sitios web que se detuvo a investigar. Encontró fechas distintas, algunos sitios, también sin fuentes, indicaban que fue ubicada en la plaza de Barrancas en el año 1903 y en Wikipedia informaba 1910. Hasta incluso leyó la carta de un lector de la revista La Nación que la mencionaba, destacando que fue adquirida por la Municipalidad de Buenos Aires al gobierno francés en 1874, junto con otras obras. O sea, doce años antes de inaugurada la original de Manhattan. La evidente discrepancia en las fechas lo llevó a pensar que el gobierno argentino debería tener una ficha técnica de la obra informando el día de su emplazamiento, a quién se la compraron, en fin, la respuesta. Pero ¿por dónde empezar?

Meditó unos segundos hasta que le vino a la mente el organismo que se dedicaba justamente al cuidado de los espacios verdes en el gobierno de la ciudad: el MOA (Monumentos y obras de arte). Llamó por teléfono, pero ya eran pasadas las diecisiete horas y se habían ido todos. Colgó, sin lograr comunicarse al menos con una persona. Mejor llamar al día siguiente, aunque todavía le restaba mucho día. ¿Y sí se ponía trabajar? Perdido por perdido,

con la obra terminada tendría una excusa de reabrir el diálogo con Greta. Era lo de menos que ella se fuera tan disgustada con el dinero que justo iba a darle. Estaba dispuesto a hacerlo gratis. Pero ¿qué haría con la corona? ¿Tendría seis o siete rayos? Podría pintarla con seis proyectando una sombra de siete para generar polémica. Ahora ¿dónde metería la sombra? No había mucho espacio. Suspiró varias veces y luego de meditar un buen rato creyó que lo más lógico era empezar de cero con un lienzo en blanco.

La obsesión por la estatua fue la sorpresiva cura de una enfermedad sin remedio. No había pegado un ojo y eran la una de la madrugada. Tenía hambre, pero nada de sueño. Estaba contento, y quizás hasta rebelde. Buscó unas empanadas congeladas y las metió en el horno. La caja del producto decía que tenía que esperar a fuego fuerte unos quince minutos. Podría seguir pintando, pero seguramente se pasaría de largo, se le quemaría. Se metió en Facebook desde la computadora. Precisamente al perfil restringido de Greta. Como no pudo ver nada, fue a la cuenta de la galería Las Cuatro Hermanas. Hizo click en fotos y apareció. Inmediatamente reconoció el lugar. Había muchas imágenes de obras y la distinguió arquitectura de la casa. Greta estaba en Casapueblo, el museo y hogar de quien había sido el artista plástico más renombrado de Uruguay: Carlos Páez Vilaró. Posaba en la foto con un hombre muy bien vestido, un empresario de unos cuarenta años, al parecer muy adinerado. El hombre le tomaba la cintura. Un centímetro más abajo y le estaría agarrando la cola, si es que la mano no estaba más abajo. Ella parecía feliz. No lo podía creer. Estaba celoso. ¿Qué hacía ella ahí?

¿Quién era ese tipo? ¿O debería preguntarse esos tipos? No, era uno, sólo que veía doble. Sorpresivamente, el sueño apareció. El olor a comida quemada no podía despabi-

larlo. Antes de caer vencido, giró la cabeza y miró una vez el cuadro de la Estatua de la Libertad. Se despertó por unos segundos. Fue a la cocina. Apagó el horno y sacó las empanadas. Estaban un poco quemadas pero todavía parecían comestibles. Las dejó sobre la mesa. Respiró aliviado. Se desvaneció...

Cuando despertó, era de día. Las empanadas estaban tal cual las había dejado. Le dio un mordisco a una. Parecía que el queso se había vuelto a congelar. No le importó. Siguió comiendo hasta no dejar ni una. Luego bebió una botella de agua. Cuando terminó, le sorprendió no recordar nada de lo que había soñado. Miró la hora. Las diez de la mañana. Llamó por teléfono al MOA. Primero le atendió una contestadora, luego una persona que automáticamente transfirió el llamado a otro interno, cuando Nacho le había dicho que precisaba información sobre una estatua.

—Buen día —la voz correspondía a un hombre de mediana edad.

—Hola. ¿Cómo estás? Mi nombre es...

—¿Quién habla? —preguntó, antipáticamente.

—Mi nombre es Ignacio y estaba interesado sobre una estatua en particular.

—Ah, disculpa, soy José. Es raro que me transfieran personas a este interno.

Silencio. ¿Personas? ¿Hablará con perros?, pensó Nacho.

—Me refiero a que siempre hablo con otros compañeros... —Nacho supuso que José, perspicaz, comprendió que se había expresado mal—. Decime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Gracias, no hay problema. Quisiera saber qué día emplazaron la Estatua de la Libertad, la réplica que está en

las Barrancas de Belgrano. Es por un trabajo práctico para la facultad.

—¿Qué estudias?

—Bellas artes.

—Ah sos uno de nosotros. A ver, esperame un segundo, que justo está por editarse un libro sobre todas las obras y estatuas restauradas sea por mantenimiento o vandalismo.

—¿Vandalismo?

—¡Sí! Y justo esa estatua sufrió un atentado. Bancame, ya estoy abriendo el archivo. Si te interesa, te mando las fotos por mail. Pero no digas nada de donde las sacaste.

—Dale, muchas gracias. Estaría muy bueno —contestó Nacho, sorprendido por la amabilidad del empleado.

—Acá también dice algo que te puede servir, en el sitio web del Gobierno de la Ciudad... cito textualmente: “En Barrancas de Belgrano...

—Gracias, pero no es necesario...

—“...limitando con la Av. La Pampa, se encuentra una réplica de la Estatua de la Libertad” —continuó el empleado, sin escuchar a Nacho, que alejó el auricular de la oreja y suspiró—. “Fue fabricada en hierro rojo a escala reducida de la estatua del mismo nombre ubicada en Nueva York y realizada por el mismo autor, el francés Frédéric Auguste Bartholdi. Mientras que la original fue un regalo de Francia a los Estados Unidos, la nuestra fue adquirida por encargo de la Municipalidad de Buenos Aires a Francia”.

—Muy bueno —agradeció Nacho, por más que la información ya la había leído una decena de veces antes en Internet—, ¿y sabe cuál es la fecha de cuando la emplazaron y cuando cometieron el atentado?

—A ver... mmm... acá no dice nada. Para, encontré la fecha de cuando la tiraron abajo con una soga. Un 17 de

julio de 1986. La otra te la debo. Pero llamá al CEDOM, ellos tienen que tener una ficha técnica de la estatua.

—¿CEDOM?

—Sí, es la Dirección General Centro Documental de Información y Archivo Legislativo.

—Ah, bueno, googleo el teléfono y los llamo. Muchas gracias.

—De nada, pibe, ¿querés las fotos?

—Ah sí, anotá, mi mail es: zombie89@hotmail.com

—Zombie —repitió en voz alta mientras desde el otro lado del auricular parecía que anotaba—, ochenta y nueve. Ya está.

—Gracias.

—De nada, espero que apruebes el trabajo práctico.

Cuando cortó, buscó rápidamente el teléfono y llamó al CEDOM. Allí se sorprendieron por la pregunta, luego de dejarlo unos minutos en espera, un empleado le informó que no había encontrado nada y que lo mejor sería llamar a la Secretaría de Cultura de la Nación. Nacho buscó este número por sus propios medios y, mientras llamaba, recibió el correo electrónico del MOA. Abrió el archivo adjunto. Era una imagen de la estatua caída, boca abajo, junto al pedestal. Le habían atado una soga al cuello y tiraron hasta volcarla de cabeza contra el suelo. Tenía enterrados parte de la corona y el brazo con la antorcha. Nacho detuvo su mirada en los rayos. En la foto sólo se podían ver tres, los otros cuatro estaban incrustados en la tierra. Seguramente uno se había quebrado, aunque luego de contarlos y compararlos con fotos de la estatua en pie, se llevó una sorpresa. El rayo que faltaba era el más próximo al hombro del brazo que sostenía la antorcha y justo era uno de los tres rayos visibles y sanos en la fotografía de 1986. Lo que delataba que la estatua había sufrido otro acto vandálico posterior y parecía que nadie lo había notado.

Nadie atendía en la Secretaría de Cultura. Resignado, cortó; pero el celular seguía con la luz prendida. Había recibido un mensaje de texto. ¡Era Greta! “Mañana paso a buscar la pintura. Last chance.” Respiró hondo. Una buena noticia, pero tenía que terminar el cuadro y también averiguar el origen. Llamó nuevamente a la Secretaría de Cultura. Esta vez tuvo suerte.

—Secretaría —atendió una mujer de unos cuarenta años.

—Hola, preciso información sobre una estatua que está emplazada en la Ciudad de Buenos Aires.

—Ay, pero nosotros no tenemos nada. Tenés que dirigirte al MOA.

—Pero ya hablé con ellos.

—Entonces tenés que insistir.

—Gracias.

No esperó un segundo más y cortó. O sea, nadie sabía nada. Pensó en voz alta:

—En la comuna de Belgrano no pregunté. ¿Cuál era el número de la comuna? ¿Cinco? ¿Ocho? ¿Trece? Mejor dirigirme personalmente. Si no, también puedo ir a una hemeroteca y buscar la noticia del día que atentaron contra la estatua. Habían pasado treinta años. Quizás en el artículo se detallara el origen de la obra.

Se acercó a la computadora y encontró rápidamente la dirección de la comuna 13. Luego buscó las direcciones de las hemerotecas de la Biblioteca del Congreso y la Nacional. Observó la hora que indicaba la computadora. Tenía tiempo de ir a un lugar. Alejó la vista del monitor y se concentró en el cuadro a medio pintar. Automáticamente pensó en Greta.

—¡Qué boludo! —Exclamó en voz alta—. Greta debería tener la información o algún contacto directo. Segura-

mente debajo de la obra exhibirán una nota contando la historia de la estatua.

Nacho agarró el celular y empezó a redactar un mensaje de texto: “Hola. Ya está listo el cuadro, pero te lo entrego sólo a vos. Mañana curso todo el día. Te espero a las 21hs.” Envió. Sonrió. Enseguida el celular vibró. Leyó: “OK”. Genial. Se frotó las manos y se puso a terminar la obra, pensando si le quedaría tiempo para cocinar algo. Tal vez el aroma a una irresistible salsa la invitara a quedarse. Pura fantasía. Ni a sí mismo se podía engañar. Él no sabía cocinar.

PARTE II

ESTATUAS EN SERIES



1989. La caída del muro (Romano Pavolini)

El llanto de Garbita no distraía a Romano. Estaba sentado mirando la televisión, que transmitía en vivo y en directo la caída del muro de Berlín. Estaba presenciando un acontecimiento mundial. Isabel se acercó. Todavía no sanaban sus heridas, un ojo seguía morado y sus brazos golpeados no tenían fuerza para sostener a su hija.

—Papá, Garbita llora, quizás quiere comer. ¿Me ayudás a ponerla en mi regazo?

Romano la miró y se levantó. Apagó el televisor. Luego se acercó a su hija y le acarició la mejilla golpeada.

—Perdón, hija. Voy por Garbita, sentate acá que es más cómodo.

Romano le señaló el sillón donde había estado sentado. El llanto se fue incrementando. Tenía que remodelar el cuarto para un bebé. A él no le gustaban los imprevistos. Metió los brazos dentro de la cuna y como si hubiera hecho magia el llanto se apagó. La levantó y vio la sonrisa más hermosa en el mundo. La acurrucó contra su pecho.

—Shh, shh, calma, el abuelo ya llegó. Vamos con mamá.

El timbre sonó. Romano le alcanzó el bebé a su hija y fue hacia la puerta principal. Tocaron de nuevo.

—¿Quién es?

—Soy Fabio.

Romano abrió la puerta. Se abrazaron. Fabio le entregó un sobre. Romano lo abrió y sin sacarlo, miró lo que había dentro.

—Es la nueva identidad de la niña. Hija de un irlandés, que falleció la semana pasada en un accidente aéreo. Era piloto. Viajó con Isabel a la Argentina, allí se establecieron, donde nació.

—Excelente. Ya mismo me pongo en contacto con mis amistades allá y arreglo todo.

—¿Qué hacemos con el padre verdadero?

Romano respiro hondo.

—¿Es necesario que te muestre lo que ese animal hizo con mi hija?

Fabio negó con la cabeza. Le estrechó la mano, lo miró a los ojos y dijo:

—Nuestra familia está muy agradecida por la donación que nos hizo.

Romano asintió.

Superman (Edison)

A Edison, junto al resto de sus compañeros de la obra, no le dieron los pulmones para chiflar y decir guarangadas al “pedazo de yegua” que pasaba caminando enfrente.

Desde aquel tercer piso que ni siquiera tenía acabada la medianera y con decenas de vigas expuestas, Edison estaba sentado en el hueco—ventana, con los pies colgando. Siguió con la mirada a aquella joven mujer de grandes pechos y cola firme desfilando sobre el cordón de la vereda, hasta que Ramón, volando, le bloqueó la vista.

Edison gritó. El susto lo hizo caer adentro del departamento en construcción. Respiró hondo y, con miedo, asomó la cabeza. Lo vio nuevamente. Ramón estaba colgado del gancho de la grúa de un tirante de su mameluco azul. Una grúa que él mismo tendría que estar operando. Seguía sin entender qué era lo que ocurría, mientras sus compañeros entraron en pánico. Algunos intentaron atajarlo, otros movían los brazos como porristas, pero desistieron cuando notaron que no sólo estaba colgado, también estaba muerto. Una herida sangrante se abría en su pecho, los párpados semiabiertos mostraban unos ojos inertes. Alguien lo había asesinado, colgado y puesto en funcionamiento la grúa para que todos lo vieran.

Los tirantes del mameluco no aguantaron el peso de Ramón y antes que un compañero pudiera entrar en la cabina de la grúa, cayó al vacío.

La policía, los peritos y una ambulancia llegaron al lugar en poco tiempo. El arquitecto estaba alterado, por la muerte o tal vez porque había contratado a varios paraguayos indocumentados y ahora tendría que enfrentar a la ley. Edison era uno de ellos, pero poco le importaba que descubrieran que no tenía papeles y lo devolvieran al Paraguay, él sí estaba realmente afectado por la muerte de su

amigo. Incluso, para él, Ramón había sido como un padre porque ni bien se había presentado en la obra pidiendo trabajo, habló con el arquitecto y lo recomendó sin conocerlo. Luego se forjó una gran relación. Recibió innumerables consejos. Por eso, sintió la responsabilidad de llamar a la hija y darle la peor noticia. Pero no pudo ubicarla. Tampoco la policía. Todos pensaban que había sufrido el mismo destino que el padre, hasta que la buscaron en Facebook. Griselda estaba estudiando idiomas en París. Edison empezó a mirar con cariño la grúa, ahora ese puesto estaba vacante y al parecer el sueldo era muy bueno.

Berger Endormi

(Romano Pavolini)

Romano Pavolini sonrió frente a los flashes. Lucía, como siempre, un costoso saco negro con el escudo bordado en hilos dorados de un club náutico: un ancla con dos remos en forma de V invertida, tocando casi los dos ganchos. No le gustaban las cámaras, pero se trataba de la inauguración de su tercera galería de arte, *La soeur d'avant-garde*, en París. Hacía siete años había inaugurado la de Buenos Aires y en la década de los setenta, la de Roma.

Mientras estrechaba las manos de artistas y acaudalados coleccionistas pensaba que estaba en la ciudad equivocada, tendría que estar en New York, aprovechando el desconcierto reinante por el reciente atentado. Tragedia semejante tarde o temprano se volcaría en el arte. Resultaría imposible para los sentidos de un artista plástico negarse a tal hecho que estaba fundando el siglo XXI.

De pronto alguien le susurró al oído:

—No hay sinónimo para la palabra arte.

Era su frase, con la que había cerrado no sólo el discurso del día sino muchos otros. Giró y vio al embajador argentino.

—¡Juan! Qué grata sorpresa, creí que con su agenda tan ocupada no vendría.

—Pero por favor, Romano, con decir que la cultura Argentina le debe mucho, me quedaría corto.

Se estrecharon las manos.

—Muchas gracias, pero solamente divulgo lo que hacen otros.

—No sea modesto, sin usted, muchos artistas se quedarían sin trabajo. Es mucho más que un curador.

Romano observó la escarapela celeste y blanca en el blazer del embajador. Según recordaba, en el mes de noviembre no había ninguna fecha patria, pero tal vez para identificarse estaba obligado a usarla o, mejor aún, la llevaba porque así lo sentía.

—Creo que los artistas argentinos —empezó a decir Romano—, me corrijo, todos los argentinos tienen que estar tranquilos bajo el mandato de Fernando.

—Para serle sincero, pronto vamos a tener que cambiar de *chupete*.

El embajador enseñó una sonrisa nerviosa. Romano tenía que ponerse en contacto con su hija, que estaba viviendo en Argentina. Mejor no esperar un segundo más y poco le importó si tenía enfrente suyo a un embajador o al príncipe de Mónaco. Sacó su Sony Erickson T610.

—Juan, ¿me permitís un segundo? ¡Fátima!

Una atractiva mujer se acercó.

—Sí, señor.

—Llevalo al embajador a mi despacho. Enseguida estoy con él. Que no le falte nada.

—Romano —interrumpió el embajador— hacé el llamado tranquilo, mientras tanto puedo recorrer la galería.

—No —respondió Romano mientras hacía el llamado—, las mejores obras están en mi despacho —le guiñó un ojo.

Romano se alejó y se metió en el baño buscando privacidad.

Finalmente estableció la comunicación.

—Papá.

—Hola, Isabel.

—¿Cómo estás? ¿El tiempo de París?

—Nada importante comparado con pasar tiempo con vos y con Garbita.

—Es fácil decirlo, difícil cumplirlo.

—Perdón, estoy en deuda con vos. Lo sé. Pero pronto vamos hacer un lindo viaje por el mundo, cuando Garbita tenga vacaciones en el colegio.

—Esta bien, papá, te entiendo. ¿Cómo marcha la inauguración? Me imagino que llena de gente. ¿Alcanzó el catering?

—Te imaginas bien. Si no abro la boca va alcanzar.

—Ay, papá —rió— ¿Alguna celebridad?

—Justo estaba con el embajador argentino.

—Debe ser importante. ¿Querés que hablemos más tarde?

—No. ¿Cuando vencen los plazos fijos?

—Eh... ¿para qué lo queres saber?

—Contestame, por favor.

—Creo que uno pasado mañana y dos la próxima semana. Pero quedate tranquilo que no hace falta ir al banco, tienen una marca de renovación automática y...

—No y no. Quiero que retires todo. Voy a llamar a Horacio y a José para que te acompañen.

—Pero ¿por qué?

—Porque el país se va a pique. Recién me lo confirmaron. Una tercera fuente.

—Pero no entiendo, ¿qué van a hacer?

—El país necesita una caja llena y van a tomar la plata de los ahorristas. Por eso, saca el dinero del banco, metelo en la caja fuerte y también quiero que coloques mañana mismo una reja metálica en la puerta del local.

—Pero...

—Hija, si es necesario cerrá la galería con la excusa de que estamos reformando y trasladá las obras de arte a casa.

—Papá, no seas tan paranoico.

—Obedecé. Esperá un segundo.

Romano hurgó en sus bolsillos hasta encontrar una libreta. La sacó y buscó las fechas de cuando vencían los plazos fijos. Efectivamente, uno vencía en dos días y los otros dos la semana entrante.

—Hoy mismo achicás la agenda —continuó Romano—. Liberá todo diciembre. Mañana llamás al arquitecto para que coloquen una reja o una malla o lo que sea necesario y pasado mañana vas al banco con Horacio y José. ¿Escuchaste? Esto no es joda.

—Perfecto, papá.

—Te quiero, hija, el embajador me espera.

—Yo también.

Romano cortó y caminó hacia su despacho, pero fue interceptado por Javier, el Jefe de compras de *La soeur d'avant-garde*, quien, para su sorpresa, estaba vestido de policía.

—Romano.

—Javier, ¿venís de una fiesta de disfraces? No puedo ahora, el embajador me espera.

—Que se cague el embajador.

Javier era un hombre muy educado, si contestaba así era porque tenía algo importante que decir. Volvió a ver su flameante traje de policía. Romano sonrió. Se trataba de una buena noticia.

—Se trata —dijo Javier— de "El pastor..."

—...durmiente" ¿Lo encontraron?

—Sí, justo antes que una loca lo destruyera.

—¿Una loca? ¿Dónde está?

—En el baúl del patrullero.

—¿Patrullero? Y yo acá encerrado perdiéndome toda la diversión.

—Lo estacioné afuera. Si querés, damos una vuelta, pero en dos horas lo tengo que devolver.

Ambos enfilaron hacia la salida. Mientras esquivaban invitados, siguieron hablando:

—Pero ¿cómo fue? ¿Estás seguro que es la obra original? Fue robada hace cinco años.

—Segurísimo. Hace tres años que sigo la pista del cuadro y ayer a la noche me llamaron. Atraparon a un ladrón de cuadros en un museo de Lucerna. Es un pibe, no sé si llega a los treinta años, pero quizás estamos hablando del ladrón solitario más importante. En la casa de la madre tenía más de doscientas obras. Todavía no sé cómo lo hizo, pero me soplaron su nombre y apellido y enseguida di con la dirección de la madre. Llegar fue lo difícil: vive en Estrasburgo. Cinco horas de ida y seis de vuelta, pero a pesar de todo llegamos antes que la policía, que seguramente todavía está interrogando al pibe.

—¿Y quién es la loca?

—La madre... la agarramos destruyendo las obras de arte. Vivía con ella. También había un Brueghel y un Watteau, entre otros. Ahí tenía ochocientos millones, tal vez más.

Romano, incrédulo, lo miró a los ojos.

—Sí, estaba cortando en tiritas lienzos millonarios. No tenía ni la más remota idea de lo que valían. Seguramente quería destruir la evidencia. Salvamos varios. Lo bueno es que van a pensar que los destruyeron a todos.

Una vez afuera, Romano vio otro falso agente parado junto al patrullero. Fueron al baúl. Lo abrió y el primer cuadro a la vista era *El pastor durmiente*, de François Boucher. Parecía ser el original. Romano sonrió.

—¿Cómo se llama el ladrón?

—Stéphane Breitwieser.

—Quiero saber todo sobre él y lo quiero fuera de la cárcel lo antes posible. Llamá al estudio de abogados.

—Sólo tenemos estudios en Argentina y en Italia. Y encima él está detenido en Suiza y...

—Por favor, Javier, sos tan inteligente para algunas cosas... Llamá a Roma y que ellos se ocupen.

Romano volvió a entrar en la galería. Se le acercó Fátima.

—Señor, el embajador lo espera.

—Ahora no.

Se alejó. Precisamente en ese momento lo que más quería era pasar un tiempo a solas con el pastor durmiente.

Boulogne Sur Mer

(Domingo Faustino)

Se tronó los dedos, como si delante suyo tuviera un piano de cola, pero solamente había una puerta. Cerró el puño. Respiró hondo y sintió la fragancia de la flor de las acacias, recordó el cuello de Jesús del Canto. A los costados había orquídeas, dalias de mil colores y otras flores prolijamente cuidadas. Estaba linda la casa del general. Levantó el brazo. La puerta se abrió. Se miró la mano y sonrió. Un joven con chaleco gris y frondosas patillas le sonrió.

—*Bonjour, M. Domingo. Plus tard, bienvenue, que le général attend.*

—*Bonjour. Merci beaucoup.*

Agarró la manija de la valija.

—*¿Habla francés?*

—*Oui, ¿con quién tengo el placer de hablar?*

—Mi nombre es Eduardo. Soy un amigo y admirador del general.

—Encantado. *¿Pero no trabaja aquí?*

—No, vine a visitarlo, como usted. Hoy justo enfermó el casero y su hija con su yerno no están. Acompáñeme. El general lo está esperando.

—*¿El necesita alguna asistencia?*

Eduardo negó con la cabeza.

—Sigue siendo el general.

Caminaron por un angosto pasillo que daba a varias habitaciones. Eduardo no se detuvo, pero él sí. Lo vio. Estaba parado en medio de la segunda habitación.

—Buen día, Domingo. Adelante.

Su gruesa voz lo hacía más alto. Su cabello canoso brillaba como el mismo Río de la Plata manteniéndolo distante entre una orilla y la otra. La falta de bigote revelaba una sonrisa cálida y pícara como la de un hombre sencillo. Su mirada cansina te decía que ya había visto demasiado, sólo esperaba que no lo suficiente y tuviera un poco de su atención.

—Adelante, por favor.

Miró desorientado hacia su derecha. Eduardo había entrado a otra habitación. Volvió a mirar al general.

—Buen día, don José, es un honor para mí...

—Evítese la cortesía, por favor, tome asiento y hablemos como dos argentinos en suelo extranjero.

Entró Eduardo.

—*Au revoir*, mi general. *Au revoir*, Domingo, acá le dejo anotada mi dirección, lo espero a cenar a no ser que ya tenga otros planes.

—Un placer. Estaré ahí. Termino mi reunión con don José y lo voy a visitar.

—Excelente.

Se estrecharon la mano y el otro se fue. Cuando giró nuevamente hacia don José, él le estaba dando la espalda, sirviendo en dos vasitos de cristal de lo que parecía una botella de coñac. Le alcanzó uno. Se miraron a los ojos.

—Por la libertad —dijo don José.

—Por la libertad —repitió Domingo.

Bebieron. Tomaron asiento. Los numerosos muebles hacían parecer pequeña la estancia. Se miraron.

—Creo que usted no había nacido... cuando en el congreso de Tucumán se estaba discutiendo la posibilidad de convertir en realidad lo que las estrofas del himno nacional dicen: *¡Oíd, mortales!, el grito sagrado: / ¡libertad!, ¡libertad!, ¡libertad! / Oíd el ruido de rotas cadenas / ved*

en trono a la noble igualdad. / Se levanta en la faz de la tierra / una nueva gloriosa nación...

Domingo interrumpió y continuó recitando:

—Coronada su sien de laureles, / y a sus plantas rendido un león.

Don José sonrió y continuó:

—De los nuevos campeones los rostros / Marte mismo parece animar; / La grandeza se anida en sus pechos / a su marcha todo hacen temblar. / Se commueven del Inca las tumbas, / y en sus huesos revive el ardor, / Lo que vé renovando a sus hijos / de la Patria el antiguo esplendor.

Domingo lo miró extrañado. Don José se levantó con esfuerzo y se acercó a una vitrina donde colgaba un sable. Lo sacó y lo desenfundó.

No hubo brillo.

Domingo esperaba un largo sable curvo, pero la hoja estaba cortada ni bien empezaba la empuñadura. Don José agitó la funda y asomó un papel enrollado. Puso perpendicular la funda y lo dejó caer suavemente. Efectivamente, era un papiro. Don José camino hacia un escritorio, lo desplegó y lo colocó encima. Apoyó un pisapapeles en cada extremo.

—¿Vas a quedarte sentado?

—No.

Domingo se paró y don José se interpuso en medio, bloqueando la vista del papiro.

—Pero antes de revelártelo, tenés que saber que no hay vuelta atrás. Quiero conocerte mejor. Si eres digno de conservar el secreto.

—Entonces, si es un secreto, no vale la pena que me lo digas.

Don José sonrió.

—No sé cuánto tiempo me queda... Es un secreto que necesita ser traspasado y sólo ser publicado cuando la amenaza esté disipada.

—¿Qué querés saber? —preguntó Domingo.

—Tus valores.

Domingo colocó su diestra debajo de su chaleco y empezó hablar.

Visitas (Nacho)

Eran las diez de la noche. La cena ya estaba lista, manteniéndose caliente en el horno. Había comprado un pollo entero con papas en una rotisería cercana. La pintura también estaba terminada. Las velas sobre la mesa. El Malbec. De la cocina hasta el baño todo estaba desinfectado. La cama hecha, por si acaso. Todo preparado hacía más de una hora, excepto Greta, que todavía no había llegado. ¿Dónde mierda estaba? La acción de chequear constantemente el celular hizo que la batería mermara a un agonizante cinco por ciento. Al menos tenía tomacorriente y cargador a mano. No quería llamarla, ni mostrarse interesado; por otro lado, podía comunicarse con ella con la excusa de estar preocupado. “Dijimos que venías a las nueve. Son las diez y siete. ¿Pasó algo? ¿Estás bien?” Escrito el mensaje, el arrepentimiento provocó que lo borrara al instante.

Como un campanazo de iglesia, sonó el timbre. ¡Ahí estaba! Salió del departamento, pero volvió sobre sus pasos para atender el portero eléctrico.

—Hola?

—Greta.

—Bajo...

—No, no hace falta, justo llegó un vecino y me está dejando entrar.

—Dale, te espero.

La puerta ya estaba abierta. Greta entró. Llevaba el pelo recogido. Vestida de gimnasio: bolso Adidas rosado, estrechas calzas negras, chaleco inflable sobre lo que, supuso, era un top. Le tendió la mano.

—Hola.

—Hola —contestó Nacho, desilusionado.

¿Dónde había quedado aquel beso en la mejilla? Ella empezó a mirar hacia todos lados. Vio la mesa, el vino, escuchó

la música, olió el pollo, pero la puesta en escena romántica no pareció cautivarla. También se detuvo en la remera de Nacho, la imagen estampada era uno de los tantos retratos de Van Gogh.

—No te voy a quitar mucho tiempo. Evidentemente estás esperando a alguien. ¿Dónde está el cuadro?

—Allá. ¿Vas a entrenar?

—No, en realidad terminé, pero cuando vi la hora, si me bañaba y cambiaba, no llegaba. Perdón, no es propio de mí.

—La verdad que ni me di cuenta que estabas...

Nacho no terminó la oración. Se mordió la lengua. ¿Acaso iba a decirle sudada? Iba a quedar muy mal, resultándole casi imposible remontarla aunque a su favor no tenía olor a transpiración. El living era tan pequeño que ella no tuvo que buscar demasiado. Miró el cuadro con detenimiento. Se le escapó una sonrisa, pero rápidamente volvió a atraparla para seguir en su papel parco.

—Perfecto. Te felicito —dijo, sin entusiasmo.

Sacó de la cartera un sobre y se lo tendió.

—Te lo ganaste.

—Gracias.

Sin abrirlo, Nacho dejó el sobre en la mesa.

—¿No vas a contarla?

—¿Hace falta?

Ella se encogió de hombros.

—¿Me ayudás con el cuadro? —preguntó.

—Antes quisiera saber algo.

—Dale, dispará —respondió, sin mirarlo.

—Mirá, además de retratar a la estatua, estuve investigando un poco. Me gusta descubrir el origen de las cosas para poder capturar más la esencia y...

—¿Esencia?

—Sí, este... no sé cómo decirlo. Pero quería saber la fecha real de cuando emplazaron a la estatua en la plaza de Barrancas.

—¿Para qué? —inesperadamente, tenía toda la atención de Greta. Sus hermosos ojos descolocaban a Nacho, que sintió un ligero calor en sus mejillas.

—No sé, como te dije, sólo por curiosidad.

—Bueno, ¿y qué encontraste?

—¿Cómo qué encontré?

—Me dijiste que estuviste investigando.

—Perdón, nada.

—¿Nada?

—No, nada, pero en Internet había varias fechas circulando, llamé al MOA y no lo sabían.

—¿Llamaste al MOA? Jodeme. Me sorprendes, Nachito.

—Este, sí... —se sonrojó, estaba recuperando su confianza— y también a la Secretaría de Cultura de la Nación. Tam poco supieron decirme. Me sorprende que no exista un inventario, una ficha técnica, un documento de compra, algo... Si es así, cualquiera podría decir que es suya y el gobierno no podría refutarlo. Pero bueno, todavía sigo investigando.

Ahora la que se había puesto colorada era Greta.

—Me entró calor, perdón.

Se sacó el chaleco dejando a la vista un top que apenas podía contener tanto busto. Nacho trago saliva. Ella se sentó. Nacho intentó apartar la mirada, aunque le resultó muy difícil no ponerse bizo.

—Esos ojitos celestes... —dijo Greta.

—¿Qué? —preguntó Nacho, casi conteniendo la respiración.

—Que no paran de...

(¿Mirarme?)

— ... de buscar. ¿Cómo es eso que podés llevarte la estatua?

—No sé, se me ocurrió recién —exhaló, aliviado—. O sea, si no tenés los papeles de propiedad de tu casa, ¿cómo afirmas que es tuya? Supongo que lo mismo vale para las estatuas u obras de arte de la ciudad.

—Estás loco. Ese monumento es histórico, dudo mucho que sea tan sencillo llevarselo.

Cruzó una rodilla sobre la otra y apoyó sus manos en el muslo.

—Sí... es verdad. Pero, ¿sabés la fecha o dónde puedo averiguar?

—Mm, dejame pensar, lo único que sé... espera un segundo, que abro el e-mail.

—Sí...

Greta estaba concentrada en su iphone.

—Porque nosotros, cuando colgamos las obras, al lado ponemos un texto informativo y...

—Claro, a eso iba.

—Ya está, no es mucho, pero es un mail de Silvia Vardé, secretaria de la Junta de Estudios Históricos de Belgrano y dice que es una réplica en tamaño reducido de la Estatua de la Libertad que fue adquirida en París a principios del siglo XX por el vecino “belgranense” Antonio Santa María y obsequiada por él al barrio, con una sola demanda a cambio de colocarla en la Barrancas, frente a su palacete, cosa de poder verla cada día.

—¿Belgranense?

Los dos rieron.

—¿Antonio cuánto?

—Antonio Santa María.

—Nunca escuché sobre él.

—Al parecer no fue la única obra de arte que regaló a la municipalidad.

Nacho tomó asiento, ahora los dos estaban en la mesa, sólo faltaba la comida.

—Bueno, me voy a contactar con esta Silvia...

—Vardé.

—Eso, tal vez ella sepa la fecha exacta.

—¡Cómo la tenés con la fecha exacta! Pare serte sincera, no creo que tenga más información. Yo le pedí que me diera todo lo que pudiera y fijate en la respuesta: a principios del siglo XX.

—Claro...

Nacho percibió que recién ahora Greta se daba cuenta que estaba sentada a la mesa a la espera de una escena romántica, en teoría preparada por él mismo. El silencio comenzó a invadir el lugar. Unos instantes que parecieron horas a tal extremo que desde la pintura comenzó a escucharse el canto de los pájaros que revoloteaban cerca de la estatua. Nacho soportó confesarle lo otro que había descubierto (el reemplazo de la estatua y la cantidad de rayos de la corona). Pero antes que dijera algo, Greta rompió con su hermetismo.

—¿El olor es del pollo?

—Sí ¿querés comer?

—Ya que estamos...

—Pero por supuesto —Nacho se levantó de la silla—, voy por el pollo.

—No, tranquilo. Primero me gustaría bañarme, siempre y cuando se pueda...

—Este sí... no, sí —dudaba mientras intentaba recordar si había limpiado bien el baño—, sí, adelante.

Nacho se dirigió al baño y Greta lo siguió.

—Bueno, si el baño está aprobado, me baño y cenó con vos. Sino, me voy y lo dejamos para otra noche.

¿Otra noche? Nacho miró hacia atrás y Greta estaba sonriendo. Nacho le devolvió la sonrisa y luego se metió en el baño. Prendió la luz. Greta se unió a la inspección. No estaba reluciente, pero tampoco era un chiquero. Se podía percibir

en el lavatorio rastros del Cif crema, secos, casi petrificados. Nacho había usado un envase entero.

—Bueno... le pusiste empeño, no quiero imaginar cómo estaba antes de la limpieza.

—No estaba tan mal, pero bueno, lo limpié de nuevo.

—Mentiroso. Dale, anda a fijarte cómo está el pollo, que en cinco, no, mejor en diez, salgo.

—Dale.

Nacho comenzó a irse pero se detuvo.

—Ah... una cosa, la puerta no cierra bien. Creo que la humedad inflo la madera, así que...

—Así que me querés ver...

—¡No! Mirá.

Nacho intentó trabar la puerta. No cerró completamente, aunque la presión del marco contra la puerta servía lo suficiente para que no se abriera.

—Si hacés más fuerza tengo miedo que cierre del todo y no podamos abrirla. A eso iba.

—Ah, listo.

Nacho se dirigió a la cocina, con esa inquietante curiosidad de justamente ir a espiarla a través del picaporte. Otra vez la estaba imaginando desnuda. Escuchó la ducha, alimentando aquella perversión, pero respiró hondo. No necesitaba de trampas, era lo suficientemente grande y maduro para no hacerlo. Trató de enfocarse en el pollo. Abrió el horno. Sacó la bandeja con el pollo adentro. Con una cuchara probó la salsa. ¿Dónde había dejado el limón? Fue hacia la heladera. Cuando la abrió, salió agua. Mucha. Era una catarata. De dónde salía tanta agua. Un inmenso charco se agrandaba cada vez más en el piso. No entendía qué estaba pasando, pero el charco no sólo venía de la heladera, también de los pies mojados de Greta. Allí estaba, desnuda, pero sólo hasta los hombros. Una toalla blanca la cubría hasta las rodillas. Eran dos. Sí, dos Gretas. Una se acomodaba la toalla evitan-

do que no tuviera ningún descuido. Otra hablaba mucho. Sólo repetía ¿Qué te pasó? Ahora también caían gotas. Varias sobre su cabeza. El techo sangraba, pero a ninguna de las Gretas pareció importarles. Cada una seguía en su mismo papel.

—¿Qué te paso? ¡Dios, Nacho, con qué te golpeaste!

Un poco de sangré le entró en el ojo. Cerró el párpado y una Greta desapareció. Ahora era una, entonces comprendió que había sufrido otro ataque. Trató de mirar hacia la heladera para saber si estaba inundada pero Greta lo tomó por los hombros. Nacho la miró. Estaba en cuclillas, a punto de romper en llanto. Estaba preocupada y él en el piso apenas podía moverse. Le dolía la frente. La sentía húmeda. Ella volvió a pararse, evitó pisar el pollo que estaba tirado en el piso y agarró un repasador, para luego ponérselo en la frente a Nacho.

—Llamo a emergencias. Para que te lleven y te suturen.

—No, no quiero ir a ningún lado.

—Pero podés tener una contusión, necesitás de puntos y hasta tal vez una tomografía.

Greta se paró y se fue. Siguió diciendo:

—Escuché un fuerte golpe. Te llamé. No respondiste, y te vi ahí en el piso.

Volvió con el bolso rosado, revoleó ropa y sacó el celular. Se puso a llamar, mientras, con la otra mano le presionaba la herida. El dolor en la frente se convirtió en una jaqueca, tan fuerte que poco le importó que se le estuviera abriendo de a poco la toalla. Greta tenía sus dos manos ocupadas, ninguna sostenía la toalla, que se abrió más. Efectivamente, estaba viendo un pezón. Era hermoso. Delicado y firme a la vez. Quería tocarlo, besarlo, pero fue la oscuridad quien lo succionó a él. Sólo escuchaba la voz de Greta, que repetía la dirección, pero no llegó a escuchar ninguna sirena.

Tan cerca (Nacho y Greta)

La oscuridad perdió intensidad. El dolor también. Emergieron algunos claros. Abrió los ojos; demasiado pronto, volvió a cerrarlos. Respiró hondo e intentó nuevamente conectarse con el mundo exterior. Yacía sobre una camilla. La sala estaba iluminada con tubos de LED en el techo. Se llevó la mano a la cabeza, comprobó que la tenía vendada. Miró hacia los costados, estaba solo, pero veía a cada segundo a Greta ir y volver por el pasillo. Al menos estaba vestida. Tenía la mirada en el piso y hablaba con alguien por celular, ¿acaso su hermana? Cerró los ojos, para que ningún otro sentido interfiera con el auditivo.

“No puede ser (...) Estoy bien, sé cuidarme sola (...) No mandés a nadie y menos al rumano (...) No, no y no, no me voy a New York (...) Sí, ya sé que lo hacés porque me querés (...) Yo también te quiero (...) La verdad que no entiendo lo qué está pasando (...) ¿Sospechas de alguien?”

Se preguntaba de qué estaba hablando Greta. Sin querer, la espió por un instante con un solo ojo y sus miradas se cruzaron. Ella se detuvo en el marco de la puerta.

—Se despertó —dijo al teléfono—. Después hablamos. Beso.

Colgó y entró a la habitación. No vestía la ropa deportiva, sino un jean azul con una blusa beige. Seguramente era la ropa que tenía para cambiarse en el bolso Adidas rosado. Nacho abrió los dos ojos. Greta estaba sonriendo y le tomó la mano. No parecía incómoda, quizás ni siquiera había percibido que Nacho la había visto parcialmente desnuda.

—Hola Nacho, ¿cómo te sentís?

Quería preguntarle con quién había estado hablando, pero prefirió esperar.

—Hola, uf, sí que me duele la cabeza. ¿Cuántos puntos?

—Por suerte sólo dos. Por la cantidad de sangre creí que ibas a necesitar como veinte.

Después de hablar, Nacho notó que tenía mucha sed.

—Quiero agua, por favor.

—Sí, esperame un segundo.

Greta salió de la habitación y en breve volvió a entrar con una botella de agua. Se la alcanzó y Nacho la bebió entera.

—Muchas gracias. La verdad que gracias por todo, sin vos no estaría vivo. Me salvaste la vida.

—Nacho, por favor —Greta le tomó el brazo—, no fue nada, vos hubieras hecho lo mismo. ¿Te acordás de algo, Zombie?

¡Lo sabía!, Nacho no podía ocultarlo, pero ¿quién se lo habría contado? ¿su hermana? ¿el médico de guardia que le había suturado la cabeza?

—¿Mi hermana te lo dijo?

—Sí, la llamé cuando veníamos al hospital, pero ella estaba ocupada en el bar, le habían faltado dos meseros, y bueno, pensó en cerrarlo, pero le dije que me hacía cargo.

Nacho asintió con la cabeza. Tenía un ligero remordimiento de no haber visitado el bar. Estaba fallando como hermano.

—¿Cómo es ese trance? ¿Recordás algo?

—Narcolepsia. Depende, a veces sí me acuerdo. Lo interesante es que otras, cuando me duermo, mi cuerpo sigue funcionando, como si fuera un sonámbulo. En ocasiones ocurre cuando pinto.

Pensó en decirle que le pasó la vez que la pintó desnuda, pero ¿valía la pena recordar ese episodio?

—Aja... —Greta sonrió—, de ahí se origina tu talento. Uno muy desde el subconsciente. Mira que no es nada

malo presentarte así. Podemos sacarle mucho provecho a tu enfermedad.

—Gracias, Greta, pero no quiero ser un fenómeno de circo.

—Para tanto no. Más adelante te voy hacer algunas sugerencias más trabajadas a ver si cambiás de opinión.

—Dale...

Un silencio tan breve como incómodo se interrumpió con la entrada del médico de guardia.

—Hola, perfecto, despertaste.

El médico se acercó a Nacho, extrayendo una linternita del bolsillo de su delantal blanco.

—¡Alfonso!

Una voz femenina proveniente de afuera alertó al médico.

—Uy, perdón, enseguida vuelvo.

El médico salió. La mirada silenciosa e incómoda entre ambos reapareció.

—¿Querés más agua?

Nacho negó con la cabeza.

—Gracias.

Greta entrecerró los ojos.

—¿Y? No me dijiste. ¿Te acordas de algo?

—Eh... poco, estaba cuidando el pollo, busqué el limón y me desperté acá —mintió—.

—Ah... porque fue muy embarazosa la situación.

—¿Por? ¿Qué pasó?

—Justo me estaba bañando y de pronto escuché un golpe que me detuvo por un instante el corazón.

—¿Tan fuerte?

—Pareció que se vino el departamento abajo. Y no fue uno solo, fueron varios consecutivos. También se te había caído el pollo con la bandeja y la salsa desparramada en el piso.

—Ah...

—Sí, pero dejame que te cuente bien.

—Dale.

Nacho se incorporó en la camilla. Se sentía mejor. Quedó sentado con los pies colgando.

—Te decía que escuché los golpes. Algo se había caído al piso. Cerré la ducha y comencé a llamarte y no contestabas. Secarme y vestirme me iba a llevar varios minutos. Entonces salí sólo con la toalla, cubriendome el torso. Caminé en puntas de pie hacia la cocina en silencio, no sé por qué, tal vez no quería que me vieras si no te había pasado nada, o quizás buscaba no mojar el piso apoyando el total de la planta. Cuando llegué y te vi ahí tirado. ¡El susto que me diste! Parecías muerto. Luego reaccionaste un poco y me quedé más tranquila, pero la sangre me puso los pelos de punta. Así que llamé a emergencias. Luego te volviste a desmayar.

—Perdón, y en verdad me salvaste la vida, aunque lo niegues.

—No fue nada, pero lo más embarazoso fue cuando tocaron el timbre y yo ni siquiera me había cambiado...

Volvió el médico, esta vez se presentó. Se llamaba Alfonso. A pesar de las ojeras por el cansancio de vaya a saber cuántas horas de guardia cumplidas fue muy simpático. Tenía una radiografía en la mano, que Nacho no recordaba que le hubieran tomado. Lo revisó con la linternita y le pidió que hiciera algunos ejercicios motrices como llevarse el dedo índice a la nariz, pararse y caminar. Nacho obedeció. Alfonso asintió.

—Perfecto. La radiografía está muy bien. No tiene lesión ósea. Es probable que el desmayo prolongado fuera por la narcolepsia. Chequeamos su historia clínica para confirmar que sólo sea eso. Le sugiero que vea cuanto antes a su médico de cabecera, quizás tenga que subir la

dosis de Modafinilo. Y venga mañana, tranquilo, para una tomografía. Acá le dejo la orden.

—¿Así que tengo el alta?

—Fue sólo un susto. Vaya tranquilo.

Nacho sonrió. El médico se despidió. Greta sacó el teléfono.

—Voy a llamar a tu hermana.

—Cierto, pasame.

Greta le pasó su celular, mientras los dos se encaminaron hacia la salida.

—Virginia.

—Nacho ¿cómo estás?

—Bien. Me dieron el alta.

—Bien las pelotas. Mañana nos hacemos cargo de vos.

Vamos nuevamente al médico. Hay un nuevo tratamiento y...

Nacho escuchó un barullo de voces. “Pasame, dale pasame.” La voz le resultaba familiar. Virginia no estaba sola.

—Te digo que estoy bien. ¿Con quién estás?

—Con nadie importante, ¿acaso yo no puedo tener una vida?

—Desde ya que sí. Bueno, tengo que cortar que... estoy cansado. Quiero llegar rápido y dormir un poco.

—Dale, Nacho, mañana nos vemos.

Nacho cortó. Le devolvió el celular a Greta. Ya estaban afuera del hospital.

—Ahora que estoy despierto, tengo hambre.

—Sí, yo también. Es tarde, no se si habrá algo abierto.

Encima, el pollo se echó a perder.

—Tengo empanadas congeladas.

—Dale, me sumo. ¿Gaseosas? Del vino ya me bajo.

Nacho sonrió.

—Sí, también tengo. Y el cuadro, lo más importante.

—¡El Cuadro!

Greta había olvidado completamente lo que había ido a hacer. Nacho le atraía y sabía que él estaba atrapado por los encantos de ella. Pero no era momento para eso. Tenía que hacer su trabajo. Buscar el cuadro y marcharse. La distracción le sirvió para olvidarse lo que estaba pasando. Vio que Nacho revisaba los bolsillos, sacó la billetera.

—No tengo dinero, pero sí la SUBE...

—¿La qué? Despreocúpate. Vamos en taxi, invito yo...

Le sonó el celular. Era su abuelo. El corazón se le paralizó por un instante. A esta hora, tendría que ser una mala noticia. Otra...

—¿Entonces paro uno?

Greta le pidió con un gesto un segundo de tiempo.

—Hola...

—Garbita, escuchame bien. ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Perfecto, sólo quiero que escuches y no digas una palabra más. El rumano está muerto —Greta tragó saliva—. Mañana partimos para New York. Mientras tanto, quiero que vuelvas lo más pronto posible a la galería. Allá puedo protegerte. Necesito que te deshagas del celular.

—Mi ipho...

—Shh, ¿Qué dije? Perdelo. Rompelo. Te pueden estar rastreando. No lo sé. El rumano es muy precavido, era...

—se corrigió— no puedo creerlo. Era una roca. Hay que ser muy fuerte para matarlo. Te mandaría a buscar, pero como te dije, no quiero saber dónde estás ahora. Te quiero Garbita. Adiós.

—Adiós, abu...

Greta no pudo contener las lágrimas. Nacho se acercó y la envolvió con su brazo. Se sintió segura.

—¿Qué pasó?

—Nada, mi abuelo, está mal de salud... pero no pasa nada. Vamos a buscar el cuadro.

—Dale. ¡Taxi!

Justo pasaba un taxi, pero Greta le agarró fuerte del brazo a Nacho.

—No, ese no. Mmm, no quiero volver en taxi. ¿Tenés algún amigo que nos pueda pasar a buscar? ¿Alguien que pueda llamar... que puedas llamar desde tu celular?

—Este... no. Además, no tengo el celular conmigo. ¿Pasó algo más?

Nacho la miraba preocupado y extrañado a la vez. Greta trato de sonreír.

—Lo que pasa es que los taxistas a esta hora son todos unos pajeros.

—Bueno, estás conmigo. No te van a decir nada.

Greta ya no sabía qué excusa poner.

—Tenés razón...

Vio cómo Nacho abría la billetera y sacaba una tarjeta.

—Conozco a un taxista. Insopportable, para serte sincero, pero pegamos onda —leyó su nombre—. Roberto Siracusa. Llamalo.

Le tendió la tarjeta. Greta respiró hondo. No quería llamar desde su celular, pero tampoco podía pedir prestado uno sin levantar sospechas. Llamó. Roberto tardó en atender.

—Hola...

Estaba dormido. Claro, era un celular particular. No podía trabajar las veinticuatro horas.

—Hola, Roberto, soy amiga de Nacho.

—¿Nacho?

Greta lo miró a Nacho, negando con la cabeza.

—De parte de Da Vinci —le señaló con el dedo.

—Amiga de Da Vinci.

—Ah, Da Vinci —aclaró la garganta—. Sí, decime.

—¿Podés pasar a buscarnos? Estamos en el Sanatorio Güemes.

—Estoy cerca, en cinco minutos llegó.

—Ah...

Qué rápido, pensó Greta. Roberto rió.

—Me eché una siestita en el tacho. Ya puse primera. Chau.

—Gracias.

Greta cortó. Se miraron unos instantes. Los ojos celestes de Nacho, el contorno de su boca, su barba crecida, la venda en la cabeza. Casi tuvo el impulso de besarla. Pero tal vez su instinto de supervivencia, de chica de clase, o también el recuerdo de aquel pervertido retrato suyo, se lo impidieron.

—Tengo un poco de frío —dijo Nacho.

—Eso debería decirlo yo, que estoy con esta blusita, pero sí, refrescó.

El taxi apareció. Se subieron y arrancó como un bestia. Greta se puso el cinturón de seguridad. Roberto estaba todo despeinado, con olor a transpiración. Un grasa total. No paraba de mirarla a través del espejo retrovisor y hacer sonrisas cómplices a Nacho, pero no dijo ninguna palabra del tema. Sólo preguntaba, pareciendo sincero y preocupado por el vendaje que tenía Nacho en la cabeza.

—Dale, Da Vinci, contame. ¿Qué te pasó?

Greta vio a Nacho suspirar y finalmente rendirse. ¿Le contaría la verdad?

—Me tropecé con un atril y por salvar la pintura no pude frenar la caída con las manos.

Nacho era inteligente.

—¡Qué locura! Al menos te dieron el alta. O sea...

—Sí, estoy bien Roberto. Gracias.

—De nada —el guarango emitió un largo bostezo, sin siquiera cubrirse con la mano—. Al menos estás bien acompañado.

Al final tampoco pudo evitarse el comentario. Por suerte, ya estaban llegando.

—Acá en la esquina estamos bien.

—Pero falta una cuadra —murmuró Nacho.

Greta le respondió con una mirada que declaraba su hartazgo. Nacho asintió.

—Por favor, Roberto, acá está bien.

—Lo que usted diga, Da Vinci.

Greta pagó y dejó escondido a propósito el iphone en el asiento. Cuidando así que no se lo llevé otro pasajero y a la vez perder su rastro. Se bajaron del taxi y caminaron inmersos en un silencio extraño, como evitando mutuamente tomar la mano del otro.

Cuando entraron en el departamento, a Nacho le hacía ruido la panza. Imaginaba que Greta estaría en la misma situación. No sabía si llegarían a descongelar las empanadas, el hambre apremiaba. Fueron a la cocina y se encontraron con la escena: el pollo, la bandeja y el bolso rosado con la ropa del gimnasio diseminados por el piso. Sobre la mesada estaba la toalla. Nacho esquivó el desorden y sacó un paquete de galletitas de agua de la alacena. Lo abrió y le convido a Greta. Volvió a mirar el piso. La ropa tirada, la toalla... Frunció el ceño.

—Te cambiaste acá, conmigo desmayado.

Greta sonrió, tentada, también un poco avergonzada.

—Te estaba contando y justo entró el médico. Había llegado rápido la ambulancia y tenía el bolso conmigo. Vos estabas dormidito...

Nacho la imaginó desnuda. Recordó sus pechos y buscó las palabras para ir al frente, pero se acobardó.

—No lo puedo creer.

Greta se acercó. Con el dedo índice le tocó la nariz.

—¿Vos no me habrás espiado?

—Me hubiera encantado.

No pudo aguantar más. La besó. Sus labios carnosos, sus dientes perfectos, su lengua perfumada, derritieron la boca de Nacho. Con sus manos le tomó el mentón de Greta y luego recorrió su cuello terminando en su espalda. La abrazó con fuerza. Sintió cada parte voluptuosa de ese cuerpo pegado al suyo. Separó la boca sólo un instante, pero ahora era ella quien lo besaba a él. Estaba feliz. Sus manos siguieron examinando el cuerpo. Sus firmes piernas, su esponjosa cola, sus espectaculares pechos. Nacho la sentó en la mesada, junto a la piletta. Greta, agarrándolo con sus piernas por la cintura, le quitó la remera y cuando Nacho agarró la blusa de ella para arrancársela, escucharon una puerta cerrarse.

—¿Quién es? —Greta se detuvo.

—Nadie, el vecino...

La volvió a besar. Greta se relajó y subió los brazos para que Nacho le quitara la blusa. La prenda voló por los aires. Tenía un corpiño bordado con transparencias. Definitivamente naturales. Entonces Nacho intentó sacarle el corpiño por la espalda, pero no tenía mucha práctica. Greta sonrió y se llevó las manos atrás, pero no tuvo tiempo de quitárselo.

—¡Nacho!

Nacho se dio vuelta y Greta buscó refugio en su cuerpo.

—¡Mamá!

Allí estaba parada, al lado de Virginia, Matías y el musculoso Gustavo. Parte de la familia reunida. Habían venido de Córdoba. Su mamá le había mentido. Con razón Virginia estaba con muchas personas. Nacho quería gritar. No podía pasarle esto. Virginia se dio vuelta y echó de la

cocina a su madre y a sus hermanos. Greta estaba colorada de vergüenza y buscó su blusa.

—Perdón, Nachito, no sabíamos. Nos vamos...

—No hace falta, yo ya me iba —respondió Greta, mientras se vestía.

—Esperá, Greta.

—Busco el cuadro y listo —dijo ella, mientras guardaba la ropa dentro del bolso.

Se miraron. Nacho se dio cuenta de que Greta quería besarla, pero desvió la mirada a Virginia.

—¿Me bajás a abrir?

—Este, sí...

—No, espera —dijo Nacho.

—No, vos quedate con tu mamá.

Nacho quería llorar de la bronca. Greta salió de la cocina. Virginia la acompañó. Nacho se quedó inmóvil, viendo cómo aquella obra de arte jamás sería de su propiedad. Ni siquiera siendo dueño de un museo podría tenerla. Aquella obra era sólo para ser exhibida y jamás tocada. Aquel que se atreviera, terminaría en prisión.

—Perdón tesoro, no sabíamos —dijo, apenada, su mamá, que había vuelto a entrar —. ¿Cómo te sentís?

—Como el culo.

Nacimiento. 1865 (Frédéric)

Sol. El frac de lino no aliviaba el pegajoso y agobiante calor. En su cabeza llena de nuevos principios e ideas, se preguntaba por qué no hacer algo con la moda. Frédéric se secó el sudor de la frente con un pañuelo de seda sin soltar el maletín que sostenía con la otra mano.

Las ventanas abiertas permitían que el aire corriera un poco dentro de la casa. A Édouard René de Laboulaye le gustaban los ambientes ventilados. Frédéric debía apurarse con el busto del anfitrión, a la noche recibiría visitas importantes y ni siquiera él sabía si estaba invitado. Tenía que esculpir cada arruga a la perfección, la proporción exacta de su nariz y la cabellera que recorría de oreja a oreja exponiendo una calva lustrosa. Le resultaba muy difícil sin tener al modelo, que estaba muy ocupado dictando clases. Algunas fotos y dibujos no bastaban. Resopló. Por lo menos tenía que esperar un par de horas más.

Primero llegaron las visitas. Los hermanos Edmond y Oscar se sorprendieron al ver el busto y automáticamente reconocieron a Édouard, por lo que respiró más tranquilo. Otro que aplaudió fue el historiador Henri Martin. Sólo faltaba que el mismo Édouard agradeciera su trabajo casi culminado. Quería hacer los últimos retoques con él en persona.

A pesar de la llegada de Laboulaye le resultó difícil terminar la obra, dado que siempre sonreía y el busto no. Pero por el momento estaba satisfecho con su trabajo y rodeado de tantos amigos talentosos.

Todos en la reunión estaban con buen ánimo. Frédéric cesó el trabajo, sólo para ser un invitado más de honor al exclusivo banquete. Luego de la cena, Laboulaye, expresó la idea de ofrecer un gigantesco monumento a los Estados Unidos en conmemoración del centenario de su indepen-

dencia. Un gesto que serviría para fortalecer la alianza entre ambos países. La moción fue aprobada por unanimidad. El encargado en construirla era el mismo Frédéric, lleno de orgullo. Ellos se encargarían de financiarla y lograr un acuerdo con Estados Unidos. Frédéric sólo tenía que darle vida al monumento. Tenía que ser imponente, más grande que el legendario Coloso de Rodas.

Todos se habían ido, Frédéric continuaba haciendo retoques al busto. Édouard, en pijama se le acercó, tenía un papiro en la mano.

—Puede continuar otro día. El último carroaje espera.

—Estoy terminando, pero si molesto...

—No, al contrario, me alegra que todavía esté dando vitalidad a esta casa.

—Entonces, le gustaría posar.

Édouard sonrió y se colocó detrás del busto.

—Pero me gustaría hablar, pedirle dos favores.

—Lo escuchó —respondió Frédéric, concentrado en el martillo y el cincel.

—Preciso que esconda este documento.

Frédéric lo miró extrañado.

—En cualquier lado —continúo—, en alguna de sus obras, monumentos, en donde mejor le parezca.

—Me confunde su pedido...

—Y... —continuó Édouard— que de alguna forma llegue a América Latina.

—¿Qué es? ¿Puedo verlo?

—Está en español, se lo puedo traducir, pero preciso que entienda que esto tiene que permanecer en secreto. Es una orden de la logia.

—Es un honor que usted confíe en mí.

—Confío en su carácter, en su vocación y en su juventud. Este documento me lo dio en persona un hermano que gobernó hasta hace poco la provincia de San Juan en Ar-

gentina, y tal vez se convierta en el futuro presidente de dicho país.

—¿Argentina? El país de los ricos.

—Exacto. Acompáñeme al escritorio, así le muestro el documento.

Frédéric dejó el martillo y el cincel. Édouard, al pasar junto al busto se detuvo y apoyó su mano sobre la cabeza.

—Por poco me olvido —dijo Édouard—, el otro favor.

—No, el favor es mío.

—Más que un favor, una sugerencia. Volviendo al monumento...

—De eso quería hablarle, tengo un proyecto abandonado que quería hacer en el Canal de Suez. Creo que nos puede servir. Sería de un enorme tamaño, pero voy a necesitar la ayuda de Eiffel.

—Delo por hecho, me alegro que su cabeza ya esté trabajando en la idea.

—Perdón, lo interrumpí. ¿Cuál era el segundo favor?

—Que quede expresada en el monumento la idea de la libertad. De eso se trata todo, de tener un libre pensamiento, de poder buscar libremente la verdad.

—Voy hacer la estatua tan libre que va a querer caminar. ¿O ese no es el objetivo de la logia?

Édouard sonrió, sacó la mano del busto y se la estrechó a Frédéric.

—Acompáñeme y recuerde que es un secreto —dijo.

—Quédese tranquilo lo voy a guardar en una tumba.

Transilvania (Fernando Quiroz)

Él era el artista. El fiscal, como el resto de los peritos, los espectadores. La víctima, el modelo en este caso, se llamaba Razvan Ionescu.

Fernando Quiroz amó la fotografía desde chico. Le fascinaba la Segunda Guerra Mundial y su obsesión era tal que coloreó varias fotos en blanco y negro por medio de un tratamiento químico. De soldados a civiles heridos, ciudades destruidas, aviones caídos, obras de arte robadas. Su mayor deseo era convertirse en corresponsal de guerra y gracias a su talento lo había conseguido, pero cuando en el diario Clarín le negaron un trabajo en Siria, furioso, no lo pensó dos veces y renunció. Pensó en trabajar como *freelance* (no temía al Isis, ni a las bombas yanquis), pero el comisario Daniel, de la Jurisdicción 17, al enterarse de su salida del diario, le ofreció trabajo. La propuesta era interesante y se sumó a la policía científica como perito fotográfico.

Ahora, examinaba detenidamente la herida. A la luz del flash, el charco de sangre resplandecía. Era una herida gruesa. Definitivamente, no lo habían asesinado con un cuchillo. El orificio tenía una forma romboidal, consistente con una estaca o algo semejante. Pobre Ionescu, lo habían matado como a un vampiro de Rumania. ¡Rara coincidencia!, si Bram Stoker viviera se estaría frotando las manos pensando en escribir la continuación de Drácula. No era común que vivieran rumanos en Argentina, y encima asesinados. A Razvan, de treinta y ocho años, lo habían apuñalado justo debajo del diafragma. El cuerpo desnudo fue hallado en el vestuario. Ningún testigo. Sólo el dueño del gimnasio que revisó por última vez los vestuarios antes de cerrar y se encontró con la desagradable sorpresa. La toalla blanca había absorbido gran cantidad de

sangre. El cuerpo fornido estaba tirado en el piso con el brazo levantado. La mano descansaba sobre un banco de madera. La toalla estaba muy húmeda, por lo que Fernando suponía, al igual que el resto del equipo, que la estaca había alcanzado el corazón derramando mucha sangre. Para asegurarse, tendrían que abrirlo. Determinar que órgano había sido dañado causándole la muerte, si el hígado o el corazón. Pero más se preguntaban cómo habían logrado asesinar a aquel inmenso hombre musculoso. El asesino tendría que tener una fuerza igual o mayor que la víctima y con un arma muy filosa para abrir aquellos duros y trabajados abdominales. No había signos de pelea, por lo que suponían que Razvan conocía a su asesino o simplemente éste lo había agarrado desprevenido.

Hacía poco había muerto un obrero paraguayo con una herida muy parecida. ¿Sería un asesino serial? ¿De verdad, acá en Argentina? Eso solamente pasaba en Estados Unidos. Ellos, como peritos, solamente tenían que recoger la evidencia, la investigación quedaba para el fiscal y la policía, pero a Fernando le apasionaba descubrir la verdad. Siempre la buscaba a través de las imágenes que tomaba, de hecho, quería resolver el crimen antes que las autoridades.

En su casa, luego de cenar, dejó las películas bélicas de lado y, con una mano en el teclado y otra en su tupida barba, comenzó a investigar, buscando en páginas de Internet, comunicándose a través de foros y correo electrónico con viejos colegas.

Un periodista de *El País* de Uruguay, le contestó que en el departamento de Maldonado, en Casapueblo, habían encontrado muerto a Hugo Ledesma, funcionario del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, que había ido a un evento artístico. Fue hallado en el mar ahogado y con un corte en la ingle que provocó el desangrado. Según los

resultados de la autopsia, el periodista le detalló a Fernando una hipótesis: la víctima había bebido y, quizás para divertirse, se metió en el mar y fue ahí que chocó con alguna piedra que le provocó el corte. ¿Una piedra? Lo dudaba.

Los informes de AFIP y ANSES decían que Razvan Ionescu trabajaba en una galería de arte llamada la *La soeur d'avant-garde*. Y justamente la muerte de Ledesma había sido luego de participar de una muestra de arte, indefectiblemente había relación. Ahora, ¿el obrero qué papel jugaba en todo eso? No sabía si el fiscal había hecho la misma deducción, tampoco pensaba informarle. ¿Qué sentido tenía perder toda la emoción?

No hacía falta ir a buscar respuestas a la galería, de hecho era una obligación para la policía hacerlo, dado que un empleado de allí había muerto. Se enteraría lo que preguntaran, las respuestas obtenidas y, después, si era necesario, él haría otras preguntas. Por eso decidió seguir investigando, preguntándose si había más muertes. Por ahora eran tres, ¿pero si eran cuatro, o cinco? No tenía que abandonar esa pista, por eso puso en los buscadores “artista asesinado/muerto/fallecido”. Los resultados principales eran viejas noticias sobre artistas célebres que habían sufrido una tragedia. El ojo clínico de Fernando tendía a fijarse en las noticias menos rimbombantes, generalmente por ahí surgía una historia que necesitaba ser contada.

En la quinta página del buscador dio con algo. Tenía unas semanas de antigüedad. “Incendio en un taller de la boca termina con la vida del artista Jorge Ranieri”. Continuó leyendo, intrigado:

El artista plástico Jorge Ranieri fue encontrado muerto, el pasado jueves, en su atelier de la Boca, luego de un incendio. El cuerpo presentaba quemaduras de tercer y

cuarto grado en un 80 %, luego de que accidentalmente se prendiera fuego con el kerosene que, según fuentes oficiales, utilizaba como limpiador y diluyente. El fuego se propagó tan rápido que el cuerpo de bomberos voluntarios de La Boca tardó más de tres horas en controlarlo. A pesar de la tragedia, no se lamentaron más víctimas fatales. Jorge Ranieri fue conocido por su calidad de restaurador, aunque últimamente se dedicaba más a los trabajos por encargo...

Fernando Quiroz dejó leer. Se refregó los ojos y sonrió. Interesante. Muy interesante.

La pregunta (Nacho)

Nacho almorzaba pastas con su familia. Quería que desaparecieran. Que se esfumaran. Todavía podía sentir en su boca los labios de Greta, en sus manos sus pechos, en su nariz su fragancia. La había llamado tres veces y enviado cinco mensajes de texto, a los que sólo recibió como respuesta uno: “Nacho, me voy a USA por trabajo. Te escribo cuando vuelva. Repito, sólo cuando vuelva. Necesito enfocarme en la galería. Beso”. O sea, no quería que la jodiera por ahora. Supo que Greta necesitaba tiempo, pero el “beso” y el guiño eran la promesa de una nueva oportunidad.

La pasta de mamá era deliciosa, no podía negarlo, pero tampoco podía sacarse de un momento a otro su mal humor. Intentó concentrarse en otra cosa. En un momento de soledad, se sentó frente a la computadora. Un instante que fue interrumpido por su hermano Matías, que quería salir a recorrer la ciudad. Le pidió cinco minutos. Buscó a Greta en Facebook. La encontró y no pudo evitar mandarle una solicitud de amistad. Ella no quería hablar pero por lo menos podía tolerar que él tildara de “bonitas” sus fotos. La confirmación por parte de Greta se hizo esperar. Abrió otra página de Google y se dio cuenta que ya tenía una abierta. Era sobre la búsqueda del origen de la estatua. Una pregunta que todavía esperaba respuesta. Si no la encontraba era quizás porque estaba formulando mal la pregunta. Se detuvo y en el reflejo de la pantalla vio su silueta. Él era Ignacio Hans Brüke, narcoleptico, desafortunado con las mujeres y un artista principiante, cuya primera obra vendida era copia de un paisaje. Pensar que todas sus otras pinturas, producto de sus delirios y talento seguían escondidas debajo de la cama. ¡Una copia! Eso era justa-

mente la réplica en miniatura de la Estatua de la Libertad de Barrancas de Belgrano.

Sonrió. Había encontrado la pregunta. Un torrente de adrenalina recorrió las vías sanguíneas de su cuerpo. Él era Ignacio Hans Brüke, pero ¿quién era el artista que duplicó la estatua? ¿Cómo se llamaba? ¿A quién contrató el ladrón para que pudiera reemplazarla? ¿La respuesta estaría en Google? Si no, ¿dónde buscar?

—Dale, Nacho, dejá la computadora un segundo y atendé a tu familia —le dijo Matías.

Nacho apagó la computadora. Estaba despierto. Muy despierto.

Hogar dulce hogar (Faustine)

Los libros y el arte era más que una pasión para Faustine, eran su alimento, su razón de ser. Le encantaba leer por horas y para descansar la vista contemplaba estatuas y pinturas. Le apasionaba consumir, lamentablemente no tenía talento para crear o por lo menos no era su necesidad. Con apenas diecisiete años ya sabía muy bien dónde trabajar. Por eso, sin todavía terminar el colegio, ofrecía su ayuda *ad honorem* en bibliotecas, museos y aplicaba a becas. Otra chica estaría buscando novio. A ella, por su hermosura y un cuerpo maduro y voluptuoso para su edad, no le faltaban candidatos. Pero no le apetecía mucho el sexo. Quizás cambiara de opinión si tuviera en la clase a un prometedor artista, aunque con mucha suerte se podía cruzar con un músico y a ella sólo le interesaba la música clásica.

Finalizando el año 2006, consiguió para su grata alegría un trabajo *ad honorem* pero con viáticos cubiertos, en Colmar, en el corazón Alsacia. Tenía que ayudar en la organización del Salón del Libro de dicha ciudad. Desde París, estaba a tan solo a una hora de avión. Orgullosos, sus padres le dieron el permiso y así Faustine conoció una ciudad de ensueño.

Diferentes y frescos colores bañaban antiguas casas con entramados y fachadas decorados a pedir del buen gusto artístico. Hogares que estaban plagados de tonos pasteles, rosas, amarillos, azules, naranjas, rojos y celestes, con techos de pizarra a dos aguas. Sus simétricos postigos eran la característica que hermanaba todas las construcciones. En Colmar, parecía que el tiempo se hubiera detenido. El romántico muelle de Poissonnerie y los floreados puente-citos eran como pequeños arcoíris que atravesaban el canal

de Lauch estimulando la vista y el olfato. Era la Venecia francesa.

Durante el paseo conoció la casa del escultor Frédéric Auguste Bartholdi. Sintió mariposas revolotear en su panza. La casa se había convertido en museo, uno hecho a sus necesidades. A su corta edad todavía no sabía bien cuales eran antes de llegar a Colmar, pero el arte que se impregnaba en sus retinas la dejaban más que satisfecha. Una arcada de medio punto conducía a un patio interno, de piso empedrado, al que daban varias puertas. Una de ellas era el museo. Además había un farol y una escultura de tres personas sosteniendo el mundo. Aunque no podía tocarla, sus dedos experimentaron la tersura de su superficie. Faustine deseaba convertirse en estatua y sumarse, en la inmortalidad, cargando el planeta Tierra.

La entrada al museo tenía una fachada neo—clásica. Adentro, lo primero que aparecía era una escalera de roble con una baranda artesonada. Más atrás, en una vitrina, se exhibían souvenires. Apenas subías unos escalones te encontrabas con un imponente retrato de Bartholdi. Llegó a la planta alta. Había un cuadro de la Estatua de la Libertad en New York, la obra emblemática del artista. Estaba parada en mitad de un pasillo en cuyos extremos vislumbró sendas salas. No sabía por dónde empezar. Decidió recorrer ese piso, empezando por el ala que estaba a su espalda. Su ritmo cardíaco se aceleró aún más. El valioso mobiliario iba desde sillones, mesas y sillas finamente trabajados como también, cristalería, vasijas y jarrones de porcelana, arañas y relojes de oro y en cada esquina había bustos esculpidos por el autor. Las paredes de una de las habitaciones estaban recubiertas de madera por la mitad rematada por una guarda de platos decorados. También los había en el cielo raso. Era como mirar una noche despejada, esperando un cometa pasar entre las estrellas. En la otra

habitación, en sus blancas paredes había varios cuadros, en su mayoría retratos, muchos de familiares de Bartholdi. Entre ellos estaba la madre. Tenía el mismo rostro que la estatua.

En otra ala había una biblioteca blanca con puertas de vidrio repartido, que era un hall a más habitaciones. En los otros cuartos estaban sus famosos modelos en miniatura, como el León de Belfort. Aquel lugar era mejor que Euro Disney.

En la última planta, las habitaciones eran de color celeste, con más esculturas en miniatura de hombres. Más estatuillas de la Libertad, hasta una inmensa oreja del mismo tamaño que la de la cabeza de la de New York.

Descendió la escalera y cuando llegó a la planta baja se dio cuenta que todavía le faltaba recorrer más habitaciones. Más variedades de esculturas como el Monumento de Estrasburgo la maravillaron. Uno de los empleados se acercó y le sugirió que fuera a ver la gigantesca réplica de la Estatua de la Libertad. Era la copia más grande, incluso de mayor tamaño que la que estaba en el Sena, en la Isla de los Cisnes, en París. La estatua de Colmar pesaba 3 toneladas y tenía 12 metros de alto. Fue inaugurada hacía tan sólo dos años, en homenaje al centenario del fallecimiento de Bartholdi.

La estatua, llamada “Miss Liberty” estaba en una plazoleta entre autopistas de Estrasburgo, en la entrada norte de la ciudad. Cuando Faustine la vio, y a medida que el taxi se aproximaba, el tamaño iba creciendo. Una cosa era decir que medía 12 metros, otra era estar frente a ella. Tenía el alto de un edificio de cuatro pisos y a diferencia de las otras no tenía un pedestal, por lo que parecía que la estatua estaba parada al lado de uno. Daba escalofríos, pero de los lindos, esos que provocan piel de gallina y te hacen sonreír.

Muchos autos que circundaban la plazoleta aminoraban la velocidad para observarla con detenimiento. Otros conductores directamente se bajaban y le sacaban fotos. Faustine era una de ellos. El taxista esperó y esperó. Faustine no cesaba de fotografiarla. Luego, solamente se detuvo a contemplarla un rato largo. La cara de la Liberad, a pesar de no tener expresión de felicidad o tristeza, trasmitía un mensaje sobrecogedor. La fuerza en sostener en lo alto aquella pesada antorcha para una mujer que cubría su cuerpo con una túnica reflejaba el esfuerzo por llegar y mantenerse en la iluminación. Sus pies libres de cadenas alentaban a la estatua a dar su primer paso. Como ella no se animaba, Faustine dio el primer paso por ella. Así vino un segundo y tercero hasta casi abrazar sus tobillos.

—¿Primera vez?

Faustine se dio vuelta pensando que le hablaba el taxista, pero para su sorpresa se encontró con un hombre mayor, delgado y canoso. Estaba vestido con ropa deportiva gris: un *jogging* y un buzo canguro con un escudo náutico estampado en el pecho: eran dos remos abiertos en forma de V invertida que se unían en el ojo del arganeo de un ancla dorada. Faustine asintió.

—¿Usted?

—Perdí la cuenta. Es hermosa. Salgamos del césped, porque nos van a multar.

—Perdón, no sabía que no se podía pisar la rotonda. Sí, es espectacular.

—No hay cuidado, paso a menudo por acá y jamás me la hicieron, pero no demos mal ejemplo.

—Claro.

Se alejaron de la estatua.

—Me llamó Charles.

Le tendió la mano. Faustine se la estrechó.

—Faustine. ¿Es inglés?

—Exacto. Pero también tengo una casa acá.

—Un gusto, Charles. El chofer me espera, creo que me va a salir fortuna.

—Oh... no se preocupe.

El hombre se acercó al chofer, que esperaba sentado en el auto. Sacó dinero del bolsillo y le pagó.

—Qué tenga un buen regreso a casa. No le robo más tiempo, Faustine.

—Gracias, no sé qué decir.

Charles le guiñó el ojo y se fue trotando. Ella volvió al coche y se fue para el hotel. Al día siguiente empezaría el Salón del Libro, su primer día de trabajo y tenía que estar bien descansada.

Juan Domingo (Nacho)

El paseo terminó en el cementerio de la Recoleta. La madre de Nacho quería ver los impactantes mausoleos. Desde la familia Alvear, al boxeador Firpo, a los escritores Silvina Ocampo, Adolfo Bioy Casares, hasta Evita, eran las celebridades que descansaban en paz.

La familia Brüke, como si fueran extranjeros alemanes, se unieron a una visita guiada. Recordar historia argentina y conocer anécdotas no venía mal, por lo menos para su madre, que estaba fascinada con el guía, que además de ser muy culto, hablaba fluidamente inglés y portugués. Nacho no paraba de bostezar, le resultaba todo muy aburrido y si bien las esculturas eran obras maestras, poco se decía de sus autores, era más importante quién había muerto.

Tuvo que esperar a Juan Domingo Faustino Sarmiento para despabilarse un poco. Presidente de la república Argentina a fines del siglo XIX, no sólo fue quien introdujo al país la educación laica, gratuita y universal, además la uva Malbec a su provincia natal, San Juan. Escuchó también que fue un hombre controversial, capaz de casarse con la hija de quince años de su mejor amigo. En el mausoleo, le llamó la atención el obelisco coronado por la estatua de un cóndor, como también una placa con el escudo masón. El guía informó que Sarmiento había alcanzado el máximo grado de la logia. Las fechas eran contemporáneas a la construcción e inauguración de la Estatua de la Libertad de los Estados Unidos. ¿Quizás también lo fuera de la versión pequeña de Buenos Aires? Además, el guía mencionó sus dos viajes a los Estados Unidos, el último apenas veinte años antes de la inauguración. Sarmiento conoció a una New York sin la Libertad.

Mientras el guía hablaba, la madre de Nacho le susurró al oído:

—Nachito, ¿sabías que en la provincia de San Juan, en la ciudad de Pocitos, hay otra Estatua de la Libertad?

Nacho le dirigió la mirada.

—¿Y eso qué tiene que ver con Sarmiento?

—No sé, Sarmiento nació en San Juan y como vos pintaste la estatua de Barrancas... pero al parecer seguís enfadado conmigo.

Nacho suspiró.

—No mamá. Para nada, ¿qué sugerís?

—Podrías pintarla, hacer una serie de cuadros.

—Sí, podría ser...

El guía había terminado con Sarmiento y fue hacia otro mausoleo. Nacho agarró a su mamá del hombro y lo siguieron juntos.

Salón del Libro,

26 de noviembre de 2006

(Faustine)

No era como el Museo de Bartholdi, pero no dejaba de superar el parque de Disney de París. Stands con bibliotecas montadas, mesas con escritores firmando libros, conferencias, shows artísticos, hasta un patio de comidas. Una verdadera fiesta cultural. Faustine estaba ayudando en dos stands pertenecientes a la misma editorial. Como era menor de edad no vendía ni manejaba la caja, solamente ayudaba a encontrar los libros que pedía la gente y, en sus ratos libres, era ella quien se convertía en lectora y aprovechaba la presencia de escritores para conocerlos de cerca, llevarse autógrafos y conseguir dedicatorias. El primer día de trabajo fue espectacular; hasta que un hombre lo arruinó. Se proclamaba escritor de su autografía pero ella sabía bien que en realidad era un ladrón y asesino de gran parte del patrimonio histórico cultural, desde cuadros a esculturas. Las que Faustine más lamentaba eran “El mono pintor”, de David Teniers y “El pastor durmiente”, de François Boucher.

Stéphane Breitwieser había robado, con la ayuda de su novia, despistando y seduciendo a la pobre seguridad de los museos, durante un período de seis años, más de 230 obras de arte valuadas en más de mil millones de euros. Cuando fue capturado a fines del 2001 y la noticia trascendió al mundo, se descubrió que Stéphane no sólo era un ladrón, sino un coleccionista. Tenía todas las obras en casa de su madre, en Estrasburgo. No había vendido ni una sola. De hecho, él se ganaba la vida como mozo. Buscaba

trabajos en restaurantes cercanos a los museos que se situaban en Francia y Suiza para planificar los atracos.

La verdadera tragedia ocurrió cuando la policía fue a buscar las obras robadas y se encontraron a la madre destruyéndolas. Estaba cortando cuadros valuados en millones de dólares con tijeras. Había arrojado vasijas, jarros, joyería, cerámica, esculturas, en el canal de Rhone—Rhine. Simplemente hizo desaparecer la evidencia.

Y allí estaba él, sonriente. Toda una estrella. Firmando libros y sacándose fotos, cuando debería estar en la cárcel. ¿Cómo había salido? Encima, se lo veía tan joven... Tam poco se entendía a sí misma haciendo fila para comprar el libro y pedir que se lo autografié. Todavía era muy joven para expresarse, para demostrar su odio a un desconocido.

Stéphane la saludó. Ella se quedó quieta, nerviosa, ten diéndole el libro. Él se lo firmó. Faustine no dijo una sola palabra. Temblaba de miedo. Se sentía violada, como si aquel hombre además de ladrón, fuera un violador, uno que le había robado la virginidad. Cuando salió de la fila, estalló en llanto. En un brote de furia despedazó el libro. Varios de la fila se dieron vuelta para verla, pero Stéphane ni se había percatado de lo acontecido.

Entonces, unas manos sostuvieron suavemente los brazos de Faustine. Era Charles.

—Yo también lo odio.

Ella se dio vuelta. La mirada de Charles la serenó.

—Vámonos de acá, no hay nada que hacer.

—Pero... yo tengo que trabajar.

—Olvidate de este trabajo. No es para vos.

Faustine, tomada de la mano, como si fuera una infanta que recién acabara de perder a sus padres, siguió los pasos de Charles.

Cenizas (Fernando Quiroz)

Una valla de madera, con un candado improvisado. El cartel de la inmobiliaria, en letras bien grandes, anunciaba: SE VENDE, y abajo aparecía un número de teléfono. Fernando entrelazó los dedos en su barba y tiró hasta sentir que la carne se separaba del hueso. Respiró hondo y por poco no se ahogó con la fragancia del Riachuelo. Sacó el celular del bolsillo, vio la hora y llamó.

El agente inmobiliario no estaba cerca, así que para matar el tiempo se fue a tomar un café en un bar que había enfrente. Rústico, de madera, como le gustaban a él. Más que un bar parecía un bodegón, aunque le faltaba los clásicos colores boquenses: azul y oro. No había ningún banderín de fútbol. Muy raro, pero a él sólo le gustaba el café negro, tanto que alguna vez pensó en masticar los granos como si fueran chicle. Estaba bueno, aunque un poquito frío, o fue la espera la que lo enfrió. Hasta que un joven alto y delgado se detuvo frente a la fachada. ¿Sería el agente? ¿U otro “comprador”? El joven vio el cartel y también, como él había hecho antes, llamó por teléfono. Cruzó la calle y entró en el bar. Buscó una mesa y se sentó. ¿Cuántos años tendría? ¿veinticinco? ¿treinta? ¿Tanta guita tenía el pendejo o lo iba a ver representando a otra persona? Mmm... seguro que él estaba en ruinas y salía dos mangos. El mozo se acercó para tomarle el pedido pero entonces el celular le empezó a sonar. También el de Fernando. Era el agente inmobiliario, que ya estaba esperando afuera.

Mentía, aquel pibe mentía, qué iba a querer comprar, pero por alguna razón pretendía hacerlo. Fernando tenía que averiguar por qué y no dudo en documentarlo todo con su mejor amiga, la Canon Rebel T6i.

El taller estaba destruido, quemado, sucio, abandonado. Se podían ver pedazos de estatuas, cabezas, manos, piernas, como si fuera una fosa común en Kosovo o Irak. Pero no había sangre, sólo ceniza. Difícil que puedan venderlo a buen precio, pensó. Entonces, su ojo fino y agudo apareció detrás de su lente. ¿En qué pienso? Acá murió una persona. Hasta quizás esté pisando alguno de sus restos, porque jamás limpiaron. ¿Accidente o asesinato? Un incendio tan grande iniciado por accidente... costaba creerlo, pero ¿por qué?, ¿qué trabajos hacia Ranieri? ¿El pibe lo sabría?

Tomó una foto del perfil del muchacho, luego otra del rostro. Estaba incómodo. Nervioso. Se quería ir y así fue. Recorrió el lugar con la vista unos segundos más, le pidió una tarjeta al agente y se fue. Le hubiera gustado seguirlo, pero había más cuartos que recorrer.

Se fue del taller con la certeza que aquel incendio había sido provocado, pero tampoco tenía las pruebas, ni contactos en el Cuerpo de Bomberos que pudieran ayudarlo. Resignado, antes de volverse a su casa, decidió visitar otra vez el bar, aquel café lo seducía. Cuando se sentó, le sonó el celular. Era Clara, técnica en comunicaciones de la Policía Federal. Sonrió, ella no podía fallarle.

—Clara...

—Hola, bombonazo.

Fernando sintió náuseas. Otra vez problemas con su novio, buscando un sustituto transitorio.

—Hola, linda, el que te tiene que decir los piropos soy yo —Fernando recordó su deforme cuerpo desnudo detrás del lente de la cámara en la cama del albergue transitorio—, ¿qué tenés para mí?

—¿Así de rápido?

—¿A qué hora salís? ¿Terminamos el book? — preguntó, resignado, recordando los dientes torcidos y la nariz de Cachavacha.

—Sabés a qué hora salgo. Dale, te espero, estoy ansiosa, quiero...

—Estoy con gente... —mintió Fernando.

—Mejor, te voy a dejar excitado y...

—Jorge Ranieri, Hugo Ledesma, Ramón Santa Cruz y Razvan Ionescu.

Fernando se agarró la barba. Sintió que respiraron fuerte del otro lado de la línea.

—¡Cómo sos, Fernando! No encontré coincidencias con el paraguayo, pero sí con los otros tres. En los últimos dos meses tuvieron llamadas en común.

Se le aceleró el ritmo cardíaco. Le encantaba estar un paso delante de sus compañeros.

—¿De quién?

—Greta Connolly. Ella trabaja en...

—Sí, ya se donde trabaja, era la jefa de Razvan Ionescu. Perfecto.

—No tan perfecto, ella ahora está en New York y además yo no puedo callarme la boca, tengo que reportarlo a mis superiores.

—No, bancame, te lo voy a retribuir.

Silencio del otro lado de la línea.

—No quiero más fotos eróticas, tampoco a vos,quiero... yo no soy una cualquiera y...

Fernando la escuchó llorar. Entonces pensó.

—Miguel ¿se llamaba?

—Sí, pero esta vez parece definitivo.

—Te vas arreglar, y yo te voy a regalar el álbum de fotos de la boda —pensarlo le daba escalofríos, prefería ver cuerpos mutilados y retorcidos, pero eran gajes del oficio—. Nos vamos los tres al Tigre a sacar fotos, ustedes

vestidos casual. Otro día, en una estancia, o mejor en Campanopolis.

—¡Campanopolis!

—Exacto, esa aldea medieval que está en González Catán, ya con el traje y el vestido de novia, sacamos más fotos y después en el civil y luego en la iglesia y en la fiesta, hasta en el aeropuerto de Ezeiza, y después los dejo solos.

—Ay, Fernando, ahora estoy llorando de la emoción.

—Dale, amigate con Miguel. Si falta plata tengo un primo en la Mutual, ¿cómo se llamaba?, en fin, seguro que te puede dar un préstamo a tasa preferencial —mintió sin escrúpulos.

—¿En serio vos harías todo eso por mí?

—Pero me tenés que prometer que no vas contar nada. Y además necesito que borres los registros.

—¿Qué?

—Mirá, sabes que soy bueno en esto, yo lo voy atrapar, la policía está podrida.

—Pero si me descubren...

—Clarita, nadie se va a enterar.

—No sé.

—*Pam, pam, pam, pam...* —taradeó la marcha nupcial conteniendo la risa.

—Dale, lo hago.

—Perfecto, cuento con vos Clara.

—Bueno, dale, nos vemos hoy a la noche.

—¿Cómo? ¡Tan caro le iba a salir el favor! Tragó saliva, pensó y respondió.

—¿Cómo? ¿No te querés casar? Tenés que portarte bien.

—Tenés razón, no sé en qué estaba pensando. Gracias, Fernando. Sabes que te quiero.

—De nada, para eso están los amigos.

—Besotes.

—Dale, Clara, portate bien, te mando un beso.

Cortó. Suspiró, comprobó que tenía las axilas transpiradas, no importaba, volvió a enfocarse en la pista. Greta Connolly. Intentó buscarla en Facebook por medio de su celular, pero le costaba encontrar algo de ella. Hasta que por medio de la *fan page* de la galería encontró una foto. Muy bonita, todo lo contrario de Clara. ¿Ángel y demonio a la vez?

El celular volvió a sonar, era el fiscal. Atendió, otro homicidio. Por la herida mortal parecía el mismo asesino. La víctima se llamaba Roberto Siracusa, taxista, y llevaba varios días muerto. Volvió a llamar Clara.

—Hola otra vez.

—Perdón, volvió atacar el asesino. Ya sé el nombre de la víctima. Roberto Siracusa, necesito saber si hablo con Greta.

—Dale, va a llevar un tiempo...

—No, necesito el dato ahora, y borrá el historial.

—Bancame un segundo. Hay varios Roberto Siracusa...

¿DNI?

—No, es taxista, fijate en el listado de...

—Ya sé...

—Aja, tiene dos números de celular. Esperame un segundo, mientras tanto te digo que lo pensé mejor, cuando salgas de la escena del crimen, me llamás y hacemos mi despedida de soltera. Miguel es un buen hombre, pero vos en la cama sos mejor y yo tengo necesidades.

—¿Pero qué hablamos?

—¿Querés el dato? Sí o no?

Quería insultar al cielo. Prefería estar esquivando bombas y espadas filosas en Siria antes que tener sexo con Clara, pero ¿cuándo fue la última vez que hubo un asesino serial en Argentina? Trató de recordar, costaba. Le vino a

la mente Robledo Puch y ya habían pasado muchas décadas.

—Está bien.

—Ya tengo el dato, sí, hubo un llamado. Miércoles a la madrugada.

Genial. Cuatro víctimas vinculadas a Greta.

—Me olvidé de decirte, encontré unos llamados que usó hace tiempo un prepago al celular del paraguayo. A ese mismo número hay llamados del rumano.

—Excelente, vinculaste al que faltaba. Pero por favor, más precisión: día, hora, duración...

—Esos datos te los doy cuando nos veamos. Chau, bombonazo.

Clara cortó y Fernando se agarró la barba y la soltó. Fue hacia su auto. Estaba cerca. ¿O lejos? ¿Por qué New York? ¿Quién sos, Greta Connolly?

93 metros (Greta)

Le temblaban las piernas y su cabeza no parecía estar en la cama. Los rayos de sol la encandilaban. Las cortinas estaban abiertas. Escuchaba la lluvia pero sólo veía luz. Se quería lavar los dientes. Todavía sentía el sabor a tabaco y whisky en la lengua. ¿Qué hacía ella fumando y bebiendo un scotch? ¿O fue un trago? ¿o varios? ¿Tabaco o marihuana? Se incorporó y dejó caer las sábanas. Le cubrían justo debajo del ombligo. Sus inmensos senos apenas se balanceaban con su respiración. Tenía sed. Su cuerpo entero estaba sediento. Quería sacarse la transpiración de encima. Se preguntó cómo podía tener gotas de sudor debajo del cuero cabelludo con el aire prendido. Se levantó. La sábana cayó. Estaba completamente desnuda. Le había crecido un poco de vello púbico. ¡Qué horror! Tenía que depilarse. Dio unos pasos hacia el ventanal. No tenía vergüenza. Era un edificio muy alto para que la pudieran ver. Apoyó su frente en el vidrio. Imaginó abrir la ventana y volar como un pájaro, pero sabía que el frío marchitaría sus alas. Comprendió que estaba la calefacción encendida. ¿Por qué seguía escuchando el repiqueteo de la lluvia? Levantó la mirada. La vista la tenía un poco nublada pero no hacía falta anteojos para verla. Allí estaba aquel monumento. Aquella colossal mujer de piedra parada sobre una isla, siendo la atracción de todo el mundo. Un año atrás mirarla le habría recordado Estados Unidos, New York, pero ahora le venía la imagen de Nacho. Se despegó de la ventana. No se trataba de ninguna lluvia, el ruido provenía de la ducha del baño de la suite. Extrañada, miró la cama, toda deshecha. Caminó hacia el baño. Abrió la puerta y con la mampara abierta vio a un hombre de cuerpo atlético bañándose. El hombre notó su presencia. Sonrió. Era lindo. Un Ken. Cerró la ducha y empezó a dar

unos pasos hacia ella. A cada paso su pene se agrandaba hasta la erección. Greta tuvo miedo y pudor. Agarró una toalla y como pudo se cubrió. Ken tenía nombre: John, y era jugador de fútbol americano. Ni siquiera recordaba si el sexo había sido bueno o malo. Aunque de a poco empezaron a aparecer recuerdos borrosos de ellos intimando. Extendió un brazo para evitar que la abrazara. Con su palma abierta tocó sus firmes pectorales.

—Pará. Necesito bañarme sola.

El esfuerzo de hablar provocó cimbronazos en su cabeza.

—*What happen?*

Comprendió que tenía que hablar en inglés.

—*Leave me alone. Please. I need a cool shower. I have a headache.*

—*Do you want a massage? I am very good. Let me.*

John no entendía que necesitaba dejarla sola. Ella intentó esquivar sus besos y sus masajes. Comprendió que aquel grandote fue la excusa para escapar de la seguridad de su abuelo. Y con el sólo hecho de invocarlo. Su voz apareció:

—¡Greta! ¡Greta!

John la miró. De repente, todo el dolor de cabeza que tenía se desvaneció. Salió del baño. No había nadie. Por ahora. Empezaron a llamar a la puerta. Parecía que la iban a derribar. Greta empezó a buscar su ropa. Estaba tirada por todas partes. ¿Acaso su abuelo podía entrar a una suite privada? Sabía que era capaz de cualquier cosa.

—Abuelo. Estoy acá. Déjame cambiarme.

Silencio. Los golpes cesaron. Más silencio.

—Tenés cinco minutos.

Greta respiró aliviada. A veces, con él olvidaba que ya era una mujer. John apareció por detrás.

—¿Quién es él? —preguntó.

—Es mi abuelo, necesito que te cambies ahora.

Greta se puso el pantalón, las botas y había encontrado su remera y el abrigo, pero le faltaba el corpiño. John ya se había puesto un jean.

—¿Estás buscando esto?

El corpiño, que se abrochaba por detrás, estaba rasgado por delante. En el frenesí del momento, había sido abierto en el lugar equivocado.

—Perdón —dijo John.

—Genial.

Se puso la remera y el abrigo. Sólo le faltaba el celular. Cuando la encontró vio varios whatsapp de Nacho. Leyó la última línea. Se le paralizó el corazón. Se sentía mal, culpable. ¿Qué era lo que sentía por él? ¿Amor? ¿Atracción? ¿Lástima? ¿Admiración? ¿Curiosidad? El no saber, era lo que realmente la molestaba.

—¿Greta? Pasaron seis minutos.

—Ya salgo.

Greta miró a John. Se acercó. Le dio un beso en la boca.

—*A kiss for goodbay.*

—No te vayas.

—Quedate ahí, necesito estar sola. Gracias.

Greta entornó la puerta y salió sigilosamente. Afuera estaba su abuelo, con dos guardaespaldas. A pesar de que tenía la mirada cansina, jamás perdía su buen vestir. Tenía un saco azul grueso, con el escudo náutico grabado en el pecho. El ancla y los dos remos parecían estar bordados a mano. Sus zapatos *Gucci* brillaban tanto que ella se podía reflejar en ellos.

—Garbita, no crecés más.

—No, abuelo, estoy cansada de tus controles.

Romano negó con la cabeza.

—Te controlo porque seguís siendo una adolescente. Que se acuesta con escoria de la sociedad. ¿Así te crié?

Greta quería pegarle un cachetazo, pero su rabia mermó al ver a aquel hombre que había construido un imperio, doblegarse. A Romano le rodó una lágrima. Le tembló ligeramente el labio inferior. Greta jamás había visto así a su abuelo. Estaba a punto de romper en llanto.

—Me recordás a mi mamá. No sólo la curva de tus ojos, sino tu independencia como mujer.

Greta ya había escuchado varias veces ese comentario, pero nunca llorando. Abrazó fuerte a su abuelo.

—¿Qué pasa abuelo? ¿Qué está pasando?

—Acá no —respondió, limpiándose las mejillas con un pañuelo de seda rojo—. Vamos de paseo en ferry. Pero primero pasamos por mi habitación y luego de compras.

—¿Por?

Romano la miró de reojo y empezó a caminar hacia el ascensor.

—Necesitas ropa y una ducha.

Cada vez que abrían la boca, salía una nubecita de vapor. Hacía frío arriba del ferry, pero los rayos de sol conservaban la circulación sanguínea de las manos. Los turistas aprovechaban para sacarse fotos con la Estatua de la Libertad de fondo. Greta había olvidado cuantas veces había hecho ese paseo con su abuelo y con la aburrida descripción narrada por él.

—Cada punta de la corona representa un mar, un continente. El número siete tiene una fuerte simbología...

—Si querés que crezca, es hora que me cuentes toda la verdad. Sino voy a seguir creyendo en Papa Noél, en Blancanieves y los siete enanos. Sí, siete...

—Necesito un lugar más privado.

—¿Qué? ¿Vos me trajiste acá? Incluso dejaste la custodia en el puerto, por la gran revelación que me ibas a decir. Te arrepentiste...

—Sólo te quiero proteger.

—Abuelo...

—Bueno... te voy a contar una historia, espero que vos sepas interpretarla.

—Abuelo.

Greta lo miró a los ojos.

—Nada de interpretaciones, basta de ser paranoico — dijo Greta.

Romano negó con la cabeza, caminó hacia la cabina donde estaba el capitán y un tripulante. Golpeó la puerta. Entró solo. De un bolsillo del saco extrajo un fajo de dólares. El tripulante no podía creerlo. El capitán, sonriente, contó el dinero, levantó la cabeza y miró a Greta. Le guiñó un ojo. Romano salió de la cabina.

—Cuando termina de dar la vuelta, se bajan todos menos nosotros para dar otra vuelta en privado. Ahora disfrutemos la vista.

Greta sonrió, enseguida su abuelo la rodeó afectuosamente con su brazo. Se sentía tan segura con él. Se preguntaba por qué jamás le pasó lo mismo con otro hombre. Aquel pensamiento, mirando la Estatua de la Libertad, inevitablemente le trajo el recuerdo de Nacho.

¿Coincidencias o casualidades? (Nacho)

Sentado a la barra, Nacho veía cómo la espuma sobre-saliente del chop se resistía a bajar. Siempre le aconseja-ron no tomar alcohol, pero beber la cerveza familiar era un permitido.

—Nacho, ¿por qué no te venís de este lado de la barra? Es más divertido —dijo Virginia.

—Gracias, pero acá estoy más cómodo.

—Dale, vago, que en cualquier momento se llena el bar —dijo su hermano Matías, que pasó cargando una bandeja.

—Gustavo no vino —repuso Nacho.

—Pero laburó al mediodía —respondió Virginia.

—¿También abren?

Virginia lo miró con fastidio pero cambió su gesto en segundos. Tal vez estaban conformes con que, al menos, estuviera en el bar. Todos le dispensaban un trato especial, se daba cuenta.

—Hermana, tenés razón, al próximo cliente que llega lo atiendo yo.

Nacho se dio vuelta y miró hacia la puerta. Vio a entrar a un hombre con una larga barba. Arreglada, pero larga al fin. Era el fotógrafo que también quería comprar el taller de La Boca. ¿Qué hacía allí? No creía en coincidencias.

—Ahí tenés un cliente —dijo Virginia.

Como si tuviera pesas en los tobillos, Nacho movió los pies. Caminó despacio hacia el fotógrafo, que enseguida lo reconoció.

—Ey, ¡que grata sorpresa!

—Hola, te tengo de vista, pero no recuerdo de dónde —mintió Nacho.

—El taller quemado de La Boca.

—Ah, cierto... sí, queríamos ver la posibilidad de abrir otra sucursal pero necesita mucho trabajo. Perdón que fui medio antipático el otro día, pero estaba apurado y el lugar no valía la pena...

—Sí, está destruido. Así qué trabajas acá...

—Sí, la familia entera. En Córdoba tenemos la fábrica y dos sucursales más. También queremos distribuir a muchos bares y tiendas de cerveza acá en Buenos Aires. Mi hermana y mis viejos son el gran motor de todo esto.

—Qué bueno, con lo que me gusta la cerveza. ¿Qué sabores tienen?

—India Pale Ale como novedad, Imperial Stout, Porter, Honey, Barley Wine, Scotch, Weissbier, Pilsen, Kolsch... un montón. Dejame que te muestre la carta. Hay una degustación de diez variedades a buen precio.

—Ya está, mandame la degustación. Mientras espero, ¿te molesta si saco fotos? El bar está muy bonito. Me encantan los cuadros.

—Son míos. Soy pintor —respondió Nacho, orgulloso.

Pareció que le gustaban de verdad.

—Te felicito.

El fotógrafo sonrió naturalmente. A Nacho empezó a caerle bien. Quizás después de todo había sido, en efecto, casualidad.

—¿Puedo? —preguntó levantando la Réflex.

Nacho miró a su hermana, que afirmó con la cabeza, sin necesidad de decirle nada. Ella estaba en todo.

—Adelante. Ya voy por la degustación.

—¿Tu nombre?

—Este... Ignacio.

—Para decir de quién son las pinturas cuando las publique en mi blog.

—Ah, Ignacio Hans Brüke.

—¿Brüke? Claro.

Vio cómo el hombre observaba un afiche de la cerveza artesanal de la casa.

—Exacto. Enseguida vuelvo.

Nacho regresó a los pocos minutos con las cervezas y una cazuela de fiambre, pero esta vez con la intención de generar más empatía.

—Acá están las cervezas, la picada la invita la casa.

—Pero muchas gracias, Ignacio.

—No hay de qué. Decime Nacho. Perdón, usted me preguntó mi nombre y yo no sé el suyo.

—Fernando.

—Mucho gusto.

—Al contrario, gracias por la cazuela.

Se estrecharon las manos. Nacho fue a atender a otro cliente, mientras Fernando empezó a sacar fotos.

El caudal de público aumentó y a Nacho le resultó imposible hacer más sociales con Fernando. Recién tuvo tiempo de hablar cuando había terminado de beber y comer y justamente necesitaba de un mozo.

—¿Sabes qué, Ignacio? quiero una pinta de Trigo.

—¿La cítrica o la común?

—La común, no me llevo bien con los ácidos.

Nacho sonrió.

—Y otra cazuela de fiambres —agregó Fernando—.

¿El jamón es córdobes?

—Sí, de las Sierras.

—Pero esta la pago yo, ¿eh?

—Sí, desde ya.

Nacho fue por el pedido, al rato volvió y lo encontró a Fernando mirando las imágenes en el display de la cámara. Tenía curiosidad y quería ver las fotografías que había tomado del bar y sus pinturas. Involuntariamente estiró el cuello y levantó el mentón.

—¿Querés ver? —perspicaz, sin quitar la mirada de la cámara, Fernando se dio cuenta de la intención de Nacho.

—Si se puede...

Fernando le entregó la cámara.

—De atrás para adelante.

La Réflex pesaba. Comenzó a pasarlas. Tenían un excelente encuadre. Las fotos las podía usar para la página web que estaba armando Virginia. Se pondría feliz. También sus cuadros, Fernando no necesitó de luz natural para capturar en su totalidad los colores. Era muy bueno. Llegó tan atrás que aparecieron fotos de la puerta del bar, de la vidriera, de la fachada completa, de un hombre muerto. ¿Muerto? Debería estarlo por la cantidad de sangre que lo cubría... El rostro le resultaba familiar. Se aceleró su ritmo cardíaco. Volvió una foto más atrás: un plano más amplio mostraba parte de un volante, el cabezal de un asiento, la palanca de cambios y la camisa toda ensangrentada. Era él. Su cara inflada, mal afeitado y prolongados rulos. La Réflex pesó aún más. Sus rodillas temblaron. Había más fotos, una mueca agónica, un cuello abierto. Nacho le devolvió la cámara. Mareado, le vinieron repentinamente ganas de vomitar; mirando el piso, se sentó. Tomó bocanadas de aire. Era el taxista. El muerto era Roberto Siracusa.

—Perdón, me olvidé de sacar esas fotos de la cámara.

Nacho levantó la mirada, sus labios sufrían de espasmos. ¿Acaso él lo habría matado? ¿Cómo también asesinó al escultor? Calmate, el bar está lleno de gente, se dijo. Sería una locura que quisiera hacer lo mismo con él.

—Voy a llamar a la policía —dijo Nacho.

—Pibe, yo soy la policía, bah, perito fotógrafo. Así que lo conocías a Roberto.

—Este...

Nacho no dijo una palabra más, no entendía dónde estaba y con quién. Quería regresar a Córdoba a los brazos de mamá. Fernando le mostró una identificación.

—Acaso —dijo Fernando acariciando su barba—, ¿no te enteraste de la muerte? Salió en todos los noticieros. Hasta hubo paro de taxis.

—No, no tengo tele y...

—Y dormís muchas horas por día.

¿Cómo lo sabe? ¿Así por que sí, un policía puede averiguar tu historia clínica? ¿Tendrá una orden de arresto? ¿Pero qué pensaba? Él no había matado a nadie. Él sería testigo, pero ¿por qué no directamente preguntar? ¿Qué hacía en el taller de La Boca entonces? Él no era el único pasajero. Debía haber cientos de sospechosos.

—Tranquilo, pibe, pensé que ya sabías.

—¿De qué me estás culpando?

—De nada, investigo cómo vos investigas a Jorge Raniere. Estoyuniendo piezas. ¿Qué hacías allí?

¿Se lo contaba? ¿Le decía que sospechaba de un robo de arte, que habían reemplazado una estatua en una plaza, no una estatua cualquiera... una que simbolizaba la libertad,valuada en millones de dólares y que el probable escultor de la pieza falsa había muerto por causas dudosas? ¿Se lo contaba a un perito fotógrafo?

—¿Cómo conociste a Roberto Siracusa? ¿Amigos? ¿Cliente?

Las preguntas aparecían. Nacho necesitaba pensar, Fernando no lo dejaba. Lo asfixiaba. ¿Dónde estaba el fiscal y la policía de verdad? Buscó con la mirada a aquel detective de Hollywood, pero sólo había borrachos que se comportaban normal para seguir bebiendo. Borrachos que veían doble, o era él que los veía por duplicado. Bostezó.

—¿Quién sos? —preguntó Nacho.

—Ya te dije quién soy.

—No soy boludo... —Nacho se esforzaba en mantener los ojos abiertos.

—Tomá.

Fernando sacó de la billetera una tarjeta personal y se la tendió. “Fernando Quiroz”, un número de teléfono, un e-mail y el escudo de la policía. Tenía sueño. No ahora, otro ataque no, imploró, pero lo único que deseaba era dormir. Desaparecer de la realidad por unas largas horas.

—Está bien, le creo que usted es Fernando Quiroz, pero no... entiendo qué hace acá.

—El caso es más grande de lo que imaginás. No contamos con personal, nos desborda, así que además de sacar fotos hago las preguntas. Ahora, por favor, respondeme, porque la próxima visita no será para nada social. ¿Qué mierda sabés?

—Eh...

Fernando se acercó más, casi se tocaban las narices. Estaba enojado. Tal vez tendría que decirle todo, si es que se mantenía despierto.

—¿Todo bien por acá?

Como un ángel guardián, apareció su hermana, detrás de ella iba Matías, haciendo de guardaespaldas. Fernando se quedó boquiabierto.

—Nacho, ¿te sentís bien? ¿Qué necesita señor? — preguntó Virginia.

—Sólo estamos conversando.

—No lo parece.

—Un momento —Fernando sonrió— usted debe ser Greta. Greta Connolly.

Nacho se despabiló, el nombre fue una inyección de adrenalina, aplicada directamente a su corazón.

—No, soy Virginia, la dueña del bar. ¿De dónde la conoce a Greta?

—¿La conoce? —contestó con otra pregunta Fernando.

—Respondé —se paró Nacho.

—¿Yo?

—¿Cómo conocés a Greta?

Fernando volvió a sonreír, provocándolo.

—Greta es la que me trajo acá. Su número de celular aparece en el registro de llamadas de las víctimas y tal vez vos seas el siguiente.

—¿Está amenazando a mi hermano? —preguntó, irritado, Matías.

—No entiendo nada. ¿Víctimas de qué? —dijo Virginia.

—¿Qué mierda sabés de Greta? —insistió Nacho, agarrando del cuello de la remera a Fernando, que alzó las manos.

—Cuando quieras hablar tranquilo, sin tu familia de por medio, me llamas al número de la tarjeta. Ir a la policía es perder el tiempo, ellos trabajan para otros, yo no, yo te puedo ayudar. Llamame, pero que sea pronto, porque tal vez sea muy tarde.

Nacho retiró las manos. Fernando se paró, dejó algunos billetes de cien en la mesa y agarró la cámara.

—Creo que con esto bastará. Adiós. Muy rica la cerveza, la voy a recomendar en la delegación.

Los Brüke se quedaron perplejos, viéndolo a Fernando retirarse del bar. Inmediatamente otros clientes requerían atención y Matías se encargó.

—Nacho ¿quién era ese tipo?

—Fernando Quiroz.

—¿Pero quién es? Encima me confundió con Greta.

—Lo hizo para probarme, saber mi vínculo con ella. Dice ser un perito fotógrafo.

—Ah... creo que tenemos que llamarla o vamos a la policía a hablar con el comisario o quien sea su jefe, no se puede comportar de esa forma y...

—Virginia, gracias, pero necesito pensar en este momento.

Nacho se fue del bar, tenía que hablar con Fernando, pero también tenía que seguir investigando su teoría y descubrir quién era Greta. Él sabía muy bien que ella sería incapaz de asesinar, pero algo ocultaba. ¿Qué?

Thomas Andrews Hendricks

(Romano Pavolini)

Tenían el ferry vacío todo para ellos. Romano no tenía más excusas para confesarle la verdad a su nieta. Después de todo, la amaba como si fuera su propia hija. Eran muchos los años de secretismo. Estaba viejo y lo sabía. Su aventura había empezado cuando viajó por primera vez a Italia y ya no tenía energía. Quería paz. ¿Un retiro? Podía ser, pero algo muy dentro suyo le decía que le sería imposible verse jubilado.

—Sabías que la base de la Estatua de la Libertad la hizo el arquitecto Richard Morris Hunt.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver con..?

—Garbita, por favor, dame tiempo.

—Perdón.

—Richard Morris Hunt, nacido en Estados Unidos, Bartholdi, el diseñador, francés junto a sus pares Gustave Eiffel, que hizo la estructura y el político Edouard Laboulaye, que fue quien llevó a cabo la ideología, todos francmasones.

—¿Masones?

—Sí. No te voy a hablar de nuestra institución, sino que...

—¿Nuestra?

—Yo también soy masón.

Romano se tocó con el dedo índice el escudo naval. Luego rememoró la primera vez que conoció a Charles. Le había vendido un Van Gogh, fue ahí cuando comprendió que la masonería iba de la mano del arte. Increíblemente, se separó de los ideales de su padre que junto a Benito Mussolini persiguieron a los masones. Recordó la expre-

sión de la cara de Charles cuando se presentó formalmente. Había tenido que repetirle su apellido Pavolini dos veces. No hizo falta aclararle quién había sido su padre, ni tampoco él lo preguntó. Seguramente lo dedujo o lo investigó más adelante. Quizás Marcel tenía razón. Tendría que haber usado el apellido Duranti.

—Bueno, genial, ¿cómo hago para entrar al club? — respondió Greta, sonriendo.

La quiso abrazar, pero se contuvo. Tanta vida tenía su nieta.

—No lo había pensado, necesitamos gente joven, pero para serte sincero no veo un dinámico perfil como el tuyo soportando las aburridas reuniones.

—Tenés razón.

—Caminemos.

—No hay mucho por caminar, estamos en un ferry.

—Vayamos de proa a popa.

Greta lo tomó del brazo. Caminaron disfrutando el aire fresco que entraba en sus narices. A Romano le costaba hablar. Siempre reservado. Ni siquiera le gustaba estar desnudo frente a Rosalinda, su esposa. Muchos años habían pasado desde su partida. Enviudó rápido. El cáncer, la responsabilidad de cuidar de su hija pequeña. Todo hubiera ido cuesta arriba, de no haber encontrado aquel tesoro en Italia.

—No me llevo bien con todos los miembros.

Tragó saliva.

—Sospechan que “compro y vendo” arte en forma clandestina y eso está en contra de nuestros principios. De hecho, muchos fueron mis principales clientes, pero están tomando distancia y yéndose al otro lado. El último trabajo fue la gota que rebasó el vaso.

Llegaron a proa y descansaron sus brazos en la baranda. Romano vio la Estatua de la Libertad desde la cabeza has-

ta el final de la base donde se podía distinguir cientos de turistas sacándose fotos.

—¿Por esa estatua olvidada en una plaza minada de cara de perros? —Preguntó, incrédula, Greta.

Romano asintió con la cabeza.

—¿Por eso nos están matando? —preguntó Greta.

Una lágrima rodó por la mejilla de Romano y terminó en su bufanda. Le apretaba el cuello, como si fueran dos manos cálidas que querían arrebatarle la vida, la poca que le quedaba.

—Pero... abuelo, contame... ¿Cómo se enteraron?

—Las puntas o los rayos de la corona. A la estatua de Buenos Aires le habían robado una, por casi tres décadas tuvo seis, pero Ranieri se equivocó, no reparó en eso y la hizo con siete rayos, como si jamás hubiera sufrido un atentado. Es la única conjectura que tengo. La otra posibilidad es que alguien haya hablado.

—¿Un atentado?

—Sí, en julio de 1986. La tiraron abajo unos comunistas con una soga. El gobierno la mandó restaurar. Volvió con seis rayos a la plaza.

—Es sólo un detalle, fue todo muy rápido. Reemplazamos la estatua, la vendimos y ni siquiera pude lavar el dinero, que ya nos estaban cazando.

—Es muy raro, por eso estuve investigando —dijo Romano.

—Abuelo, no hay investigación que justifique la muerte de Ranieri, de Ledesma, del maquinista, el rumano. ¿Quién más falta?

—Vos estuviste ahí... pero lo importante...

—Nosotros —agregó Greta—. ¿Por qué no le pagás? ¿No es lo que busca? ¿No pensaste que será motivo de dinero?

Romano inhaló hondo el aire frío y lo expulsó caliente.

—No, es mucho más que dinero. Esta gente fabrica el dinero, no se van a exponer por poca plata.

—¿Poco? ¿Veinte es poco? ¿Entonces?

—Tienen miedo. Terror de que la verdad salga a la luz. Esto se remonta a ciento cincuenta o doscientos años atrás.

—¿Qué abuelo?

Un fuerte golpe. El pecho se le abría en dos. Greta lanzó un chillido. Su rostro estaba salpicado, pero sabía que la sangre no era de ella. Un efímero alivio. Se tambaleó y con el resto de sus fuerzas se agarró de la baranda. Miró a su nieta, que estaba en shock. Necesitaba salvarla. Le vino un nombre a la mente. Abrió la boca y sintió que su alma se iba. Un aliento más.

—Thomas... Hen... dricks.

El agua estaba oscura. Helada. Imaginó a su papá colgado en la gasolinera de Milán. Su muerte tampoco era digna. Se arrepintió de todo, de haber arreglado el matrimonio de su única hija. Sólo no se cuestionaba aquella voz celestial, que tiene en su espalda una herencia impensada, de aquel ángel que lo llamaba desde la superficie. “Adiós, Greta”.

PARTE III

A LA CAZA DE LA LIBERTAD



El Puente de Horbourg (Frédéric)

El hombre se tomó el pecho, resistió unos segundos de pie, hasta finalmente caer al agua. Frédéric respiró hondo y con su rifle humeante buscó a qué más disparar.

Un casco metálico azul asomó. Frédéric disparó de nuevo. No era el único. El pelotón formado por varios voluntarios de la ciudad de Colmar tenía la misión de frenar el avance prusiano. Refugiados detrás de una barricada, a unos metros del puente de Horbourg. El ejército de Prusia no tardó en devolver el fuego. Algunas balas atravesaban los sacos de arena. Al lado suyo cayó herido Xavier. Tenía el pecho ensangrentado. Era uno de los mejores francotiradores que estaban bajo su mando. Frédéric le tomó la mano, pero de inmediato notó que no se la apretaban. Los ojos de Xavier estaban perdidos, muy lejos de la tierra, de la vida. Frédéric lo soltó, se paró y disparó. Corrió hacia atrás, buscando un mejor escondite. Los disparos comenzaron a multiplicarse, presentía que en cualquier momento una bala lo derribaría. Enfrente de él había un soldado francés, le brotaba sangre de un ojo, pero no le impedía sostener su rifle levantado defendiendo Alsacia. Frédéric se agachó para que el fuego amigo no lo matara. Era tal el desconcierto y los hombres heridos en el suelo que tropezó con uno de ellos. Cayó boca abajo. Levantó la mirada y vio el soldado tuerto recibir dos impactos de bala en el estómago. Un tercero en la garganta. Cayó de rodillas. Un borbotón de sangre salió con fuerza del cuello. Finalmente cayó también de cara, pero con el lado de su rostro mirándolo a Frédéric. Ambos muy próximos. Era muy joven, tan joven como el tiempo que le restaba de vida. Frédéric supo que si no hubiera tropezado, las balas eran para él. Seguramente hubieran terminado en su espal-

da. Tuvo suerte. Pero el azar no iba a definir el destino de un país, de su patria.

Las balas silbaban por encima de su cabeza, arrastrándose, buscó un lugar donde matar prusianos, pero no había nada cerca, entonces descubrió que los mismos compañeros fallecidos eran la protección que necesitaba. Empezó a apilar soldados y en un hueco, entre dos cuerpos, metió el cañón del rifle. No sólo el suyo, también los de los caídos. Velozmente empezó a moverse y dispararlos a cada uno con gran destreza. El ejército de Prusia no sabía de dónde venían los disparos que los estaban forzando a retroceder.

Como escultor Frédéric tenía la precisión de crear, la paciencia de esperar el próximo golpe, el pulso para lograr el detalle, el ojo para ver los que otros no veían, aquellas virtudes si las aplicaba en el tiro lo convertían en un excelente francotirador, en una máquina de matar.

Recuperaron terreno. El número de muertos se niveló. En el piso no sólo había uniformes rojos, ahora también azules. Tenían que resistir en el puente, aquella era la orden. Abuelos y mujeres se sumaron al batallón diezmado. Siempre y cuando pudieran apuntar y disparar el resultado sería el mismo. Colmar estaba de pie. El fuego cruzado se encrudeció. Los prusianos también estaban decididos. Frédéric se levantó entre los muertos, no estaba cargando ninguna bandera, tampoco tocaba una corneta o llevaba un tambor, pero su acérrima voluntad guió al resto a recuperar el puente. ¡Por Alsacia, por Francia, por la libertad!

Masona (Faustine)

Lloraba. Tímidamente las lágrimas rodaban sobre sus mejillas. La vista no podía consolarla por más que el cielo despejado dejaba a la ciudad de Venecia totalmente desnuda. El *vaporetto* estaba casi vacío y navegaba con escaso tráfico por el gran canal. Asomó la cabeza sobre la baranda. Miró el mar. Claridad, sino estuviera en movimiento, podría ver el reflejo de su rostro. Luego los muros de ladrillos, palacios torcidos, cúpulas con pátinas agrietadas, los simpáticos puentes y las iglesias del barroco. Se sernó. Sólo un poco. Charles le acercó un pañuelo de seda para limpiarse. Tenía bordado en una esquina el escudo náutico. Sabía que si fuera por él la decisión hubiera sido otra. Era un club muy exclusivo. En una época estuvo prohibido el ingreso de mujeres, pero ese no había sido el motivo.

—Tenemos un mejor plan para vos —dijo Charles.

—¿Cuál?

—El honor que aspiraría cualquier masón... cambiar la historia.

Faustine sonrió y le dio un abrazo.

—Gracias por intentarlo y por traerme a este paraíso arquitectónico.

Faustine le dio un beso en la mejilla y se soltó. Charles sonrió incómodo. Se tomó de la baranda.

—¿Te pusiste nervioso?

Charles negó con la cabeza.

—Después de Catherine, sos la mujer más importante en mi vida... y ahora la única...

Faustine apoyó de costado su cabeza en el hombro de él, sin dejar de mirar el paisaje.

—¿Hace mucho?

—Veinte años... pero no hablemos de mi pasado, lo que importa es tu futuro. Como te dije, tenemos un gran plan para vos.

Ella sonrió. Tan hermosa. Dientes perfectos. Un turista japonés desvió la cámara para fotografiarla, seguramente le pareció más atractiva ella que toda Venecia. Luego un fuerte grito provocó que enfocara la cámara hacia un balcón donde colgaba una bandera del Milán.

—*¿Cosa fai?* —preguntó un pasajero.

—*Gol di Filippo Inzaghi* —respondió otro con una radio pegada al oído.

—¿Cómo va? —preguntó, curioso, Charles.

—Gana uno a cero. Igual falta todo el segundo tiempo.

Charles sonrió. Faustine lo miró, tentada de reírse.

—No sabía que te gustara el fútbol.

—Mi bisabuelo fue uno de los socios fundadores del Everton, que es el equipo rival del Liverpool.

—Increíble.

—Sí, se llamaba George Mahón, fue un excelente presidente y padre. Tuvo muchos hijos. Entre ellos a mi abuela Sophie, que se casó con mi abuelo Mark Shilton uno de los primeros pilotos de caza del mundo. Combatió en la Gran Guerra Mundial. Lo derribaron en 1917, luego de destruir tres albatros y sobrevivió a la caída.

Faustine estaba intrigada y también confundida por el lenguaje técnico de Charles.

—Me tenés que contar más sobre tu familia, parece que hicieron mucho.

—Más de lo que te imaginas. Mi papá, Rob Shilton, fue un héroe de la Segunda Guerra Mundial. Falleció en Keren, Eritrea. Mis cuatro hermanos y mi mamá murieron semanas más tarde por los bombardeos alemanes. Yo sobreviví milagrosamente.

—Terrible...

Faustine se acercó y le dio un cálido abrazo.

—Yo era el menor. Pero eso no quita... eran niños: tenían cinco, siete, diez y catorce años.

Los ojos de Charles estaban cristalinos.

—No puedo imaginar...

—Pero es pasado... —respiró hondo— disfrutemos un poco del paseo en silencio.

Faustine asintió sin soltarlo un segundo.

El atardecer estaba pintando de paz la ciudad. El agua estaba calma, los palacios anaranjados eran un reflejo que el sol quería descansar y había elegido Venecia para apoyar su cabeza. El recorrido había terminado pero Charles no se bajó, esperó a que todos los pasajeros descendieran hasta quedar solos. El conductor del barco se acercó. Faustine pensó que vendría a echarlos, pero no, le estrechó la mano a Charles. Se conocían. Charles los presentó.

—Monsieur Marino.

—Madmoiselle Faustine.

El chofer sonrió y le dio un beso húmedo en cada mejilla. Faustine evitó poner cara de asco a pesar de querer limpiarse.

—Marino. ¡Qué oportuno! —dijo Faustine.

Marino sonrió pero no respondió. Charles intervino por él.

—En realidad no es su nombre. No lo sabemos. Es sólo... digamos su apodo profesional. Él va a ser el encargado de cómo volcar tus conocimientos en el mundo para la causa.

Faustine miró al señor Marino, tenía una superficial cicatriz en la ceja izquierda, que la dividía a la mitad. Podía ver que era un hombre fuerte. Sus anchos hombros no podían ocultarse debajo del uniforme. Pero seguía sin comprender.

—No entiendo...

—Sí que entendés, Faustine, pero no querás verlo. El señor Marino te va enseñar a explotar tu rabia. Sos inteligente y hermosa. Con sólo chasquear los dedos tenés al mundo de rodillas, pero te falta ese ingrediente, esa habilidad para hacer el trabajo sucio. Esa fuerza para...

—Apretar el gatillo... —interrumpió el señor Marino.

—Y terminar con el mundo... —dedujo Faustine en voz alta.

—Como lo conocíamos, para transformarlo, cambiarlo —corrigió Charles.

Otro grito más. Se dieron vuelta. Un hombre en el puente con la camiseta del Milán levantando una bufanda del cuadro gritando campeón. El sol se fue a buscar descanso en otro lugar. Italia estaba de fiesta y la noche era la primera invitada.

Millones (Nacho)

Tenía la tarjeta ajada de Fernando Quiroz de tanto sacarla de la billetera. Se sabía de memoria su número de celular. Pero no era el momento, tampoco tenía demasiada confianza. Primero debía recavar más evidencias, después tomaría una decisión. Ya había descartado algunas ideas como la de contactar a un entomólogo. La investigación la centró en la estatua y en Greta. Empezó por lo más fácil: la Estatua de la Libertad de Barrancas. El hecho de que hubieran robado la estatua y reemplazado por una copia invitaba a pensar en el valor del original. Por eso había que ir a los orígenes. ¿Cuándo la emplazaron? No tenía fecha confirmada. Tenía que descubrirla.

Se acercó a la Comuna 13 del barrio de Belgrano, donde rápidamente se lo sacaron de encima y lo derivaron a la Casa del Historiador en el microcentro.

Era una hermosa biblioteca, de inmensas paredes plagadas de libros, con suntuosas escaleras de roble. Un lindo lugar para estar. Allí, una anciana pero vigorosa bibliotecaria le buscó un montón de libros que nombraban la estatua, pero lamentablemente no consignaban la fecha buscada. Entonces a ella se le ocurrió llamar al MOA.

—Ya lo hice y nadie sabía nada —le aclaró Nacho.

—¿Pero hablaste con Oscar?

—No sé, no se presentó con su nombre o ahora no recuerdo.

—Él es muy prolíjo, seguro que tiene el dato, aguardame que lo voy a llamar.

La bibliotecaria se fue a su despacho. Al cabo de unos minutos volvió con una sonrisa.

—Bingo.

—¿En serio? No lo puedo creer.

Ella se colocó los lentes y leyó de un papel:

—La Estatua de la Libertad fue encargada por la municipalidad de Buenos Aires al taller de fundición Val D'Osne 58 en 1868 y fue emplazada en 1875 bajo la actuación del juez de paz Saborido.

—Excelente, ¿esa información te la dio Oscar? O sea, existe una ficha técnica.

La bibliotecaria sonrió y asintió con la cabeza.

—Pero además de la ficha —siguió Nacho—, ¿tienen un boleto de compra—venta, alguna documentación que ..?

—Eso no lo sé, ¿por qué no lo llamas vos? Pasa al despacho, apretá “REDIAL” y te va atender Oscar.

Nacho fue hacia su despacho y llamó por teléfono. En breve atendieron.

—MOA.

—Buenas tardes, recién llamaron para pedir información sobre la Estatua de la Libertad de Barrancas de Belgrano y...

—Ah... Dora llamó, sí, recién le pasé los datos de la ficha técnica.

—Exacto, 1875, ¿pero dice el mes, el día? La ficha técnica es un documento legal que...

—No, pibe —Oscar se apresuró a responder.

—¿Cómo?

—El único dato que aparece en la ficha es que fue encargada por la Municipalidad en 1868 y emplazada en 1875 bajo la actuación del juez de paz Saborido. Nada más. Esta ficha será de la década del '50 o '60. Tenemos que creer que la persona que transcribió los datos lo hizo bien.

—¿Entonces no existe ningún documento legal?

—Que yo tenga conocimiento, no. Mirá, la documentación real o se modernizó, o se perdió o se destruyó en un

incendio a mediados del siglo XX. Me gustaría ayudarte más, pero es lo único que tenemos.

—Está bien, fue de gran ayuda. Muchas gracias — respondió desanimado Nacho.

—De nada.

—Adiós.

—Espera... bancame un segundo... justo detrás de la ficha hay una fotocopia de un recorte. Es una foto del boletín o una revista, “Barrio de Belgrano, hombres y cosas de su pasado”, de 1931, dice que fue adquirida en 1868 a la fundición francesa Val D' Osne para decorar los paseos públicos de la ciudad, y que fue puesta en la plaza en 1875 con José Saborido, Juez de Paz en el barrio, como testigo.

—Dice lo mismo...

—Sí, pero hay un documento de 1931 que lo respalda. Algo es algo...

Nacho colgó. Resignado, se despidió de Dora y se fue a otra biblioteca, la del Congreso Nacional, donde había hemeroteca. Allí Nacho esperaba encontrar algo sobre el atentado sufrido por la estatua de Barrancas en julio de 1986. Tal vez, además tuviera suerte y en el artículo se mencionara cuándo la emplazaron.

El bibliotecario no era tan audaz como Dora, podía ser el hijo de ella pero era muy lento y poco despierto. Olvidaba con rapidez las fechas y los diarios donde buscar. Nacho trató de ser lo más tolerante posible. No podía creer que allí estuviera trabajando una persona corta de memoria. Finalmente, al atardecer, entre los diarios de la época, sólo apareció la noticia en “La Prensa” y “Clarín” del 19 de julio de 1986. Mostraban la foto de la estatua caída y decía que se trataba de un acto vandálico, que el intendente de Buenos Aires, Julio Cesár Saguier, había ordenado que la restauraran de forma inmediata.

Nada nuevo. Ningún dato relevante. Nacho regresó a su departamento sopesando la posibilidad de llamar a Fernando Quiroz, de decirle lo que sabía y alejarse del todo de la estatua, de Greta, volver a su patética vida de quedarse dormido pintando. Por lo menos era una vida más tranquila. No. ¡No! Imposible dejarla atrás. A la estatua y a ella. Googleó “Estatuas de la Libertad en Argentina”. Además de aparecer la de Barrancas y la del techo de la Escuela Normal Sarmiento había un artículo sobre la Estatua de la Libertad en la localidad de Pocitos, provincia de San Juan.

Estaba ubicada en una plaza. Encargada por el sanjuanino Federico Cantoni en 1909 a Bartholdi para ser colocada en Buenos Aires por los festejos del centenario. Misteriosamente quedó varada en el puerto, hasta que decidieron trasladarla a la provincia natal de Cantoni. Primero se ubicó en la Plaza de Mayo y luego, reubicada en 1931 en Pocitos. “Varios rumores que hoy en día se mantienen dicen que el destino final de la escultura era para San Juan de Puerto Rico y por error desembarcó en Argentina. Un rumor que es descartado dado el libro que sostiene la estatua: en vez de estar escrita la fecha de la independencia de Estados Unidos, posee el escudo nacional.”

Los laureles, el color celeste y blanco, las dos manos estrechándose y sosteniendo a la vez un palo de madera levantando un gorro frigio. ¡El gorro frigio! ¿Cómo no se le había ocurrido? Él había estudiado aquel famoso cuadro francés: “La libertad guiando el pueblo” de Delacroix, de 1830. Ese mismo gorro estaba en la estatua sobre la pirámide de mayo. Escultura de otro francés, similar al de la Estatua de la Libertad norteamericana. Nacho googleó la escultura y para su sorpresa la estatua que estaba encima de la pirámide en la Playa de Mayo, se llamaba también “Estatua de la Libertad”. Había tres grandes cambios: la

Libertad ya no estaba en guerra, la lanza la había reemplazado el fuego que ilumina y el escudo el libro de la sabiduría, y el gorro había sido reemplazado por una corona con siete rayos, como aquellos utilizados por primera vez en un sello de la República Francesa en 1848.

Nacho respiró hondo. Repasó: la ubicación de las tres Estatuas de la Libertad en Argentina tenían un vínculo con Juan Domingo Faustino Sarmiento. La que pintó fue emplazada en Barrancas de Belgrano a metros del Museo Sarmiento. El sitio web del museo detallaba que el Museo se asentó en la antigua casa de la Municipalidad de Belgrano. En ella, el presidente Nicolás Avellaneda, quien sucedió en el cargo a Juan Domingo y parte del Congreso Nacional, habían sesionado entre los meses de junio y septiembre de 1880. Luego, otra estatua fue ubicada en un colegio que justamente lleva su nombre el 3 de octubre de 1886 y la última tuvo lugar en su provincia natal: San Juan. Festejos del centenario u homenaje al fallecimiento de Sarmiento. ¿Qué relación tuvo Sarmiento con la Estatua de la Libertad? Tendría que averiguar más, pero la imagen de Greta se le cruzó por la cabeza. También necesitaba saber de ella. Olvidó por un momento a Sarmiento.

Como sabía que no iba encontrar nada a nombre de Greta Connolly pensó en la galería. Escribió “*La soeur d'avant-garde*” en el buscador de Google con la expectativa que tiene un jubilado ante la última ficha en la máquina tragamonedas.

Apareció su nombre, la palabra subasta y una cifra millonaria. Nacho pegó un grito.

Oíd mortales (Greta)

Su voz se perdía en el río Hudson. Su abuelo, su tutor, su padre ideal, estaba ahogándose en aquellas aguas congeladas con un tiro en el pecho. Se estaba yendo para siempre. No podía creerlo. “No abuelo, no te me vayas.” Miró en todas direcciones. ¿Un francotirador? Esperaba otro disparo, pero no llegó. Quién había venido era el capitán, sonriente, portando una pistola con silenciador. Greta abrió la boca, pero el miedo le había comido el grito. Se asomó y vio el río.

—Es una muerte segura y dolorosa. Mejor un disparo —dijo el capitán con un claro español que avanzó hacia ella, arrinconándola. Más atrás, la cabina estaba abierta y en el piso, sobre un charco de sangre, su tripulante.

—Hijo de puta...

—O... mejor —el capitán la miró de la cabeza a los pies— nos podemos divertir.

Lo peor, ser violada y luego asesinada, pero su instinto de supervivencia la mantenía en el barco. Se arrepintió de no insistirle a su abuelo para que subieran sus dos gorilas al ferry. Entonces recordó que tenía el número directo de uno ellos. Seguramente él se pondrían en contacto con la guardia costera, en unos cinco minutos habría helicópteros sobrevolando la zona. De hecho, mientras lo pensaba ya estaba llamando.

—¿911? —El capitán había notado que Greta tenía el celular en un su mano.

—Vos tampoco tenés donde escapar, me podés violar, matar... —no podía creer que pudiera hablar con tanta calma, su vida amenazada y su abuelo asesinado— pero estás en un barco, debe haber cámaras de seguridad por todos lados, van a saber que fuiste vos, te van a atrapar y...

El capitán sonrió y avanzó hacia Greta hasta quedar a su lado. Paralizada, sólo sus ojos se movían. El capitán tenía una cicatriz en su ceja izquierda, si hubiera sido más profunda tal vez tendría un parche pirata.

—Sos tan tierna... tal vez mi destino sea la cárcel, matar a un preso, salvarle el pellejo al gobernador de un desastre político, esperar que aparezcan pruebas que incriminen al tripulante... no sé... no sé...

Sentía su mano áspera en su mejilla, sus asquerosos dedos en sus labios, quería gritar, morderlo, pero sabía que en cualquier momento podía apretar el gatillo.

—Linda boca...

—Hace mucho frío... —se le ocurrió.

El capitán miró el cielo y respiró hondo.

—Tenés razón, vamos a la cabina.

La sujetó con fuerza de la cintura y la punta de la pistola le apretaba el estómago. Comenzaron a caminar. ¿Cuánto había ganado? ¿Treinta segundos más? Recordó las veces que se había subido a un barco. Nunca había navegado uno sola, pero tal vez pudiera direccionar el ferry y ser salvada. ¿Cómo podría violarla y apuntarla a la vez? Bajaría la guardia, cuando se saque los pantalones sería su oportunidad.

—¿Por qué? ¿Por qué lo mataste? —preguntas para fabricar más tiempo.

Pero el capitán no respondió, la empujó hacia adentro de la cabina y esquivó a su compañero muerto. Había llegado el momento.

—Sos igual a Faustine.

—¿Faustine? ¿Tu novia?

El capitán sonrió y antes que pudiera responder, Greta abrió su campera y se acercó hacia él. Supervivencia. Tenía que convertirse en una sirena, una cuyo canto embriague de amor al marino, lo vuelva loco y perdido en la

bruma. Se sentó sobre el panel de controles y abrió las piernas. Apenas el capitán dejó de apuntarla, Greta movió una palanca roja y presionó un par de botones con su cola. El ferry de golpe incrementó violentamente su velocidad. El capitán perdió el equilibrio y golpeó su cabeza. Ella se abalanzó sobre el arma que había caído. Antes que pudiera reaccionar, Greta desde el piso ya lo estaba apuntando. Respiró hondo, cerró los ojos, el gatillo estaba duro y frió. La pistola tembló. La sorpresa no apaciguó sus temblores. El olor a pólvora se hizo dueño de la cabina.

Antes de abrir los ojos sintió húmedo el cuerpo. Se trataba de un charco de sangre que se iba agrandando de a poco. Estaba acostada entre los dos cuerpos. La embarcación seguía avanzando a toda velocidad. Con esfuerzo estiró el brazo y frenó el ferry. Se paró y salió de la cabina. Un fuego interior quería escapar de su corazón, que no paraba de bombear violentamente. Gritar de dolor y felicidad. Escuchó unas sirenas, unas lanchas patrulleras que se acercaban, quizás la custodia dio el aviso o los movimientos bruscos de la lancha alertaron a las autoridades. No importaba nada más. Frente a ella estaba la libertad. Una gigante libertad. Así debería sentirse. Libre. Como su abuelo luego de salir de la bodega de vinos. Recordaba lo vivo que se sentía al contar aquella anécdota, la aventura más importante de su vida, una que terminó en el fondo de las lágrimas de la libertad.

Otro camino (Fernando Quiroz)

Ignacio Hans Brüke es un incipiente pintor, que maneja un amplio estilo pictórico. A pesar de su corta edad, su destreza con el pincel y su asombrosa imaginación lo convierten en un prolífero artista. Una ilusión que nace de lo onírico, su condición de narcoléptico le brinda la facilidad de unir dos mundos: el de los sueños y el real. “La libertad capital” no sólo es un paisaje fantástico basado en la pequeña Estatua de la Libertad en Barrancas de Belgrano, en Buenos Aires, además es la representación de la Torre Pisa de Roma. Se observa que la declinación de la estatua y la forma de la copa de los árboles, similar al Duomo, pueden ser reemplazados por las construcciones de la Piazza dei Mircoli. Además, la obra de Bartholdi subconscientemente te traslada a una New York con acento francés. “La libertad capital”, de Ignacio Hans Brüke, es la obra de arte que mejor identifica la historia de la galería La soeur d'avant—garde con sedes en Buenos Aires, París, Roma y New York.”

Así rezaba la descripción de la pintura rematada en veinte millones de dólares a un coleccionista anónimo. Fernando sonrió. Cerró el cuadro emergente y volvió a la página principal, que mostraba fotos de los objetos que se estaban rematando. Seguramente el pibe no había visto ni un dólar sobre esa venta. ¿Pero por qué tanto? ¿Tanto valía? ¿Qué escondían? ¿O qué habían vendido realmente? Aquella pintura era sólo una excusa, una herramienta para lavar de dinero. Tenía que volver a hablar con Nacho, insistir o tal vez mandarle el link de la subasta y esperar ver cómo reaccionaba, si es que ya no lo sabía. Mejor aguardar. Tamborileó sus dedos al lado del mousse, acarició su barba. Contempló el monitor. La respuesta la tenía frente a

sus ojos. Su corazón empezó a palpitarse de prisa. Habían sido asesinados por una daga un obrero que manejaba grúas, un político relacionado al arte, un empleado de una galería de arte, un taxista que conocía a un pintor y a una directora de arte; también posiblemente fue acuchillado el escultor, que su cuerpo quedó hecho huesos y cenizas. La imagen del cuadro, la obra de Nacho le estaba dando la gran pista. Tenía que acercarse personalmente y descubrir la verdad. Googleó “la estatua de la Libertad en la barranca de Belgrano”, descargó varias fotos en alta resolución y comenzó a imprimirlas.

Sólo tendría que compararlas. La ansiedad Fernando creció. Ya se imaginaba que había pasado. Un robo. La habían reemplazado y vendido en veinte millones de dólares. La pintura era sólo una cubierta. Después algo había salido mal y estaban matando a todos los vinculados en el robo.

No había apuro o tal vez sí, un nuevo asesinato se avenía, pero fue más la intriga lo que empujó a Fernando a llegar enseguida a la barranca de Belgrano. Notó que eran diferentes, daba la sensación que la estatua actual era más nueva. Y no sólo eso. También descubrió la gran diferencia. En la estatua había siete rayos, en las fotos había sólo seis. Sacó su celular y navegó en Internet para saber cuántas tenía las de Estados Unidos. Eran siete siempre fueron siete, salvo la de Argentina que por alguna misteriosa razón tenía seis rayos. ¿Ahí había algo? Antes de buscar la respuesta, intentó agregar más preguntas, pero no encontró. Excepto la certeza de que eran diferentes por la cantidad de rayos, el resto a simple vista era exactamente igual.

De regreso a casa, abrió el navegador de Internet y comenzó a indagar qué había pasado. Descubrió rápidamente que había sufrido un atentado en julio de 1986, pero las

fotos que mostraba la Estatua derribada, conservaba el séptimo rayo. Había sido restaurada.

Entonces, se tocó las barbas. Pensó y tamborileó los dedos sobre el teclado. ¿Y si la muerte del escultor no fuera la primera? Si había pasado algo hacía más de treinta años. Puso en el buscador: "asesinato moa estatua libertad Belgrano". No encontró nada, pero obstinado creyó que estaba acertado en la búsqueda y que en la policía o algún fiscal pudiera tener aquel dato. ¿Pero quién?

Le sonó la panza. Tenía hambre. Mejor relajarse unos momentos. Comer algo, beber una cerveza. Distenderse. El nombre de quién lo podía ayudar vendría sólo.

Prendió la tele y empezó hacer zapping con la intención de llegar al canal de deportes. Abrió la lata. Estaba fría. ¿Pizzería o rostisería? Un dilema más inocente. Un poco de carne vendría bien para variar. Paro docente, era la noticia en el Canal 13. ¡Bingo! La palabra docente le recordó a su profesor de fotografía criminal, estuvo en el cuerpo de la Policía Federal ni bien empezó el gobierno de Alfonsín, con la vuelta de la democracia y abandonó la práctica luego de fotografiar el helicóptero baleado donde viajaba el hijo del presidente en 1995.

Buscó el número en la agenda, llamó pero nadie atendió. Era muy paranoico, mejor visitarlo. El bife con papas fritas podía esperar.

Comisión (Nacho)

La cifra se le repetía una y otra vez en la cabeza como si fuera una absurda broma de mal gusto. Veinte millones. ¿Cómo? Imposible. ¿Tanto valía su arte? Imposible. Y si era verdad, ¿por qué lo estafaron? ¿por qué lo estafó Greta?

Tenía que ser un error. Usó la video llamada del whatsapp, luego el llamado común del mismo aplicativo. Varios audios. Múltiples mensajes. Ni siquiera eran leídos. ¿Fernando Quiroz, intentar con él? ¿Y si Greta estaba en peligro? Justamente tenía que llamarlo. La mano que sostenía el celular le temblaba tanto como si estuviera vibrando el dispositivo. La puerta se abrió.

Era su mamá.

—Nacho, la cena está lista.

—Gracias, ya voy.

—¿Tomaste la medicación?

—Sí mamá...

—Te quiero hijo.

Se acercó y le dio un beso en la mejilla. Nacho la abrazó. Respiró hondo. Fue un efímero alivio a tanta angustia. Quizás era mejor dejarla ir. Lo que siempre importó estaba ahora cerca de él.

El pollo lo podía desmenuzar con una cuchara. Estaban todos a la mesa. Delicioso. Iba a extrañar a su mamá. A sus hermanos. Dedicarse a la facultad y a trabajar part-time como mesero en el bar. Podía vivir una vida normal alejado de tentaciones, robos y asesinatos. Ahora el pollo sabía mejor. El celular, que lo tenía guardado en el bolsillo del pantalón, vibró. Fue tan fuerte la vibración que replicó en forma de arritmia en su corazón. ¿Sería Greta? Sacó el celular del bolsillo. Lo desbloqueó. Tenía un nuevo correo

electrónico en la casilla de Zombie. ¡Era Greta! Un archivo adjunto. Abrió el e-mail.

“Nacho, perdón por ignorarte. Te necesito. Estoy asustada, tal vez lo mejor es borrar este mensaje y bloquearme. Pero yo sé que vos querés saber la verdad. No puedo confiar en nadie, salvo en vos, Nacho... Vos sos único, transparente. Eso es lo que me gusta además de tu talento y tus ojos. Si supieras lo que pasó... Te transferí trescientos mil pesos a tu cuenta bancaria, tranquilo, todo lo puedo justificar. Es dinero para que te puedas mover libremente y ayudar a tu familia, decí que te vendí una pintura, que te vas para arriba. También te saqué un pasaje a New York para pasado mañana, así que espero verte en tres días. No te preocupes por tramitar la visa, también me encargué de eso. No lleves mucho equipaje, compramos ropa acá. Un beso. Te extraño. Garbita.”

El corazón golpeaba fuerte el esternón. No podía disimular su adrenalina.

—¿Qué pasa Nacho? —preguntó Gustavo.

—Nada... necesito ir al baño.

Nacho se refugió en el baño. Releyó el mensaje como diez veces. Luego abrió el archivo. Un vuelo en clase turista a New York con un pasaje de regreso recién para dentro de un mes. Increíble lo que estaba pasando. Chequeó su cuenta bancaria y tenía seis dígitos. ¡Era rico! Por suerte, para ese día su familia, excepto su hermana, estaría regresando a Córdoba, tendría que arreglar sólo con ella o simplemente fugarse. No lo pensó dos veces. Respondió:

“Desde ya que sí. Yo también te extraño, pero... qué pasó? Contame.” Lo envió y se arrepintió, muy corto. Mejor redactar otro. No, ya estaba, después la llamaba. No podía creerlo. Greta lo necesitaba, tenía dinero e iba a conocer New York. ¡Iba a conocer la Estatua de la Libertad!

Cerró los párpados un segundo. Quería soñar despierto, pero no podía. Ya no tenía control de su cuerpo. El sueño lo llevó muy lejos de New York. Más, cerca de aquella vez que se perdió en las inmediaciones del dique cuando era un niño. Era de noche, hacía frío y su estómago crujía. Una tormenta asomaba. Un trueno lo despertó.

Tenía fresco el recuerdo del rayo cayendo a su lado. Respiró hondo. Fue una pesadilla y enfocó sus pensamientos en la estatua.

Cuarto oscuro (Fernando Quiroz)

Había tardado unos seis minutos en sacar todas las trabas de las puertas. A Ernesto Rodríguez lo vio encorvado, de brazos delgados y panza generosa. Tendría unos sesenta años, pero aparentaba ochenta. Estaba muy desmejorado, por suerte la memoria le funcionaba. Recordaba perfectamente a su ex—alumno Fernando Quiroz. Aunque la desconfianza hacia el mundo exterior era tan fuerte que apenas entró Fernando, Ernesto volvió a cerrar todo con llaves y trabas.

El volumen del televisor al máximo retumbaba en ese living saturado de fotografías, libros, cajas de pizzas y botellas de cerveza vacías. Ernesto se quitó los gigantescos anteojos, los limpió con el puño de la camisa, se los volvió a colocar y frunció el ceño mirando detenidamente a Fernando.

—Sí que estas viejo. ¿Te teñís la barba?

—¿Qué? —resultaba imposible hablar con aquel ruido ensordecedor.

Ernesto buscó el control remoto perdido en aquel chiquero, bajó el volumen. Estaban dando una película. Fernando la había visto, malísima.

—Te dije que estás viejo.

—Y vos estás hecho un pibe.

Ambos rieron y se abrazaron.

—¿Cuántos años pasaron de tu última visita? — preguntó Ernesto.

—Perdón, fui corresponsal de guerra y...

(Aunque la verdad hacía un tiempo que ya estaba en Buenos Aires trabajando en la policía.)

—Entiendo... igual yo siempre tengo cosas para entretenarme y mis nietos que siempre están acá.

Fernando volvió a mirar rápidamente el departamento. Dudaba que Ernesto tuviera visitas.

—En fin, ¿qué te trae por acá Fernando?

El vidrio de un portarretratos estaba lleno de polvo. Fernando lo levantó y con los dedos lo limpió un poco. Aparecía Ernesto con dos colegas. Todos sosteniendo sus cámaras Réflex. Fernando creyó reconocerlos, pero antes de decir algo Ernesto le quitó la fotografía de la mano.

—Miguel y Félix. Mis mejores amigos. Tuvieron la mala fortuna de fotografiar el helicóptero de Carlitos. Los dos asesinados, pero ya sabes esa historia...

—Perdón, Ernesto, solamente no me gusta saber qué colegas fueron asesinados por decir la verdad.

—Fue hace mucho tiempo.

—Lo que necesito saber es más antiguo, 1986, para ser exactos.

Ernesto le dio la espalda. Se sentó en un sillón individual al que se le escapaba un resorte oxidado. A su lado había cubetera con agua donde flotaban dos latas de cervezas, hielo y una cucaracha muerta. Sacó una y se la lanzó. Abrió una para él y la espuma le manchó la camisa. Dio un largo sorbo.

—Gracias, pero estoy con el auto.

Fernando se acercó y dejó la lata en la cubetera. Por tercera vez volvió a mirar aquel nido de ratas.

—¿No le gustaría comer afuera?

Ernesto negó con la cabeza.

—Acá estoy bien.

—Sé que por acá cerca hay una parrilla que hacen un bife de chorizo espectacular...

—¿La Recova? —De golpe, la mirada apagada detrás de aquellos gigantescos anteojos cobraron vida.

—Exacto.

—Vamos.

Entusiasmado, el viejo se paró sin dejar de tomar la cerveza.

—Me voy a perder la película.

—¿La de la impresora laboral que imprime la fotografía de qué empleado va a morir?

—Creo que está poseída. Igual la repiten a la madrugada.

—Dale, que vamos a perder los mejores cortes — advirtió Fernando.

—No sé si tenga ropa limpia, la paraguaya no quería sexo como forma de pago.

Ernesto comenzó a reír y terminó tosiendo. Fernando no pudo contenerse, al menos el viejo conservaba el humor intacto.

Sólo escuchaba a Ernesto masticar y el bullicio del resto de los comensales. Estaba contento, parecía que la dieta a base de pizza precisaba un descanso.

—¿Vas a comer eso? —Ernesto señaló las sobras del plato de Fernando.

—¿Querés otra porción?

—¿Se puede?

—Por supuesto... no te voy a dejar con hambre, como tampoco quiero que vos me dejés con dudas...

—Ah, cierto —se llevó cuatro papas fritas con ketchup a la boca y luego un pedazo de entraña— ¿1989?

—No, 1986. La Estatua de la Libertad, no sé si recuerda...

—No me digas nada —negó con el cuchillo alzado—, en algo nos parecemos, además de la fotografía nos gusta jugar a ser detectives, quiero deducirlo solito.

—Pero si no te dije nada...

—No me tomes por tonto, le dijiste mucho a un viejo paranoico. ¿Siguen sirviendo de postre el almendrado?

—Sí, y creo que tienen charlot. ¿Desististe de otro plato?

—Mmm, no, quiero otra porción pero que me lo envuelvan para llevar y el postre lo como acá, mientras, te cuento lo que pasó en 1986.

Fernando sonrió. La carne le había devuelto la vida a Ernesto.

—Estados Unidos celebraba los 210 años de la independencia y el centenario de la Estatua de la Libertad. Acá tenemos una réplica, chica, de unos dos metros, y en aquel año unos anarquistas anti—yanquis la tiraron abajo. Demece cómo voy: frío, tibio o caliente.

—Tibio, casi caliente.

—Excelente. Le pusieron una soga en la cabeza y la tiraron del pedestal. Eso fue a mediados de julio. Se llevaron la estatua a restaurarla.

Casi se muerde el labio Fernando, no quería demostrar entusiasmo ante el acercamiento de Ernesto.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo lo sabés?

—Accidente... no, asesinato —dijo Ernesto, acomodándose los anteojos.

—Pero supongo que en los registros quedó como accidente.

—Exacto. ¿Cuándo llega el charlot?

—¡Mozo!

El mozo, se acercó. Fernando pidió el postre para Ernesto y café expreso para él.

—Me decías... —volvió a Ernesto una vez que el mozo se fue.

—No recuerdo el nombre de la víctima, pero te lo puedo averiguar. La herida mortal fue la misma de las nuevas muertes... las cuales supongo que estás investigando.

—¿Y por qué no nos avisaste?

—Me abandonaron, el mundo me abandonó, que se jodian... en fin, ahora me tenés acá, ¿querés que te cuente?

Fernando asintió.

—El arma homicida es parecida a una estaca, una daga, pero no lo es... yo pienso que es un rayo.

—¿Un rayo?

—Sí, el rayo de la corona Estatua de la Libertad de Barrancas de Belgrano, aquél que le falta. Son siete y durante treinta años tuvo seis.

—Ahora, misteriosamente volvió a tener siete... pero sigo sin entender...

—¿Dónde está mi postre?

—Contame todo... contame el llamado, cómo estaba el cuerpo, por qué lo clasificaron “accidente”.

—Mmm, en casa tengo las fotografías. No tiro nada.

—Me consta —afirmó Fernando.

—Dicen que restaurando la corona se tropezó y se la clavó en la arteria femoral. Se murió desangrado.

—¿Lo empujaron? ¿Por qué? ¿Alguna idea?

—No, pero tal vez quisieron robar la estatua, debe tener algún valor.

—Seguro. ¿Cómo te lo imaginas?

—Forcejearon, quizás el rayo de la corona se desprendió por accidente o el restaurador lo cortó a propósito para hacer un arreglo y luego volver a ponerlo en su lugar... no lo sé...

—Pero hay que llevarse semejante estatua, tal vez buscaban algo.

—Puede ser, era hueca —Ernesto se tocaba el mentón—. Pensé que la emplazaron a principios del siglo pasado o fines del anterior, qué se yo, y recién en 1986 la vuelcan...

—Como la estatua de Cristóbal Colón que escondía un tesoro y la descubrieron para moverla y poner en su lugar la de Juana Azurduy.

—Exacto.

—¿Pero qué te hizo suponer que fue asesinato y no un accidente en aquel entonces? Ahora es fácil, con tantos casos parecidos. —Dijo Fernando.

—Tenía heridas en la mano. Defensa.

—¿Por qué lo encubrieron?

—Nada en especial, pereza de la policía, resultó más fácil decir que fue un accidente que investigar un crimen en plena reconstrucción de la democracia.

—Y después no hubo más noticias o algo que...

—Nada de nada, o por lo menos que yo sepa, bueno, hasta ahora.

Llegó el mozo con el postre. Ernesto se frotó las manos.

—Pasaron años... —dijo, feliz.

El tenedor se hundió en el almendrado. Se olvidó del chocolate. Agarró la jarrita y vertió un poco.

—Mmm... delicioso. Te termino de contar, mejor dicho, te doy mi conclusión: volcaron la Estatua de la Libertad en Barrancas de Belgrano. Vandalismo, o intentaron hacerlo parecer así. Tuvieron que restaurar la estatua y se la llevaron de ahí. Sigo sin recordar el nombre, llamémoslo el señor Pérez. A él le apasionaba su trabajo, tanto que siempre era el último en irse. Tal vez encontró algo o simplemente quiso impedir el robo y lo mataron con el rayo de la corona. ¿Por qué no usaron un arma convencional? ¿O intentaron hacerlo parecer un accidente? El asesino era un conocido del señor Pérez. Discutieron. El asesino agarró lo primero que encontró y lo mató.

Fernando aplaudió. Sonrió. Ernesto había devorado el postre.

—¿Otro? —Ernesto asintió— deberías volver a trabajar en el cuerpo. Te felicito... pero ¿por qué crees que había algo escondido?

—Porque nadie se robó la estatua o no intentaron hacerlo de nuevo. Tuvieron que pasar treinta años.

—Algún testigo. ¿El círculo familiar?

—Olvidate, enseguida pusieron las palabras “muerte” y “accidental” en la carátula del caso. Solamente a mí me llamó la atención y si alguno más pensó lo mismo no dijo nada.

—¿Y vos por qué no dijiste lo mismo?

—Habían pasado tan solo tres años del regreso de la democracia. Cuanto menos inseguridad, menos asesinatos, mejor. No fuera a ser que la gente dijera “antes estábamos más seguros”.

—Entiendo... ¿Algo más? Vamos, tiene que haber algo más...

—Mmm... en ese mismo año, 1986, dejó de funcionar el taller donde la fundieron.

—¿El taller Val D'Osne?

—Ese.

—¿Por?

—No lo sé. Me había llamado la atención. Investigá, seguro que la historia oficial va a distar mucho de la realidad. En otras palabras, mové el culo. Quizás tengas que viajar a Francia. ¿Tenés un puchón?

—Acá no se puede fumar. Hay que salir y por la hora, mejor pagar e irse.

—Necesito un puchón, acompañame.

—Dale.

Se levantaron. Antes de salir, Fernando habló con un mozo.

—Fumamos y volvemos.

—Fumá tranquilo.

La noche estaba despejada. Ernesto prendió un puchó.

—¿Vos no fumas? ¿Fumabas?

—Voy y vuelvo. Ahora estoy en abstinencia.

—Es una boludez dejar de fumar, yo ya lo hice como cien veces.

Ernesto rió de su propio chiste hasta atorarse. Entonces apareció un hombre de unos treinta años, de tez caribeña y musculoso.

—Caballero... ¿tiene fuego? —preguntó el hombre, sonriente, con voz aniñada y acento centroamericano, o ecuatoriano, o colombiano.

—Sí, toma.

Ernesto le dio el encendedor, Fernando notó que brillaba de grasa. Pero al hombre, sonriente y con las mejillas llenas de pozos producto de un episodio violento de granos durante su adolescencia, no le molestó y se prendió el cigarrillo.

—Muchas gracias, patroncito...

Le devolvió el encendedor y lo miró a los ojos a Ernesto, deformado por los anteojos, y luego a Fernando. Siguió caminando por la vereda. Ernesto le dio una pitada más y a medio terminar el cigarrillo lo tiró contra el piso y lo apagó con el pie.

—Me voy...

—¿Pero no querías comer más?

Ernesto le estrechó la mano. Fernando no entendía cuál era la prisa.

—¿Pasó algo?

—Te deseo suerte y hacéme caso, andate a Francia.

Ernesto comenzó a caminar.

—Esperame que tengo que pagar y te acompañó.

Fernando se fue directo a la caja, mientras pedía la cuenta vio a un nene volcar una botella de Coca-Cola, justo detrás de un mozo, que por acto reflejo, se dio vuelta

y la agarró, evitando que rodara y cayera contra el piso. ¿Cómo lo vio? ¿Lo escuchó? ¿Experiencia? Fernando sabía que tenía que imitar al mozo, tener ojos en todos lados para resolver el caso. La botella estaba casi vacía, apenas habían caído unas gotas.

Bombas de agua (Charles Shilton)

Las gotas parecían balas. Truenos las explosiones. Los relámpagos, las luces de la artillería antiaérea. Él no corría, estaba en brazos de su madre. Sus hermanos los seguían de cerca.

—¡Rápido, al sótano! ¿Dónde está Richard?

—No lo sé —respondió David.

La madre entregó a Charles en brazos a David.

—Los demás sigan a su hermano, yo voy por Richard.

David lo tomó con fuerza. Empezó a bajar la escalera. Vio su cara. Él era ahora el hombre de la casa. Tenía que ser valiente. Todo parecía calmo, pese a los estruendos. Pese a que el techo comenzaba a desmoronarse.

—¡Aghhh!

Despertó Charles, con un grito, levantando su torso de la cama. Faustine también se despertó. Estaba a su lado. Charles se sorprendió al ver a Faustine acostada, en camisón.

—¿Qué hacés acá?

—No había habitación doble en ningún hotel.

—¿Eh?

—Estamos en Cusco, Perú. Todavía no me dijiste por qué estamos acá.

—Ah... cierto... —se frotó los ojos con las palmas.

—¿Tuviste una pesadilla?

Charles salió de la cama. Miró a través de la ventana. Llovía.

—Odio la lluvia. Cualquier cosa que caiga del cielo.

—¿Te recuerda al bombardeo?

—Sí... —se volvió y miró a Faustine— Estamos acá... porque robaron para vender una réplica original de la Estatua de la Libertad en Buenos Aires.

—Dios... ¿La de Barrancas de Belgrano?

—Exacto...

—Leí sobre ella... cierto que es una original. Debe valer millones. ¿Cómo lo hicieron? ¿Cómo la recuperaremos? ¿No deberíamos estar en Buenos Aires?

—No, estamos en el lugar correcto y la primera pregunta que tenés que hacerte es quién la robo y con qué propósito.

—No entiendo.

—Quien está detrás del robo es Romano Pavolini, otro masón. Uno que se convirtió por conveniencia, para tener contactos y clientes. De hecho, yo lo convertí para tenerlo cerca. Cuando me enteré quién era... hijo de Alessandro Pavolini, mano derecha de Benito Mussolini, que murió junto al dictador.

—No puede ser cierto...

—Sí, lo es. Es el único hijo de un mandatario del Triple Eje vivo que posee el suficiente poder y dinero para resucitar el totalitarismo. Hay que frenarlo... pensar que los italianos mataron a mi padre y los alemanes al resto de mi familia.

—Haré lo que sea necesario. —Faustine se bajó de la cama y fue hacia donde estaba Charles.

—Esa es mi chica.

—¿Entonces el motivo no fue sólo venderla?

—No, hay algo más, siempre hay algo más. Por eso estamos acá en Cusco. Mañana vas a conocer Machu Picchu. Te voy a explicar todo.

—Gracias, la verdad que...

Faustine sonreía ante la posibilidad de aprender y admirar más sobre las antiguas civilizaciones.

—No hace falta que me agradezcas. Te lo has ganado. Sé muy bien que el entrenamiento con el señor Marino no fue fácil.

La sonrisa de Faustine desapareció en el instante en que Charles lo nombró.

—Sé que lo odiás. Sé que me odiás un poquito por ponértelo como *personal trainer*, pero a veces uno tiene que aprender del mismísimo Satanás.

—Me intentó deshonrar más de una vez.

—¿Y lo ha logrado?

—Casi... una vez...

—¿Lo ha logrado?

Charles la miró a los ojos.

—No, no pudo. Y la última vez lo dejé en el hospital.

—Esa es mi chica. Convertiste una debilidad en una virtud. Ningún hombre podrá violarte y justamente podrás jugar con ello.

—Gracias.

—No agradezcas, fuiste vos quien lo consiguió. Además, tengo otro regalo. Uno con el cual vas hacer tu trabajo.

Charles fue hacia el armario y sacó la valija. La llevó hasta la cama. La abrió. Entre las ropas, había un cofre. Los ojos de Faustine brillaron expectantes.

—¿Qué es?

—El séptimo rayo.

PARTE IV

ROBANDO LA LIBERTÉ



El robo (Greta)

Las gotas se mezclaban con las lágrimas. La presión de la ducha ahogaba el llanto. Las imágenes aparecían una y otra vez en su cabeza, como diapositivas. El rostro sin vida de su abuelo, el capitán del ferry sonriendo, la policía, el interrogatorio, el llamado telefónico a su mamá que estaba vacacionando en Egipto, las últimas palabras de su abuelo... y sus manos. Miró sus manos temblorosas. Había matado. Defendió su vida y vengó a su abuelo, aunque sabía muy bien que aquel hombre solamente era el arma. Ella también lo era. Respiró hondo, tragó vapor. Thomas... ¿Henry? ¿Qué había dicho su abuelo? El nombre ya lo había buscado y no había encontrado nada más que... Tenía que ser más inteligente, quizás Nacho la pudiese ayudar, sospechaba que él sabía más de lo que le había dicho. Lo otro que tenía que deducir era quién estaba detrás de todo esto. ¿Ya los habían asesinado a todos o faltaba alguien más? El operario de la grúa, el rumano, el funcionario del gobierno que ayudó con la venta y sobornó a la policía para que liberara la zona de venta, su abuelo y el escultor. Aparte del comprador y ella ¿quién más se había salvado? Cerró el grifo y se sentó. Apoyó su espalda contra los azulejos y descansó sus antebrazos en las rodillas. Comenzó a recordar.

Estaban adentro de un camión. En los costados había un banco largo acolchado, en el medio había mucho espacio, donde pronto estaría la estatua. Enfrente de ella estaba Razvan. Vestido totalmente de negro, con una polera de mangas largas y un gorro de lana, mascaba chicle mientras escuchaba música. Su increíble tamaño muscular le hacía preguntarse a Greta cual era la necesidad de usar una grúa para moverla. Greta imaginaba al rumano

cargarla al hombro. Al lado de él, de menor tamaño, estaba el operario de la grúa. Había olvidado su nombre. Sólo recordaba que era un paraguayo cuarentón. La grúa ya estaba estacionada sobre la calle La Pampa muy cerca de la esquina con 11 de Septiembre. Había quedado olvidada con la excusa de levantar un árbol que se había caído.

Llegaron a destino. La madrugada estaba fría y amenazaba con lluvia. La declinación de la barranca dificultaba el trabajo. El chofer estacionó el coche mirando hacia las vías del tren. De tal forma que la grúa pudiera meter por detrás la estatua...

¡El chofer! Era el que faltaba. El que todavía quizás conservaba la vida. ¿Cuál era su nombre? Volvió el recuerdo...

Ravzan llevaba una escalera, la apoyó contra el pedestal, primero puso un arnes a la estatua, mientras el paraguayo ya estaba acercando la grúa. Greta solamente estaba mirando en todas direcciones, con una documentación falsa en mano, preparada en caso de que quedara patrullando un policía sin avisar y hubiera que engañar. Solamente se tuvo que deshacer de un vagabundo con un poco de dinero. Luego de poner el arnés, debido al peso de la estatua, fueron a buscar las cadenas. La fuerza del rumano necesitó de ayuda y el chofer le dio una mano. El conductor tenía pobladas patillas y una enigmática boina, también era un hombre fuerte. Tenía un chaleco donde Greta pudo visualizar bien una pistola. Tanto el abuelo como ella habían aclarado: sin armas. Quiso protestar pero ellos ya estaban rodeándola de cadenas. Cayeron unas gotas. Había que apurarse, podía complicarse. La libertad estaba encadenada. Una vez bien amarrada, el chofer volvió al volante y se acercó a la estatua. El rumano la enganchó y con una linternita prendió y apagó varias veces para que el paraguayo comenzara a alzar.

Era el momento de la verdad. Si bien no había llevado un ingeniero, Greta había consultado con varios, desde ya, sin contar cuál era el fin verdadero.

El brazo de la grúa la levantó con éxito. Soportó el peso. La estatua quedó suspendida en forma horizontal, como si fuera Superman surcando los aires. De esta forma la podían meter adentro, ya que parada no entraba. Ravzan siguió de cerca la estatua, hasta que de golpe con la linterna hizo otra señal para que el paraguayo detuviera el movimiento. Luego bajó rápido la barranca y subió hacia donde estaba el camión. Más gotas, ya estaba lloviendo. Luego se puso en la parte de atrás y empezó hacer señas al chofer para que diera marcha atrás unos metros más y lo dejara ligeramente torcido poniéndola cola en dirección a la plaza. Luego, la tarea más difícil colocar la estatua adentro del camión.

Greta tenía que permanecer ahí. Tenía que esperar que pudieran meter la estatua, que Ravzan vaya con ella. Y hacer el llamado al segundo camión que esperaba a una cuadra sobre 11 de Septiembre. Adentro tenían la falsificación hecha por Ranieri...

Dos hombres más involucrados. ¿Quiénes eran..?

El paraguayo se quedaría en la grúa. Uno se encargaría de engancharla y luego una vez emplazada sacarle los arneses. El otro en el volante. Ellos la emplazarían y luego la decorarían con telarañas falsas. Greta y el paraguayo volvería con ellos. Si usaban un solo camión para todo tardarían más tiempo y quedarían a la vista las dos estatuas. Para eso estaba ella, para mentir sobre que estaban haciendo tareas de restauración y que lo estaban haciendo de madrugada porque eran contratados por el Gobierno de la Ciudad y tenían una fecha límite y la multa les iba a costar más de un cincuenta por ciento de la ganancia del trabajo.

Primero entró el brazo, luego la cabeza y así el resto. Los neumáticos se hundieron un poco. ¿Cuántas toneladas pesaba? Ravzan se subió y cerró la compuerta. La camioneta se fue. Ni bien desapareció, Greta llamó por celular...

Todavía seguía en la bañera. Ya no caía ninguna gota. Tenía su iphone en la mano. Había conseguido los tres nombres. Cristian Gomez, Leopoldo Torelli y Carlos Barcos. Quizás ya estaban muertos. Tenía que advertirles, por lo menos de forma anónima, pero si les avisaba y ellos irían a la policía... Mierda. Mejor no asustarlos. Por suerte entre ellos no se conocían. Quizás alguno sea el asesino o el que los señaló. Salió de la bañera, se puso una bata y mandó un mensaje. Salió del baño. En el cuarto del hotel estaba sentado uno de los guardaespaldas, que se sorprendió de verla en bata.

—Marcos, recién te envié un mensaje con tres nombres. Necesito que me averigües todo sobre ellos.

—Enseguida me encargo. Hablé con su madre. Llega mañana a las 14 horas.

—Gracias Marcos.

Greta, volvió hacia el baño.

—¿Necesita algo más Greta? ¿Está bien? —preguntó Marcos.

Greta quedó parada en el marco de la puerta, como si la pregunta la hubiera hecho dudar. Sin decir nada, cerró la puerta.

Aviso fúnebre (Fernando Quiroz)

Estaba viendo en Internet el vuelo más económico y próximo para viajar a Francia. Se preguntaba qué era lo más conveniente, si llegar a Paris y conectar con algún tren o micro hasta Haute—Marne, donde estaba la fundición, o buscar alguna ciudad más cercana. Si bien vivía solo, el sueldo de la Policía Federal no era abundante. Lo único que contaba a favor era que no se había tomado ningún día de vacaciones. De hecho, hoy mismo había trabajado, fotografiando tres accidentes automovilísticos en diferentes puntos de la ciudad con cinco víctimas fatales en total. Ninguna novedad del asesino de la Estatua de la Libertad.

Se tronó los dedos, acarició su barba y tecleó fechas alternativas en aterrizar.com, el pasaje más barato equivalía a un mes de trabajo. Otra no había, se resignó y como todo cristiano sacó la tarjeta de crédito para pagarla en cuotas cuando el celular comenzó a vibrar. Era Clara. Tuvo arcadas. Decidió ignorarla y le dio aceptar a un vuelo directo a Paris. Otra vez Clara y de nuevo la volvió a ignorar. Puso el código de seguridad de la tarjeta. Clara era persistente.

—Clarita, estoy ocupado. Te llamo ni bien...

—Bombón, más asesinatos...

Fernando permaneció en silencio. Raro que se enterara por Clara y no por su jefe.

—¿Cómo?

—“Hola Clara”, primero se saluda —contestó enfadada.

—Perdón, linda, decime qué averiguaste.

—Fue de casualidad, se ve que estás con mucho trabajo y no lees las noticias internacionales.

—¿Qué pasó?

—El capitán de un ferry de paseo que bordea la Isla Libertad en New York, donde está la estatua, enloqueció. No

se sabe muy bien pero asesinó de un disparo a Romano Pavolini e intento matar a Greta Connolly.

—Jodeme.

—No es joda, googleá doble homicidio en el río Hudson.

—¿Doble homicidio?

—Sí, Greta se defendió. Al parecer con la misma pistola mató al capitán.

Fernando ya estaba leyendo la noticia en el Washington Post. Aunque las identidades estaban clasificadas. En ninguno lo decían.

—No hay nombres.

—Claro, intervino cancillería. Justamente yo me enteré por ellos. Cuando me dijeron el nombre de Greta.

—¡Y yo cómo un boludo saqué un vuelo a París! —gritó Fernando.

—¿Qué? ¿Te vas a la ciudad del amor?

Lo dijo en voz alta. También se arrepintió de eso.

—Por trabajo.

—Qué bueno, todavía hay chances de que seas mío.
¿Hoy estás libre?

—Viajo mañana, pero desde ya que te traigo un perfume.

—Qué amoroso. ¿Puedo elegirlo?

Insopportable. Al menos era útil.

—Es una sorpresa. Hablamos, tengo que organizarme para el viaje.

—Chau, Bombón.

—Chau, Clarita.

El caso cada vez se volvía más y más interesante. Pavolini, asesinado. Greta tuvo la destreza de defenderse y matar al asesino de su abuelo a metros de la mismísima Estatua de la Libertad. Definitivamente había algo más que un simple robo. Mucho más.

Faltan dos (Faustine)

Se preguntaba en qué se había convertido mientras miraba el rostro sin vida de Cristian Gómez. Charles tenía mucha razón sobre ella. Era perfecta para el trabajo. Un arma letal. Irresistible para los hombres. Inteligente. Apasionada por su misión.

El asesinato que más le había dolido fue el primero, el de Jorge Ranieri, ya que compartía su pasión. Quería creer que el rayo de la corona de Bartholdi al menos había purificado el alma del escultor. Era el dilema de la fe y la razón. Le dio lástima la muerte del obrero que había destinado el dinero del robo a la educación de una hija. El resto eran todos unos cerdos babosos, inclusive su compañero, al que Greta asesinó, hubiera deseado tener ese honor, la posibilidad de clavarle una y otra vez el rayo de la libertad. A Charles tampoco le gustaba, sabía la debilidad que tenía Marino por las mujeres, pero también era consciente de lo bueno que era matando. Marino no sólo le había enseñado, también le transmitió un odio generalizado al género masculino.

Volvió a ver el rostro de Cristian. Tenía el rayo incrustado en el ojo derecho. Ella vestía sólo una bombacha y estaba encima del cuerpo desangrándose en la cama. El deseo de que fuera Marino provocó que siguiera apuñalándolo. Había manchado mucho la escena del crimen. Un incendio no borraría todas las pruebas de su reciente ataque de rabia. Tenía que usar la química para desintegrar el cuerpo. Por suerte la logia le había enseñado muy bien. La mejor educación con los mejores profesionales. La receta: soda cáustica, centenares de litros de agua, fuego y tiempo.

Salió de la cama. Quería huir de ahí. El departamento de Cristian le daba escalofríos. Un ignorante. Un parásito

de los iluminados. El celular de Cristian comenzó a sonar con la melodía de “Despacito”. Sintió náuseas por esa música, pero al ver que se trataba de un número desconocido, atendió. Permaneció en silencio.

—Soy yo —dijo Charles del otro lado.

—Faltan dos.

—La nieta sigue con vida y el pintor sabe demasiado.

—Me voy a encargar de todos.

—No importa, hay un nuevo objetivo. Tengo una pista importante de quién sería el comprador. Es capaz de tener consigo la estatua original. Tenemos que ser cuidadosos.

—¿Quién?

—Necesito que te enfoques en terminar el trabajo en Argentina.

—¿Después viajo para allá? Te extraño.

—Faustine, yo también te extraño. Recordá lo que está en juego. Estamos cerca.

—Dale, te dejo, necesito limpiar le escena.

—Hasta luego.

Chales cortó. Faustine miró nuevamente el cuerpo. Resopló. Luego sacó unos guantes de látex de un bolso que estaba al lado de la cama. Manos a la obra.

El comprador (Greta)

Estaba ansiosa. Quería ver un rostro familiar. Abrazarse a su mamá. Habían pasado cinco meses desde la última vez que la había visto y luego de todo lo sucedido y el asesinato del abuelo, más que nunca necesitaba verla. El iphone comenzó a vibrar. La estaban llamando. Era Sabrina, su secretaria.

—Me enteré, no sé qué decir...

—No tenés que decir nada, gracias por el llamado.

—De nada, Greta... Es una pregunta tonta, pero ¿estás bien? Me refiero físicamente.

—Sí, sólo unos moretones.

—Me alegro.

Un silencio. Sabrina quería decirle algo más o sólo estaba incómoda.

—¿Allá en la galería todo ok?

—Mmm... la verdad que no.

—¿Qué paso? —¿y ahora qué? se preguntó internamente.

—Me voy, Greta. Todo esto me supera. El asesinato de Ravzan, la policía. Ahora matan a Pavolini, casi a vos. La verdad no sé en qué están metidos... pero yo no quiero ser parte. Adiós... y suerte...

—¡Sabrina! ¡No me podes dejar ahora! ¡Sabrina! — gritó, histérica.

Pero Sabrina ya había colgado.

—¡Mierda!

Tiró el ipone contra la cama. Quería salir de aquel hotel. Caminar, respirar aire fresco. Caminar libre. Se acercó a Marcos y Fabián, que jugaban al truco.

—En diez minutos salimos. Vamos a buscar a mi madre. Esteban miró su reloj. Luego la miró a Greta.

—Faltan cuatro horas para que llegue el avión.

- No importa, salimos igual.
- Lo más prudente sería esperar un poco...
- No, ahora quien manda soy yo y...
- De hecho, su madre es ahora...

Se sentía con catorce años. Con ganas de salir de noche y sus padres prohibiéndoselo. A la mierda con todos. A la mierda si le pegaban un tiro. Fue por su cartera y antes de ponerse un abrigo chequeó los mensajes. Un e-mail de Fátima, empleada de la galería de París, también renunciando, pero abrió otro más reciente. Nacho.

“Hola Garbita, ¿cómo estás? Investigué lo que me pediste. No existe ningún Thomas Henry, pero si el vicepresidente de los Estados Unidos Thomas Andrews Hendricks. Falleció en su cargo el 25 de noviembre de 1885. Supuestamente se quejó de que se sentía mal y con fiebre, se fue a la cama temprano y murió mientras dormía. El presidente en aquel entonces era Grover Cleveland, quién inauguró el 28 de octubre de 1886 la Estatua de la Libertad. La verdad no pude encontrar mucho y no tengo tiempo de ir a la embajada ya que viajo mañana, pero me enteré de que antes de su muerte, en el gobierno había muchos que se oponían a la construcción y financiamiento del pedestal de la estatua. El pedestal fue terminado en abril de 1886, seis meses después de su muerte. Tres meses más tarde llegaría, en piezas, luego de una travesía en barco, la estatua. Quizás Thomas se oponía y lo envenenaron con algo. No lo sé, es una conjetaura mía. Pero no hay nada cierto que diga que Hendricks estuviera en contra de la estatua o al menos del dinero que se tenía que invertir. A propósito, me llamó la atención una foto de 1878 (te adjunto el archivo), donde estaba siendo exhibida en la feria del mundo de París, la cabeza de la Estatua de la Libertad. A sus costados había otra estatua completa, quizás del mismo tamaño que la nuestra, la de Barrancas de Belgrano. También

hay otra foto, de distinto ángulo, donde se ve que son dos réplicas. Una a cada costado. ¿Y si una terminó arribando a Buenos Aires buscando financiación? Bueno Garbita, hablamos más tarde. Si podes, atendé mis llamados de whatsapp, por favor. Un beso. Nacho.”

Greta permaneció pensativa, concentrada en Thomas Hendricks, pero aún más en Nacho y su entusiasmo por verla. Quizás se había equivocado al involucrarlo. Tenía que averiguar, empezando por el comprador. No tenía el teléfono directo de él. Solamente de su asesor, Mike Spencer, un famoso subastador de arte de New York. Siempre sonriente y amable. Tenía una cabellera rubia y larga. Bien afeitado y perfumado. Delgado y mediana estatura. Había estado personalmente con él tan sólo tres veces, pero era imposible olvidar sus marcados rasgos. Rondaba los cincuenta pero parecía de mucho menos.

Marcó el número, respondió el contestador automático. Era un hombre ocupado, no podía significar nada. Intentaría por Whatsapp, Facebook, o sino llamaría a su oficina o volvería a insistir al celular, pero ¿qué sabía realmente sobre él y el comprador?

Mike le había comentado que el comprador era el dueño de una empresa líder en informática. También había dejado entrever que si podían conseguirle el autómata escritor de Jaquet—Droz que se encontraba en el museo *d'Art et d'Histoire*, en Suiza, que aquel excéntrico millonario estaba dispuesto a pagar una fortuna por él. Aunque se podía tratar todo de un engaño.

Greta había googleado el nombre de Mike Spencer. Las noticias más recientes, precisamente ayer, lo ubicaban en una noche de gala organizada por el gobierno y el partido republicano. No tardó en encontrar una fotografía de aquel rubio mostrando su amplia sonrisa estrechando la mano del hombre más poderoso del mundo, al presidente de los

Estados Unidos. ¿Y si..? No... imposible, pero ¿a quien sino le gustaría tener una Estatua de la Libertad original a escala en su living? Tenía el poder y el dinero. Tampoco tendría que alarmarlo, el servicio secreto lo protegería de cualquier intento de homicidio... a no ser que...

Otra vez volvió a negar con la cabeza. Estaba delirando. Sacando deducciones absurdas a partir de una fotografía, aunque sabía perfectamente que aquel hombre que estaba saludando a Mike Spencer tenía la capacidad de montar y ejecutar toda esta ola de crímenes. Pero ¿cuál sería su motivo? ¿Ocultar la posibilidad de que el robo saliera a la luz? ¿La verdad sobre Thomas Hendricks? ¿También él era un masón que estaba en contra de su abuelo? No, no podía ser cierto. El encierro, efectivamente, la estaba volviendo loca y paranoica. Necesitaba aire fresco.

—¿A dónde va? —preguntó Marcos.

—A dar una vuelta.

Greta adivinó que le aconsejarían quedarse, pero vencidos ante su rabia, sus guardaespaldas se pusieron sus sacos para acompañarla.

No tenía ningún destino fijo y pidió al taxista detenerse en el Washington Square Park. El día estaba soleado. El frío todavía no se había apoderado de las copas de los árboles, cuyas hojas verdes flameaban como banderas. Podía darse un permitido y camuflarse entre el resto de las personas. Sentirse uno más. Pasear libremente. Admiró un tiempo el Arco de Washington. Tuvo el impulso de pedirle a alguno de sus custodios que le tomara una fotografía, pero no lo hizo y en cambio se adentró más en el parque. Su celular vibró. Era un mensaje de audio de su madre.

—Hola, hija, ¿cómo estás? No me pases a buscar. Hace rato llegué. No viajé en un vuelo comercial, sino en un avión privado, pronto entenderás todo. Necesito atender

un asunto personal antes. Pronto nos reuniremos. Te amo, hija. Ya estás a salvo.

¿Qué? ¿Qué quería decir? Intentó llamarla varias veces pero no respondió. ¿Un asunto personal más importante que la muerte del abuelo? ¿O qué hacer con el cuerpo? ¿Dónde enterrarlo? ¿Italia? No entendía nada. Quiso llorar. Levantó la mirada buscando y enfrente suyo estaba la escultura de Giuseppe Garibaldi, arriba de un pedestal de más de tres metros de altura. El italiano considerado héroe de dos mundos por sus luchas en Europa y Sudamérica. Estaba a punto de desenfundar su sable, probablemente para atacar o tal vez sólo para señalar un lugar. ¿La Estatua de la Libertad?

Giuseppe (Frédéric)

El general estaba un poco viejo. Con 64 años a cuestas, le costaba caminar, moverse; Frédéric lo notaba cuando Garibaldi hacía muecas de dolor. A pesar de ello, no podía negar la experiencia del italiano y que necesitaban de su ayuda para reagrupar las tropas del ejército de los Vosgos.

Garibaldi lo había invitado a una reunión en privado en su tienda del campamento militar para discutir sobre la estrategia de combate que usarían en Dijon. A la luz mortecina de las velas, estaban los dos parados junto a una mesa cubierta de mapas e informes. Frédéric admiraba la inteligencia del general y sabía de su pasado en Sudamérica, por lo que necesitaba de su ayuda con el documento que le había entregado Laboulaye.

—General, luego de pelear por nuestro país, ¿tiene pensado volver a Uruguay?

—No, mi destino es mi patria. No sé cuánto me queda.

—Entiendo, pero quizás pueda ayudarme. Tengo algo que mostrarle.

Frédéric tenía guardado dentro de su camisa una tela. La desplegó. Adentro había un papel doblado.

—El original lo tengo escondido. Está copiado por mí. Lo importante es lo que dice, quizás usted escuchó hablar de las ideas del general Manuel Belgrano.

Garibaldi lo miró a los ojos y antes de leer el documento, dijo:

—Sí, escuché hablar de Belgrano, pero tuvo muchas ideas...

—Se colocó sus anteojos y comenzó a leer, luego dijo—: Está es español.

—Lo copié textual —sonrió.

Sólo se escuchaba su fuerte respiración. Frédéric siguió los ojos de Garibaldi, cuando llegó al final, vio que los

ojos del general volvieron al comienzo. Lo estaba releyendo. Una vez terminada la segunda lectura, levantó la vista.

—Muy bien. ¿Me dijo que el original lo tiene a salvo con usted?

—Es así.

Garibaldi tomó el documento, lo acercó a una vela encendida y lo prendió fuego hasta hacerlo cenizas.

—¿Qué hizo? —preguntó, incrédulo, Frédéric.

—¿Acaso pensó en qué pasaría si muere y eso llegaba a manos enemigas? ¿Llevaba consigo siempre ese documento?

—Este, sí, lo que pasa es que...

—Shh... no hable en voz alta de lo que dice el documento, estamos en una carpa.

—Bueno, necesito llevarlo a Sudamérica. Mejor si es Buenos Aires. Pero no sé cómo. El documento debe estar a cuidado y sólo hacerse público en mejores tiempos.

—Entiendo. Usted es un artista, seguramente pensara en algo.

—Sí, tal vez enviando una estatua pueda encubrirlo.

—¿Vio? algo se le iba a ocurrir...

—Pero necesito hombres, soldados, y no vestidos como tal para no llamar la atención.

—Ahora sí que no lo sigo.

—Es para la protección de la nieta del general José de San Martín, que vive en Brunoy. Si el avance de Prusia continúa, su vida peligra.

Garibaldi lo miró a los ojos.

—Elija diez hombres. No sé por qué pienso que está todo relacionado... —sonrió y volvió la vista al mapa, sin levantar la cabeza—. Ahora, volvamos a esto. Tenemos una guerra que ganar.

—Gracias.

Frédéric intentó concentrarse. Tenía muchas cosas en la cabeza, entre ellas, el deseo de llevar la idea de la gigantesca estatua a los Estados Unidos.

El vuelo (Nacho)

Una vez realizado el check-in y recorrer el free—shop sin gastar un dólar, sólo le quedó ser uno de los primeros en subirse al avión. Se abrochó al cinturón, leyó todas las normas de seguridad y esperó ansioso que alguna azafata le sirviera comida, pero imaginó que eso recién pasaría en pleno vuelo.

El asiento era chico y apenas se podía reclinar, pero era el más cómodo del mundo si se ponía a pensar que aunque sea por unos momentos atrás habían quedado los problemas. Su familia se había ido tan solo unas nueve horas antes a Córdoba. Sólo se había quedado Virginia. Finalmente había decidido contarles la verdad a todos. Les dijo que iba a estar bien, ya que lo esperaba Greta allá y que era una oportunidad única en su carrera, que debía aprovecharla. A su madre y especialmente a Virginia no les había gustado, pero les agradó que Nacho fuera de frente y pidiera su permiso.

Pobrecita Virginia, tuvo trabajo doble. Viajar primero a aeroparque para llevar a su mamá y los otros hermanos y luego a Ezeiza, para llevarlo a él. Eso que había tenido la oportunidad de que lo llevara su vecina Cecilia, que de la nada había dejado atrás aquel episodio embarazoso del desnudo de Greta. Tampoco Nacho tenía que pedirle perdón, pero percibió que había quedado espantada. Era rara y necesitada de afecto. Nacho quiso huir cuando Cecilia lo vio con la valija en la entrada del edificio. Sus ojos brillaban y comenzó a preguntarle a dónde iba. Al enterarse de que el destino era New York, quiso acompañarlo o llevarlo al aeropuerto y contarle de su experiencia cuando viajó allá y recomendarle lugares. Por suerte su hermana le dijo que ella lo llevaría y buscaría más gente por lo que el auto estaría cubierto. La verdad que Virginia se había portado

muy bien con él, sino se le hubiera ocurrido llevar sus lienzos a la galería, no hubiera conocido a Greta. Ella lo quería mucho. Nacho todavía no podía borrar la imagen de su hermana llorando y preocupada por él al momento de despedirse.

Se sacó una foto mostrando el interior del avión y se la mandó. Luego decidió mandarle un mensaje a Greta antes de poner el celular en modo avión; pero no tuvo chance de abrir el chat, recibió una llamada de Fernando Quiroz. Atendió.

—Hola.

—Hola, Nacho. ¿Cómo estás?

—Muy bien, mirá, tengo poco tiempo...

—Sí, ya sé, estás arriba de un avión. ¿Rumbo a New York?

Silencio, tragó saliva. ¿De tan cerca lo seguía?

—¿Cómo..?

—Tranquilo, pibe, fue casualidad. Te vi, aunque no alcancé a saludarte. También estoy en Ezeiza. Voy a Francia.

—Mirá vos.

—Sí, voy a la fundición Val D'Osne, donde se hizo la estatua que fue robada.

—¿Qué estatua robada?

—Perdón —dijo una mujer parada en el pasillo—, tengo ventanilla, 9C.

¿Todavía había gente abordando? Nacho corrió las piernas para que la mujer pasara sin despegar la oreja del celular.

—No te hagas el boludo, aunque lo seas —dijo Quiroz—. Sé todo sobre el robo, que la reemplazaron, que la anterior tenía seis rayos, que algo salió mal y los están matando a todos los involucrados. ¿Por qué sos un boludo? Fácil, no participaste en el robo. Antes no la conocías

a Greta y tuviste la suerte que te eligieran para hacer una pintura de la estatua y así lavar el dinero que cobraron del robo. ¿Por qué te quiero ayudar? Porque algo te olió raro y te pusiste a investigar por tu cuenta. Eso me gusta. Nos parecemos y sé que querés escapar de todo, pero viendo las fotos de Greta, seguro te tiene atrapado.

—Nada que ver...

—Viste el error de la corona. No sos un ladrón como ellos. Sos un buen pibe.

—No necesito tu ayuda.

—No te confundas, Greta esconde algo. Esto es serio, hay muertes. ¿Te enteraste del tiroteo en el ferry a metros de la Estatua de la Libertad de New York?

—Tiroteo? A Nacho se le paralizó el corazón. Greta estaba allá.

—¿Qué pasó?

—Asesinaron a Romano Pavolini. Salió en las noticias, pero no dieron nombres. La policía allá se maneja con mayor cautela. Greta estaba en el barco con él. Ella mató al asesino. Era el capitán del barco.

La noticia fue un baldazo de agua fría o peor, como si el avión hubiera despegado sólo para caer cuando recién llegaba a los diez mil metros de altura. Todo se venía abajo. Por un lado quería bajarse, por otro, cortar la comunicación con Fernando y llamar a Greta. Pero la noticia fue tan impactante que sus piernas se adormecieron. Fernando seguía hablando, pero ya no lo entendía muy bien.

—Señor, necesito que apague el celular.

Nacho miró hacia un lado y vio a la azafata. Su boca se movía en cámara lenta. Tenía un pañuelo azul muy perfumado en el cuello. Era bonita. Ojos verdes. Rubia natural. Tenía el busto tan grande que parecía que un botón de la camisa iba a saltar. Greta. Era como Greta. Quería volver a verla desnuda. Hacerle el amor. Greta se sacó el pañuelo

del cuello que le cubría el escote de la camisa semi abierta. Nacho quisó mirar, pero Greta uso el pañuelo para cubrirle los ojos. ¿Turbinas? Sintió que el avión comenzaba a moverse. Luego un beso en cada oreja. Con la boca le pusieron un pedacito de nube. Silencio. Sólo podía embriagarse con el aroma del perfume. Era frutal. Estaba en un bosque. Conejos saltaban como canguros entre los arbustos. Los árboles eran gigantes y sus copas cubrían el cielo, pero misteriosamente podía ver todo con claridad, por algún lado los rayos del sol penetraban. Divisó entre las flores y arbustos el perfil de una mujer, tenía un saco rojo que le llegaba a las rodillas con una capucha que cubría su cabeza y de sombras su rostro. Giró hacia él. Comenzó a caminar. El saco cerrado impedía que saliera una luz radiante de su pecho, que ya estaba encandilando a Nacho. Se sacó la capucha. Greta. Comenzó a abrir el saco. Estaba desnuda. Pero la luz que salía de su pecho era tan fuerte que todavía seguía cubriendo sus partes privadas. El saco se cayó. A medida que se acercaba Nacho pudo entender que tenía algo clavado en el pecho. Era la luz. Como un rayo incrustado en el corazón. Nacho se arrodilló. Ella fue hacia él y comenzó acariciar sus cabellos, sus orejas. La extremidad del rayo apuntaba muy cerca sus ojos. Había tanta luz que sólo podía ver la curvatura de sus senos y el rayo como un cuchillo clavado entre los dos. Su rostro había desaparecido. Nacho lloraba. Quería verla. Las manos de Greta acariciaban su cuello, hasta que de golpe sus dedos se tensaron y comenzó a traer a Nacho contra su pecho. El rayo estaba muy próximo a su ojo. La luz se apagó. Parecía una estaca. Le estaba cortando el pómulo. Nacho le tomó la cintura e intentó hacer fuerza contraria. Con desesperación buscaba separarse. No podía, era muy fuerte. Miró hacia arriba. Era un lobo. La cara de Greta había desaparecido. En su lugar, un lobo con gigantesco

colmillos. Las gotas de saliva comenzaron a caer sobre la frente de Nacho. No sólo era saliva, también sangre. El rostro del lobo cambió por unos segundos a la cara ensangrentada y sin vida de Roberto Siracusa. Quería gritar, pero el aullido del lobo fue más agudo.

Despertó. Giró su cabeza hacia ambos lados. Estaba en el avión. Vio a través de la ventanilla cielo y nubes. Estaba en camino. Tenía sed. Levantó la mano y llamó a la linda azafata.

Bönickhausen (Alexandre)

El ingeniero Alexandre tenía previstas varias reuniones con Frédéric en su mansión de la *rue de Prony*. La primera, sería apenas luego del largo viaje que había hecho Frédéric a los Estados Unidos. Imaginaba que estaría muy cansado luego de varios días en altamar.

Alexandre aguardaba al escultor en su despacho de roble, adornado de títulos enmarcados, fotografías de sus puentes, también encuadrados, bibliotecas completas empotradas en las paredes, cómodos sillones y un exquisito bar. El proyecto era que Francia le regale por el centenario de la independencia una gigantesca estatua a los Estados Unidos, pero necesitaban que el congreso americano lo aprobara financiando el pedestal. Alexandre tendría el desafío de construir un armazón metálico, que estaría en el interior de la estatua, capaz de soportar el peso. Pensaba que el cobre sería la mejor opción. Sin embargo, una vez en el despacho, para su sorpresa Frédéric comenzó hablando de un tema muy diferente y un poco escalofriante.

—¿Una tumba? —preguntó Alexandre.

—Recibí una carta de Edouard —respondió Frédéric.

—¿Y por qué no me lo pidió directamente a mí?

—Porque necesitamos que se conserve en secreto.

Alexandre sonrió irónicamente. No le gustaba que le escondieran información.

—Alexandre, sólo usted puede construir una estructura lo suficientemente resistente —insistió Frédéric.

—Sé de lo que soy capaz. Pero necesito entender.

Frédéric respiró hondo. Acarició su barba y sonrió.

—La tumba es para ofrecer nuestros respetos a un hermano fallecido en 1827, en Argentina.

—¿Hermano?

—Masón. Dejame que te expliqué. Murió en el anonimato, dicen que a causa de la fiebre amarilla y fue sepultado en una fosa común en un cementerio de la ciudad de Buenos Aires.

—Entonces, ¿cómo sabemos dónde esta?

—Porque es lo que dicen... Domingo Faustino Sarmiento, el presidente de la República Argentina sabe dónde está y le pidió a su amigo Edouard la construcción de una tumba para proteger sus restos. El desafío está en que tiene que ser escondida en un monumento que esculpió Louis—Joseph Daumas.

—Pero ¿por qué yo?

—Necesitamos que sea resistente para aguantar el monumento que ya construyó Daumas y ante cualquier ataque.

—¿Por qué esconderlo ahí?

—Todo tiene una razón.

—¿Para quién es?

—Imposible convencerte sin que lo sepas.

Alexandre negó con la cabeza. Tomó una diminuta torre de hierro de cuatro patas y la miró con detenimiento.

—Soy un hombre muy ocupado y lo que nos compete es la estatua —aclaró Alexandre, sin apartar la vista del objeto.

—Le advertí a Edouard que no sería fácil.

—Si me lo cuentas ahora —lo miró a los ojos— yo mismo financiaré la tumba.

—Entonces, póngase cómodo. Es una larga historia.

Machu Piccu (Faustine)

Nubes blancas y esponjosas en lento movimiento decoraban el cielo de Perú, de lo que una vez fue el imperio Inca. Desde la cima de la montaña, se podía contemplar el pico vestido de plantas, vegetación y arbustos y un poco más abajo una ciudad de piedra apoyada sobre una gran alfombra verde.

Faustine respiró hondo. El aire fresco quedó dentro suyo. Charles le tomó una fotografía. Ella levantó las manos sonriendo. Parecían sólo dos turistas, aunque ella sabía muy bien que no lo eran.

Contemplando aquella belleza natural perfeccionada por el hombre, Faustine lo miró a Charles, esperando que le dijera por qué estaban ahí.

—Descubrimos por cartas entre Laboulaye, Sarmiento y Bartholdi —Faustine sabía muy bien quienes eran, por lo que no necesitó que le explicara más— que escondieron la ubicación del tesoro más grande del mundo y también un secreto que cambiaría para siempre el curso de la política internacional.

—¿Te referís a El Dorado? ¿Qué secreto? —preguntó Faustine, mirando por unos segundos el escudo del club náutico de la chomba de Charles.

—Exacto.

—Pero ¿cómo?

—Bartholdi escondió un documento importante dentro de la réplica de la Estatua de la Libertad de Buenos Aires. El documento desapareció durante un acto vandálico, en 1986. Pero ahora, el robo de la estatua confirmó mi teoría, buscan algo que tengo en mi poder.

—¿Qué relación tuviste? ¿Por qué tengo el rayo? —preguntó, nerviosa, Faustine. Charles cerró los párpados. Los abrió. Estaban lagrimosos.

—Cometí un error que no tiene perdón. Algo que llevaré toda la vida conmigo. Cuando me enteré del atentado a la estatua en 1986 viaje de inmediato a la Argentina. Una vez en Buenos Aires, fui al MOA (Monumentos de Obra y Arte), en donde restauran las estatuas dañadas de la ciudad. Me presenté como un empresario y aficionado al arte con deseos de realizar una donación a fin de ayudar al esfuerzo de los escultores. Desde ya que me invitaron a recorrer las instalaciones, observar cómo trabajaban, compartir almuerzos y cenas.

—¿Estaba ahí la Estatua?

—Sí. Siempre la vi erguida, esperando su turno de ser operada. Era septiembre de 1986. No habían puesto un dedo en ella. Hasta que una noche justamente yo le sugerí al escultor Carlos Gonzalez que la revisara. Se llamaba Carlos, como yo. En fin, me dijo que él había llamado un mes antes a Val D'Osne en Francia, preguntando si tenían el molde o planos del mismo para ayudarlo a restaurarla y que había quedado a la espera de una respuesta. Por eso todavía no la habían tocado.

—¿Qué tenían que restaurar?

—Además de golpes y pequeñas fisuras, la corona. Si bien conservaba todos los rayos. El más cercano al brazo estaba a punto de caerse.

—El que me diste ayer.

Chales asintió y continuó hablando.

—Le pedí que acostaran la estatua para ver su interior con la excusa de querer conocer. Ya era tarde y estábamos solos. Carlos me pidió ayuda y con una carretilla la acostamos. Con una linterna vi adentro y encontré un pedacito chico de papel cortado pegado en una telaraña. Lo saqué, no medía más de seis centímetros de largo pero decía mucho. Estaba escrito en letra cursiva con tinta negra *J.M. de Pueyrredon* y al lado, casi unido, un garabato de líneas formando una cuadrícula,

que creo que formaban las letras M y P superpuestas. Abajo decía *Director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata*. Se trataba de Juan Martín de Pueyrredón.

—¿Quién es?

—El director de lo que hoy sería el congreso de diputados de Argentina. Ese documento data de entre 1816 y 1819.

—¿El motivo por el cual robaron la estatua?

—Sí, aquel trocito de papel pertenece al final de un documento importante, que me imagino que debe tener la firma de todos los diputados y la última la del director la que tengo en mi poder. Un acta, la sanción de una ley.

—¿Qué decía el documento? —preguntó entusiasmada Faustine.

—No lo sé, pero tengo mis teorías, por eso te traje hasta aquí.

—¿Pero qué pensás? ¿Cómo te lo quedaste? Lo viste antes que el escultor...

—Carlos Gonzalez, no. De hecho, él lo vio primero. Cuando lo tuve en mi poder, lo guardé en mi bolsillo. Él me lo pidió. Le ofrecí dinero a cambio y no quiso. Resignado se lo devolví. Él me dio la espalda y yo vi el séptimo rayo a punto de desprenderse. Lo arranqué. Carlos se dio vuelta al escuchar el ruido y yo se lo clavé en la panza.

—Dios...

—Era muy importante ese documento... todavía no sé por qué lo hice y todas las noches me persigue el rostro de Carlos desvanecerse. Pero estoy seguro que el documento original lo robó Romano Pavolini y...

—Hola, disculpen. ¿Nos pueden tomar una foto? —preguntó una turista hispana que le alcanzó su cámara fotográfica a Charles, que sonrió amablemente. Le tomó la fotografía y le devolvió la cámara, pero antes de que se vaya, Faustine aprovechó el momento y le acercó su cámara a la turista. Lo tomó del brazo a Charles y sonrieron.

Setenta balcones y ninguna flor (Faustine)

Faustine miraba la fotografía que se había tomado con Charles en Machu Piccu. Luego miró hacia el cielo oscuro. Contempló en silencio la Luna desde el balcón de la habitación donde se hospedaba con una copa de vino en la mano. Así resultaba más sencillo. Dormir todas las noches en un lugar distinto la mantenía alejada de los recuerdos de vecinos, empleados hoteleros u otros turistas. Aquella noche, le tocó en un simpático hostel en San Telmo. La Luna estaba grande y desnuda de nubes. Bebió vino. Su celular vibró. Era un mensaje de Leopoldo Torelli. Había mordido el anzuelo. Sólo tenía que coordinar el lugar y la hora del encuentro. Otro zumbido, otro mensaje: Carlos Barcos. También estaba ansioso en salir. ¿Dos en una noche? Difícil hacerlo. ¿O por qué no?

Entró en la habitación; arriba de la cama, sobre una toalla, estaba el séptimo rayo. Sería más fácil matarlos con una pistola, pero debía hacerlo con el rayo. Como si fuera una de las siete dagas de Megido, asesinar con el rayo de la corona la liberaba de la culpa ante la logia. Aunque esa fue la estúpida excusa de Charles. Ella sabía muy bien que un arma no convencional sería imposible de rastrear. Un cuchillo, un arma de fuego, dejarían rastros. Desde quien la diseñó, la vendió, la pólvora y hasta las estrías de la bala. Además, ésta sería imposible encontrarla, mas cuando sería reubicada en la corona de la estatua original, permaneciendo a la vista de todos. Era el arma perfecta. Aparte le gustaba la idea matarlos con lo que habían robado. Darles de su propia medicina. El celular volvió a zumbar. Era Leopoldo. La invitaba a su departamento justo

ubicado en la esquina de Corrientes y Pueyrredón. Tenía que bañarse y salir.

A una cuadra pudo apreciar que no era cualquier esquina, le pareció un hermoso edificio antiguo, blanco, de unos nueve pisos de alto, con muchas ventanas y una cúpula negra. Una vez en la esquina, Faustine vio que no sólo eran ventanas sino balcones repartidos sobre las dos avenidas y uno por piso justo en la ochava. Adelante de la cúpula había tres estatuas blancas. Cuando identificó la del medio, su corazón se aceleró. No podía haber tanta coincidencia y más si sumaba que justo la Avenida Pueyrredón llevaba el nombre del hombre que había firmado el trozo de papel encontrado por Charles. La estatua era una mujer medio vestida con una túnica, dejando un seno al descubierto, sosteniendo en la mano izquierda una tabla y en la derecha levantando una lámpara. Si bien le faltaba la corona de los siete rayos en la cabeza, evidentemente la estatua era un homenaje a la de Bartholdi.

Tocó el portero eléctrico del departamento, 7º H. La puerta hizo un zumbido pero antes que Faustine empujara, apareció el portero, que gentilmente le abrió. Se sonrieron y el hombre le preguntó cuál era el departamento para señalarle el ascensor. La acompañó y hasta le cerró la puerta de rejas. Los pisos eran altos pero el lento movimiento del ascensor los hacía aún más grandes. Tardó varios segundos en llegar al séptimo. El pasillo era largo, en forma de V, cubierto con una alfombra roja. Más que un edificio de departamentos, por tanta elegancia parecía un hotel. Entre las puertas de los departamentos colgaban cuadros. Algunas eran reproducciones de pinturas famosas, otras originales de artistas plásticos pidiendo un lugar, como Ignacio Hans Brücke.

Entonces encontró la puerta del departamento H entreabierta. La luz estaba prendida. En el piso había pétalos de

rosas formando un camino hacia una habitación pero antes admiró el living. Majestuoso. Imponente sillón del siglo XIX con una refinada mesita de té. Mucho dinero había en aquel departamento para un conductor. Se puso en alerta y sacó el rayo. Había sobre un pedestal de un metro de alto una pequeña réplica de *Le Penseur*, de Auguste Rodin. Otro escultor masón francés que Faustine adoraba. Siguió el camino de rosas. Las luces todas prendidas y un silencio aterrador. En ese preciso momento le hubiera gustado llevar una pistola. El pasillo era angosto y alto. Los pétalos llegaron a una puerta cerrada, quedando uno justo debajo. Se tensaron sus músculos. Vio que salía luz por la mirilla. Abrió la puerta y esperando el ataque, se encontró con la *Liberté*.

Faustine estaba boquiabierta. Hermosa. Imponente. El hierro rojizo la mostraba como una mujer fuerte capaz de aguantar durante siglos la antorcha en lo más alto. La punta de la llama casi raspaba el techo. Tenía seis rayos en su corona, y ella, en la mano, el séptimo. Rodó una lágrima por su mejilla. Estaba emocionada. La había encontrado. No tuvo tiempo en reaccionar. Unos fornidos brazos la sujetaron por detrás. Por detrás de la espalda de la estatua apareció Carlos Barcos. Quien la sostenía era Leopoldo. Los dos estaban juntos. La habían tomado por sorpresa. Carlos tenía en la mano un pañuelo blanco. Se lo puso en el rostro. Estaba húmedo y fresco y apretaba con violencia su nariz y boca. Una fuerte y dulce fragancia comenzó a surtir efecto en sus sentidos. ¿Cloroformo? La antorcha se apagó.

La invitación (Charles Shilton)

Charles se miró. Los rayos del sol naciente resplandecían en el espejo. La luz borraba las arrugas, pero él sabía que estaban ahí. ¿Cuántos años le quedarían? ¿Cinco? ¿Diez? Con suerte quince. ¿Cuántos buenos? Miró nuevamente el celular. En la pantalla estaba la foto amordazada de Faustine. Tenía un fuerte golpe en la frente y un corte debajo del ojo izquierdo. Toda despeinada. Odio y miedo fueron las sensaciones que recorrieron su cuerpo. Valía la pena arriesgarlo todo por ella. ¿El Dorado? No vería ni una moneda de oro y la logia se estaba desintegrando o al menos lo que él consideraba importante. Faustine tenía que sobrevivir, ella tomaría revancha. Volvió la vista al espejo, se acomodó la corbata y respiró hondo.

Fue hacia el living y descolgó el cuadro de Francois Boucher “El Pastor Durmiente” que le había comprado a Romano. Había una caja fuerte. Marco el código de seguridad y la abrió. Adentro de un portaretrato, herméticamente sellado, se podía ver la firma de Juan Martín de Pueyrredón. Lo colocó en un portafolio y se puso un saco. De un bolsillo extrajo un celular y llamó.

—Hola Isabel, mañana llegó a New York. Tengo lo que buscaban. No la maltraten y quiero que le sanen las heridas.

—Charles, que vos hayas matado a mi padre... —se escuchó un llanto ahogado— no implica que yo sea una asesina, pero te juro que si no venís con lo que te pedimos...

—Faustine actuó bajo mis órdenes, no es responsable.

—Mató como a seis personas, cinco trabajaban para mí. Ella se merece cualquier cosa. Pero no le vamos a poner un dedo y la dejaremos en libertad por la firma.

—Su abuelo mató a cientos de miles, así que no me venga con sermones —contestó enojado Charles.

—Apúrese —una voz masculina—, que el vuelo no sufra retrasos.

El corazón de Charles se detuvo y volvió a latir sólo para preguntarse quién era aquel hombre.

—¿Quién habla?

—No quiero más sangre derramada —dijo el hombre y colgó.

Charles volvió a llamar pero automáticamente apareció el contestador automático de Isabel. Volvió hacia el escritorio y vio la foto de él con Catherine, cuando eran jóvenes. La tomó y la sacó del marco. La metió en el bolsillo interno del saco. Con el partofolio en mano y sin ninguna valija extra, emprendió el viaje hacia el aeropuerto.

Parte 5

La corona



I Love New York (Nacho)

¿Y si la llama de la Estatua de la Libertad en realidad es una brocha pintando el cielo de New York? Era lo que imaginaba Nacho al bajarse del avión, inspirado en el freeshop del aeropuerto al ver el ícono de la ciudad presente en todos los productos, tazas, remeras, bolígrafos, adornos. Nacho pensaba en un nuevo cuadro, la brocha pintando las nubes del cielo o sino abriéndolo con un trazo fuerte de tinta. ¿Qué color? No importaba, después lo haría, tenía que pasar por migraciones y luego esperar a Greta, que lo pasaría a buscar o quizás ya estuviera allí. Muchas emociones. El idioma. Las razas. Todo nuevo y una sola cara familiar. La más deseaba.

Una vez sellado el pasaporte lo único que trataba de hacer era buscarla. Casi se paró en un banco para tomar más altura pero una policía afroamericana lo miró mal y Nacho recordó la sensibilidad por el peligro inminente al terrorismo. Buscó y buscó hasta que de golpe le taparon los ojos con las manos. Se dio vuelta. Era ella. Sonrió y la besó en la boca. Ella se lo tomó bien y le devolvió el beso. La abrazó con fuerza. Luego recordó lo que le había dicho Fernando. Greta lo disimulaba muy bien. “Ya habría tiempo para hablarlo todo”, pensó.

—Tenemos que irnos.

Nacho miró de reojo y vio a un fornido hombre al lado de Greta. El solo hecho de necesitar un guardaespaldas le provocaba inseguridad.

—¿A dónde vamos?

—A ver a mi mamá —Greta lo miró a Nacho y percibió que llevaba el mismo saco y la misma remera del hombre de Vitruvio. Sonrió.

Adentro del auto Greta y Nacho se sentaron en el asiento trasero. Nacho le tomó la mano sin el más mínimo interés en mirar New York a través de la ventanilla.

—No sé cómo decirlo —dijo Nacho—, pero me entere... —Greta lo miró a los ojos—, lo siento mucho, no sé cómo estarás...

—¿Qué sabés?

—Lo del ferry, tu abuelo...

—¿Cómo te enteraste?

—La policía, las noticias...

—No digas más nada... gracias, te necesito a mi lado y necesito saber que estás bien. Vamos a estar protegidos. Mi mamá, que a propósito no la veo hace bastante, me llamó hace un rato y me dijo que arregló todo. Nadie más intentará lastimarnos.

El confortable viaje en auto y la dulce voz de Greta fueron anestesiando de a poco los sentidos de Nacho.

—Me alegro mucho —contestó con los ojos casi cerrados—, estuve muy preocupado por...

—Fue un viaje largo, Nacho, y encima tu condición. Vení acá a mi lado y dormí un poco.

Nacho apoyó su cabeza en el hombro de Greta aunque de a poco por el movimiento se fue deslizando y terminó su rostro en el pecho de ella. Ni siquiera pudo disfrutarlo, ya estaba profundamente dormido.

Haute Marne (Fernando Quiroz)

Pocas veces en la vida se había arrepentido tanto de una decisión que había tomado. Si bien es verdad que a Fernando le pareció siempre excelente un cambio de aire para sus sentidos y el viaje a Francia le resultaba hermoso, su finalidad fue un fracaso total. La fundición Val D'Osne estaba completamente abandonada y las instalaciones en peligro de derrumbe. En la entrada había un león de hierro gruñendo, advirtiendo a los visitantes que sólo encontrarían aburrimiento o un ladrillo en la cabeza. Las pocas fotos actuales que había encontrado en google sobre la fundición apenas le mostraban el deterioro real que había en las casas. Las paredes estaban a punto de desplomarse. Lo único que le quedaba era ir por una cerveza y empezar a preguntar dónde podía encontrar a un ex empleado que todavía estuviera vivo. Encima no sabía hablar francés. Se subió nuevamente al auto que había alquilado en el aeropuerto y huyó antes que el león cobrara vida y saltara sobre su cuello.

Ya estaba atardeciendo, los tonos naranjas descendían suavemente sobre el pueblo. Estaba bebiendo un porrón de *Kronenbourg 1664* en una mesa en la vereda de un bar. Tenía pensado tomarse varias. Aclarar la cabeza y al día siguiente buscar hombres de cincuenta años para arriba que hubieran trabajado en la fundición. Curiosamente, notó que el hombre que estaba detrás de la barra tendría casi setenta años. Ingresó al bar y se sentó a la barra. No tenía ni la menor idea de cómo comunicarse.

—Hola, soy argentino. Maradona, Messi, el papa Francisco.

—*Bonne après-midi* —respondió el hombre que estaba secando un vaso con un trapo, tenía un hedor fuerte a poca higiene, igual Fernando, como perito fotógrafo, esta-

ba acostumbrado a peores olores. Tenía una boina gris y un escarbadienes en la boca. Fernando no había entendido qué había dicho. No obstante siguió hablando.

—¿Conoce a alguien que haya trabajado en la fundición Val D'Osne?

El bar tender frunció el ceño y negó con la cabeza. Entonces Fernando tuvo una idea y escribió en el google traductor de su celular lo que recién había preguntado y apareció el siguiente mensaje: *Connaissez-vous quelqu'un qui a travaillé à la fonderie de Val D'Osne?* Le pasó el celular al viejo, que se colocó unos anteojos y leyó. Luego lo miró a Fernando. Asintió con la cabeza y chifló a un mesero que dudosamente era mayor de edad.

—*Parler à l'homme barbú* —le dijo al mesero. Luego le devolvió el celular. Con el dedo índice dibujó círculos en el aire cerca de su boca.

—*Parle espagnol.*

El joven se acercó sonriente.

—Preguntale —intervino Fernando, que reformuló la pregunta— si conoce a alguien que trabajó en la fundición Val D`Osne. Gracias.

—De nada, señor. Un gusto en ayudarlo y poder practicar mi español —respondió el joven con acento francés. Enseguida se puso a conversar en francés con quien sospechaba ya que era el dueño del bar. Creía que iban hablar poco, pero Fernando fue testigo de una conversación de varios minutos de la que no entendió una sola palabra, sólo identificando una sola palabra: *barbú*. Finalmente el joven le devolvió la mirada.

—Me dijo que su hermano trabajó, pero falleció. Me sugirió que si quiere saber sobre Val D`Osne vaya el lunes a la fundición, que comenzaran a reconstruirla. Una constructora invirtió mucho dinero y piensan que para el año

próximo la fundición volverá a funcionar. Su sobrino, hijo de su hermano, trabajara en la obra.

La respuesta fue mejor de la esperada. Justo ahora volverá la fundición. Demasiada coincidencia. Pero hasta el lunes no podía esperar.

—Muchas gracias. ¿Sabe cuál es el grupo empresario que se encarga de la obra? ¿O tiene el whatsapp o número de su sobrino?

Volvieron a conversar en francés. El joven lo miró a Fernando y respondió.

—Vinci.

—¿Cómo?

—Vinci, como Leonardo Da Vinci.

—Qué casualidad. Muy amable. La última. ¿Qué significa Barbú?

El joven sonrió.

—Barbudo, y nos referíamos a usted.

La cena (Nacho)

El restaurante *Le Bernardin* estaba completamente reservado para ellos. Cálidamente ambientado les daba la bienvenida a Nacho y a Greta, que miraban atónitos el lugar. Mucho personal de seguridad, trajeados, estaban en guardia diseminados por todo el restaurante. Sobre una larga mesa había un banquete y en otra una selección de vinos. Seis mozos exclusivos. En el centro habían preparado una mesa para cinco personas. Nacho y Greta tomaron asientos juntos sobre un lado a la mesa rectangular.

—¿Cuánto le salió todo esto a tu mamá?

—No lo sé, pero es una locura, deberíamos estar de luto. ¿Y por qué cinco? Deberíamos ser tres.

Un mozo se les acercó y en perfecto español preguntó.

—¿Qué desean tomar? ¿Un aperitivo?

—Gracias, sólo una Coca-Cola. Mejor no arriesgarse con el alcohol.

Aunque Greta no respondió. Sus ojos estaban inyectados de furia, pero al ver a un hombre de unos cincuenta años entrar vestido de traje negro se calmaron y soltaron unas lágrimas.

—¿Javier?

—Greta... lo siento mucho...

Greta se paró y fue a los brazos de Javier, que le susurró varias cosas al oído que a Nacho le hubiera encantado escuchar. Luego Javier le estrechó la mano a él y tomó asiento enfrente suyo.

—Javier —dijo Greta—, es el jefe de compras de la galería. Muy cercano a mi abuelo y a mi mamá. También es mi padrino de comunión.

—Un gusto conocerlo. Yo soy Nacho, pintor y el... —no supo si decir novio o amigo.

—Nacho, no hace falta explicarse, sé que la quiere mucho a Greta y es todo lo que necesito saber. ¿Viajó bien?

—Dormí durante todo el vuelo.

—Eso es bueno. ¿Qué pudo ver de New York?

—La verdad que por ahora sólo el restaurante — intervino Greta—, luego del viaje fuimos al hotel y descansó un poco.

—Excelente, no hay mejor comienzo que comer en *Le Bernardin*. —Respondió sonriendo y mirando a los dos.

—Además de mi mamá ¿a quien esperamos?

—Es una reunión familiar. Mañana iremos a la Isla Libertad y pasado enterraremos a tu abuelo.

—No entiendo qué es más importante que honrar respeto a la memoria de mi abuelo. —Reclamó Greta.

—Por eso tenemos preparado un gran servicio a su nombre en la galería de New York y...

—¿Por qué no ahora? ¿Cuál es el fin de esta estúpida cena?

Nacho le tomó la mano.

—Dale una oportunidad, que se explique.

Pero Greta seguía enojada.

—No. Decile a mi mamá que la espero en el hotel. Vamos, Nacho.

—Esperá un segundo, Isabel está por llegar.

Greta se paró, pero se detuvo al ver a una mujer de mediana edad con un elegante vestido y un reluciente collar de perlas adornando su cuello. Iba acompañada de la mano por un hombre de unos sesenta años. Alto, delgado y espléndido bronceado. Sus dientes blancos resaltaban aún más que el resto. Conservaba una abundante cabellera oscura y sólo sus patillas eran plateadas. Nacho tuvo la sensación que aquel hombre alguna vez había salido en la revista Caras o que pronto saldría. Seguramente era dueño

de un equipo de polo y tendría estancias en Bariloche. La vida le sonreía.

Greta, desconcertada, la saludó a su mamá con un beso y un abrazo.

—Mamá. ¿Quién es ese hombre?

—Greta él, es...

—Mi nombre es Marcel —respondió, con acento francés.

Marcel se acercó a Greta y la abrazó; los brazos de ella no se movieron.

—Me alegra mucho en conocerte —continuó Marcel—, hija mía. Yo soy tu papá.

—¿Qué?

Desconcertada, Greta tomó distancia de Marcel y sus ojos se pusieron vidriosos. Miró a su mamá.

—¿Mamá?

—Tiene razón, él es tu papá —respondió Isabel, también emocionada.

Nacho se paró y le dio su silla para que tomara asiento, luego le dio una copa de agua. Greta estaba sedienta. La noticia la había tomado por sorpresa. Nacho recordó lo que le había dicho ella sobre su padre: que era un piloto irlandés que había fallecido hacía tiempo. Quizás Greta desde siempre no había creído realmente en aquella historia, sino no podría afectarle tanto la noticia, negándola.

—No entiendo nada, mi papá era piloto, y...

—No —Marcel se arrodilló frente a ella, le tendió un pañuelo—, esa fue una mentira de tu abuelo. No lo culpo. Cometí muchos errores en el pasado.

—No entiendo, ¿por qué ahora?

—Con la muerte de tu abuelo, puedo acercarme a vos. Él jamás lo hubiera permitido.

Greta lo miró, sus ojos rojos estaban a punto de explotar.

—¿Vos lo mataste?

—Por Dios, no, Greta... ¿Y dañarte?... ¡Jamás! Sentí mucha impotencia por no poder defenderte, ayudarte, pero ya me encargué de todo, nadie más te va a lastimar.

Isabel se acercó a su hija. Le dio un beso a la mejilla y luego miró a todos.

—¿Por qué no nos sentamos a la mesa y contamos la historia desde el principio?

—Excelente idea, amor mío.

—Amor mío? —interrumpió Greta.

—Por favor, Greta —interrumpió Javier—, dales tiempo a que te expliquen.

—Esta bien... —Se limpió las lágrimas pero el maquillaje se le había corrido. Nacho la veía increíblemente sexy así, mal pintada, pero Greta se dio cuenta enseguida—: Necesito ir al baño.

—Te acompaño, hija.

Greta y su madre se fueron. Marcel tomó asiento en la cabecera de la mesa. Sus ojos verdes lo miraron a Nacho, que comenzó a sentirse un poco incómodo ante la situación.

—Ignacio Hans Brücke. ¿No es así? —preguntó Marcel.

—Exacto.

—Alemán, me agrada, y más el significado: puente. Un puente representa la unión de dos costas separadas. Me gusta, y que además sea pintor.

—Gracias.

—Ojalá pronto pueda degustar las cervezas que elabora su familia.

—Otra vez gracias, sería un honor.

—Aunque me gusta más el vino. En Mendoza están los mejores. La provincia de San Juan tampoco se queda atrás. El Valle de la Luna es algo único.

—Así que conoce Argentina.

—Sí, recorrió todo el país en 1986. Tendría tu edad. Unos veintiocho. Vi como todo el país festejaba los goles de Maradona en el mundial. Salían a la calle a gritarlos. Lo mismo va a pasar con Messi. Se merece una copa del mundo ese pibe. En Brasil estuvieron cerca, si el árbitro hubiera cobrado el penal que le hizo Neuer a Higuaín, la historia hubiera sido otra. Terrible rodillazo en la cara.

Nacho intentó recordar esa final. Se había quedado dormido gran parte del partido.

—¿Usted es francés?

—Sí, y un gran admirador de sus obras. Tiene talento, tiene un toque...

—Gracias, no sé qué decir.

—Cuando uno no sabe qué decir, habla de fútbol, como acabo de hacer.

Marcel comenzó a reír, lo siguió Javier y Nacho, contagiado, hizo lo mismo.

—En fin, me gustaría brindar entre hombres. ¿Mozo?

Un mozo se acercó con una botella de vino. Nacho no alcanzó a ver la etiqueta, seguramente valía una fortuna. Marcel degustó el vino.

—Exquisito, sirva a mis dos amigos.

El mozo terminó de servir.

—Por vos y mi hija.

Todavía no entendía, como se atrevía a llamarla hija. Aquel hombre era un cínico. No tenía tacto y sospechaba de sus verdaderas intenciones. Javier mojó los labios y una mueca de satisfacción se apoderó de su rostro. Bebió. Sí, era rico, pero prefería la cerveza familiar o una Coca-Cola. Greta y su madre volvieron a la mesa.

—¿Cuál es mi verdadero apellido? Me puedo olvidar de Connolly... —dijo sarcásticamente Greta.

—Todo a su debido tiempo —respondió Marcel, mientras ellas tomaban asiento.

—¿Quién asesino a mi abuelo?

—¿Al asesino intelectual te referís? Charles Shilton. Inglés, unos años más grande que tu abuelo. Mañana lo tendrás cara a cara. Podrás decirle lo que quieras...

—¿Cómo sabés que es él?

—Lo conozco y después de que mataras al capitán, pude relacionarlos. La historia del capitán me llevó a Charles y a todos sus secuaces.

—Pero ¿por qué lo hizo? Justo mi abuelo estaba intentando decirme algo sobre Thomas Hendricks, el vicepresidente de los Estados Unidos.

—Lamento decirte que creo que Romano se arrepintió a último momento de lo que te iba a decir y te dio una falsa pista. Por lo que yo sé, Thomas Hendricks falleció por causas naturales.

—¿Por qué lo haría?

—Para protegerte, pero yo me encargué de todo.

—¿De todo? Lo dudo, hay un asesino suelto matándonos en Buenos Aires.

—Te corrijo. Asesina, y no va a matar a nadie más.

Greta, nerviosa, tragó saliva.

—En fin, por qué no empezamos a comer —sugirió Marcel.

—Pero... ¿quién sos? ¿Marcel qué?

Marcel respiró hondo.

—Mi nombre es Marcel Tupac Amaru. Descendiente de Juan Bautista Tupac Amaru, rey del Virreinato del Río de la Plata. Mañana proclamaré mi corona.

—¿Qué? —preguntó, desconcertada, Greta.

—El rey inca —afirmó Nacho— pero la propuesta de Belgrano fue rechazada.

Marcel negó con la cabeza.

—No, eso es lo que vos creés. Javier, además de ser un excelente hombre de negocios, es un gran aficionado a la historia. ¿No sería tan amable de contarnos quién fue Juan Bautista Tupac Amaru y cómo se convirtió en secreto en rey de América Latina?

—Será todo un honor. Pero por favor, comiencen a comer, porque hace más de doscientos años atrás, en la mazmorra de una fortaleza española en Ceuta, ubicada muy cerca de la costa africana, Juan Bautista Tupac Amaru apenas tenía aquel privilegio. Comer. Juan Bautista Tupac Amaru, había sido encarcelado por ser el hermano de José Gabriel Tupac Amaru, conocido como Tupac Amaru II, descendiente del trono inca, que lideró, hasta ese momento, la mayor sublevación en América. Los españoles, luego de varios enfrentamientos armados, capturaron la familia real. Tupac Amaru II, en la Plaza de Armas de Cuzco, fue obligado a ver cómo mataban a sus amigos, hijos, tío y esposa, para luego intentar descuartizarlo vivo, atando cada una de sus extremidades a caballos para que ellos tiraran. Asombrosamente sobrevivió, no por mucho tiempo: fue decapitado y quemado en la hoguera.

—Un horror —dijo Isabel.

—Increíble lo que puede soportar el cuerpo humano — añadió Nacho.

—Era un hombre muy fuerte —dijo Marcel.

—Por eso los incas eran admirados por Belgrano y San Martín. Los principios incaicos eran no mentir, no robar y no ser perezoso. La pobreza no existía y las riquezas se repartían por igual. Y eso que fueron anteriores a Marx — dijo Javier.

—¿Y qué pasó? —preguntó, impaciente, Greta.

—Si mal no me recuerdo —continuó Javier—, el 6 de Julio de 1816 Belgrano propuso a los diputados del Congreso de Tucumán la idea de establecer una monarquía

parlamentaria. Su rey sería descendiente de incas y tenía un candidato, el único sobreviviente: Juan Bautista Tupac Amaru, hermano de Tupac Amaru II. Muchos se rieron de la tentativa, como por ejemplo el diputado por Buenos Aires Tomás Manuel de Anchorena, al que le pareció absurdo, pero otros estuvieron de acuerdo. Tal es así que dos días después el General Martín Miguel de Güemes, acompañado por cinco mil gauchos, fue al Congreso de Tucumán apoyando la idea. No sólo querían que Juan Bautista fuera rey, también que la capital sea Cuzco. Al día siguiente, 9 de Julio de 1816, se declaró la independencia. El acta, además de español, estaba en quechua, aymara y jeroglíficos del Tiahuanaco, tres idiomas que nuestro candidato conocía. Lamentablemente el Congreso se trasladó a Buenos Aires, donde negaron darle el poder a un originario. Además, Juan Bautista Tupac Amaru continuaba preso en España, por lo que se le dificultaba proclamar su corona. Casi cuatro décadas estuvo encarcelado.

—Lo que nos decís está todo en la Internet —objetó Greta.

—No, lo que te voy a contar ahora, no —contestó Javier—. Belgrano y San Martín presionaron mucho a Juan Martín de Pueyrredón, quien era director del congreso. Lograron consenso entre todos los diputados. Solamente sería aceptado si Juan Bautista se convertía en masón y se casaba con una mujer criolla para que la descendencia sea mestiza. La intención era que el primogénito continuara casándose con criollos, dejando sólo una huella de sangre inca. No obstante, había que liberarlo.

En 1820, después de que el rey de España, Fernando VII, se viera obligado por una sublevación a jurar la Constitución en Madrid, las cortes españolas decretaron libertad a todos los americanos presos por causas e ideologías políticas. A pesar de ello, a Juan Bautista se le negó la

posibilidad. Sólo con la intervención del sacerdote y diputado Diego Muñoz—Torrero, que antes lo convirtió en Masón, el inca logró la libertad y llegó ese mismo año al puerto de Buenos Aires. La versión oficial dice que dos años más tarde se lo liberó y mendigó una pensión. Pero la realidad fue que antes de la Anarquía del año XX en el Directorio, Juan Bautista Tupac Amaru estaba jurando como Rey del Virreinato del Río de la Plata, en una sesión privada...

—Imposible —dijo Greta.

—Aquella sesión extraordinaria fue abierta por Juan Martín de Pueyrredón, que retomó el cargo de Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sólo por un día, luego de la renuncia de José Rondeau. No sólo lo proclamaron Rey, sino que lo casaron con Telesfora Moreno, la hermana menor de Mariano Moreno.

—No entiendo, ¿por qué se ocultó la verdad?

—Muchas razones. Tomás Manuel de Anchorena hubiera preferido que fuera una de sus hijas quien tuviera el honor. Pero optaron en beneficiar a la hermana del prócer envenenado en altamar para salvar económicamente a toda su familia. Otro motivo por el cual se decidió conservar el secreto fue por las guerras civiles a lo largo del país. Llamada posteriormente por los historiadores la “Anarquía del año XX”.

—¿Anarquía del siglo XX? —preguntó Nacho.

—No, del año XX.

—Perdón, ahí lo corrijo en el navegador. A ver qué dice Wikipedia...

—Excelente, sigo. También entró en juego la salud de Juan Bautista Tupac Amaru, que se fue deteriorando. Milagrosamente, Telesfora le había dado un hijo. En 1827, finalmente, muy anciano, Juan Bautista Tupac Amaru fallece. La versión oficial dice que fue sepultado en el Ce-

menterio de la Recoleta. Aunque la ubicación de su tumba fue un misterio, se dice que arrojaron su cuerpo a una fosa común repleta de cadáveres apestados por la fiebre amarilla. Luego de la muerte, el hijo de Juan Bautista, Manuel Jesús Tupac Amaru, viajó a Francia y vivió en la residencia de San Martín, incluso se hizo pasar por su casero. El padre de la patria lo protegió muy bien, como su documento, firmado por todos los diputados del congreso, que señalaban a su padre como Rey de América Latina. Allí se casó con la hija de un terrateniente francés y su hijo hizo lo mismo con la nieta de San Martín, tuvieron hijos, y los hijos de los hijos, hasta llegar al último pretendiente al trono: Marcel Tupac Amaru —dijo, señalando a Marcel, que sonrió y levantó la copa.

—Esto es una locura —dijo Greta—, eso significa que si yo soy tu hija, también soy heredera al trono.

—Sí, eres mi pequeña princesa...

Nacho estaba fascinado con la historia, aunque todavía no había tocado el plato por educación. Nadie lo había hecho. Estaba hambriento.

—Pero ¿cómo podes demostrar todo esto? —preguntó Greta.

—No fue fácil, de hecho no lo es —respondió con tono de confesión Marcel.

—¿Y qué tiene que ver la Estatua de la Libertad?

—Se debe —respondió Javier— a que...

—No, dejame a mí responder —dijo Marcel—: San Martín le dio a Sarmiento el documento donde el congreso proclamaba al rey Inca para que lo guardara. Me corrijo: El Rey Inca Masón. Sarmiento se lo dio a Laboulaye, un senador francés, conocido como el ideólogo de la construcción de la Estatua de la Libertad, también Masón. Aunque a mi entender Laboulaye compartió la ideología con Sarmiento. Pensar que en su honor colocaron una Es-

tatua de la Libertad a escala en el techo de un colegio en Buenos Aires que lleva su nombre y luego de su muerte regalaron a su provincia natal otra réplica...

—¡Lo sabía! Seguro que él tuvo la idea —dijo Nacho.

—Sí, pero no lo podemos probar —contestó Marcel—. Prosigo, Sarmiento le dio a Laboulaye en custodia el documento. No sé el motivo, pero él le dio el documento a Bartholdi, otro masón, quien basándose en las estrofas de nuestro Himno Nacional hizo a la Estatua de la Libertad. Después, en una réplica que fue vendida al gobierno municipal, escondió el documento en su interior. Irónico, la verdad estaba encerrada en la Libertad.

—¿El Himno Nacional? —preguntó Isabel.

—Sí. *¡Oíd, mortales!, el grito sagrado: ¡libertad!, ¡libertad!, ¡libertad!* *Oíd el ruido de rotas cadenas, ved en trono a la noble igualdad.* La estatua de la libertad tiene cadenas rotas en sus pies y habla de un trono. *Se levanta en la faz de la tierra, una nueva gloriosa nación...* Una verdad se levanta y proclama un nuevo gobierno. *Coronada su sien de laureles, y a sus plantas rendido un león.* Se refiere a la corona de siete rayos y el león es el animal que representa a la monarquía. *De los nuevos campeones los rostros, Marte mismo parece animar; La grandeza se anida en sus pechos a su marcha todo hacen temblar.* Se commueven del Inca las tumbas, y en sus huesos revive el ardor, *Lo que vé renovando a sus hijos de la Patria el antiguo esplendor.* Repito se commueve el Inca de la tumba...

—Entonces hay un mensaje secreto en el Himno Nacional —dijo Greta, asombrada.

Marcel sonrió.

—Pero el himno no explica cómo sabe usted que Sarmiento le dio el documento a Laboulaye y él a Bartholdi.

—Tenemos cartas entre ellos, que me hicieron creer en eso. Al final tuve razón. —Marcel vio la mesa.— Bueno, por favor, coman, que nadie ha tocado el plato.

Javier tomó la palabra pero cambió radicalmente de tema. Probó un camarón que estaba en el centro de mesa y contó la anécdota de cuando almorzaba y cenaba camarones en la ciudad de Aracaju, en Brasil, en forma ininterrumpida. Hasta que una noche decidió probar cangrejo, o experimentar, como ellos dicen. Creía que le iban a dar la carne, pero le pusieron el bicho caliente en el plato y una estaca y martillo para abrirlo. Juraba que estaba vivo. Cuando intentó comerlo, una tenaza casi le agarró un dedo. Rieron. Luego, inevitablemente, comentó Marcel sobre la réplica original de la Estatua de la Libertad que se encontraba en Maceió, a tan sólo unas tres horas en auto de Aracaju. Así surgieron temas intranscendentales de anécdotas veraniegas, aunque quienes participaban eran todos menos Greta, que apenas había comido y enseñaba una sonrisa falsa. Marcel se dio cuenta. Esperó hasta el café, para preguntarle:

—¿Qué te pasa Greta?

—En serio?

—Querés que te resuma mi vida?

—Por empezar, no sería mala idea.

—Tengo cuatro hermanos. Yo soy el mayor. Manuel Jesús Tupac Amaru arregló el casamiento de su primogénito y así se hizo siempre. Sumando poder, tierra y riquezas. No te imaginas de lo que somos dueños. Compañías multinacionales cuyos presidentes o dueños fantasmas responden a nosotros. Pero nos faltaba algo, el trono, sabíamos la verdad de nuestra historia, el secreto se fue pasando de generación en generación, pero no teníamos ninguna prueba. A diferencia de mis padres, abuelos y hermanos muy preocupados en hacer y gastar dinero, yo in-

vertí mi tiempo en buscar cartas y documentos, alguna pista que nos devuelva la corona.

En 1986 viajé a Buenos Aires. Leí algunas cartas en el museo Sarmiento, entre él y sus amigos franceses, que me sorprendieron. Luego leí detenidamente el Himno Nacional Argentino escrito por Alejandro Vicente Lopez y Planes, otro masón, que fue Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1827, el mismo año que falleció Tupac Amaru. Catorce años antes había escrito el Himno Nacional a pedido de la Asamblea del Año XIII, tres años antes del pedido formal de Belgrano, por lo que supuse que Vicente Lopez y Planes estaba a favor de los Incas. En la letra había muchos mensajes subliminales u otras estrofas que inspiraron a otros masones en cómo guardar secretos o enviar mensajes codificados.

Recorriendo la ciudad vi que había muchas obras de artes de la fundición Val D'Osne. No sé por qué todo lo relacioné. Inmediatamente fui a la embajada francesa y desde allí me contacté con mi papá y el dueño de la fundición, que era un viejo testarudo. No hubo forma en convencerlo. Miren que le ofrecí dinero a cambio de que me mostrara los libros contables, los de compra—venta y los de exportación. Tampoco me facilitó los legajos de sus empleados. Lo único en lo que se interesó fue en venderme la fundición. Sólo comprándola podía tener acceso a la información, pero pedía mucho dinero y mi papá no estaba entusiasmado con realizar semejante inversión. Entonces, al no poder por las buenas, lo hice por las malas. Teniendo en cuenta que no estaban bien económicamente, compré toda la materia prima a su mayor proveedor, dejándolo sin más oferta por varios meses y también contraté a las principales compañías que realizaban la distribución por la zona, por lo que obligaba a los compradores a ir ellos mismos a la fundición si querían sus esculturas. Funcionó. En tres

meses abandonaron la actividad y presentaron la quiebra. Luego fue fácil sobornar a un empleado para que me diera todo lo que buscaba.

Así fue como me llegó el legajo de venta de la réplica de la Estatua de la Libertad que había sidoemplazada en la Barrancas de Belgrano en 1875. Había fotos, descripción de la estatua y la factura. Aunque pedía que estrictamente que no abrieran su caja contenedora bajo la supervisión de Torcuato de Alvear, quién unos años más tarde sería Intendente de la ciudad de Buenos Aires y, en un futuro, su hijo el embajador en Francia. Una extraña coincidencia que no quise dejar de lado.

—¿También masones los Alvear? —Preguntó Nacho.

—Desde ya que sí. Increíblemente, en aquella época las noticias sólo llegaban por carta y de boca en boca. Pero los masones estaban tan bien organizados, se comunicaban mejor que nosotros hoy en día con video llamadas.

—Bueno, ¿y qué paso después de que tuvieras la ficha?
—preguntó irritada Greta.

—Fácil. Una madrugada de julio de aquel año fui a la plaza de barrancas. Le até una soga a la cabeza de la estatua y tiré con todas mis fuerzas.

—¿Vos hiciste eso? —lo miró Greta, asombrada.

—Era más joven y a veces el trabajo sucio lo tiene que hacer uno. En fin, la estatua era hueca y efectivamente, adentro, apoyado en su base, había a simple vista una barra larga de metal. Era hueca, un tubo. Adentró había un papel enrollado. Apenas lo saqué, aunque estaba muy oscuro para saber qué era, así que decidí llevármelo. Una vez en la residencia donde me estaba hospedando, descubrí que se trataba del acta de la ley que fue sancionada por el congreso que proclamaba a Juan Bautista Tupac Amaru Rey de América. Estaban todos, muchos de ellos hoy en día sus nombres son calles o avenidas en la ciudad de

Buenos Aires: Tomás Manuel de Anchorena, Gascón, Medrano, Juan José Paso, Antonio Sáenz, Acevedo, Colombres, Cabrera, del Corro, Bulnes, Malabia, Serrano, Pacheco de Melo... quien más...

—Está bien, no es necesario. —Dijo Isabel y le tomó la mano a Marcel, quien se enojó y se la sacó bruscamente.

—Sí, es necesario, cada detalle importa. —Respondió.

Nacho comprobaba que algo no estaba bien. Isabel se ruborizó y agachó ligeramente la cabeza a modo de disculpas.

—Sigo, Godoy Cruz, Maza, Rivera, Boedo, Gorriti, Moldes, Santa María de Oro, Laprida, Gallo, Uriarte, Araóz, Thames y... creo que ya están todos.

—Te faltó José Darragueira y Juan Martín de Pueyrredón —observó Nacho, viendo un artículo en Wikipedia en su celular.

—Exacto, Pueyrredón era la firma que faltaba. Me di cuenta que el documento estaba roto. Quizás cuando lo extraje del cilindro en la plaza o ya estaba así. La cuestión que sin ese trozo de papel, no podía armar el rompecabezas. Siempre pensé que había quedado adentro. Aunque ya era tarde y la estatua estaba en el Moa. Supe que un empleado, de nombre Carlos González, se comunicó telefónicamente varias veces con la fundición, que en aquel entonces estaba en quiebra. Pero por lo que supe por medio de mi contacto, fue que nunca mencionó la firma del director o un extraño trozo de papel hallado, sólo pidió consejos sobre cómo restaurarla. Por varias semanas me culpé de no haber sido más precavido y pensaba que había roto el documento que con tanto empeño había buscado...

—¿Y cuando llegamos a la parte que sos mi papá?

Marcel sonrió.

—Tranquila, ya estamos cerca. Como les decía, creía haber fracasado hasta que encontraron muerto a Carlos

Gonzales por un accidente mientras trabajaba, justamente en la Estatua de la Libertad. Supe que había encontrado algo. Lo supe. Por un tiempo seguí investigando, hasta que me enteré que tu abuelo, Greta, traficaba arte en forma clandestina y que era el hijo de la mano derecha de Benito Mussolini. Imaginé que podría saber o incluso haber sido él quien encontró el trozo. Entonces decidí acercarme aún más y caí enamorado por los encantos de su hija —Marcel miró a Isabel, que sonrió forzadamente—. Puedo decir que si hubiera elegido la vida de mis hermanos e ignorar mi pasado, jamás hubieras nacido.

—¿Encanto? ¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—Tranquila, Garbita...

—No me llames así... —negó varias veces con la cabeza y atinó a levantarse, aunque Nacho le tomó la mano y le susurró al oído:

—Dejá que termine.

—Como te decía, no es irónico que la Estatua de la Libertad sea el motivo por el cual estés viva y de nuestro reencuentro...

Greta no respondió.

—Yo fui el verdadero comprador de la estatua. Mike Spencer me la vendió a mí. Tu abuelo nunca lo supo, siempre creyó que se trataba de algún aburrido millonario yanqui o peor incluso, alguno con cargo político.

—Vos gastaste esa inmensa cantidad de dinero, ¿por qué no la robaste?

—Porque tu abuelo era el mejor, sabía que él no se había llevado el trozo de papel con la firma de Pueyrredón. O estaba dentro de la estatua o con el robo podía remover cosas del pasado y surgir nuevos eventos, como efectivamente sucedieron.

—¿Qué eventos? No entiendo. —Cuestionó Greta, frotándose los ojos.

—Mañana lo vas a saber. Pero el motivo más importante fue que sabía que el dinero iba a terminar siendo tuyo. Un regalo de padre a hija. Puedo confesar que aunque no sea el típico padre que cambia un pañal, no quita que te haya amado. Eras tan chiquita. Linda...

Nacho vio rodar una lágrima en Marcel, todavía no podía descifrar las intenciones y sentimientos de aquel hombre.

—¿Y? Todavía no me explicas por qué te fuiste...

—Empecé a llevarme mal con tu abuelo. Me tuve que alejar...

—Ah... contás con lujos de detalles toda tu vida, pero en el momento de decirme por qué te fuiste te callas la boca.

—¡Greta! Ellos se pelearon por negocios y Marcel tuvo que alejarse fue sólo eso y punto —exclamó Isabel.

—No le creo y ¿vos qué tenés para decirme? —Greta lo miró a Javier, que desvió la mirada hacia donde estaba Marcel, que asintió con la cabeza.

—Por lo que sé tu abuelo compró con dinero de Marcel *La tormenta en el mar de Galilea*, de Rembrandt, a quienes la habían robado en el Museo Isabella Stewart Gardner de Boston, en 1990, aunque para nuestra sorpresa resultó ser una falsificación. Romano nunca pudo admitir que se equivocó y jamás le devolvió el dinero. Si lo hacía, tan sólo un dólar, hubiera aceptado su error. Él era muy orgulloso para aceptarlo. Y desde ya, sé que no intentó estafarlo, después de todo era su yerno.

—Eso no lo sabemos —objetó Marcel—, él tenía los contactos. Tranquilamente pudo comprar el original robado, un robo que quizás él mismo orquestó y luego mandó a pintar una réplica. Vendió la original a otro y a mí la réplica pensando que, justamente siendo mi suegro, jamás enviaría la pintura al laboratorio.

—No sé qué pensar...

Greta se paró y se fue corriendo. Esquivó a un guardaespaldas, que apenas movió su ancho cuello. Nacho fue tras ella. Afuera, ella intentó parar un taxi, aunque no pudo levantar la mano, que ya se la había tomado Nacho. La abrazó. Greta dejó de resistirse y ahogó su lamento en el pecho de Nacho.

Tan cerca, tan lejos (Nacho)

Fue la primera vez en su vida que sufría insomnio. Se movía de un lado hacia el otro de la cama. Una delgada pared lo separaba de Greta. Estaban hospedados en cuartos contiguos, e intentaba entender por qué no pasó la noche con ella. Tampoco pretendía sexo, aunque tampoco podía negar que lo deseaba, él sólo quería consolarla. Siempre que lograba una aproximación, que daba un paso adelante, ella volvía a construir un muro entre ellos. No importaba, no podía reprocharle nada. El fallecimiento de su abuelo, que la hubieran intentado asesinar y la revelación sobre quién era su padre, eran motivos suficientes para que tuviera la libertad de reaccionar como quisiera.

Fuertes golpes. Abrió los ojos. Al fin se había quedado dormido. Los golpes se repetían. La puerta temblaba.

—¿Quién es?

—Yo.

Greta. Nacho empezó a buscar el jean y su remera. Encima el boxer estaba gastado y tenía un pequeño agujero. Qué vergüenza.

—Un momento, por favor. No entres.

—Cómo voy a entrar si está cerrado con llave. O no habrás dejado abierto...

No había trabado la puerta. Greta entró abruptamente. Nacho estaba intentando ponerse el jean pero los nervios le jugaron en contra y no pudo hacer equilibrio, terminó cayendo al piso.

—Al menos no estás desnudo —dijo Greta—. Abrigate bien que vamos a la Isla Libertad. Ahí siempre hay correntadas de viento.

—Pero vos me dijiste que no trajera ropa.

—Mm, Marcel y mi mamá están por salir. No hay tiempo para comprar, me fijo si alguno de los custodios te puede prestar un saco.

—Dale, gracias —dijo Nacho incorporándose. Greta lo vio de pies a cabeza.

—Por favor, ponete otro boxer. Parecés un linyera. Te espero abajo en el lobby.

Greta se fue del cuarto, dejando sólo los golpes de sus tacos.

Encadenada (Faustine)

Sus pies estaban atados con sogas a las patas de una silla. Sus manos esposadas detrás del respaldo. Sentía las manos hinchadas y dormidas, habían cerrado las esposas muy ajustadas y le cortaban la circulación de las muñecas. Una venda le cubría los ojos y una cinta adhesiva la boca. No sólo sentía su garganta seca, también todo el paladar. Tenía un orificio nasal obstruido por un espeso coágulo de sangre. Su pecho se inflaba violentamente. Necesitaba respirar. Las gotas de sudor bañaban su frente. Escuchó pasos. Una respiración fuerte que no era la suya. Una mano se apoyó un instante en el muslo de su pierna izquierda. El ruido de una cremallera... ¿abrirse? Luego, sintió que esa mano le apretaba violentamente un pecho. Movió su cabeza de derecha a izquierda y golpeó contra una nariz.

—¡Puta de mierda!

—¡Ya basta, Carlitos! —era Leopoldo.

—Y qué mierda te importa, prometo no dejarle marcas para que vos te diviertas después.

Otra vez la manoseó. Escuchó fuertes pisadas, un golpe y una caída.

—¿Pero sos retardado? Te dije basta.

—Me pegaste...

—¿El jefe nos pidió que la violemos? Respondeme...

—No...

—Yo a ella la veo como mercancía y mientras mejor esté, más me voy asegurar la paga. Con la plata que vamos a ganar, vas a tener de sobra para pasarla bomba. Ahora dejala en paz y vigilá la puerta, así evitamos sorpresas. Yo me quedó acá.

—Está bien... pero no vuelvas a pegarme.

—No es hora de jugar a los guapos y antes de salir te aviso que tenés la farmacia abierta.

—¿Eh?

—Pelotudo, subite el cierre.

Escuchó pasos alejarse. Un trapo húmedo le empapó la frente, delicadamente le acomodaron la tira del corpiño.

—No me muerdas —le dijo Leopoldo—. Por favor, asentí con la cabeza si me escuchaste. Faustine asintió.

—Va a doler.

Leopoldo le sacó de golpe la cinta adhesiva y le colocó un sorbete en la boca.

—Es agua, tomá.

Estaba fría. Alivio. Cobró vida.

—Te traje una hamburguesa, también. Pero necesito que colabores conmigo.

Ella negó con la cabeza.

—Sos tonta, no te pido información. Quiero algo de educación. ¿Tus papás no te enseñaron a agradecer y pedir amablemente?

Faustine pensó unos segundos. Su orgullo había sido pisoteado pero necesitaba alimentarse para recuperar fuerzas. Con acento francés, respondió en español:

—Gracias por el agua. Por favor, la hamburguesa, tengo hambre.

—Muy bien, nos estamos entendiendo.

Faustine dio el primer mordisco.

—¿Más agua?

Ella asintió. Nunca había comido a oscuras y sumado a incontables horas de ayuno, los sabores se intensificaron.

—Muy bien. Dentro de poco te va a llamar Charles y vos le vas a decir que te liberamos. Que estás viendo la hora del reloj que marca la Torre de los Ingleses en Retiro y vas a describirla para que él sepa que te liberamos. Des-

pués, te voy a sacar la venda y te voy a mostrar una fotografía que saqué ayer para que no falles en ningún detalle.

—¿Por qué le voy a mentir?

—Rue Hautefeuillie, viven en el edificio de la puerta azul. A metros, cruzando el Bulevar Saint—Germain, hay un local de ropas H&M, justo en la esquina.

Sus sentidos se alarmaron. Sintió un celular presionando su oreja. Un audio en francés, era un hombre preguntando a su mamá cómo llegar a la torre Eiffel, parecían estar en la calle. Otro audio: un hombre consultando la hora a su papá. Y aún más estremecedor, una mujer con un nene saludando con nombres y todo a sus papás. Se conocían y su madre le ofreció una galletita.

—Estamos cerca, Faustine. No nos hagas enojar.

Ella comenzó a temblar. Quería pararse y romper la silla. No podía. Todo estaba perdido.

La Isla Libertad (Nacho)

—Hacía falta describirla? No le alcanzaba el cuello para mirar hacia arriba y lograr verla. Hacerla hoy en día resultaría un trabajo muy duro, el mérito de Eiffel y Bartholdi era el doble, teniendo en cuenta que lo hicieron en el siglo XIX. Nacho respiró satisfecho, había cumplido un pequeño sueño desde que empezó a pintar la réplica de Buenos Aires, visitar la mayor de New York.

En la isla estaban los mismos que en la cena. Nacho pudo reconocer hasta los rostros de algunos custodios.

—Hoy tenemos exclusividad —dijo Marcel—. Vamos hasta arriba, que tenemos visitas.

El pedestal lo subieron por ascensores, pero una vez dentro de la estatua había que usar la escalera espiralada. Era muy angosta, sólo podía entrar una persona por escalón.

—¿Es realmente necesario? —se quejó Greta.

—Sí, lo es. Te duplico la edad y las voy a subir con gusto. —Respondió Marcel.

—¿Vamos hasta la cabeza? —Preguntó Nacho.

—Sí, vamos a ver el mundo a través de la corona. —Confirmó Marcel.

—¿Entramos?

—Con amor —dijo Javier—, vamos a entrar.

A medida de que subía cada escalón, Nacho se maravillaba con la estructura interna de Eiffel y los relieves de la túnica. Greta se había sacado los tacos. Se le había agujerado el talón de la media por el continuo pisar sobre los escalones de metal. No se la veía muy contenta. Isabel, la otra mujer del grupo, tenía unas sandalias, si la estaba paseando mal, al menos no lo demostraba.

Antes de llegar a la corona se podía observar la forma hueca del rostro de la estatua. Una vez arriba, Nacho quiso

ver a través de una de las ventanillas pero se sorprendió al ver a un anciano esposado, vigilado de cerca por un hombre de contextura atlética, tan alto que tenía que agachar la cabeza. Adentro estaban Marcel, Javier, Greta, Isabel, tres custodios contando al que vigilaba al viejo y Nacho. Nueve personas. Siete de ellos sobre el balconcito al lado de las ventanas. Lugar muy incómodo para una reunión.

—Greta, él es Charles Shilton —dijo Marcel—. Fue quien dio la orden para matar a tu abuelo, a tus empleados, al político, al escultor e inclusive a un pobre taxista. Él fue quien intentó asesinarte y también culpable de que tuviera que esperar treinta años para reclamar mi corona.

—¿Tu corona? Estás demente. Salvé al mundo de un hombre horrible como vos... o decime por qué Romano intentó limpiarte con la mafia italiana. Le pegabas a diario a su hija y...

—Basta de mentiras...

Isabel se ruborizó.

—Contame, por favor —reclamó Greta.

—Vas a escuchar a este tipo, ¿el asesino a tu abuelo? —dijo Marcel.

—¿Mamá?

—Dice la verdad, tu abuelo y tu papá se pelearon por la venta del cuadro —contestó Isabel con los ojos cristalinos.

—Quizás le pegaba echándole la culpa a su papá por la pieza faltante del documento, o tal vez sólo la fajaba por placer —dijo Charles.

Marcel pasó por el costado de un custodio que lo separaba a él de Charles y lo sujetó por el cuello.

—¿Ves? Sos un tipo violento.

Marcel lo soltó.

—No es así, no tolero la mentira. ¿Trajiste la firma de Pueyrredón?

—Sí, la deje en un locker en el aeropuerto de New York. Liberá a Faustine y te digo donde está.

—¿Y la llave del locker la tenés con vos?

—Es un locker, no una caja blindada.

—Es verdad, no hace falta, decime el número.

—Primero necesito pruebas de que está libre.

—Perfecto. Javier, llamalo a Leopoldo.

Javier se comunicó por celular, lo saludó a Leopoldo y pidió que la ponga a Faustine. Le alcanzó el celular al hombre fornido que lo tenía del brazo a Charles. El hombre le puso el celular al oído. Charles comenzó a hablar en francés. Respiró aliviado.

—909. Allí está.

—Javier, pedí que lo busquen.

—En veinte minutos estamos allá. Tengo gente cerca del aeropuerto.

—Bueno, hasta que nos confirmen, conversemos... — dijo Marcel.

—¿Por qué estamos acá reunidos?

—Charles —dijo Marcel—, tengo el poder para estar donde se me cante y me pareció original hacer la reunión acá. Pensar que cuando descubrí que vos estabas detrás de todo esto, como masones teníamos que discutir nuestras diferencias en el símbolo más grande de la masonería.

—Gracias por el gesto, pero sos idiota, está plagado de cámaras.

—Las cámaras están apagadas, bueno, en realidad está filmando otro escenario idéntico a este. Con dinero uno puede recrear lo que quiera. En aquella reunión están brindando champagne y entregando un diploma a un grupo de científicos por haber descubierto nuevos avances contra el cáncer. Nadie sabe lo que está pasando acá.

Nacho no podía creer que lo que dijera Marcel fuera cierto. ¿Iban a asesinar a Charles? Su corazón latía fuerte. Charles sonreía y negaba con la cabeza.

—Podes hacer lo que quieras conmigo, pero estás loco si crees que el gobierno argentino o sus habitantes te tomen en serio. A Orélie Antonie de Tounens, como sus descendientes que reclamaron el reinado de la Araucanía y la Patagonia, los tomaron por locos o delirantes, ¿por qué crees que con vos será diferente?

—Fue Manuel Belgrano, un prócer argentino, quien tuvo la idea. La defendieron San Martín, Güemes y Sarmiento, entre otros, también son próceres recordados los días de su fallecimiento con un feriado nacional. Además, no voy a reclamarle al pueblo argentino que pague un impuesto extra para mantener la corona, yo soy autosuficiente. Solamente quiero el consentimiento de ellos para que pueda administrar junto al primer Ministro de Argentina, Perú, Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Colombia, Venezuela, Ecuador y Centroamérica, tal vez.

—Eso es más que lo que era el Virreinato del Río de la Plata.

—¿Y? Soy descendiente del último emperador Inca. Reclamaré la tierra que le pertenece a los pueblo originaarios. Impulsaré un plebiscito. Por lo menos, primero en Argentina. Ganaré.

—¿Cómo? —rió Charles.

—Con todos aquellos que quieran reivindicar los orígenes. Los partidos de izquierda se sumarán y los de centro y de derecha verán en mí un aristócrata como ellos.

—Estás demente, ni siquiera vas a poder presentarte, ¿creés que el Presidente de Argentina va a estar dispuesto a perder poder y tiempo con vos?

Marcel sonrió, luego rió. La carcajada hizo eco dentro de la cabeza de la estatua. Se dio vuelta y vio a Isabel to-

mando la mano de su hija y ella la de Nacho. Estaban como encadenados, buscando encerrarse para no conocer la verdad.

—Charles, creo que no me conoces lo suficiente. Durante años, mi familia se potenció en lo económico. Y si no somos dueños del mundo, compartimos mesa, cama y habitación con quienes lo son. El gobierno de Argentina se arrodillará frente al castigo económico que puedo causarles si se niegan a hacer el plebiscito. Sólo me falta aquel trozo de papel, la firma del Director Supremo.

—No te equivoques. También el cuerpo de Juan Bautista Tupac Amaru, que está perdido en el cementerio de la Recoleta. Vas a necesitar algo más que documentos para confirmar quien decís ser.

—Cuando das un paso, yo ya di dos. Estoy casi seguro de dónde está el cuerpo de Juan Bautista.

—¿Casi seguro? No es suficiente.

—¿No? *De los nuevos campeones los rostros, Marte mismo parece animar; La grandeza se anida en sus pechos a su marcha todo hacen temblar. Se commueven del Inca las tumbas, y en sus huesos revive el ardor, Lo que vé renovando a sus hijos de la Patria el antiguo esplendor...*

—Otra vez el himno nacional —dijo Nacho.

—Exacto, a ver vos, que sabes de arte y esculturas. Resolvé el acertijo.

—No sé por donde empezar... —respondió Nacho.

—¿Por qué no decís la respuesta vos, Marcel, y te dejas de jugar a las adivinanzas? —Cuestionó Charles.

—No —negó Marcel—, quiero mostrarte cómo una persona unos cuarenta años más joven que vos es capaz de descifrarlo. Te ayudo, pensá en los nombres propios.

Nacho permaneció en silencio. ¿Nombres propios? Inca, Patria y Marte. ¿Una estatua de un Inca? ¿La plaza República de Perú donde está la estatua de Garcilazo de la

Vega? ¿O Marte? Marte el dios de la Guerra. ¿Dónde hay una estatua de Marte?

—El monumento al General San Martín, en Retiro — respondió.

Marcel aplaudió. Charles negó con la cabeza.

—Es una locura que allí esté el cuerpo.

—No, si tenemos en cuenta que en el pedestal donde está el general cabalgando tranquilamente puede entrar un ataúd —respondió Marcel—: Que al lado de la escultura del Dios Marte, está el Cóndor, que representa la libertad para los pueblos originarios. Pensar que Sarmiento tiene su Estatua de Libertad camouflada en su tumba. El cóndor arriba del obelisco. Nacho ¿recordás quién fue el escultor del monumento al General San Martín?

—Louis—Joseph Daumas hizo a San Martín arriba del caballo y Gustavo Eberlein quien hizo las demás esculturas, entre ellas a Marte.

—Excelente, Nacho, Gustavo fue muy criticado por las esculturas, porque, por ejemplo, los soldados vestían uniformes napoleónicos, el error más grosero. Pero fue muy inteligente en poner a Marte al lado del Cóndor. ¿Saben cuál es el significado del planeta Marte para los pueblos originarios? ¿Específicamente para la civilización Inca?

Silencio. Marcel retomó la palabra:

—*Awqayuq*, significa enemigo, guerrero y/o soldado. También se lo llamaba así al planeta Marte. Es increíble que dos civilizaciones que jamás se conocieron, de distintos continentes, como la Inca y la Romana, usaran el planeta Marte en representación del Dios de la Guerra. Aquel color rojizo, representa sangre, violencia, guerras...

—Son sólo conjeturas —dijo Charles—, sí ahí, en ese monumento, encuentran un cuerpo y el ADN coincide con el tuyo, te aseguro que vos no sos el descendiente de Juan Bautista Tupac Amaru.

—¿Qué mierda decís? Estás senil. Perdiste. Estás furiosos porque sabés muy bien que es posible que la tumba indique la ruta a El Dorado. No vas a ver ninguna moneda.

—Hijo de puta —Charles, a cuestas con su edad, intentó acercarse bruscamente a Marcel, pero el custodio lo inmovilizó. Mientras tanto, entusiasmado, Javier le acercó su iphone con la imagen de la firma de Pueyrredón. Marcel sonrió y llamó desde su celular.

—Hacelo —dijo Marcel, luego cortó y se cruzó de brazos.

—¿De qué te reís? —preguntó, molesto, Charles.

—No seas impaciente.

Comenzó a silbar *La Marsellesa*. Hasta que su celular vibró. Miró la pantalla.

—¿Sabes qué, Charles? Como Rey, te sentenció a muerte a vos y a Faustine.

—¿Qué? —Gritó Charles.

Nacho miró el rostro de terror de Isabel y Greta. Marcel le mostró la pantalla del celular a Charles, que al verlo volvió a gritar:

—¡No!

—Adiós —dijo Marcel.

Marcel miró a los ojos al custodio que lo sostenía. Asintió con la cabeza. El custodio, sin mover ningún músculo facial, lo empujó a Charles al interior de la Estatua. Su cuerpo golpeó contra la baranda de la escalera circular y luego cayó al vacío hasta aterrizar en la planta baja.

Rotas cadenas (Faustine)

La foto la mostraba con la ropa rasgada, un pecho expuesto y toda la cara ensangrentada. Los ojos estaban abiertos, con la mirada quieta y perdida a la vez.

Fingir estar muerta le había salido muy bien. Había desbloqueado el celular de Leopoldo con la huella dactilar del pulgar. Pensar que segundos antes, después del llamado telefónico, tenía la pistola semiautomática con el silenciador apoyado en su sien. Nunca había estado tan cerca de la muerte. El miedo, la incertidumbre y el peligro liberó su esfínter. Carlos se había muerto a carcajadas y le sacó la venda de los ojos para que vea el charco de orina que había hecho. Si supiera que se trata de un instinto de supervivencia, que cuando se incrementa la adrenalina en el cuerpo se causa relajación en el esfínter... Cuando Leopoldo volvió a presionar el silenciador contra la cabeza, Carlos, de la nada, apareció con un balde lleno de agua fría y se lo arrojó a ella. Algunas gotas le salpicaron a Leopoldo, que se enojó. "Así meada no la voy a violar", había dicho Carlos. Pero Leopoldo estaba en desacuerdo, sólo quería ejecutarla en forma inmediata para mostrar la prueba a su jefe. Discutieron. Faustine aprovechó el desconcierto para balancearse hacia atrás y romper la silla. Leopoldo le disparó a Carlos y cuando apuntó hacia donde estaba Faustine, ella ya estaba lanzando una patada contra la mano que sostenía la pistola. A pesar de estar encadenada, sólo con los pies fue más certera que Leopoldo, que apenas se había podido cubrir de tantas patadas. En el momento que Leopoldo cayó, Faustine saltó y aterrizó con su rodilla contra su cuello, que se partió. Después buscó las llaves, se desencadenó y bañó su rostro con la sangre de Carlos, que brotaba de su abdomen.

Tenía que apurarse para salvar a sus padres en Francia. Al menos fingir su muerte le daba unas veinticuatro horas de tiempo, hasta que supieran que Leopoldo y Carlos no se habían presentado para la paga.

Antes de irse, miró a la Estatua de la Libertad de las Barrancas de Belgrano. Buscó una cinta de embalar y pegó el séptimo rayo en la corona. Sonrió satisfecha. Fue hacia donde estaba Leopoldo y le sacó la camisa. Le quedaba enorme pero era mejor que salir con la ropa hecha harapos y un pecho al aire. Cuando terminó de abotonarse, escuchó gemir a Carlos. Seguía con vida. Tomó la pistola que contaba con un silenciador y disparó hacia los genitales. Fueron tantos que le hizo un agujero del tamaño de una pelota de tenis. Luego le disparó en medio de los ojos. Ahora sí que estaba satisfecha, aunque no tenía tiempo para festejar. Necesitaba urgente un vuelo a París.

Los años perdidos (Nacho)

Todavía, con el solo hecho de recordar, tenía vértigo. La comodidad de la cama no lo salvaba. La imagen del viejo cayendo era difícil de borrar. Más cuando no tuvieron otra que descender por la escalera espiralada y vieron en detalle cómo había quedado el cuerpo del viejo. Había presenciado un asesinato y no podía ir a la policía, sino podía correr la misma suerte. Salió del cuarto y fue a la habitación de Greta. Llamó y abrió Isabel, tenía todo el maquillaje corrido. También Greta. Estuvieron llorando.

—Vení, sentante acá, Nacho —dijo Greta, tocando el borde de la cama, al lado de ella. Nacho obedeció y se sentó. Isabel también se sentó, quedando en el medio. Miró de un lado hacia el otro y pudo percibir en qué se parecían. Isabel mantenía su piel joven y espléndida, parecía de cuarenta años y tranquilamente podía pasar por prima o hermana mayor. Al menos Greta tenía buena genética.

—Ignacio —dijo Isabel— lo que pasó no podes contar lo con nadie.

—Lo sé, pero está loco, perdón, pero así no se resuelven los problemas, que lo lleve a la justicia, no que lo tire al vacío. Además, ¿cuál es la necesidad de hacerlo frente a todos?

—Mamá, yo tampoco lo entiendo.

Isabel respiró hondo y respondió.

—Poder. El poder de hacer lo que quiera. La verdad que a mí también me cuesta entender lo que hace, pero a diferencia de ustedes, chicos, lo conozco. Marcel es impredecible. Una caja de sorpresas, y muchas asustan. Aunque si quiere enmendar un error va a buscar la mejor forma de cómo conseguirlo.

—Mamá, lo que dijo Charles ¿es verdad? ¿Te golpeaba? ¿Te echaba la culpa de no tener entero el documento?

A Isabel le corrió una lágrima por la mejilla. Los miró un buen rato y terminó asintiendo.

—Es un hijo de puta —dijo Greta.

—¿Y lo de la mafia? ¿A qué se refería? —preguntó Nacho.

—Mi papá sabía muy bien de quién era descendiente y por eso arregló el matrimonio. Al pasar los años supo que había cometido un error, que Marcel estaba loco y encima vos ya habías nacido. Recurrió a la mafia italiana, que le debía algunos favores. Supuestamente lo habían hecho desaparecer hasta que lo vi, justo al día siguiente del acontecimiento del ferry. Me prometió que todo iba a cambiar, que no había vuelto antes porque se le había prometido a mi papá. Apenas me dejó unos segundos llamé a Fabio, ¡Dios! Llamé a un desconocido antes que a vos, hija, pero necesitaba saber.

—Esté bien, mamá, entendemos que Marcel es peligroso. ¿Qué pasó? ¿Quién es Fabio?

—Fabio es, o era, de la mafia, ya está grande. Parecía mentira, ¿pero recordás la vez que internamos al abuelo, Greta?

—Sí, el verano de hace dos años, se había descompensado, habíamos creído que fue un ataque cardíaco, pero por suerte no, sólo un golpe de calor.

—Sí, al día siguiente, en la clínica, tomó conciencia que no era inmortal y me pasó varios teléfonos y direcciones de sus contactos en caso de que le ocurriera algo. La respuesta para Marcel era Fabio. De casualidad tengo su número.

—¿Y qué dijo, mamá?

—La mafia tiene códigos, pero lamentablemente también tiene precio y jefes. Fabio se disculpó, me dijo que cuando lo interceptaron sólo tenía un custodio que estaba al volante. Fue fácil reducirlo. Ellos eran muchos y...

—Espere un segundo, no entiendo —interrumpió Nacho—. ¿Dónde estaban? ¿Francia o Italia?

—Ah.. en aquel entonces Marcel había comprado una bonita casa en la Toscana, pero mayormente pasábamos el tiempo en lo de mi papá.

—Perdón, me mareé un poco.

—No hay problema, me dijo que lo llevaron a un descampado pero antes incluso de hablar con él apareció un helicóptero y descendieron varios hombres armados. Era el *Gruppo Intervento Speciale*.

—¿Qué? —preguntó Greta.

—Como decir el SWAT, una policía especial. No entendía qué hacían, por qué no tuvieron necesidad de disparar una sola bala ni tampoco metieron preso a ninguno. Solamente se llevaron a Marcel.

—¿Cómo lo localizaron? —Preguntó Nacho.

—No lo sé, no me lo dijo Fabio. En aquella época el GPS ya existía aunque no tenía mucho uso. Igualmente al día siguiente y antes de contarle la verdad a mi papá, Fabio habló con sus contactos dentro de la policía y ellos le dijeron que Marcel tenía una estricta custodia a pedido del gobierno francés.

—Marcel sí que tiene buenos contactos —dijo Nacho—. Pero sigo sin entender por qué esperó tanto tiempo. ¿O simplemente se le ocurrió ahora volver a robar la estatua?

—No lo sé, pero estoy segura que algo se lo impedía y no precisamente mi papá —respondió Isabel.

—O quizás alguien nuevo en el poder francés, tal vez esté relacionado también con la masonería y le prometió todo el apoyo a Marcel en caso de conseguir la evidencia —dedujo Greta.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Nacho.

—Primero, enterramos el cuerpo de mi papá, y después supongo que tenemos que ir a Buenos Aires por la tumba del ancestro de Marcel —respondió Isabel.

—Fue corta y fuerte la experiencia en New York —se resignó Nacho.

Greta le tomó el brazo a y le dio un beso en la mejilla.

—Cuando termine todo, te prometo unas lindas vacaciones en el lugar que vos quieras.

—No me importa el lugar, sólo que me acompañes.

Nacho tuvo la intención de darle un beso sin importarle que su madre estuviera al lado, pero una melodía lo detuvo. El celular de Isabel, que estaba apoyado en la mesa ratona, vibraba. Atendió.

—En treinta minutos estamos ahí.

—¿Quién era, mamá?

—Marcel, armen las valijas, nos vamos ya.

—¿Tan rápido consiguió los vuelos? —Preguntó Greta.

—Hija, él tiene un avión.

—¿Y el abuelo?

—Es evidente que suspendió la ceremonia. Lo vuelvo a llamar.

Isabel fue hacia el baño para hablar en privado. En minutos volvió.

—El cuerpo viaja con nosotros y lo vamos a enterrar en Buenos Aires. Es lo mejor, estar cerca de él.

Greta se puso a llorar y Nacho la abrazó.

Un nuevo amigo (Nacho)

No había sentido el aterrizaje. Cuando lo despertó, Greta tenía puesto el cinturón de seguridad. Estaba amaneciendo. Los colores anaranjados le trajeron nostalgia de aquellos veranos en Mina Clavero, en Córdoba. Ninguna manga, una escalera y a unos metros, al costado de la pista, los estaban esperando dos autos que al poco entender de Nacho eran de alta gama y encima con matrícula diplomática. Greta se acercó a Nacho.

—Acá nos sepáramos. Acompaño a mamá a casa y comenzamos a organizar el servicio fúnebre de mi abuelo. El otro auto te llevará a tu casa, así podés descansar.

Se abrazaron y Nacho le dio un beso. Luego se subió al auto, que parecía más bien una limusina. Era amplio, con cuatro asientos enfrentados y dos adelante, donde el chofer ya estaba al volante, pero el auto permaneció detenido.

—Buen día —bostezó—. ¿Esperamos a alguien? —le preguntó al chofer.

—Sí, a dos personas más. ¿Viajó bien?

—Sí, muy cómodos los asientos del avión. Dormí durante todo el vuelo, aunque sigo cansado.

—Pronto lo llevaré a su casa.

Las puertas se abrieron. Marcel se sentó enfrente suyo y, adelante, un custodio. El auto arrancó. Marcel estaba hablando por teléfono. Parecía enojado.

—Entonces... quiero su foto en todas las comisarías, en todos los gobiernos, que esté entre los diez más buscados del FBI.

Cortó, lo miró a Nacho y cambió su humor.

—No voy a perder un segundo más, vamos al monumento —dijo Marcel—. Nacho ¿querés acompañarme?

—Este... sí.

Marcel, que estaba impecable, lucía fresco, parecía recién bañado y Nacho se preguntó si habría duchas en el avión. Tenía puesto un saco negro desabotonado, en el pecho estaba bordado un escudo náutico. Se podía entrever una camisa sin corbata y el cuello abierto. Metió la mano dentro del saco y extrajo un blister.

—Probá esto. Es experimental. Te va a mantener un poco más despierto.

—¿Esta no será la pastilla azul de Matrix?

Marcel sonrió y negó con la cabeza.

—Yo le daría la roja. Levantá el asiento del medio, hay botellas de agua fría.

Nacho obedeció y, recordando lo ocurrido en la Estatua de la Libertad, no quiso contradecirlo. Se puso la pastilla en la punta de la lengua y bebió. Se refrescó y se soltó un poco más.

—¿Qué vamos hacer en la estatua del General San Martín en Retiro?

—Ayer hablé con el gobierno de la ciudad y les avisé que iba a realizar una interesante donación para restaurar y reconstruir la estatua, dentro —miró su Rolex— de dos horas empiezan las tareas por parte del Moa.

—¿Qué precisa restaurar?

—Mm, una uña del cóndor, la espada de un soldado, muchos detalles. También llevo mi gente. Vamos a averiguar si efectivamente hay una tumba allí. El hallazgo no se va a poder ocultar.

—Esperemos que así sea... ¿y por qué no hizo lo mismo con la Estatua de la Libertad? Le faltaba un rayo, podía poner dinero para restaurarla, revisar si contenía el papel faltante.

—No, por dos motivos: uno, con el robo y la venta ilegal iba a generar repercusiones (y pasó así); dos: porque después quería culparlo a Romano por el robo, meterlo

preso, pero cuando comenzaron los asesinatos decidí esperar. Solamente puse gente cerca de Greta y en el único momento en que no pude cuidarla fue en el ferry. Me di cuenta que no tenía controlada la situación y decidí poner manos en el asunto.

Se detuvieron unos segundos en un peaje. Nacho permaneció pensativo. Se dio cuenta de que Marcel sabía que él tenía una pregunta en la punta de la lengua.

—Vamos, dispará. No tenés por qué tenerme miedo o respeto.

—La verdad que no entiendo cómo iba a culparlo del robo de la Estatua de la Libertad a Romano, sin que Greta ni usted, que fue el comprador, quedaran pegados.

—Fácil, la compraron por mí, yo jamás me expuse, pero tenía dos hombres infiltrados en la operación, que iban a delatar cada detalle a la policía. Greta era el asunto más delicado. Desde ya que podía salpicarle mierda, pero calculo que Romano nunca hubiera permitido que su nieta pasara un día en la cárcel, seguramente asumiría todo la culpa. Era en lo único que lo respetaba y no podía reprocharle su amor por mi hija. Y si, a pesar de todo, la justicia la declaraba culpable, vería cómo pagarle la fianza. ¿Contento? ¿Sabés por qué te cuento todo?

—¿Por qué?

—Porque me agradas. Se generaron varios hechos, pero es una casualidad que haya pintado la estatua, que mi hija te haya comprado la pintura, que se enamoraran o al menos que esté pasando algo entre ustedes. Y aún más, me generás cariño sabiendo que estás metido en todo esto sin tener ninguna responsabilidad.

—Bueno, gracias —respondió Nacho con timidez.

—De nada, pibe.

—¿Ansioso?

—Sí, esperé mucho tiempo.

—Más de treinta años... ¿Por qué? ¿Por qué Charles tuvo la culpa? ¿Por qué no se te ocurrió este plan antes? —Marcel lo estudio a Nacho— Perdón, si parezco entrometido, no debí haber preguntado...

—No, está muy bien, me gusta que pienses y seas inteligente. Yo también me haría la misma pregunta. Charles fue responsable porque robó aquel trocito de papel que faltaba del documento, aunque es verdad que hubiera podido recuperarlo antes sino hubiera sido por mi papá.

—¿Tu papá?

—Exacto, mi familia no se tomó el asunto con seriedad. Mi padre se preocupaba más por los negocios que buscando la verdad. Después de que me distancié de Romano, mi padre, ya viejo, me dijo que si yo encontraba los documentos o la tumba de nuestros ancestros, él no reclamaría la corona. Y mi padre siempre cumplía sus promesas, así que tuve que esperar hasta que muriera. Fue el año pasado. Noventa años clavados. A esa altura ya había ideado todo el plan. Era algo contradictorio, por un lado amaba a mi papá, pero por el otro deseaba su muerte así reclamaba el trono.

—Sí, es una situación complicada.

—Ya hablamos mucho sobre mí, ¿cuál es tu historia?

Nacho miró a través del vidrio polarizado. Estaban en la autopista, a los costados, gigantografías y edificios cada vez más altos. Pronto llegarían.

—No sé por dónde empezar.

Buscada (Fernando Quiroz)

Finalmente, Fernando tuvo que esperar hasta el lunes. Fue imposible comunicarse con el sobrino del bar. Nadie había atendido sus teléfonos. Al menos había conseguido una cita vía correo electrónico con el jefe de prensa de la compañía Vinci, llamado Alain Langiller. Mientras aguardaba en la sala de espera revisó las noticias en Internet a través de su celular. La noticia de que un hombre mayor había fallecido en un accidente dentro la Estatua de la Libertad le llamó más la atención de lo que podría decirle al jefe de prensa. La noticia no aclaraba mucho. Sólo decía que lo encontraron muerto y estimaban que se había caído en algún momento mientras subía las escaleras. Estaban buscando el momento exacto del accidente, que tendría que haber sido registrado por las cámaras interiores de la estatua, pero misteriosamente no tuvieron éxito. La palabra misterioso lo dejaba inquieto y entusiasmado a la vez. Sin embargo, la identidad del anciano no estaba informada. Miró la hora, el secretario estaba demorado. ¿Tenía sentido esperarlo? Él necesitaba hablar con alguien mayor. Pensaba que seguramente era alguien de treinta o cuarenta años. Entonces la secretaria le habló desde su escritorio, pero no entendió ni una sola palabra. Ella se paró y abrió la puerta del despacho.

—*Mercy* —dijo Fernando.

Cuando entró, vio a un hombre de unos cincuenta años. Le estrechó la mano.

—¿Argentino? ¿Habla francés?

—No. Buen día, Alain. ¿Usted habla español?

—Buen día, señor Quiroz. Sí, es un requisito de mi trabajo hablar varios idiomas. Perdone mi acento, hace mucho que no hablaba.

—No importa, lo hace muy bien —contestó Fernando acomodándose la barba.

—Gracias. Tome asiento —ambos se sentaron—. Disculpe la demora, recién tuve una entrevista por “facetime” con un árabe. Mucha tecnología para mi gusto. Al menos usted vino hasta acá.

—Bueno, lo felicito también por hablar árabe.

—No, por suerte me puedo comunicar con ellos en inglés. En fin. ¿Un café?

—Sí, gracias.

Alain llamó por su intercomunicador, suponía que a su secretaria, luego lo miró a los ojos a Fernando.

—¿Qué trae a un policía argentino por aquí?

—Quería saber por qué la fundición Val D’Osne cerró sus puertas en 1986.

—Eh... pero sigo sin entender la relación.

—Además de policía, soy fotógrafo y hay muchas obras y monumentos de la fundición en Buenos Aires. Decidí publicar un libro y necesito algo de historia, quizás usted podía darme detalles que uno en Internet no encuentra. —Improvisó Fernando.

—Bueno, como sabrá, nosotros estamos encargados solamente de reconstruir la fundición, no somos ellos.

—Lo entiendo, pero cualquier idea me puede ayudar.

Ingresó la secretaria con dos tazas humeantes. Las dejó sobre el escritorio con sobrecitos de azúcar y edulcorante. Luego se fue. Alain y Fernando levantaron las tazas y bebieron despacio.

—Mire, debería por las dudas corroborar la información, pero por lo que sé, quebró por problemas económicos. Pero creo que lo que usted tiene que recalcar es que ahora abrirá de nuevo con la ayuda de la compañía Vinci. El objetivo es que el pasado que embellecía las calles de

las ciudades más significativas del mundo se convierta en presente.

—Gracias, justamente una de esas obras que embellecen la ciudad de Buenos Aires, es una réplica original a menor escala de la Estatua de la Libertad de Bartholdi. Tendrá alguna ficha o recibo de venta de la estatua.

Alain se quedó pensativo.

—No ubico la estatua, pero sé que hay muchas. Los documentos o legajos de las estatuas se perdieron todos. Lamentablemente no lo puedo ayudar.

—¿Podría consultar si efectivamente es así?

—Lo primero que hizo la firma fue intentar poner los papeles en orden y como tardó varios años en declararse patrimonio histórico después de la quiebra, todo se perdió. No encontramos nada.

Fernando levantó los hombros resignado.

—Hubiera sido más sencillo enviarles un e-mail, que venirme hasta acá.

—Lamento no poder ayudarle, ¿pasó por la fundición?

—Sí.

—¿Visitó el museo de Bartholdi en Colmar?

—No.

—Quizás ahí tengan algo sobre la estatua o la réplica original.

—Muchas gracias. Puede ser. Voy averiguar.

Fernando se paró y le estrechó la mano a Alain, que se mostró un poco decepcionado en no poder ayudarle.

—Igualmente, la Estatua de la Libertad de original no tiene nada —dijo Alain.

—¿Perdón?

—Eso me lo decía justamente mi profesor de español, que era oriundo de Zaragoza. Él me dijo que unas décadas antes de que Bartholdi hiciera la Estatua de la Libertad, un escultor español, también zaragonés, hizo una o dos que

ahora están en Madrid. No recuerdo el nombre pero eso está en Internet. Por si le interesa averiguar.

—Muchísimas gracias por el dato. Voy a investigarlo —mintió Fernando, que sintió en su bolsillo su celular vibrar. ¿Quién mierda era? ¿Y otra vez se había olvidado de desactivar el roaming?—. Tengo que atender el llamado, cualquier duda, estamos en contacto por mail. Un placer.

—El gusto fue mío. Buena estadía, Fernando.

Fernando abandonó el despacho y vio la pantalla de su celular. Era el fiscal que seguía el caso de los homicidios de la estaca. Atendió.

—¿Así que estás en Francia? ¿Qué mierda haces ahí?

—Hola Ramiro, tenía días y bueno...

—Ya no tenés más días. Te necesito.

—¿Un nuevo homicidio?

—No, mejor, tenemos una sospechosa. Un testigo de identidad reservada la vinculó a varios de los crímenes, y cámaras de seguridad filmaron a la sospechosa estando en las zonas horas antes u horas después.

Después de todo, hubo un avance, pensó Fernando. ¿Quién será ese testigo? Pero sabía que no se lo iban a decir.

—¿Quién es la sospechosa?

—Se llama Faustine Marielle Pirès. Francesa, de veintisiete años. Muy bonita. No está enganchada a ninguna red social. Solamente encontramos fotos de ella usando el identificador facial de la fotografía del pasaporte y la encontramos en otras redes de encuentros sexuales pero siempre usando diferentes alias, que utilizó para encontrarse con sus víctimas, muchas de ellas desaparecidas. Justo hoy volvió a Paris en un vuelo directo desde Buenos Aires. En breve sale el pedido de captura internacional por Interpol. Estoy esperando la orden.

—Bueno, genial. Lástima que no la agarramos allá.

—Por eso vos te vas a sumar al equipo de Interpol.

—Pero sólo soy el fotógrafo.

—Dejate de joder, Fernando, sos más inteligente que todos nosotros y a mí no me tomas por boludo. No es casualidad que estés en Francia.

—¿Qué tengo que hacer?

—Los padres de ella viven en Paris. Vamos a ir a visitarlos. Corto con vos y te mando por mail el contacto del jefe de Interpol en Francia. Sumate enseguida, por favor.

—Listo, hablamos.

—Chau y no desaparezcas más del radar.

Fernando colgó. Respiró aliviado, al menos había acertado en viajar tan lejos.

Sola (Faustine)

La noticia del fallecimiento de Charles fue lo peor de todo lo que le había pasado. Se había ido su ídolo, su mentor, la única persona en el mundo que podía entenderla. Sólo le quedaba verificar que sus padres estuvieran sanos, pero a una cuadra de distancia vio el cordón policial. Algo no estaba bien. Había sido descubierta. Tal vez ya habían realizado el pedido de captura. Tenía que cambiar su look de forma urgente y moverse en moto. El casco era la mejor forma de mantener oculto su rostro el mayor tiempo posible. Charles tenía una residencia en Paris y una colección de motos. Pero primero precisaba saber que sus padres estuvieran vivos. Si había un cordón policial, quizás hubo un asesinato. Tragó saliva. No podía perder todo en tan poco tiempo. Sus tíos no la habían llamado, sus primos tampoco. No vio ninguna ambulancia pasar. Las malas noticias llegan rápido. Entonces su celular vibró. Era su mamá. La policía podía estar con ellos. Podían rastrearla. No atendió. Apagó el celular y sacó el chip. Luego se lo tragó. Se fue para la casa de Charles, pensando en cómo iba a entrar.

La llave (Nacho)

El equipo del MOA junto a los escultores y arqueólogos privados contratados por Marcel no tardaron mucho en descubrirlo: debajo del General San Martín cabalgando, la estructura rectangular, la parte elevada del basamento, donde están los relieves de bronce haciendo referencia al combate de San Lorenzo, la batalla de Chacabuco y la de Maipú, era hueca. Con extremo cuidado retiraron los tres relieves, encontrando dos manijas doradas de cada lado. En cada esquina había una columna de hierro capaz de soportar al jinete sin que colapse en caso de retirar el ataúd reforzado en acero. Para sacarlo usaron un montacargas con un brazo extensible.

Llevaba la firma de Eiffel. Marcel estaba ansioso por abrirlo, pero antes tuvo que esperar que llegara el Jefe de Gobierno de la Ciudad, un juez, un fiscal e incluso la policía científica, un equipo forense y arqueólogos oficiales, después de todo, la posibilidad de que hubiera un cadáver dentro era alta.

No había forma de abrir el sarcófago. Solamente se descubrió que se trataba de una estructura hueca. Primero habían intentado remover la tapa manualmente, pero no pudieron. Los especialistas pensaron que usar un soplete no era una alternativa, ya que podía dañar lo que hubiera adentro. Solamente había una pequeña ranura. Con luces especiales se pudo determinar que tenía una profundidad estimada de unos veinte centímetros y su terminación culminaba en un punto, como si pudiera entrar una daga.

Nacho siguió atento a las pericias y frente a las tentativas negativas de abrir el ataúd, tuvo una idea que la compartió con Marcel.

—¿Y si utilizamos el rayo de la corona de la Estatua de la libertad?

Marcel lo miró a Nacho y frunció el ceño.

—El séptimo rayo, el que faltaba —insistió Nacho—.
¿Lo consiguieron?

Marcel le apoyó la mano sobre el hombro a Nacho y cariñosamente se lo apretó varias veces.

—Sos un genio. Sabía que tenía que traerte.

Marcel llamó por teléfono, aunque frustrado, cortó. Luego buscó con la mirada a Javier, que había llegado tan sólo una hora atrás.

—¡Javier!

Javier se acercó.

—No me atiende Marcos, que está cuidando la estatua.

—Ya me ocupo.

—¿Qué hicieron con Leopoldo y Carlos?

—Los movimos del lugar y los llevamos al único hostel donde Faustine se anotó con su nombre verdadero para poder culparla de sus muertes.

—Excelente. Hablá ya mismo con Marcos, quiero el rayo de la corona.

—Al parecer los muchachos o Faustine lo puso nuevamente en su lugar.

—No me importa, traelo.

Javier asintió y se llevó su celular a la oreja. Marcel le sonrió a Nacho.

—Me encantaría que vos seas mi yerno.

—Gracias.

—Vení, acompaña mí, te voy a presentar al Jefe de Gobierno, tal vez quiera que pintes algún día de estos algún mural en la ciudad.

La policía había acordonado toda la plaza, a menos de un metro estaban las camionetas de los canales de televisión. Los periodistas en vivo cubrían la noticia. Estaba anocheciendo. Tuvieron que poner varios faroles ilumi-

nando el monumento y el ataúd. Javier llegó con el rayo envuelto en un trapo. Un arqueólogo lo miró y asintió con la cabeza. Delicadamente lo fue introduciendo. Cuando terminó sonó un ruido y se liberó aire. Ahora sí pudieron remover la tapa manualmente. Adentro había un esqueleto con una espada dorada y un grueso papiro al lado de cada pierna. Marcel lo abrazó a Nacho y levantó el puño, victorioso.

Desenrollaron los papiros. Uno era un documento que confirmaba que el cadáver era Juan Bautista Tupac Amaru, el otro era un mapa. ¿Un mapa hacia dónde? Por último, descubrieron grabados en el interior del sarcófago el compás, la escuadra y la letra G, símbolos masónicos. También había una placa, que mencionaba cuál era el grado de Tupac Amaru: 34, uno más alto que el conocido mundialmente como el Soberano Gran Inspector General de la Orden, grado que había alcanzado Domingo Faustino Sarmiento según recordaba Nacho de la visita guiada al cementerio de la Recoleta.

—Necesito que le hagan una prueba de ADN y me la entreguen —reclamó Marcel.

—Para ello necesita la orden de un juez —dijo un perito.

Marcel frunció el ceño y se llevó el celular a la oreja, mientras esperaba que atendieran lo miró a Nacho.

—Andá a descansar. Será una noche larga. Muchas gracias.

—De nada, suerte con todo, buenas noches.

Nacho miró a todos lados. Era un manicomio. Gente corriendo de un lado al otro. Un periodista le preguntó si había visto algo, otro qué hacía ahí. Nacho atinó a negar con la cabeza. Lo único que quería era irse a dormir a su departamento.

Rayos dorados (Faustine)

Once años atrás, cuando regresaron de Colmar, Charles le había mostrado su casa. Más adelante visitaría su residencia en Inglaterra. Al pasar los años y crecer la confianza y la amistad, Charles le indicó los rincones de la casa donde guardaba una caja fuerte que contenía dinero, documentos, escrituras, testamentos, pasaportes, todo lo necesario si había una emergencia o si a él le pasaba algo. Era el momento de abrirlo. Solamente apoyando el dedo pulgar, la caja fuerte se abrió. Había treinta mil dólares y cinco mil euros en efectivo, varios documentos y pasaportes falsificados a nombre de él y de ella, pero lo que le llamó la atención eran dos estacas doradas. Parecían rayos como el de la Estatua de la Libertad de Buenos Aires. ¿Por qué dos? ¿Habría más rayos en el domicilio de Inglaterra? No podía correr suerte e ir allá. Ahora, lo más importante era estar cerca de sus padres y asegurarse de que no les pasara nada.

El regreso (Fernando Quiroz)

Pasaron dos semanas sin noticias de Faustine. El hotel y los viáticos que le brindó Interpol eran de lujo, pero se le había inhabilitado la tarjeta de crédito por razones de seguridad y no podía usar su sueldo para matar el tiempo libre. Fernando, mientras miraba la antorcha de la Estatua de la Libertad sobre el Puente de I'Alma, que hacía veinte años se había convertido en el “Monumento de Lady Di”, pensaba que lo único que quería era regresar a Buenos Aires y seguir de cerca al nuevo hombre en escena, que se robaba todos los flashes y titulares: Marcel Tupac Amaru.

Fernando todavía se preguntaba si la estatua de Belgrano escondía algo, pero que en definitiva el monumento del General San Martín sí lo había hecho. El secreto mejor guardado. Jamás se le hubiera ocurrido. La investigación personal que llevaba del caso, viró completamente. Había sido descubierto el cadáver de Juan Bautista Tupac Amaru, a quien el mismísimo Manuel Belgrano había intentado proponer como Rey del Virreinato del Río de la Plata. Pero no conforme con eso, apareció un francés quien decía ser el descendiente del Inca y además mostrar la evidencia en un acta con una ley sancionada por el Congreso de Tucumán a comienzos del siglo XIX, que justamente proclamaba al candidato de Belgrano al trono americano conformando una monarquía constitucional o parlamentaria. Ahora estaban en la cuenta regresiva para saber a través del test de ADN si Marcel era descendiente de Juan Bautista. Si bien todavía Marcel no lo había aclarado públicamente, todos suponían que iba a reclamar el trono que nunca existió o, en su defecto, tierras o metálico pertenecientes a su ancestro. Algunos periodistas, empresarios o políticos, la noticia se la tomaban con humor, otros con

precaución y los más conspirativos o paranoicos, con seriedad. Fernando era de los últimos.

Finalmente su deseo se cumplió. El fiscal y el comisario le pidieron que regrese. Interpol seguiría trabajando tras la pista de Faustine con la colaboración de la Policía Federal Argentina, pero sin personal en Francia.

Antes de subirse al avión, Fernando decidió visitar la Isla de los Cisnes, sobre el río Sena, una isla muy alargada que justamente parecía ser una fila de cisnes, donde en un extremo estaba la otra réplica de la Estatua de la Libertad, de casi unos doce metros de alto. Inspirado en aquel magnífico monumento, Fernando se preguntaba qué era lo que no estaba viendo. El pintor tendría que saber algo, pero estaba muy ocupado siguiendo los pasos de Marcel. Definitivamente lo había perdido a Nacho. ¿O tal vez no? Quizás solamente tenía miedo de aquel siniestro personaje. Él había viajado a New York. Días después hubo un accidente mortal dentro de la Estatua de la Libertad. ¿Coincidencia? Lo más prudente era regresar y juntarse en persona con Nacho.

Plebiscito (Nacho)

Mientras limpiaba las copas y los chops de cerveza, Nacho pensaba en Greta. Durante dos semanas ella no estuvo muy disponible. Apenas la había visto tres veces, contando el funeral de su abuelo, un almuerzo y una cena, sin ingredientes extras. Él todavía no entendía bien qué eran: si novios o amigos con algunos derechos. Greta tenía excusas lógicas, que estaba sola en la galería después de los varios fallecimientos y la renuncia de Sabrina. El trabajo rebasaba, sumado a varias reuniones que tuvo que acompañar a Marcel y a su mamá con funcionarios del gobierno. Aunque Nacho se había ofrecido a ayudarla, Greta lo rechazó pidiendo que se enfoque en la facultad y en el bar de Virginia. Le había aclarado que pronto estarían juntos todo un fin de semana. ¿De verdad él quería creer eso, o que ella era adicta al trabajo para no pensar que estaba siendo otra vez rechazado? Al menos, la nueva misteriosa medicación le había regulado mejor el sueño y ya tenía turno mañana con un especialista también recomendado por Marcel. Quizás, después de todo, pronto tendría una vida normal. Una vida que volvió a la realidad cuando Virginia lo miró con cara de odio.

—¿Lo echo?

Nacho miró a sus espaldas, sentado estaba Fernando entrelazando sus dedos en su barba, esperando ser atendido. Nacho negó con la cabeza.

—Déjamelo a mí. La otra vez fue un mal entendido.

—¿Mal entendido?

—Es policía, se equivocó conmigo. Puede pasar.

—Bueno, sé rápido que en media hora se llena el boliche.

—Dale, “mamá”.

Nacho fue hacia una canilla de cerveza de la variedad *Indian Pale Ale* y sirvió un chop. Luego fue hacia donde estaba Fernando, se sentó frente a él y le deslizó el chop espumoso.

—Hola, Fernando.

—Hola, Nachito, ¿gentileza de la casa?

Nacho asintió.

—Muchas gracias —bebió un largo sorbo que dejó el chop a la mitad.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Ayer llegué de París y vengo con dudas y novedades.

—Pregunta...

—Para ser justos, primero te digo lo que sé, quizás vos ya te enteraste, dado que Greta es la hija de Marcel.

—No, ¿de qué?

—Llegaron a un acuerdo, Marcel, el presidente y un grupo selecto de empresarios. Mañana anunciarán que la decisión la tiene el pueblo argentino de darle o no la corona a Marcel, de reivindicar la herencia de los pueblos originarios, de cambiar la forma de gobierno republicana a un gobierno con monarquía constitucional.

Nacho estaba pálido ante la noticia. Entendía muy bien que lo favorecía, pero también sabía que Marcel estaba loco. Darle semejante poder destruiría cualquier principio de moral que aprendió de su familia y propias costumbres en la sociedad que vivía.

—¿No es una buena noticia? —Fernando se dio cuenta que un debate estaba ocurriendo en sus pensamientos.

—Mirá, mi amiga es Greta, lógicamente conozco a Marcel como su papá.

—¿Amiga? ¿Todavía no te definiste?

Silencio.

—Mi relación íntima no es de tu incumbencia.

—Tranquilo, amigo, sí, lo sé. Pero sí es de mi incumbencia el “accidente” en la Estatua de la Libertad.

Sorpresa. ¿Cuánto sabía? Nacho tragó saliva. Estaba con los ojos bien abiertos, completamente perplejo.

—Sé que estabas ahí —continuó Fernando—, sos muy inocente para saber mentirme.

Sentía que podía contarle todo, pero la verdad podía lastimarlo a él y a su familia.

—Marcel es muy poderoso...

—Creéme que lo sé. Lo que no sé es si es digno de cubrir el puesto que está reclamando.

—Mirá, tengo que volver al trabajo y como sabés, por la condición que sufro ni bien termino la jornada tengo que ir a descansar. En otra oportunidad.

—Bueno, me aparezco otra noche.

—No quiero sorpresas. Ni tampoco me llames... necesito pensar qué responder.

—¿Tenés un e-mail?

Nacho sonrió.

—Bueno, dale, anotá, es fácil de recordar.

Primera plana (Faustine)

La noticia era tan importante que tenía una cobertura total en la CNN y algunos noticieros franceses, teniendo en cuenta que Marcel era francés. Faustine no podía creer lo que estaba viendo, el pueblo argentino estaba votando si lo quería a Marcel como Rey o no. Encima, si salía favorable era probable que el plebiscito se realizara a futuro en otros países como Perú, Chile, Uruguay y Paraguay. ¿Cómo podían votar a ese asesino?, se preguntaba Faustine. La impotencia la volvía loca. Las encuestas estaban parejas, algunas lo daban ganador y otras lo daban perdedor, con poco margen, que lo dejaría en buena posición a futuro para postularse a presidente. Faustine lo odiaba, algo tenía que hacer. Estaba cansada del encierro y de vivir en las sombras para no ser arrestada. Tenía que arriesgarse y usar los pasaportes falsos que Charles había hecho y regresar a la Argentina. Faustine apagó la tele. Sonrió e imaginó la venganza.

La otra libertad (Fernando Quiroz)

Se abrazaban como si hubieran ganado la presidencia, pero habían ganado mucho más. Faltaba el recuento de votos, por lo que el resultado final se demoraría unos días más. En el bunker se lo veía a Marcel abrazar a Isabel y a su hija Greta, futura reina si toda esta locura se mantenía. Nacho no estaba por ningún lado. Si bien no estaba respondiendo los correos electrónicos de Fernando, por lo menos parecía estar distanciado. Marcel había ganado por el SI con un 51% de los votos, contra el 49% del NO. Mucho no iba a cambiar, la figura del Presidente se convertiría en el Primer Ministro y a grandes rasgos todo funcionaría igual. El Palacio de Aguas Argentinas ubicado en la Avenida Córdoba entre Riobamba y Sarandí se convertiría en el Palacio Real, donde estaría Marcel.

Apagó la tele, no podía tolerar más la autodestrucción de su país. Pensar que todo había empezado con el asesinato de quien había falsificado la Estatua de la Libertad de Belgrano, una estatua que según el jefe de prensa de Vincente, dijo que no era “tan” original, que en Madrid había una más antigua. Fernando, curioso y arrepentido de no haber buscado antes aquel dato, fue hacia la computadora, ingresó en google, tipeó: “Estatua de la Libertad Madrid”. No podía creerlo. En las fotos que aparecieron en el buscador se veían fotos de la estatua con algunos rayos faltantes. A diferencia de la estatua de Bartholdi, ésta tenía trece rayos y había algunas fotos que estaba con diez o nueve. Al parecer había sufrido alguna especie de atentado o destrozo por causas naturales, quizás un temporal.

Siguió leyendo, la Estatua de la Libertad de Madrid estaba en el patio interior del Panteón de los Hombres Ilustres, arriba de la cúpula de un Mausoleo conjunto, de forma cilíndrica. Más que una cúpula donde estaba de pie la estatua, parecía un tejado cónico.

En otras palabras la Estatua de la Libertad española estaba en un cementerio, una extraña coincidencia con el monumento del General San Martín, que secretamente escondía los restos de Juan Bautista Tupac Amaru. La estatua era más tétrica que la de Bartholdi, exhibía un seno, una corona de trece rayos, trece... un número asociado a la mala suerte, contrario a los siete (de la buena suerte) de la neoyorkina, y tenía, en vez de una antorcha, un cetro, por decir un bastón de mando. Como había dicho el jefe de prensa, fue esculpida varios años antes, precisamente en 1857, por Ponciano Ponzano. Él, además hizo el relieve encima del frontón del Congreso de los Diputados español, otra figura de la libertad con otra corona de rayos, realizada años antes, en 1848. A simple vista, Fernando no pudo descubrir nada significativo en la vida del autor que lo llevara a pensar en una conspiración o que fuera masón, como si lo fueran Bartholdi y Eiffel. Además, la obra más importante de Ponzano eran los leones que justamente custodian el Congreso de Diputados.

Fernando permaneció pensativo frente al monitor. Se masajeó los ojos por un instante y volvió a mirar. Si el monumento a San Martín escondía al heredero Inca, qué figuras o, justamente, ¿qué hombres ilustres albergaba el Mausoleo? Entre ellos, quién resaltó fue Diego Muñoz—Torrero, un sacerdote que fue diputado de las Cortes de Cádiz, las mismas que liberarían a Juan Bautista Tupac Amaru. No sólo fue diputado, sino que presidió la corte. No significaba nada pero le llamó la atención la coincidencia, que justo alguien vinculado a Tupac Amaru estu-

viera enterrado en un mausoleo en cuya cúspide había una Estatua de la Libertad.

La fecha de defunción también era cercana. En 1829, Muñoz—Torrero, perseguido por sus ideas liberales y enfrentándose al Rey, hasta a la misma Iglesia, había sido apresado, torturado y, como consecuencia del maltrato, asesinado en Portugal, en la Torre de San Julián de la Barría, donde actualmente hay un faro. Si bien Muñoz—Torrero no lo había declarado, en aquella época lo acusaban de masón, de hecho, algunos se opusieron a que su cuerpo fuera enterrado. Fernando pensó que existía una posibilidad de que el sacerdote convirtiera a la masonería a Juan Bautista Tupac Amaru antes de liberarlo, como marcaba su ataúd.

Siguió leyendo y abriendo innumerables pestañas en su navegador. El mausoleo había sido inaugurado en 1857 en el desaparecido cementerio de San Nicolás, que había abierto sus puertas en 1825 y cerrado en 1884. Luego, en 1912, fue trasladado el mausoleo al Panteón de Hombres Ilustres. Fernando meditó y, buscando una nueva teoría, vio que las fechas encajaban: Tupac Amaru fallece en 1827, dos años después de la inauguración del cementerio. El sacerdote es asesinado en 1829 en Portugal. Sus restos fueron trasladados al cementerio donde le darían ubicación final en 1857, una vez construido el mausoleo. No y no. Estaba pensando mal. Como investigador no podía creer en las coincidencias a pesar de que el ADN correspondía entre Juan Bautista y Marcel. ¿Por qué le faltaban rayos a la corona de la Estatua de la Libertad española? Fotos más actuales la mostraban completa, pero por un periodo le faltaron varios rayos. Recordó el accidente mortal sin resolver del inglés en New York. Le envió un e-mail a Clara preguntando por los sellos del pasaporte de Charles Shilton, quizás también estuvo en España. A los segundos,

Clara le respondió que no tenía acceso a esa información, pero tenía un conocido en migraciones que lo haría aunque le saldría unos miles de pesos. La investigación lo estaba dejando seco a Fernando, pero estaba seguro que él amaba más a su país que Marcel; le pidió a Clara que lo hiciera.

Mientras aguardaba la respuesta, continuaba pensando cada detalle. Se paró, caminó por cada rincón de su departamento como un león enjaulado. Fue al baño, se retocó la barba con una tijera. Vio algunas canas, lo que le hizo pensar que Juan Bautista Tupac Amaru era un hombre muy grande de edad, casi un anciano. Le intrigaba que pudiera atravesar con tantos años a cuestas el océano atlántico por un mes en barco y luego ser lo suficientemente semental para tener descendencia. Además, en aquella época quién había tenido la oportunidad de conocerlo en persona estuvo encerrado mucho tiempo. Nadie, salvo Diego Muñoz—Torrero. Solamente Juan Bautista era conocido de nombre y por ser el hermano de José Gabriel. La fotografía apenas era un descubrimiento en 1820. No había fotos de Juan Bautista. ¿Y si todo era un engaño? ¿Si quién viajó era también un aborigen, pero más joven, haciéndose pasar por Juan Bautista Tupac Amaru con el objetivo de salvar la herencia inca y conformar así la primera monarquía masónica?

Nuevamente frente a la computadora, todavía no había recibido ningún e-mail de parte de Clara. Pensó en el cementerio de San Nicolás que había desaparecido. ¿Por qué? En la web no encontró información, pero sí que el terreno había sido vendido a la Cervecería El Águila, donde instaló su fábrica y en 1985 cerró sus puertas. Hoy en día funciona el Archivo y Biblioteca Regional de la Comunidad de Madrid. Interesado, buscó más información sobre el archivo; decía poseer documentos históricos de la diputación de Madrid, como archivos de carácter personal

y de instituciones religiosas. Quizás tuvieran documentos o cartas de Diego Muñoz—Torroero. Otro lugar para visitar era la Torre de San Julián de la Barra, en Portugal, también existía la posibilidad de que hubiera algún rastro o pista dejada por el sacerdote, aunque sabía que era remota. Pero el lugar que definitivamente tenía que visitar era el Panteón de los Hombres Ilustres. Se tronó los dedos, había pasado casi diez horas investigando, se fijó si había tenido respuesta pero no la necesitaba, sabía que tenía que sacar un pasaje a Madrid lo más rápido posible, antes que asumiera Marcel al trono.

A una semana de la coronación (Nacho)

Era un día espléndido. El sol se reflejaba en el verde de la Barranca de Belgrano. El cielo estaba azul, despejado de nubes. Nacho había ido a visitar a la restaurada Estatua de la Libertad. Marcel había ordenado el día anterior volver aemplazar la original que había sido robada. Habían arreglado el rayo. Ahora, la corona volvía a contar con los siete. Nacho respiró aliviado y feliz. Todo había terminado. Esperaba por Greta, que no la había visto por un buen tiempo, internada en la campaña de Marcel. A la distancia sentía que había mejorado la relación entre ambos, igual, era un tema que quería consultarla bien con ella. Todavía no podía olvidar lo que había pasado dentro de la Estatua de la Libertad y le costaba ignorar los e-mails de Fernando, quería contarle todo lo que sabía.

A lo lejos, usando como respaldo el tronco de un árbol, estaba durmiendo el borracho que lo había asustado al comienzo, cuando había ido a pintarla. Le faltaba el teatra—brik pero no tenía dudas de que ya se lo había tomado. Él también estaba un poco cansado. Quería sentarse. Aunque la fatiga la perdió al instante. Allá estaba Greta, vestía diferente, había dejado atrás el negro sofisticado por un lindo vestido blanco a lunares rojos. El escote no podía faltar. Parecía que venía a un pícnic, aunque le faltaba la canasta en la mano. A lo lejos vio a dos hombres musculosos con chombas y anteojos de sol. Portaban pistolas enfundadas en la cintura sin ningún tipo de resguardo. Al menos estarían seguros. Pensar que ahora Greta era una princesa. ¿Él qué título nobiliario tendría? ¿Conde? ¿Duque? ¿Marqués? Sonrió, al fin y al cabo parecía un cuento de hadas.

Greta cruzó los brazos detrás del cuello de Nacho, que la tomó por la cintura. Se besaron.

—Hola, bombón —dijo Greta.

—Hola, hermosa, estás irreconocible.

Greta rió.

—Perdón, te lo merecías por todo el tiempo que te hice esperar.

Se volvieron a besar.

—Primero —dijo Greta—, quiero disfrutar el día, acá, donde todo empezó. Después, podemos comer algo en el barrio chino y más tarde... terminar el asunto pendiente de la cocina.

Greta le guiñó un ojo y se mordió apenas el labio inferior. El corazón de Nacho bombeó fuerte. Se volvieron a besar. Cerró los ojos y dejó que sus otros sentidos funcionaran. Fue prolongado, si Nacho tuviera que describirlo usaría las palabras de Julio Cortázar. Cuando abrió los ojos, detrás de Greta vio a una mujer empuñando en cada mano un cuchillo dorado. No eran cuchillos, eran unas puntiagudas estacas doradas. Tampoco, eran dos rayos. Era la asesina. Nacho la abrazó con fuerza a Greta y se dio vuelta. Cerró los ojos. Sintió dos apuñaladas en la espalda. Gritó. Escuchó más gritos. Otra vez su carne se desgarraaba. Escuchó disparos. Abrió los ojos y se encontró con la mirada sorprendida de Greta. Era hermosa. Miró ligeramente hacia el costado y vio a una bella mujer tirada en el pasto con la mirada vuelta hacia la Estatua de la Libertad. Su cuerpo comenzó a sangrar, formando un inmenso charco. Nacho también estaba húmedo. No pudo mantenerse en pie y se arrodilló arrastrando consigo a Greta, que ahora estaba gritando su nombre. Nacho volvió a ver a la mujer, era parecida a Greta, una réplica más, una hermosa estatua esculpida siglos atrás, albergando secretos y seduciendo a hombres famélicos de conocimiento. Todavía respiraba,

un custodio le apoyó la rodilla contra su panza y le apoyó la pistola en la sien. Ahora, los ojos de Nacho se fueron más arriba, al cielo azul. Los brazos de Greta lo acostaron suavemente, trayendo su cabeza contra sus piernas. El cielo se oscureció. El Sol se eclipsó por la Luna más bonita, Greta. Sintió sus manos acariciar sus cabellos, luego sintió una manos más grandes moviéndolo hacia el costado y aplicando presión en las heridas de su espalda. Pero por más que lo hubieran movido, su mirada no se había desviado un segundo de Greta.

—Te amo —dijo Nacho.

Ella largó un llanto, un grito ahogado consumido por la desesperación. Nacho tenía frío, la vista se le nubló. Parpadeó, hasta que finalmente dejó de hacerlo. Oscuridad. A tientas, buscó con su diestra la mano de ella. La encontró. Entrelazó los dedos con fuerza. La mano de Greta nunca lo soltó.

El Mausoleo (Fernando Quiroz)

Cada vez que viajaba algo sucedía. La noticia había recorrido el mundo. Los dos agonizaban. La policía tenía la esperanza de que Faustine saliera del coma (había recibido dos impactos de bala, uno en el hombro y otro en el estómago) y pudiera ser interrogada. Averiguar entre tantas cosas, por ejemplo, por qué usó estacas y de dónde había conseguido las doradas. Fernando lo sabía muy bien, Charles había viajado varias veces a Madrid y en alguna oportunidad se las robó de la corona de la estatua que vigila el Mausoleo.

En cuanto a Nacho, que sufrió tres puñaladas, al principio los periodistas tiñeron la nota de color, señalándolo como el héroe que había salvado a la princesa. El pueblo argentino demostró empatía, algunos hicieron guardia y llevaron rosas y velas a la puerta de la clínica donde se encontraba internado. Pero al pasar los días, la inminente coronación con la presencia de todos los líderes mundiales lo había dejado a Nacho en segundo plano. Fernando no se había olvidado de él. No era católico, por lo que no le dedicó ninguna oración, pero en lo más profundo de su ser le deseaba una pronta mejoría. Lo que sí podía hacer era encontrar la prueba que diera vuelta el tablero.

Le gustaba España y a diferencia que en Francia, podía comunicarse mucho mejor. Los primeros días los pasó en la biblioteca de Madrid. La búsqueda fue poco fructífera, apenas había encontrado documentos que elevaban un pedido por parte de Diego Muñoz—Torrero para la liberación de Juan Bautista Tupac Amaru. La había vuelto loca a la joven bibliotecaria, que al comienzo le buscaba todo lo pedido por Fernando, pero fue cediendo su buena predisposición.

—Muchas gracias por todo. —Le dijo Fernando.

—Hasta mañana.

—No vuelvo.

Fernando buscó un chocolate en el bolsillo que se había olvidado dárselo a primera hora. Estaba un poco blando.

—Para vos, de nuevo gracias por todo.

—De nada, antes de irse encontré algo más sobre el sacerdote.

La bibliotecaria tomó un libro que tenía a un costado y lo abrió por la mitad. Se lo pasó a Fernando, que lo leyó. Básicamente detallaba lo que había ocurrido después del fallecimiento de Muñoz—Torrero. En 1834 el cónsul español en Portugal reclamó los efectos personales y el cuerpo del sacerdote. Finalmente fue enterrado de forma católica y honorífica en el cementerio de la Villa de Oeiras. En 1864 sus restos mortales fueron trasladados a Madrid, para ser enterrados en el Mausoleo Conjunto.

—Excelente —dijo Fernando—, fuiste de gran ayuda.

La bibliotecaria asintió.

—Mucha suerte, espero que encuentre lo que está buscando —dijo.

Fernando esperaba encontrarlo en el panteón.

El Mausoleo donde estaba la Estatua de la Libertad era blanco y alto, como de dos pisos, pero no tan grande como creía. Adentro cabía una persona parada. Ingresabas por una puerta de metal negra. En su interior, en el piso, veías una placa de mármol y escrito en relieve, con letra impresa: AQUI YACEN LOS RESTOS MORTALES DE LOS EXCMOS. SEÑORES, D. DIEGO MUÑOZ—TORRERO 3 MARZO 1829. A continuación seguían más nombres. Que adentro de aquella tumba hubiera algo, lo dudaba mucho, y si lo hubiera, ¿cómo lo conseguiría? Imposible. Salió y miró nuevamente la estatua. Efectivamente, tenía los trece rayos y notó algo que no había percibido en las

fotos. Al lado del pie derecho de la estatua había un gato. ¿O un pequeño león? Estaba echado. Efectivamente, estaba rendido a sus pies y de la nada le vino la letra del himno nacional: *¡Oíd, mortales!, el grito sagrado: ¡libertad!, libertad!, libertad! Oíd el ruido de rotas cadenas ved en trono a la noble igualdad. Se levanta en la faz de la tierra una nueva gloriosa nación. Coronada su sien de laureles, y a sus plantas rendido un león.*

Fernando le tomó una fotografía con su Canon Rebel T6i. Luego, siguió recorriendo el panteón, quizás alguna idea le surgiera o habría sido un viaje sin sentido como el de Francia. El panteón era exquisito, todas las esculturas eran brillantes, pero lo que le llamó la atención fue el mausoleo de Manuel Gutiérrez de la Concha, adornado por la escultura de Marte, el dios de la guerra. A diferencia del Marte, que se encontraba en el monumento del General San Martín en Argentina, éste tenía alas. Mirando hacia abajo estaba una lápida con el relieve de costado de un león echado. Además, sostenía un plato con la imagen del difunto. Las coincidencias lo llevaron a buscar en el navegador de su celular, ¿quién había sido Manuel Gutiérrez de la Concha?

General, también conocido por el Marqués de Duero, había nacido en el virreinato del Río de la Plata, en ese entonces en Argentina, en 1808. Su padre, brigadier marino, gobernador intendente de la provincia de Tucumán, también conocido por ser masón, fue fusilado a los dos años, durante la Revolución de Mayo. Años más tarde viajaría con su familia a España, donde recibiría educación militar. Como su padre, se adhirió al liberalismo, que lo llevó a estar algunos meses preso hasta la muerte del Rey Fernando VII. Siguió leyendo, varias conquistas militares en batalla, que lo fueron subiendo de grado hasta general en 1841, pero fue recién en 1847 cuando la lectura se vol-

vió interesante, había recibido la orden de encabezar una expedición a Portugal a fin de ayudar al gobierno de la reina María II de Portugal, que estaba tambaleando. Tuvo éxito y recibió más condecoraciones. Quizás, había tenido la oportunidad de estar en la Torre de San Julián de la Barrera. Fernando negó con la cabeza, todo estaba traído de los pelos, por qué se engañaba a sí mismo... Si el sacerdote tenía algo de Juan Bautista, ya lo hubiera conocido el cónsul español, a no ser que el gobierno de Portugal ocultara alguna de sus pertenencias y recién con soldados españoles en su territorio tuvieron acceso a ellas, al menos el General de la Concha.

El celular comenzó a vibrar. Otra vez se olvidó de apagar el roaming, por suerte el paquete de datos lo tenía desactivado. Era el comisario, el gordo Daniel.

—¿Dónde mierda estás?

—Hola, Daniel, en España.

—Mirá vos, de vacaciones, ¿quién te dio permiso?

—No estoy de vacaciones.

—Yo tampoco, tengo infladas las pelotas con los preparativos de seguridad.

—Ciento, la ceremonia.

—Bueno, volvete urgente, necesito a todo el equipo que estuvo investigando los crímenes de la francesa. Gendarmería tiene que hablar con todo personal.

—¿Gendarmería?

—Sí, por pedido directo de la monarquía.

—Dani, necesito unos días más, quizás consiga algo que te va dar un ascenso.

—¿Qué?

—Relacionado al franchise que se cree Rey de América...

Se escuchó al gordo suspirar del otro lado de la línea.

—Mirá, si es por eso me encantaría que te quedes y hasta pases las fiestas allá, pero gendarmería está muy nerviosa. La “monarquía electa” está quisquillosa con el caso. Creo que quieren saber qué pensamos de todo y vos, Fernando, diste que hablar, preguntaron qué hiciste en Francia y ahora qué hacés en España. ¿Me querés decir que mierda está pasando?

Fernando sonrió, después de todo no estaba equivocado, pero algo se le estaba pasando. —Unos días más, devuelvo la cordura al país... si es que alguna vez la tuvo.

—No, necesito que te vuelvas ahora.

Fernando colgó; inmediatamente, su celular volvió a llamar pero rechazó el llamado. No fue la única, varias llamadas privadas y de hasta el fiscal. Necesitaba pensar. Decidió volver a primera hora de la mañana a la biblioteca; con suerte, encontraría algo del general de la Concha.

A la bibliotecaria le había llevado una rosca española. Fernando la vio sonreír por primera vez.

—Sabía que regresarías.

—Buen día, siempre las chicas bonitas tienen razón.

Ella se sonrojó.

—No sé su nombre.

—Guillermina...

—Fernando, mucho gusto. Guillermina, necesito su ayuda, preciso toda la información del general Manuel Gutiérrez de la Concha.

Guillermina permaneció pensativa unos segundos.

—¿Me podés especificar que estás buscando?

—Toda su biografía, cartas, documentos, actas, condecoraciones, lo que sea.

—La biografía te la puedo conseguir, pero si precisas documentos, cartas de su puño y letra o cartas que fueron dirigidas a él, tienes que ir a su museo.

—¿Tiene un museo?

—Pues sí, tío. Es la casa donde murió, pero queda como a cuatro horas de aquí en coche. Dicen que la conservan tal cual desde el día que murió, que fue en...

—1874.

—Bueno, algo ya has leído.

—¿Cómo se llama la casa?

—Aguardame, es la casa Munarriz, en Abárzuza, Navarra. Es una casa privada, pero tiene visitas. Acá le escribo el domicilio y el teléfono para que coordine una visita.

Fernando tomó el papel y sacó el celular, buscó si tenían WiFi, pero la red era privada.

—Muchas gracias, Guillermina. ¿La clave de WiFi o es mucha molestia?

—Para nada, tío, anota: ARCHIVOS123, todo en mayúsculas.

—Gracias, así ya anoto la dirección en el GPS y me alquiló un auto.

—También tengo el número de teléfono de Silver Car. Tienen buenos precios, cuando viene mi novio de Portugal, siempre renta un coche en Silver Car.

—¿Novio? Debe ser el hombre más afortunado del mundo. ¿Ahora en Portugal?

—Sí, nos conocimos en un chat.

El celular comenzó a sonar, era el whatsapp que se encendió, Fernando quería seguir siendo gentil con Guillermina, pero le sorprendió ver varios mensajes de celulares no agendados. Algunos eran compañeros de él pidiéndole que vuelva, otro era del comisario, pero el que más le llamó la atención eran cuatro conversaciones iniciadas. Fernando tomó distancia de Guillermina y se dio vuelta. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no soltó ninguna. Se trataba de Ernesto, su ex profesor. Había fallecido.

La noche anterior (Greta)

Le tomaba la mano que estaba libre de la vía de suero. Todos esos aparatos la asustaban. El respirador artificial lo mantenía con vida. Greta sólo tenía unos minutos. El régimen de visitas de terapia intensiva era sumamente estricto y tenía que darles tiempo a sus padres y hermanos, que eran muchos y habían viajado desde Córdoba especialmente para estar con él. El diagnóstico era reservado, encima, por su condición el neurólogo había advertido que era doblemente difícil que saliera del coma. Había que esperar, tener fe.

—Perdón, Nacho, por involucrarte, te extraño... te quiero... no me dejes sola. Debería estar yo en tu lugar.

Respiró hondo.

—Mañana no voy a poder venir, voy a estar en la ceremonia de asunción. No sé qué decir...

Greta le apretó la mano. Se acercó y le dio un beso en la frente. Se fue del box. En el pasillo abrazó y saludó a toda la familia. Luego se colocó las gafas de sol. Su vida privada había terminado y ahora tenía que enfrentar los medios de comunicación, que esperaban afuera.

El testamento (Fernando Quiroz)

Eran muchas las horas de ruta por delante para ir de improvisado. Estaba en el local Silver Car y antes de alquilar un auto marcó el número que le había pasado Guillermina de la casa Munarriz, a fin de que le confirmen cuándo podían recibirla y si efectivamente tenían cartas o documentos. Por lo que había averiguado en la web allí se había alojado el General d ela Concha en 1874 y a metros de la residencia se libró la Batalla de Muru, donde fue herido mortalmente. La casa se conservaba intacta desde el día que murió el General, teniendo un valor histórico invaluable.

—Diga —atendió el llamado un hombre de mediana edad.

—Buen día, mi nombre es Fernando y estoy interesado en coordinar una visita a la casa Munarriz.

—Buenos días, Fernando. Mi nombre es Francisco. Hoy tenemos un grupo a las once de la mañana y estamos abiertos hasta las siete de la tarde. El valor de la entrada es de ocho euros.

—Excelente —Fernando miró la hora—, puedo estar a las tres de la tarde, pero me surgió una urgencia — comentó Fernando, pensando en Ernesto—, por lo que quiero saber si tienen cierta documentación del General antes de partir. Estoy en Madrid.

—Hombre, sí qué está lejos, mañana también abrimos, no hay apuro...

—No es eso. Mire, soy periodista y estoy recopilando cartas o cualquier documento relacionado con Diego Muñoz—Torrero.

—El sacerdote...

—Exacto, si tiene algún documento o carta que por alguna razón el General de la Concha haya conservado, llegaré a las tres de la tarde, si no, pasaría otro día.

—¿Me puede aguardar un momento?

—Desde ya que sí.

—Sabe que el nombre de Muñoz—Torrero recuerdo haberlo visto en alguna de sus cartas, agúardeme...

Fernando, ansioso, comenzó a caminar por la recepción de Silver Car. Mientras lo hacía, recordaba la conversación anterior que había tenido con el comisario Daniel sobre la muerte de Ernesto. Lo encontró uno de sus hijos, que los vecinos lo habían llamado por un fuerte hedor proveniente del departamento. Hacía rato que Ernesto no salía, lo encontraron muerto en su cama. Su cuerpo estaba inflado y en un avanzado estado de putrefacción. Daniel le había remarcado que en la pared de la habitación y sobre un escritorio había cientos de recortes y documentos sobre la muerte de Carlos Jr. y las posteriores quince muertes de testigos e investigadores que tomaron el caso. Después de todo, no había pasado mucho tiempo. Según Daniel, le comentó que seguramente había muerto de un infarto, que no encontraron signos de violencia o de que alguien más hubiera estado en el departamento, aunque la información exacta la tendrían después de la autopsia. Pobre Ernesto...

—¿Hola? ¿Señor?

Fernando estaba tan concentrado en Ernesto que no había escuchado la voz de Francisco del otro lado.

—Perdón, sí, estoy acá. ¿Encontró algo? ¿Una carta?

—Algo mucho mejor, un testamento. La verdad, que a pesar del daño del tiempo, el documento fue muy bien conservado, siempre creímos que se trataba de una copia, pero viéndolo bien es la misma letra y firma del sacerdote.

—Podría leérmelo.

—Como no...

*Oerias, Portugal
Febrero 20 del año del Señor de 1829*

Mi última voluntad.

Debo confesar ante Dios y los hombres libres, que a la tumba llevo el secreto más notable de la masonería.

Poseo conmigo las cenizas del último heredero Inca, junto a su sello, su testimonio y el mío, son las evidencias a revelar en caso de que fracase la ideología masónica del monarca Inca en el Virreinato del Río de la Plata. Así, como último recurso, puedan revocarle la soberanía, aquel señor que, sólo nosotros los hombres libres, conformes en todo con la voluntad general, habiendo pronunciado del modo más enérgico y patente, reconociendo, proclamando y jurando como único y legítimo Rey, abriéndonos un nuevo camino de Gloria.

Él último heredero Inca, Juan Bautista Tupac Amaru, había enfermado de paludismo y no estaba en condiciones de sobrevivir la travesía en barco hasta el Virreinato del Río de la Plata. Aún menos de gobernar y demostrar fortaleza como primer monarca. En consecuencia, y a fin de salvar a nuestra afligida sociedad y de no fallar a los deseos de los generales del Virreinato del Río de la Plata, reivindicando a los pueblos originarios, hemos conseguido un reemplazante. No fue su hija Josefina, concebida en esclavitud, cuya madre falleció la Navidad pasada de tifus. Sino que pusimos nuestra fe en otro señor de buenas costumbres, también indígena, apenas más joven, cuya identidad murió el día que partió en barco. En cuanto al verdadero, conforme con el secreto, permaneció a mi lado aprendiendo el Evangelio los últimos días de su vida. Con el consentimiento de Josefina,

incineramos sus restos mortales a fin de poder transportarlo con facilidad.

Sobre Josefina, no supe más noticias el día que partió hacia el Virreinato del Río de la Plata.

Escribo desde un calabozo en el Forte de São Julião da Barra, esperando mi condena. Sólo le imploro a mi verdugo, José Téllez Jordán, que me entierre con mi crucifijo junto a las cenizas de Juan Bautista Tupac Amaru, que guardo, entre mis enseres personales, en un saco morado.

Diego Muñoz—Torrero.

El testamento lo explicaba todo. Fernando no lo podía creer, cómo su instinto y sentido común habían acertado... Aquel documento podía derrocar a Marcel. Quería que se lo leyera, pero pensó en pedirle que le envíe una foto.

—Excelente, no sabe de cuánta ayuda es. ¿Podría mandarme una foto?

—Sí, quizás salga un poco movida, está terminadamente prohibido el flash.

—No importa, ¿me la puede enviar a elojodefernando-quiroz@gmail.com?

Repitió el e-mail, mientras estaba firmando el contrato de alquiler del auto.

—De nada, me alegra poder ayudarlo. Pero ¿esto no tiene relación con lo que está pasando en Argentina?

—Créame, si tuviera algo que ver no sería yo quien lo estuviera llamando. Solamente estoy realizando una investigación periodística para una revista católica. En cuatro horas estoy allá, si me puede adelantar la foto, mejor, si no, no se preocupe, ya fue de gran ayuda.

—Lo espero Fernando, que tenga buen viaje.

—Gracias.

Fernando colgó y tomó la llave del *Peugeot 407 Sedán* que había alquilado. Cuando lo puso en marcha, recibió un e-mail. De Francisco. La foto estaba más que aceptable, aunque él podía hacer un mejor trabajo. Releyó el testamento unas cinco veces. Dedujo que el General de la Concha se encontró con el documento en su visita a Portugal y era una posibilidad que enterrara sus restos con las cenizas de Juan Bautista en el Mausoleo conjunto del Panteón de los Hombres Ilustres. También, el testimonio revelaba la existencia de una hija, Josefina, que asimismo viajó al Virreinato del Río de la Plata cabiendo la posibilidad de que tuviera hijos, siendo ellos los verdaderos descendientes. Con este documento, no sólo podía privarle de la corona a Marcel, además podría encontrar al verdadero heredero.

No podía negar lo inteligentes y precavidos que eran los masones. Sintió admiración por cómo habían pensado designar un rey y tener el poder de destronarlo cuando quisieran. A pesar de que tuvieron que transcurrir casi doscientos años para que finalmente uno se convierta en rey. Fernando sonrió y comenzó a manejar.

Sin perder la vista de la ruta, continuaba pensando en todas las variantes. En el desafío forense en encontrar ADN si aparecían las cenizas. Quizás algún fragmento de hueso que no se hubiera pulverizado, los forenses podrían tener más suerte. Diego declaraba que había más testimonios, quizás de puño y letra del mismo Juan Bautista.

El GPS estimaba una hora más de viaje. Necesitaba parar, ir al baño, comer algo. Tenía la cola y la espalda transpirada, hacía una hora el aire acondicionado había dejado de funcionar. Hasta incluso consideraba en afeitarse, tenía mucho calor en el rostro. La necesidad la compar-

tió con el auto: pronto tendría que cargar gasolina. Miró por el espejo retrovisor, la ruta estaba muy tranquila, hacía rato que no aparecía ningún auto, salvo un *Renault Clio* colorado que con la distancia correcta venía siguiendo el mismo camino. Tomando precaución, Fernando decidió aminorar la velocidad y cederle el paso, pero el *Clio* también la fue disminuyendo. Pensó en estacionar junto a la banquina, pero si el *Clio* lo acompañaba estaba en el medio de la nada, mejor volver a acelerar y buscar refugio en una estación de servicio.

El *Clio* lo siguió durante diez minutos hasta que Fernando detuvo su auto en una estación de servicios Repsol. Al final no era nada, el *Clio* siguió de largo. Menos paranoico y más relajado, fue al baño y luego al bar donde se tomó una Coca-Cola y comió papas fritas. Cuando salió, sólo le faltaba cargar el tanque, cuando buscó su auto vio dos hombres parados al lado de éste. Unos metros más atrás, estaba el *Clio*. El conductor salió y fue hacia el surtidor de combustible. Mientras cargaba nafta al *Clio* lo miró a los ojos. El hombre, de tez caribeña, era musculoso, con el rostro lleno de cicatrices por el acné. Le sonrió.

—Lindo día para manejar —dijo el hombre. El tono de su voz era agudo y de origen centroamericano. Fernando no respondió, solamente asintió con la cabeza, creyendo que lo había visto en algún otro lado. Volvió su cabeza hacia su auto. Los dos hombres los estaban mirando fijamente. También eran latinos y de físico atlético.

—Patroncito... —nuevamente habló el hombre que cargaba nafta—, ¿me sostiene acá mientras me fumo un cigarrillo?

—Estamos en una estación de servicio...

No terminó la frase, Fernando recordó donde había visto a aquel hombre. Había sido fuera del restaurante donde había invitado a comer a Ernesto. Era el hombre que le

había pedido fuego. Entonces entendió todo. Lo que Ernesto estaba investigando, la muerte de sus amigos, la muerte del hijo del ex presidente. Definitivamente no eran árabes, ni tampoco sicarios improvisados. Eran profesionales. Probablemente de algún cártel. Fernando sabía que no tenía nada que ver, pero ellos lo habían visto con Ernesto. Él era policía. A sus ojos, Ernesto le contó todo lo que había investigado. Fernando no podía creerlo, lo habían seguido hasta España. No había nada inteligente que decir, su suerte ya estaba echada.

—Vaya a fumar tranquilo que yo le cargo el tanque —dijo Fernando, a fin de ganar tiempo.

Mientras caminaba hacia donde estaba el hombre, lentamente sacó su celular del bolsillo. Se posicionó justo delante del surtidor. Si sus dos acompañantes abrían fuego, podían volar en mil pedazos.

—Gracias, Patroncito, pero ya terminé.

Sin perder la calma, Fernando lo miró y luego vio la pantalla del celular, donde estaba la foto del testamento de Diego Muñoz—Torrero. Se la reenvió a la casilla de mail de Nacho. Luego abrió la puerta del asiento de atrás del *Clio* y se metió. El hombre fue hacia el volante y sus dos compañeros también entraron en el auto, uno adelante y otro al lado de Fernando. El hombre miró a Fernando a través del espejo retrovisor. Sonrió.

—Empezamos bien, me gusta que colabores.

—Sólo quiero que el viaje sea corto.

—Así será, Patroncito, si te seguís portando bien.

El hombre arrancó el auto. Fernando había fotografiado muchas veces la muerte, se preguntó quién sería el afortunado sacarle una foto a él. Lamentó no hablar tanto con su hermano y sus tres sobrinos que vivían en Estados Unidos. Después de eso, no tenía a nadie, salvo su trabajo, que siempre puso primero, ante cualquier relación amorosa o

de amistad. Pensó en Ernesto, en sus minutos finales. Pensó en Nacho y que dependía de que despertara, que saliera del coma para ver el testamento de Diego Muñoz—Torrero y destronar a Marcel. Después de todo, sólo a Nacho podía confiarle semejante prueba. Pensó en el verdadero heredero, si existía, si transitaba las calles porteñas sin saber que era rey. Pero cuando el *Clio* se detuvo, el miedo invadió a Fernando y comenzó a pensar en él.

¡Viva el Rey! (Greta)

Arriba de las escaleras, entre la tercera y cuarta columna, estaba parado Marcel con la corona, levantando los brazos, saludando al público que ocupaba la Plaza de los dos Congresos. A su lado derecho estaba Isabel y a su izquierda, Greta, que contó la cantidad de puntas que tenía la corona de su padre biológico. Eran siete. Marcel se acercó a un micrófono: —Gracias a todos por estar acá. Los voy a iluminar siempre hacia la verdad, por más que haya oscuridad. Yo soy el portador de la luz.

Greta quería huir de ahí, estaba cansada de aplaudir, de fingir estar feliz y de abrazar a funcionarios públicos. Si en algún momento le había seducido la idea de ser princesa, ya la había descartado, a ella le gustaba el anonimato. Tampoco le interesaba si Marcel tenía el mapa a El Dorado, que lo había encontrado en la tumba de su ancestro. Greta, lo que deseaba, era despertar de aquella pesadilla. Despertar junto con Nacho.

Epílogo (Pikichaki)

Pikichaki tenía la panza llena, y sed, mucha sed. Le había prometido al padre Federico que dejaría de beber alcohol, que si un día lo veía borracho, no le dieran de comer. Había caminado bastante del comedor hasta la plaza. El ejercicio le hacía bien a su cuerpo tan descuidado. Quién sabía... quizás el padre el día de mañana le diera un trabajo y un techo donde dormir... Le gustaba el padre Federico, era muy culto, uno de los pocos que entendía el quechua. Vio que al lado del pedestal de la Estatua de la Libertad alguien había dejado un Tetra Brik de un buen tinto. Lo agitó. Algo tenía. Tan sólo unas gotas.

—Gato... eso es mío.

Pikichaki se dio vuelta y vio al borracho que había estado usurpando su lugar.

—¡Wasiy! ¡Hawa! —gritó, enojado, Pikichaki. El borracho no le entendió, acaso tenía que traducirle que era su casa, que lo quería fuera.

—¡Wasiy! ¡Hawa!

El borracho desistió y se alejó. Pikichaki apoyó su espalda contra el pedestal de la estatua. Por instinto, bebió. Estaba dulce y caliente. Miró hacia arriba y vio la antorcha de la estatua iluminar el cielo. En su casa, él era el Rey.

¿Y si la libertad es un sueño? (Nacho)

Abrió los ojos. Le costaba enfocar. Tenía un cable en la mano. Su reloj no estaba. Tampoco su celular. Le habían robado. Tampoco tenía su pantalón. Estaba en una habitación. No era un cable, era una vía, a su lado colgaba un suero. A su izquierda, sentada en una silla, estaba dormitando Virginia. Nacho chistó. Pero su hermana no abrió los ojos.

—Virginia... —dijo en voz baja, no podía hablar fuerte. No tenía voz. Esta vez ella lo escuchó, inmediatamente se paró y le tomó la mano.

—Nacho... despertaste... ¿estás bien?

Nacho asintió. Virginia comenzó a llorar, pero ninguna lágrima pudo borrar su sonrisa de emoción.

—No lo puedo creer. ¡Despertaste! Esperá que llamo a la enfermera —dijo.

Nacho siguió buscando a Greta con la mirada. No estaba en la habitación.

—¿Y ella? —preguntó Nacho.

—¿Quién?

—Mi novia.

—¿Novia?

—Greta —afirmó Nacho.

—¿Greta?

Nacho permaneció en silencio. La garganta se le secó de hablar tanto. Virginia no sabía que él y Greta estaban de novios. ¿O sí? No quería seguir preguntando y descubrir que todo era una mentira. O peor, tenía miedo de que Virginia le preguntara quién era Greta.

Nota del autor



La idea de escribir sobre un robo de la réplica de la Estatua de la Libertad emplazada en las Barrancas de Belgrano nació un 5 de agosto de 2015. Recuerdo exactamente esa fecha porque coincidió con el partido de River por la final de la Copa Libertadores; como buen hincha de Racing, poco me importaba el suceso y estaba ese día viendo una película de Polanski con Harrison Ford, *Frantic* (o *Búsqueda Frenética*), del año 1988. En la peli, la Estatua de la Libertad es protagonista, especialmente hacia el final, desarrollado en la Isla de los Cisnes, en pleno Sena. Resulta que en París existe también una réplica de la estatua...

Recordando mi infancia y las veces que mi abuelo Eduardo me llevaba a la plaza de Barrancas, decidí investigar sobre esta réplica vernácula. Supe así que se trata de una obra original de Bartholdi, emplazada con anterioridad a la de los Estados Unidos.

Puse manos a la obra...

Me tomó más de dos años terminar la novela, y si bien en el texto no cito fuentes y la gran mayoría de los eventos narrados son pura invención, aliento al lector a que descubra qué es real y qué podría llegar a serlo. Definitivamente creo que nuestro prócer Domingo Faustino Sarmiento tuvo una clara influencia ideológica en el proyecto de traer una Estatua de la Libertad a Buenos Aires (ya las coincidencias que describo a lo largo del libro lo demuestran...).

De la investigación fueron surgiendo, asimismo, una serie de casualidades por lo menos interesantes, como la de encontrar una Estatua de la Libertad en el mausoleo conjunto del Panteón de los Hombres Ilustres, en Madrid, que alberga los restos de Diego Muñoz—Torero, uno de

los presidentes de las Cortes de Cádiz, organismo que terminó liberando a Juan Bautista Tupac Amaru. La lista de coincidencias es larga, pero baste decir que por momentos comencé a preguntarme si algunos hechos inventados en verdad sucedieron...

Agradecimientos

A mis profesores, Silvina Marino y Carlos Zicanelli, por sus consejos en la construcción de la historia y su redacción. A mis compañeros del taller literario. A mi novia Keyse, por estar a mi lado viéndome pasar horas y horas sentado frente a la computadora y tolerar tantas veces mis distracciones (es así, el escritor escribe en todas partes, pero especialmente en su cabeza).

A todos aquellos colaboradores anónimos de Internet que me dieron las suficientes herramientas para desarrollar la historia. A los organismos públicos como el MOA y distintas bibliotecas de la Ciudad de Buenos Aires, que me abrieron desinteresadamente sus puertas. A los lectores de *El Suicida*, ya que sus buenas críticas me dieron confianza para continuar escribiendo.

A mis hermanos Alejandro y Natalia. A mi papá.
A la memoria de mamá...

Este libro se terminó de editar
el 28 de febrero de 2018
Capital Federal
Argentina